
Hay rosas por las que vale la pena sangrar
Sangre y Cenizas
(2)
Paz Iribarne

# *Sangre y cenizas*

*Bilogía Sangre y cenizas - Libro 2*

PAZ IRIBARNE

Derechos de autor © 2025 Paz Iribarne

SAFE CREATIVE
2510273510123
Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

*Para los amores imborrables, esos que llevabamos en el alma.*

# Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Advertencia
Sinopsis
1 Un sueño y una pesadilla
2 Jesse Callum
3 Una historia antigua
4 El regreso más esperado
5 Barud Sinclair
6 Es momento de salir de la oscuridad
7 Inesperado
8 Salvamos vidas, no las quitamos
9 Muñecas asesinas
10 Negociaciones
11 Ataque
12 Dulce y tortuosa espera
13 Escombros
14 Recuerdos de amor y pasión
15 La venganza a tus puertas
16 Demasiado tarde

17 Llamas ardientes
18 ¿Eres tú?
19 Reconocimiento
20 Jared Callum
21 Esperanza
22 Punto final
23 Decisiones
24 Alto al fuego
25 Simbiosis
26 Deseo
27 Consecuencias
28 La verdad dolorosa
29 Condena
30 Destellos
31 Reiniciar la partida
32 La rueda de la fortuna
33 Revancha
34 Fortaleza
35 Encuentro
36 A todo o nada
37 Luchar con la muerte
38 Despertar
39 Juramentos de amor
40 Confesiones
41 Mudanza y despedida
42 Idilio
43 Inesperado
44 Castigo divino
45 Un hijo

Epílogo
Agradecimientos
Acerca del autor

# Advertencia

*Esta novela contiene escenas de sexo explícito, escenas de violencia detalladas y abuso que pueden herir la sensibilidad de algunas personas. Es únicamente apta para mayores de 18 años.*

# Sinopsis

Bryce «el Demonio» Morgan nunca tuvo opción cuando Mayka Callum apareció en su vida. Todo en ella gritaba prohibido, y aun así cayó en la tentación. Un dulce veneno que mata poco a poco, pero por ella, está dispuesto a correr el riesgo.

Sin embargo, todo cambia cuando los Callums asesinan a casi toda su familia, y Mayka, su diosa, pone una bala en su pecho.

Dos años después de aquel hecho, Bryce ha vuelto de la muerte y no descansará hasta terminar con los asesinos de su familia, entre ellos la mujer que le robó y destruyó su corazón, la diosa que lo hizo perder todo. El plan es sencillo, solo debe seguir las reglas. Sin embargo, ¿cómo seguirlas cuando siempre estuvo dispuesto a romperlas por ella?

Sus ojos aún lo estremecen, su piel todavía arde cuando se tocan. La ama, y que Dios lo perdone, la ama incluso cuando su familia ha sido asesinada y diezmada casi hasta la extinción. Bryce es consciente de que hay un solo final para una historia de amor entre un Morgan y una Callum, aún así, arriesgará todo por ella, incluso su alma.

La segunda parte de esta bilogía con más traiciones, lujurias y enfrentamientos entre dos familias unidas por la tragedia y el odio, pero también por el amor.

# 1 Un sueño y una pesadilla

*Los sueños son el refugio de los desamparados, de aquellas almas que han perdido todo, incluso cuando fue su responsabilidad. Amo los momentos en que mis ojos se cierran porque, en ellos todavía puedo sentirte, todavía mis células vibran con cada caricia, con cada beso, con cada toque febril de tus labios. Aquí no hay tiempo ni espacio, solo mi alma y la tuya. Todo es posible, estamos al inicio. No tengo culpa ni dolor, podemos ser nosotros mismos, sin miedo a que alguien nos lastime.*

*«Bryce».*

*Susurro tu nombre, es casi un ruego, porque me aterroriza pensar que puedo despertar y no vas a estar ahí. Me da pánico sentir tu ausencia que cala profundo en mis huesos. Tus ojos grises están en cada centímetro de mi piel con una intensidad febril. Cada centímetro de mi cuerpo te pertenece. Te apoderas de mi piel con tu boca, con tu lengua que saca gemidos de mí. Me siento libre, segura. Nadie puede tocarnos aquí. Me haces tuya, de todas las maneras posibles. Nos perdemos en este barco que zarpa hacia océanos de lujuria y pasión infinita. Nuestras bocas buscan la otra, de manera incansable y me pregunto, solo por una milésima de segundo, si de verdad tengo derecho a esto, si puedo aspirar a tenerte de este modo en alguna vida, después del inmenso dolor que te causé. La respuesta es una bala que golpea en mi corazón del mismo modo a como destruí el tuyo.*

*No te merezco, ni en esta vida, ni en las que vendrán, entonces el llanto irrumpe y me aferro a tu cuerpo, porque me niego a despertar,*

*porque lucho todos los días para silenciar los ecos del pasado.*

*Cabalgo tu cuerpo como si fueras un potro salvaje al que debo domar. El sudor nos cubre como el rocío de una fría madrugada. Percibo tu aroma, ese que continúa en mis fosas nasales, incluso cuando hace años que te has ido. No puedo quitarlo de mí, no quiero hacerlo, no lo haré, ahora ni nunca.*

*Te deslizas en mi interior como una fiera, como una bestia embravecida que marca su territorio. No necesitas hacerlo, soy tuya, no podría ser de nadie más. El orgasmo golpea tal como los vientos huracanados sobre una costa desolada. Contengo un grito de placer, porque no deseo despertar. Me giras en tu cama, esa cama de sábanas suaves donde me retuerzo, ellas se llevan nuestros fluidos y el sudor.*

*Sales de mi interior y abro mis ojos para detenerme en los tuyos. Hay fuego en nuestra mirada. Sostienes tu virilidad en tus manos y las deslizas sobre ella. Gimo cuando la esencia espesa y dulce impregna mis senos, aquella parte de mí que te hace bramar de lujuria. Te lanzas sobre mi cuerpo una vez más, enredo mis piernas a tus caderas y te mantengo allí.*

*—Debo irme.*

*—No—digo y el miedo a la pérdida se torna incontrolable—, no puedes dejarme. No quiero que me dejes.*

*—Tú me mataste, ¿recuerdas?*

*Mis brazos se aprisionan a su cuerpo y niego.*

*—No quería, no quería—suplico con fe en que él me crea.*

*—Lo hiciste, esa es la única verdad.*

***

«Bryce».

Mayka salta en su cama y se sienta en ella como un resorte. Su corazón desbocado en su pecho, el silencio de su hogar la trae a la

realidad, al sonido de los insectos más allá de los amplios ventanales.

La culpa cae sobre su cuerpo agotado, como viene sucediendo desde hace dos años. Mayka suspira y siente la humedad en su ropa interior. El éxtasis ha empapado su cuerpo, y, por un leve momento, se imagina en una dimensión paralela. Un lugar donde todavía pueden estar juntos, una dimensión en donde Bryce Morgan vive y no ha dejado de quererla. Un universo en el que no necesita soltar su recuerdo, porque su amor, su gran amor, vive a su lado.

«Tal vez, solo tal vez, en otra dimensión, tendríamos permitido ser felices».

Mayka se seca el rostro con ambas manos y se pone de pie. El frío de la madrugada la embarga. La brisa fresca entra por los ventanales de su hacienda, de su refugio, de ese sitio que pocas personas conocen. Mayka da pasos con sus pies descalzos hacia el balcón. La luz de la luna baña cada espacio en la noche tranquila.

Toledo es una ciudad que valora la simpleza y la tranquilidad, es un buen lugar para empezar de nuevo, o para vivir de los recuerdos y las memorias maravillosas que nos ha dejado la vida.

Mayka Callum posee innumerables memorias y, si bien hay pocas que son felices, las guarda en su corazón, porque la mayoría le pertenecen a él, al hombre que amó y destruyó, al hombre que le quitó la vida con sus propias manos.

«Hay rosas por las que vale la pena sangrar».

¿Seguiría pensando lo mismo si viviera? ¿Seguiría dando todo por ella incluso cuando no lo merecía?

Hay tantas preguntas que siguen resonando en su cabeza, como una melodía pegajosa imposible de soltar. Mayka pensó en los hombres de esa familia que todavía permanecían vivos en la clandestinidad.

«Vendrán por ti».

Mayka desconoce el día y la hora, pero, tarde o temprano, Anael y Eric Morgan, los únicos sobrevivientes de la masacre en la que ella participó dos años atrás, se cobrarían su deuda de sangre. No solo era venganza, sino justicia.

Los gritos de aquella noche todavía la persiguen. No pasa un solo día en que no escuche algunos de ellos. Los muertos se habían ido de este mundo, pero no de su corazón, no de su vida, no de los pasillos de los lugares en los que habitaban. Los muertos la persiguen y se tornan una sombra, incluso él. Sin embargo, la mayor parte de los sueños en torno a Bryce era maravillosa, sueños en los que sus cuerpos se unían en suaves besos y susurros, en el latir de su pecho.

La brisa se intensifica y golpea su cuerpo. La trae de nuevo a la noche, a lo absurdo de los lamentos y a la utopía de que, tal vez, en otra vida, ellos podrían tener un final diferente, quizás no feliz, pero, al menos, morir juntos.

«¿Me permitirías morir junto a ti?».

Mayka se coloca una bata y sale a la oscuridad. Camina entre los senderos de su refugio y escucha los relinchos de los caballos.

Los Callums, al menos en su mayoría, tienen debilidad por los caballos. Son jinetes extraordinarios, pero Mayka poseía otro nivel, incluso cuando nunca disfrutó plenamente de la equitación.

Ahora lo entendía, haber sido mujer en ese clan fue una bendición, porque la empujó al límite, la empujó a ser mejor que sus hermanos prácticamente en todo, la llevó a convertirse en mejor estudiante, mejor profesional, mejor atleta, mejor jinete y por supuesto en el mejor asesino. Fue una parte fundamental en la masacre que se llevó a una de las familias que competían con ellos por el mercado, tanto legal como ilegal.

Río Morgan y sus hijos eran solo una huella del pasado. Una mancha carmesí en medio de las arenas coralinas que se cubrían con el agua del mar cuando subía la marea.

¿De qué servía arrepentirse ahora?

Mayka observa la luna, el enorme disco plateado sobre su cabeza, ese que ilumina el sendero de piedra que la conduce a los olivos y a los naranjos. El aroma de los azahares carga la noche, su cuerpo se estremece cuando la fragancia la envuelve y recuerda la primera vez con él, la primera vez que un hombre se adueñó de cada milímetro de su cuerpo.

«Nunca podré quitar tu aroma de mí».

Era una verdad tan dolorosa como permanente. Bryce Morgan era el hombre para ella, siempre lo fue.

«Tienes casi 26 años. Hay que vivir Mayka».

Las palabras de su primo Ian todavía resuenan en su cabeza. En algún momento debía de avanzar, dejar de martirizarse por sus errores, conocer a otros hombres, follar y, quizás, alguna vez, amar de nuevo.

Su corazón late con ferocidad en su pecho de solo pensar que Bryce ya no formará parte de su vida. Suspira y cierra los ojos. Algún día volvería a mirarse al espejo, algún día podría sonreír y decir te amo, pero no esta noche. Esta noche es para ella y su amante, para el hombre que perdió y que todavía ocupa su mente y anida en su cuerpo como un capullo listo para abrirse con la llegada de la primavera.

# 2 Jesse Callum

**Londres. Reino Unido.**

**Un año y seis meses atrás.**

*Mayka percibió el calor de la taza de café que humeaba delante de ella.*

*Se había criado bebiendo té en hebras con un sabor poderoso, de ese que impregna las papilas gustativas, pero, en un momento de su vida, el aroma del café la envolvió y ya no hubo vuelta atrás. Se convirtió en una adicción, una que siempre llevaba cerca.*

*La puerta del pequeño café se abrió y un hombre de camisa negra y pantalón impecable ingresó. Mayka le sonrió. Podía ver más allá del traje al niño que fue, al joven asustado y enamorado con el que conversaban horas y horas. El hombre frente a ella le dio una sonrisa tímida y ella le devolvió el gesto. El chico se sentó, el mesero se acercó y él pidió un té. Se observaron por un largo rato, ojos azules contra pozos oscuros y absorbentes, el emblema de los Callums en combinación con un cabello tan negro como la noche.*

*—Me da gusto verte Jesse ¿Cómo has estado? —preguntó Mayka para cortar el clima denso entre ellos.*

*—Sobreviviendo—dijo tajante—, intentando recuperar lo que queda después de…— Jesse miró la mesa. El mesero se acercó con la infusión.*

*—Después de todo lo que sucedió. —Mayka completó la frase.*

*Tenía un nudo en la garganta. La destrucción de los Morgan fue una maldición para su propia casa. Casi todos los hombres de la familia habían muerto, solo quedaban unos viejos o enfermos, las mujeres y los niños. Los Callums que todavía podían llevar adelante una guerra, estaban retirados de esa vida.*

*Después de que su abuelo, Theodor Callum, dejara toda su fortuna en manos de su primo Dominic, el Consejo, es decir lo que quedaba de él, decidió que el nuevo líder de la familia debía ser Jesse. El Consejo estaba ocupado en su mayoría por mujeres, mujeres que querían otra historia para sus hijos, mujeres que deseaban más que guerra y dolor para la historia del apellido Callum.*

*—¿Has sabido algo de London? —indagó Mayka. Jesse tragó saliva y bebió un sorbo del té. El calor invadió su garganta.*

*—No después de que terminamos.*

*Mayka negó. Jesse, envuelto en el traje Armani, había dejado de ser su primo. Jesse era un hombre de negocios ahora, un patriarca listo para defender los intereses familiares, pero se había alejado de lo que amaba ¿Era ese el precio que todos los Callums pagaban para mantener el poder?*

*El joven parecía dormido, anestesiado bajo toneladas de responsabilidades. Llevar adelante los negocios de los Callums requería no solo valentía, sino inteligencia y una voluntad de hierro.*

*—¿Por qué aceptaste regresar? —preguntó Mayka y Jesse hizo una mueca.*

*—Porque ellos me necesitaban, y porque tengo fe en que todo cambiará para bien. No somos los mismos Mayka, ninguno de nosotros y, aunque me duele, creo que tomé la decisión correcta.*

*—¿A qué costo? ¿Valió la pena perder el amor de tu vida?*

*Jesse levantó la vista.*

*—¿Por qué no me lo respondes tú?*

*Mayka bebió de su café sin quitarle la vista de encima.*

*—No, no valió la pena. Nunca lo hará—replicó sin titubeos. Jesse asintió.*

*—Cuando London me dijo que debía elegir entre él o seguir mi legado hubo un momento en que dudé, es decir, lo amaba y lo sigo amando con cada fibra de mi ser, pero, luego lo entendí. Estuve con él contra viento y marea, pagué con todo lo que tenía hasta quedar en la ruina cuando lo secuestraron.*

*»Viví a su lado el infierno. Ataques de pánico, ansiedad, incluso intentos de suicidio, y lo hice porque lo amo, porque creía en él, en nosotros, sin embargo, cuando me presentaron la oportunidad, él nunca me apoyó. London no confió en que podríamos cambiar las cosas, no confió en que soy capaz de darle un futuro mejor a todos los niños Callums, porque nadie merece el trato que tú y yo recibimos.*

*»Solo me dijo que el legado me consumiría, que no quería ser protagonista de mi destrucción. Me dio a elegir entre él y mis sueños, entre él y la posibilidad de un mundo diferente, pues cerré los ojos, y elegí.*

*—Jesse…*

*—London Morgan nunca me amó realmente—Jesse lo dijo sin un ápice de duda—, porque, de lo contrario, aún estaría conmigo. Me merecía algo mejor, sé que lo sigo haciendo.*

*Las lágrimas se deslizaron por el rostro de Mayka y rápidamente la secó.*

*—A veces, debes tomar decisiones difíciles en la vida, decisiones que te pueden costar la felicidad.*

*—No debería ser así—replicó Jesse—. El amor no debería doler de esta forma, pero por alguna razón, las personas que amas te lastiman, y tienes que vivir con eso, o morir.*

*»London me dio esperanzas, yo me entregué a él con todo lo que tenía. Viví para él incontables veces, me convertí en su sombra, pero al momento de decidir, a él no le importó. Le agradezco todo lo*

*vivido, amé y disfruté de él, tanto que esos recuerdos me alcanzarán para todo lo que queda de vida, pero no iba a quedarme en un sitio en donde mi elección y mis sueños no contaban.*

*Mayka puso una mano sobre su boca, reflexiva.*

*—Siempre fuiste más valiente que yo.*

*—No digas eso.*

*—Es la verdad—Mayka respondió—. Tú no habrías hecho lo que yo hice. Te habrías jugado por Bryce hasta el último segundo, incluso cuando todo el mundo estuviera en contra. Habrías defendido tu amor incluso cuando la muerte te rondaba. Eres un hombre muy valiente Jesse, un verdadero guerrero.*

*—Te pusieron entre la espada y la pared.—Jesse la defendió—. Creíste que matarían a tu madre, actuaste conforme a tu conciencia.*

*—No, actúe por miedo—dijo la mujer sin ganas de seguir mintiéndose a sí misma—. Actué porque soy una estúpida que quería ser digna, cuando, en realidad, ante sus ojos, nunca lo sería. Nunca iba a ser digna de llevar el apellido, pero por algún retorcido motivo, creí que lo sería, que sacrificar lo más precioso que tuve me convertiría en una especie de mártir, una heroína.*

*Jesse le sonrió y tocó su mano derecha por sobre la mesa.*

*—Siempre serás una heroína para mí.*

*—No digas burradas.*

*—Lo eres—replicó—. Estuviste a mi lado en mis momentos más oscuros, me protegiste de todos y de todo.*

*—No te protegí de los abusos. Me quedé callada cuando te echaron de casa.*

*Jesse negó.*

*—Sé que quieres culparte, pero conmigo no funcionará. Todavía puedo ver a la verdadera Mayka. La mujer brillante que jamás se rendía por nada, la que amó y sigue llorando su pérdida. La que no se rinde incluso cuando la vida la ha quemado hasta sus cimientos.*

*—La Mayka de la que hablas, la que recuerdas, ya no existe—sentenció la mujer—. Nunca regresará.*

*—Si no regresa es porque tú decidiste condenarla—dijo Jesse con sabiduría—. No la condenes, no la entierres cuando todavía le queda tanto por vivir.*

*Mayka tensó la mandíbula.*

*—No entiendes lo que es vivir con la culpa.*

*—Renuncié a London del mismo modo que tú renunciaste a Bryce. Sí, uno sigue vivo, pero ya no está a mi lado, ya no me besa y tampoco me ama. Para mí, es incluso peor que la muerte, sin embargo, decidí levantarme porque elijo la vida, elijo vivir mi vida, con todo lo que ella trae.*

*Mayka se limpió las lágrimas y le dio una sonrisa.*

*—Entiendo el motivo por el cual el Consejo te eligió sucesor de Theodor y de Dominic. Tienes lo necesario para cambiar el destino de esta familia.*

*Jesse le dio una tímida sonrisa.*

*—Al menos lo intento—señaló convencido—, y por eso te digo que no te rindas. No cuando, por fin, puedes ser libre y vivir de acuerdo con tus reglas. Todos los hijos de puta de esta familia han muerto. Los hombres y mujeres que han quedado quieren un futuro distinto, y quiero que disfrutes de esto que construimos cada día, incluso con el dolor y la pérdida a cuestas.*

*Mayka se encogió de hombros.*

*—Duele demasiado a veces.*

*—El dolor te muestra que estás con vida, pese a que varios buscaban tu muerte. No te rindas, Mayka. —Jesse observó a través de la ventana a las personas que pasaban—. Una vez imaginé tener una vida así—dijo con una media sonrisa entre la tristeza y el anhelo —. Un novio normal, quizás una relación formal. Un hijo o una hija linda como el profesor Morgan. —Se humedeció los labios y se enfocó en la taza—. Después, entendí que soy un Callum y esas*

*cosas no son para nosotros, nunca lo fueron. Hay responsabilidades inherentes a cada ser humano y las nuestras son, quizás, pesadas, pero llevan una carga que solo podemos llevar nosotros, y sí, por momentos, siento orgullo de quien soy, y de todo lo que logré. Siento orgullo de seguir aquí con vida, sin importar todo lo que hicieron para borrarme, no pudieron, y eso es, sin dudas, la venganza y la justicia que todos merecemos.*

*Mayka percibió el cosquilleo en su corazón. Se sintió feliz y orgullosa por el hombre impresionante delante suyo, forjado en el fuego del dolor y del desamor. Jesse Callum había conquistado más que un imperio, se había conquistado a sí mismo.*

*—¿Crees que alguna vez podré ser como tú? ¿Mirar el pasado sin arrepentimientos?*

*Jesse dio un suspiro.*

*—Creo que todos podemos hacerlo. La cuestión es, ¿cuánto estamos dispuestos a soltar para vivir el presente?*

***

Mayka subió al avión que la llevaría a Madrid esa noche y, desde allí, conduciría a Toledo.

Pensó en las palabras de su primo, en todo lo que había perdido y en todo por lo que debería estar agradecida. Había visto las imágenes de Toledo años atrás, y, por una u otra razón, jamás visitó el lugar. Ahora, viviría allí, lejos del mundo donde creció, lejos del linaje y de lo que se rompió.

«Hay responsabilidades que no queremos pero que, de igual modo, nos corresponden. Somos Callums. No nos rendimos ante nadie, ni siquiera ante la vida».

¿Su primo tenía razón? Mayka se sentía como si ya fuera parte de nada de eso, como si fuera capaz de borrar las partes oscuras de su linaje.

«El miembro fundador de nuestra familia fue un hechicero. Cientos de personas recurrían a él por sus dolores y premoniciones. Podía mirar a la muerte de cerca y decir en qué momento caería sobre alguna pobre alma atormentada. Nadie dudaba de sus videncias, y el reconocimiento hacia él y su linaje se tornaron eternos. Con el tiempo, los Callums ya no nos dedicamos a profetizar la muerte, nos convertimos en ella».

Mayka ya no querían llevar la muerte a todos lados. No deseaba seguir atada a la oscuridad y, no solo lo haría por ella, sino también por Bryce, por las veces que él le pidió que renunciara a ese mundo, por los momentos que le brindó cuando creyó, en el fondo de su corazón, que la esperanza era algo a lo que aferrarse.

Visitó su tumba en aquel invierno, cuando el hielo impregnaba cada parte del suelo, y la lápida le devolvió lo gris de su corazón. La escarcha resbalosa debajo de sus pies, en las rodillas de sus pantalones, cuando se arrodilló ante el monumento de un ángel con las manos a modo de rezo que decoraba lo alto.

Bryce Morgan nunca fue un demonio, fue un ser angelical, el cual, le mostró que valía la pena estar viva y que solo necesitaba ser Mayka, la mujer que amaba, la mujer con la que él anhelaba compartir su existencia.

«Descansa Bryce Morgan. Recibe la paz que alguna vez soñaste encontrar a mi lado».

# 3 Una historia antigua

**Exposición de autos de alta gama.**
**Londres. Reino Unido.**
**Años atrás.**

*Bryce Morgan se arregló el cuello de su camisa oscura y puso los ojos en blanco ante la cara de reproche de su hermano Eric.*

*—¿Qué? —preguntó con hartazgo.*

*—¿En serio? ¿Tanto te costaba ponerte una corbata?*

*—¡Ay por Dios Eric! No es un velorio, es una fiesta. Se nos permite vivir, ¿o no? —preguntó desafiante. Eric se cruzó de brazos, el tipo llevaba un impecable traje de tres piezas. La elegancia que le faltaba a su hermano.*

*—Estamos aquí en busca de negocios.*

*—Error—replicó Bryce—. Tú estás aquí en busca de negocios, yo solo vine por las promotoras.*

*—Idiota. —Eric se mordió el labio para no reír—. Bryce, esto es importante. Concéntrate, ¿quieres? Además, el de la idea de las concesionarias de automóviles de alta gama fue tuya ¿Por qué carajo no te lo tomas con seriedad?*

*Un par de mujeres cerca de ellos los observaron, y luego se dieron una miradita cómplice. Eric arqueó una ceja. Los ojos grises de*

*Bryce estaban sobre ellas, intensos y misteriosos. Dos lunas plateadas dispuestas a liberar fantasías con una intensidad febril.*

*—¡Carajo! —La voz de Eric cortó la fantasía como si fuera un cristal. Bryce se enfocó en las dos personas que ingresaron en ese momento—. Dios mío, ¿de verdad ellos también están aquí? ¿Por qué siempre pasa lo mismo?*

*La mandíbula de Bryce estuvo a punto de romperse de lo duro que la apretó. La mujer en el vestido rojo que se adhería a la imponente figura fue todo lo que puedo ver en aquel momento. No era una mujer, era una diosa. Eric le golpeó el brazo.*

*—¡Oye!*

*—Ni lo pienses, imbécil.*

*Bryce le sonrió.*

*—Mírala, Eric, mírala muy bien. ¿No estarías dispuesto a sangrar por una mujer así?*

*—Bryce, por Dios.—Eric se acarició las sienes—. Tienes un montón de mujeres alrededor ¿Por qué carajo tienes que fijarte en una Callum?*

*Bryce se encogió de hombros.*

*—Porque es diferente a todas las demás.*

*—Por supuesto, porque tiene un enorme cartel luminoso que dice: Prohibido, no pasar, cerco electrificado, aléjese.*

*Mayka se arregló el vestido. Sus ojos celestes felinos mirando hacia adelante, sin mantener contacto visual con nadie. Bryce frunció el ceño.*

*—Es una persona triste.*

*—¿En serio? ¿Eso lo descubriste mirándole las tetas?*

*Bryce no rio. De hecho, hizo una mueca como si le doliera.*

*—Tiene una mirada apagada, como si no tuviera nada por lo cual vivir.*

*Eric dio un suspiro.*

*—Una Callum mujer, ¿qué posibilidades tiene en esa familia? Ellos no son como nosotros, ellos no valoran a nadie y, mucho menos, a los que consideran débiles.*

*Bryce negó sin ser capaz de creerlo.*

*—Si la tuviera en mis brazos la veneraría—dijo contemplándola como una obra de arte—. Le mostraría el verdadero lugar que una reina como ella debería ocupar.*

*Eric le tocó el hombro.*

*—Y ese es el motivo por el cual esa mujer jamás te va a dirigir la palabra. Ella es una asesina, Bryce. No necesita un hombre y mucho menos uno que la ame y la cuide. Esas personas no saben lo que es el amor y han conquistado el mundo así ¿Qué le ofrecerías tú que ella no posea?*

***

Bryce se sentó en la cama y acarició la enorme herida que surcaba su pecho, el enorme orificio que habían suturado junto con la quemadura alrededor, como consecuencia de la explosión por el disparo.

«El médico dice que definitivamente tienes algo de demonio, porque solo haciendo un trato con el mismísimo Satán, podrías haber sobrevivido».

No debería haberlo hecho. Bryce dio un profundo suspiro y conectó con cada parte de su físico. Ese cuerpo que luchó de todas las maneras posibles contra la muerte, el que contaba la tragedia.

Dos meses en cuidados intensivos, sus hermanos turnándose para cuidarlo. Prácticamente lo habían reconstruido como un androide. Tenía placas metálicas, un solo riñón, un pulmón, parte de su intestino, le realizaron una gastrectomía parcial y, aun así, lo había logrado. Había vivido para ser consciente de lo perdido, para sentir el dolor de la muerte de sus padres, sus hermanos y toda su familia.

Los Callums lo habían llevado al borde de la extinción. Sus sueños y pesadillas le mostraban esos ojos celestes que estaban grabados a fuego, orbes nítidos cristalinos y vacíos.

Bryce se puso de pie y caminó hacia el baño donde se enfocó en el espejo.

«Había dejado de ser ella».

La mujer que apretó el gatillo aquella noche ya no era la mujer de la que se enamoró. No era la que lo envolvía en risas, lujuria y ternura. Por fin se transformó en un Callum. Ese fue el sueño de Mayka y, finalmente, lo había logrado.

Bryce apoyó sus manos en el lavabo y bajó la cabeza ¿Qué importaba eso ahora? Mayka no solo renunció a él, quemó el puente que los unía de tal modo que nunca más podría pasar. Es difícil amar a alguien que te odia, pero es mucho peor, amar a alguien a quien ya no le importas.

La puerta del comedor del edificio en el que se ocultaban desde hacía dos años se abrió y cerró. Bryce fue hacia su habitación a paso rápido, pero la voz conocida lo tranquilizó.

—Hermanito, ¿sigues roncando como marmota?

Bryce bufó y negó varias veces. Este idiota nunca cambiaría.

—¡Voy! —gritó y comenzó a vestirse.

Los pasos se escucharon cada vez más cerca en el estrecho pasillo del viejo edificio donde se habían resguardado.

Bryce no había regresado a su departamento debido a que corrían el riesgo de que lo reconocieran. Los Callums tenían ojos en todos lados y, lo último que necesitaba, en aquel momento, era entrar en una guerra cuando se había convertido en un medio hombre.

Ahora, después de dos años que se asemejaron a décadas, Bryce había comenzado a respirar una vez más. No se engañó a sí mismo con falsas esperanzas. Nunca estaría bien del todo, no cuando el trauma lo acompañaba en cada cosa que hacía, en cada recuerdo de sus hermanos pequeños que ahora estaba empañado por las últimas

imágenes de ellos bañados en sangre, con sus ojos abiertos. El mundo no era lugar para los débiles. Los Morgan lo aprendieron de la manera más cruel posible.

El golpe en la puerta pintada de blanco lo hizo levantar la vista. Anael sonrió. Estaba con su ropa de gimnasio, un pantalón blanco y una sudadera con capucha gris.

—Es día de calorías—dijo mostrando una bolsa cuyo aroma impregnó el espacio.

—Croissant con crema ¿Por qué no me sorprende? —Se burló Bryce mientras se colocaba una sudadera de algodón color blanco—¿Qué es este milagro? ¿No saliste de caza anoche?

Anael puso los ojos en blanco.

—No lo sé hombre—Dio un suspiro—. Creo que tú y Eric me contagiaron en algún momento. Nadie me llama la atención.

Bryce frunció el ceño.

—¿De qué carajo hablas? ¿Qué le pasa a Eric?

Anael movió la mano derecha, restándole importancia.

—Ha conocido a alguien. El mocoso brasileño que te mencioné el otro día.

Bryce negó.

—Debes estar exagerando. Eric nunca tuvo interés en estar con alguien más de una noche. Es su lema, lo predica orgulloso.

Anael se encogió de hombros.

—Pues ya te digo que aquí hay algo raro, aunque no lo está anunciando con bombos y platillos.

Bryce le dio una sonrisa ladeada y negó.

—Ve y enciende la cafetera. Un expreso con eso que tienes en esa bolsa nos va a recargar.

Anael le guiñó un ojo.

—Además, tengo buenas noticias.

—¿De qué hablas?

—Un nuevo trabajo, pero primero quiero hablarlo contigo.

Bryce asintió.

—Bueno el dinero nunca viene mal, además, ya hemos comprobado que no hemos perdido el toque.

—Así es—agregó Anael—,pero las cosas se pondrán mejores, aunque, para ello, necesitamos también a Eric.

Bryce caminó hacia Anael y le arrebató la bolsa.

—¿Sabes? Mi cerebro, el poco que me queda, funciona mejor con el estómago lleno, así que, vamos por el café y seguimos conversando.

# 4 El regreso más esperado

**Londres, Reino Unido.**

**Meses antes**.

*Eric se acomodó la corbata y sostuvo la copa de champán en la mano, bebió un sorbo. La paciencia era un don que pocos Morgan tenían. Por fortuna, Eric era diferente a sus hermanos, en todos los sentidos.*

*Levantó la mirada hacia el espejo que estaba atrás del barman. Humedeció los labios y volvió a enfocarse en su copa.*

*—¿Novedades? —preguntó Bryce a través del auricular.*

*—Nada todavía. —Sus labios se movieron apenas, imperceptibles.*

*—¿Confías en la información de Grégor?*

*—¿A qué te refieres?*

*—No lo sé—dijo Bryce—. Hay algo extraño. Es un milagro que Olimpia Zeratos sea foco de investigación por parte de él, y nos tenga a nosotros como amigos. Es una aguja en un pajar.*

*—Las casualidades existen, o al menos, eso quiero creer—agregó Eric—,además, no teníamos alternativa. Anael, sigue llenando mi copa.*

*—Claro, para que dentro de una hora seas un puto borracho.*

*El hombre rubio e imponente detrás de la barra se acercó y llenó la copa de champán de su hermano Eric, quien lo observó y frenó una sonrisa. Dios, le parecía tan cómico que su hermano soportara a personas pidiéndole cosas. Anael siempre se creyó un rey.*

*—Me siento un esclavo.*

*—Eres un exagerado—dijo Bryce, desde el edificio en frente.*

*Bryce estaba apostado con un rifle de mira telescópica, listo para borrar el objetivo si era necesario, después de obtener la información que Grégor necesitaba.*

*Un veinteañero de cabello castaño y ojos miel ingresó al restaurant en ese momento. Eric observó a través del espejo. Anael se giró y sonrió.*

*—¿Qué pasa?*

*—Nada. —Eric se encogió de hombros.*

*—¿Seguro? Raro, pensé que se parecía a tu mocoso brasileño. Si estabas pensando en eso, tienes razón, Se parece mucho.*

*«Maldita la hora en que te conté».*

*Eric había cometido el enorme error de contarle a su hermano que el mismísimo Felipe Becerra tendría una cita con él. Anael primero se carcajeó porque pensó que era una broma, pero, cuando su hermano se mantuvo serio, entendió que era verdad.*

*—No es un mocoso. Tiene veintiún años. Y no es mi nada—replicó Eric de inmediato—. Solo es alguien a quien voy a follarme.*

*—Claro—se burló Anael—, por eso se te iluminan los ojos cuando aparece en televisión.*

*—¿De qué carajo estás hablando?*

*—Ayer cuando estábamos en el café apareció en conferencia de prensa en la televisión. Estaba magullado, y estuviste a punto de ponerte de pie por el estupor. No lo sé, a mí eso me parece sospechoso para alguien que solo busca follar.*

*—Cierra la puta boca, y atiende a los clientes—balbuceó Eric, y Anael le guiñó un ojo.*

*—¡Vamos! Puedes contarle a tu hermano menor todo lo que mueve ese culito cuando lo ves. Prometo no reírme mucho.*

*—¿Cuántas veces debo decirte que dejes de inventar?*

*—¿Cuántas veces debo decirte que puedo parecer tonto, pero no lo soy?*

*—Cállense los dos y concéntrense. —Fue Bryce quién habló—. Esto no es una excusa para follar.*

*—Por supuesto, jefe—pronunció con sarcasmo Eric.*

*Anael puso los ojos en blanco y se alejó de Eric para atender al resto de los clientes que estaban en la barra, y lo llamaban con insistencia.*

*Las puertas del restaurante se abrieron de par en par y un hombre con cinco guardaespaldas ingresó. Eric se acomodó los anteojos de marco grueso y oscuro, y miró a través del espejo detrás de la estantería con copas de cristal y licores.*

*—Aquí está— dijo entre dientes Eric.*

*—Perfecto. A tu señal, actúo.*

*Eric dio un suspiro. La sangre le circulaba como un volcán en erupción. Se prendió el último botón del saco, y caminó hacia el hombre que recién llegaba.*

*Era una jugada arriesgada.*

*Si el tipo se percataba de que era una trampa le volaría los sesos en ese instante, sin embargo, los Morgan contaban con una gran ventaja sobre el resto. No les importaba morir cuando ya no tenían nada que perder.*

*—Señor Cirulnik—dijo con voz amable—Soy Henry Zimmerman. Mi compañero lamenta no poder asistir en el día de hoy.*

*El hombre de rasgos balcánicos lo observó y frunció el ceño.*

*—¿Dónde está Gaspar?*

*«Gaspar».*

*Eric sonrió mostrando su perfecta dentadura.*

*—¿Puedo sentarme? —preguntó con amabilidad. El tipo arqueó la ceja, y luego le señaló la silla.*

*—Adelante.*

*—Gaspar tiene algunas complicaciones. Lo están investigando en Sudáfrica. Por lo que me ha contado, Grégor Thibault le está pisando los talones.*

*Anael secaba unas copas en el bar, atento a lo que sucedía en la mesa central en donde estaba su hermano junto a esa tropa que lo circundaba.*

*—Ese bastardo—dijo con la mandíbula en tensión.*

*—Sí, ese hijo de puta de verdad nos está complicando la vida—aseguró Eric.*

*—Le queda poco, de todos modos—aclaró el hombre—. Una vez que obtengamos el apoyo del poder legislativo, las leyes que requerimos se mantendrán y podremos seguir trabajando en paz.*

*Eric dio un suspiro y controló la adrenalina que le pedía a gritos que sacara el arma y le vaciara el cargador encima a ese bastardo que era igual que Theodor Callum y toda la escoria de Olimpia Zeratos.*

*El celular de Cirulnik sonó en ese instante. Los cinco sentidos de Eric se pusieron en alerta. El hombre tomó el teléfono, y grande fue su sorpresa cuando fijó su vista en el nombre que aparecía en la pantalla del aparato.*

*—¿Gaspar? —El hombre frunció el ceño, y se enfocó en Eric cuyo rostro ilegible no falló ni siquiera un segundo—.Estoy aquí con tu socio—dijo para corroborar.*

*Había llegado el momento de actuar. Ya tenían el nombre, Grégor se encargaría del tal Gaspar. Ellos solo debían salir vivos de ese restaurant.*

*—Prepárate. —Fue todo lo que dijo Eric.*

*Uno de los guardaespaldas intentó sacar el arma para dispararle cuando la bala que vino desde varios metros atravesó uno de los cristales del restaurant, y se incrustó en la frente del custodio. A partir de allí, todo en ese mundo idílico se derrumbó.*

*Como si se tratara de una imagen en cámara lenta, Eric observó la bala clavarse en medio de los ojos del gigante de dos metros. La sangre, como en un cómic de ficción, estalló y roció a los comensales cercanos. Los sesos terminaron en la mesa contigua. Los gritos resonaron como un eco en una montaña. Profundos y angustiosos.*

*Eric se lanzó a un costado y los custodios comenzaron a disparar. Los comensales gritaron y se arrojaron al suelo, otros se agolparon en las puertas de entrada buscando salir de ese infierno. El temor marcaba cada línea y cada gesto de sus rostros. La gente tomaba un aspecto feo cuando gritaba, cuando la percepción del final inminente golpeaba sus cuerpos.*

*Anael desenfundó el arma que llevaba y abrió el fuego para cubrir a Eric. Las mesas rodaron ya que las personas, en su desesperación,*

*las volteaban para protegerse de la lluvia de balas. Un custodio más cayó en ese instante.*

*Cirulnik se puso entre sus guardaespaldas y los usó como escudos. Eric llegó hasta Anael y ambos se escabulleron en el mar de cristales, espejos rotos y las botellas, cuyos vidrios y el líquido que contenían, volaban por el fuego abierto sobre ellos.*

*Se movieron hacia la cocina, y, desde allí, a la puerta trasera. El sonido de las sirenas mostró que la policía había llegado.*

*Se quitaron los sacos, las gafas, las camisas, y solo quedaron en camisetas blancas. Caminaron por el callejón en donde estaban los contenedores del restaurant, donde tiraron la ropa que desecharon. Los gritos y la histeria continuaban en el interior del restaurant. Caminaron sin prisa, atentos a cualquier movimiento. Dos cuadras más adelante tomaron un taxi y salieron de la locura.*

*—Demonio—dijo Eric.*

*—Estoy a cinco calles. Nos vemos en el búnker.*

*—Hecho—respondió entretanto se dirigían al edificio.*

*«Gaspar».*

*Fue el nombre del traidor que le entregaron a Grégor Thibault. A partir de allí, era su problema.*

*Habían vuelto al ruedo y la muerte les daba la bienvenida. Los recibía con los brazos abiertos, como la amante incansable que siempre estaba para ellos. Esa que los conocía y sabía que siempre regresarían a ella.*

***

*—Hicimos un buen trabajo, ¿no crees? —Bryce observó la luna desde la terraza del viejo edificio, la cual, habían llenado de naturaleza, tal cual les gustaba a sus padres—. Sé que esto no te pondrá orgulloso, pero el dinero nunca viene mal, sobre todo, si debemos reconstruir nuestro equipo. —La cerveza fría en su mano transpiraba. Bryce dio un sorbo más y se enfocó en la luna, en las nubes oscuras que hacían un intento vano por cubrirla—. Estamos lejos de lograrlo todavía, pero los haré que paguen. Haré que*

*paguen la muerte de cada uno de ustedes, así sea lo último que haga. Si ella me dejó vivo fue por esto, y voy a aprovechar la oportunidad.*

# 5 Barud Sinclair

Barud Sinclair no era ni el más inteligente, ni el más audaz, ni el más valiente de los hombres que se movían alrededor del narcotráfico, sin embargo, tenía un punto a favor. Su padre Ergan Sinclair fue un gran amigo de Río Morgan. Esa amistad unió a Barud y Anael desde el primer momento, sobre todo, considerando que ambos tenían la misma edad. Ergan y Río fueron como el agua y el aceite, mientras Río buscaba formas de establecerse en la legalidad de cada uno de sus negocios, Ergan se enorgullecía de trabajar en las sombras y obtener rédito por ello.

—Llegas tarde. —Barud observó el reloj y Anael se encogió de hombros.

La discoteca estaba concurrida. Las personas iban y venían, muchas se movían con sensualidad en la pista.

—Quien dijo que los ingleses no llegan tarde no conocía a muchos. —Anael se burló y Barud puso los ojos en blanco.

—El que lo dijo está claro que no te conocía a ti, imbécil.

En el área VIP había alrededor de cincuenta personas. La luz violeta delineaba las figuras y sus sonrisas, algunos conversaban. otros estaban en las dos barras atendidas por hombres y mujeres de gran atractivo. Barud se encontraba en un enorme sofá de color blanco, junto a una morena de largo cabello quien llenaba su copa de champán. Anael se paró frente a él. Se cruzó de brazos y ladeó su cabeza.

—¿La estabas pasando muy mal? ¿Me extrañaste?

Barud bufó. Armar una discusión con Anael carecía de sentido, él siempre tenía razón incluso cuando estaba lejos de tenerla. Era el hombre más terco y testarudo que había conocido en su vida. Barud le hizo seña a la mujer quien le besó la mejilla y se puso de pie. Anael y la mujer se observaron, el hombre le sonrió y la observó marcharse.

—Creí que no te gustaban las mujeres—graznó Barud.

Anael arqueó una ceja. Sus manos fueron al pantalón negro que había combinado con una camisa púrpura, la cual, se ceñía a su torso musculoso. Llevaba desprendido hasta el segundo botón, dejando entrever sus pectorales.

—Pensé que tú no eras del tipo posesivo con tus ligues de una noche—dijo con burla. Barud desvió la mirada a un costado—. Espera, espera un jodido segundo. — Sus ojos azules brillaron con malicia—¿Me estás diciendo que ese dulce bombón te gusta de verdad?

Los ojos negros intensos de Barud fueron a él.

—Ese no es asunto tuyo.

—¡Qué tierno! —exclamó con socarronería—. Barud enamorado, ¿quién lo diría?

Barud se mantuvo estoico.

—¿Has venido a conversar o a burlarte de mí?

Anael se humedeció los labios y luego se mordió el inferior.

—Te pones muy caliente cuando te enojas ¿Te lo han dicho?

—Y tú te pones más imbécil cuando estás caliente, pero ¡qué le vamos a hacer! —esbozó Barud sin emoción. Anael volvió a reír y se sentó a su lado—¿Qué bebes?

—Un whisky.

—¿Solo un whisky?

—El mejor whisky—replicó Anael. Barud asintió y llamó a uno de los barman. El hombre corpulento trajo el whisky de inmediato.

Anael lo escrutó de arriba a abajo antes de que se marchara—¿Es nuevo?

—Sí—replicó Barud, cortante.

—Lo imaginé. A este no me lo he follado.

Barud arqueó una ceja.

—Es heterosexual.

—Claro, como el noventa por ciento de los que me he follado, pero ya deberías saberlo por experiencia.—Anael le guiñó un ojo, y Barud se tensó. Era gracioso recordarle aquel «error de mal juicio» en una noche lluviosa ocurrido tres años atrás—. Bueno, dime, ¿qué es eso tan importante que tenías para decirme?

Anael bebió del whisky, el sabor del líquido estremeció a su paladar. Volvió a beber, Barud tenía los ojos fijos en él.

—En primer lugar, quiero que sepas que esta oferta es opcional. Puedes tomarla o dejarla. Nuestra relación no va a cambiar sin importar tu elección.

Anael arqueó una ceja.

—¡Vaya! ¿A qué se debe el repentino ataque de generosidad?

El rostro de Barud se ensombreció.

—Es algo personal. Pensé en ti y en tus hermanos porque son los mejores y jamás me traicionarían.

Anael apoyó su espalda en el cómodo sofá.  Cruzó su pierna. Su tobillo izquierdo fue sobre su rodilla derecha. Una postura de descanso.

—No demores tanto y cuéntame, ¿de qué trata?

—¿Conoces a las hermanas Charpentier?

Anael frunció el ceño.

—¿Las dueñas del laboratorio? ¿Las francesas?

Barud meció el vaso. El hielo comenzó a derretirse.

—Ellas quieren que ustedes se hagan cargo de un objetivo.

—¿Por qué nosotros? Jamás hemos tratado con ellas—señaló Anael. Barud se humedeció los labios y sacó el celular del bolsillo. Abrió la galería de fotos y la imagen de un hombre muy conocido apareció. Anael tensó la mandíbula, sus manos se ciñeron con más fuerza al vaso de cristal—¿Qué hay con él? —preguntó Anael, cuyo cerebro ya estaba buscando las respuestas.

—Las Charpentier quieren la cabeza de Ian Callum y su amante. —Barud pasó la imagen—. Este es Orel Romanov, su hermano es entrenador de Gabriel Petrov, el campeón mundial de kickboxing.

Anael apenas escuchó lo que Barud le explicó. Sus ojos, su energía y su furia se encendieron al contemplar la imagen del rubio de ojos azules profundos y traje de tres piezas.

—¿Por qué lo quieren muerto?

Barud se mordió el labio inferior.

—Por las mismas razones que tú quieres muertos a todos los Callums del planeta —esgrimió sin dudar—. Venganza, desean que Ian pague por la muerte de su hermano, Jerome Charpentier.

Las secuencias de los últimos años pasaron por la cabeza de Anael. La humillación, la muerte, la ira, el miedo a quedar solo, la imagen de su hermano molido de un disparo, solo por decidir amar a alguien que no conocía el amor.

—Anael, simplemente es una oferta, pero si tú no quieres…

—Lo haremos. —Anael lo interrumpió. Sus ojos fueron al hombre a su lado. Sus orbes ardían con indignación y ganas de volver cenizas al mundo. Barud tragó saliva y asintió.

—Estaba casi seguro de que aceptarías—explicó—, pero no deseaba presionarte. Esto es algo que se resolverá y negociará entre ustedes y las Charpentier.

—¿Qué hay de tu parte? —Anael cuestionó con escepticismo. Barud negó.

—Tal vez no lo haga por dinero, no esta vez. —Barud confesó—. Quizás, yo también soy humano y quiero ver a cada uno de esos hijos de puta arder por lo de Río.

Anael descruzó sus piernas y llevó su torso hacia adelante. Sus codos apoyados en sus rodillas. La gente alrededor seguía bailando, conversando, riendo, ajenos al tumulto en su interior.

—He esperado tanto por este momento, Barud. El instante en que estos bastardos dejen el planeta, pero…

—¿Qué?

Anael dio un suspiro.

—Su muerte no nos devolverá a nuestra familia—confesó con dolor —. No devolverá a mi hermano, a las partes de su cuerpo faltantes.

Barud se sorprendió.

—No, no te va a devolver a nadie, pero los hombres como nosotros jamás encontraremos la paz mientras el enemigo respire. Al fin y al cabo, esta guerra no se trata de los caídos, sino de los que quedan vivos—agregó Barud—. De esos que quedan con el alma destruida. Mátalos, Anael. Mátalos a todos y nunca más necesitarás esconderte. Nunca más deberás tener ojos en la espalda. Esta guerra no se trata de ganar, sino de dejar de perder y ustedes, amigo mío, ya han perdido demasiado. Es hora de que comiencen a ganar.

—¿Es lo que tú harías?

—Me conoces, ángel. Sangre por sangre, así debe ser. Ese es el código que los hombres como nosotros manejamos. Si el resto del mundo no lo entiende, pues que se vayan a la mierda, que se queden con sus lágrimas de angustia, nosotros hacemos llorar al enemigo.

Era la declaración de guerra más audaz que Anael escuchó. Barud era igual a su padre, dos gotas de agua con treinta años de diferencia.

Ambos guardaron silencio por varios minutos. Había momentos en que Anael veía a Barud como una especie de alma gemela retorcida y sangrienta. Se parecían demasiado, quizás por ello se llevaban tan bien.

—Los vamos a matar.—Anael sentenció—. Los vamos a matar a todos.

Barud sonrió y le palmeó la espalda.

—Ese es el Ángel Morgan que yo conozco. —Barud sacó una tarjeta de su bolsillo—. El número de Analise Charpentier. Comunícate con ella.

Anael le dio una sonrisa.

—Te debo demasiado favores ¿Eres consciente de eso?

—Lo sé, lo sé. Quizás, en algún momento, te haga pagármelos. —Barud le sonrió y le guiñó el ojo y Anael estaba a punto de responder el desafío. Su amigo lo detuvo—. Espera, las sorpresas no han terminado, porque tengo algo más para ti.

Anael rio.

—¿Más? ¿Qué pasa, Barud? Ni en mi cumpleaños me has dado tantos regalos.

Barud asintió.

—Encontramos a Mayka Callum.

—¿Qué? —Anael apenas lo creía. Habían estado siguiendo un rastro desde hacía meses sin ninguna pista—¿Dónde?

—Toledo, una linda hacienda a las afueras. Amor, paz y naturaleza. Todo lo que se merece una maldita asesina sin escrúpulos, ¿no crees? —ironizó Barud. Anael tensó la mandíbula, sus dedos volvieron a apretarse en torno al vaso. Barud puso la mano en su hombro—.Tranquilo, debes ir paso a paso.

—Para ti es fácil. —Su voz se entrecortó—. No viste lo que le hizo a mi hermano.

—No—replicó Barud—, pero si juegas las cartas con inteligencia. Lo que sucedió con Bryce, no será ni el uno por ciento de lo que padecerá ella.

Anael desconocía lo que significaba la palabra calma y mucho menos, reflexión. Era un huracán devastador al que poco le importaban las consecuencias.

—No tenemos el equipo necesario para esto—señaló—. Tardaríamos meses en…

—Mis hombres pueden ayudarte—aseguró Barud. Anael frunció el ceño.

—Tú no eres Barud Sinclair ¿Quién mierda te ha poseído?

El hombre se carcajeó y cortó la oscuridad de la conversación.

—Tranquilo, soy el mismo y, con respecto a esto, sí deberé pedirte algunos favores, unos muy pequeñitos.

El tono que usó no le gustó nada a Anael.

—¿De qué estamos hablando?

Barud llamó al mesero para que le llenará el vaso de nuevo.

—Escucha atentamente, ángel. Una vez que aceptes, ya no habrá vuelta atrás, ¿entiendes?

Anael bebió el último trago y dejó que el mesero llevará su vaso.

—No soy de los hombres que se arrepienten, así que, tranquilo, habla, y yo te daré mi respuesta.

—No puedes retractarte. Hablo en serio.

Anael se rascó la barbilla.

—Si tu ayuda me lleva a la casa de Mayka Callum, créeme, ni la muerte me hará arrepentirme.

# 6 Es momento de salir de la oscuridad

El lugar no era para él. Bryce bebió el whisky de un solo trago y dejó el vaso en la barra. Había pocos lugares a los que los Morgan podían escabullirse, después de lo que le sucedió. Cuando la sociedad te ha declarado muerto, no solo necesitas pasar desapercibido, requieres volverte invisible.

Bryce era algo así como una especie de mago. Se volvió experto en el arte de desaparecer, en fingir estar muerto, aunque, tal vez lo estaba.

No podía regresar a su departamento, no podía salir como solía hacerlo antes, ni siquiera pudo participar en las subastas donde se remató lo poco que quedaba de su empresa. Los Morgan habían perdido todos sus contactos, privilegios, negocios, su dignidad. Los habían dejado sin vida.

Acarició con la punta de los dedos el vaso de vidrio, ya no de cristal, como siempre estuvo acostumbrado. Su cabeza estaba fija en el líquido color ámbar, luego su mano se movió sobre la barra. La madera oscura y antigua necesitaba restauración.

—Estás más pensativo que de costumbre.

Sus ojos grises fueron hacia la rubia delante de él que servía los tragos. No era imponente, pero tenía una belleza simple, de esa que te transmite calma, después de una terrible tormenta. Bryce le sonrió con sus labios cerrados.

—Mientras más viejos los hombres, más reflexivos se tornan—dijo con gracia. La chica le sonrió. Fue una mueca genuina, como todo

en su rostro anguloso y blanquecino.

Bryce observó las pecas de su rostro, eran como chispas que cubrían su nariz y parte de sus mejillas. Tenía ojos color ámbar, similares al whisky.

—¡Vamos! ¡No eres viejo! —exclamó con sinceridad—. Actúas como uno, eso ya es cosa distinta. —Bryce se humedeció los labios, la chica limpiaba la barra—¿Cómo te llamas? —preguntó con curiosidad. Era una pregunta difícil, una que Bryce no respondía desde hacía años, pero pensó que esta mujer tenía un interés real en ello. Confió en su mirada.

—Bryce—dijo sin dudar más—¿Y tú?

—Ivy—respondió la mujer—, mi papá es el dueño del bar.

—Nunca lo he visto por aquí.

La mujer negó.

—No lo que pasa es que…— La conversación se detuvo. Las palabras se trabaron en la boca de la mujer—.Papá es alcohólico—respondió finalmente.—Hace un año comenzó con rehabilitación.

—Vaya—Brice negó—, un alcohólico dueño de un bar. Es casi una ironía.

—No es una ironía—replicó la mujer—. Es la crueldad más grande que el universo pudo hacerme.

Sus miradas se encontraron. Bryce reconoció ese sentimiento. La emoción, la llama que incendiaba sus pupilas.

—Sigues en guerra con eso—afirmó. La chica sostuvo el paño entre sus manos como si su vida dependiera de ello.

—Él no era así—confesó—, después de que mi hermano murió, él... —Ivy desconocía el motivo por el cual estaba abriendo su corazón a ese desconocido, quizás, ya era momento de dejar salir el dolor —.Mamá murió un año después, su corazón se detuvo mientras dormía, en realidad, su corazón estaba muerto desde el instante en que supo que mi hermano dejó este mundo.

El corazón de Bryce latía desbocado en su pecho.

—Por lo que vale, creo que eres una mujer valiente—dijo sin un ápice de duda. Ivy rio y negó.

—No soy valiente, es que no tengo alternativa.

—La tienes.—Bryce replicó—. Podrías haberte dejado morir como tu madre, perderte en el alcohol como tu padre, pero no lo hiciste, elegiste seguir viva.

Los ojos de Ivy se llenaron de lágrimas.

—A veces me arrepiento de esa decisión—dijo con dolor—, a veces, solo quiero cerrar los ojos y no despertar nunca más.

Bryce hizo una mueca, fue casi una sonrisa.

—Lo sé y levantarte cada día a pesar de eso, es lo que te vuelve una persona extraordinaria.

Las mejillas de Ivy se tiñeron de un adorable tono púrpura. Bryce, al notar la incomodidad en la mujer, bebió el trago de una sola vez y lo deslizó hacia ella. Ivy asió la botella y volvió a servirle.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante. —Bryce movió el vaso y lo señaló. Ivy observó a los escasos clientes que todavía se encontraban en el bar.

—¿Qué haces aquí?

Bryce arqueó una ceja.

—¿No es obvio?

—No—Ivy negó—, tú no eres un hombre asiduo a este tipo de lugares.

Los ojos de la mujer recorrieron su brazo desde la muñeca hasta la altura del codo, donde estaba doblada su camisa.

Bryce se detuvo en el punto donde convergían los ojos curiosos de la mujer. Los trazos de tinta que mostraban rosas, espinas y calaveras entrelazadas.

—Nunca me agradaron los tatuajes—confesó la mujer—, pero este es hermoso. —Sus ojos no dejaban de recorrer el dibujo—.Es como si…

—¿Qué?

—Como si contara una historia.

—Lo hacen—declaró Bryce—. Es la historia de mi familia en realidad.

Ivy notó como los ojos grises se entristecían.

—¿Alguien murió?

Bryce dio un profundo suspiro.

—Todos lo hicieron, de la manera más cruel posible.

Las voces alrededor no eran bajas. Dos hombres a un costado rieron, ajenos al torbellino de emociones que los atravesaban a ambos.

—Tú también fuiste valiente—dijo la mujer—. Decidiste vivir.

Bryce dio una risilla.

—No, yo solo tenía que vivir para vengarme. Eso es todo.

—¿Y lo has logrado? —preguntó la barista, expectante.

El celular sonó con un mensaje. Bryce lo abrió y lo leyó. Dio una sonrisa ante las palabras escritas por su hermano Anael.

—No todavía, pero creo que estamos cerca.

***

—Es nuestro momento—Anael golpeó la mesa de la sala—. Estas mujeres nos van a ayudar a borrar a los que quedan, empezando por Ian Callum. —Bryce escuchó la propuesta y el entusiasmo en la voz de su hermano. Intentó que la duda no nublara su juicio, pero fue imposible—¿Qué te pasa?

Los ojos grises se movieron hacia el rostro de Anael, quien lo observó con el ceño fruncido.

—No conocemos a los hombres de Barud, no a todos.

—Yo pongo las manos en el fuego por él, lo sabes—replicó su hermano—. Si él se está arriesgando por esta causa que hemos esperado cerrar desde hace dos años ¿Por qué dudas tú? ¿No confías en mi criterio?

—Confío en ti—replicó Bryce—. Eres mi hermano, el ser que jamás me traicionaría. Barud también es un buen tipo, pero de quién hablamos es de Ian Callum. El enemigo que tenemos adelante tiene más contactos y dinero que cualquiera de nosotros, incluido Barud. Nosotros solo tenemos ruinas ¿Si de pronto intenta sobornar a uno de los tipos?

Anael negó, convencido de su decisión.

—Es hora de que nos levantemos de los escombros, demonio. Este es nuestro boleto de regreso ¿Acaso quieres quedarte en esta pocilga hasta que mueras?

—Por supuesto que no. —La mirada de Bryce se ensombreció—. Soy uno de los que más pidió esta guerra. Quiero verlos a todos muertos, solo así vamos a vivir en paz.

Anael se puso de pie. Caminó hacia la pared frente a Bryce en el sótano donde llevaban adelante sus reuniones.

—Hay algo más—dijo Anael. Bryce se hizo hacia atrás en la silla, se cruzó de brazos. Su camisa se estiró sobre sus bíceps—. Es sobre Mayka Callum.

Su nombre lo golpeó como la ráfaga de un huracán, como la primera vez, como siempre lo haría, incluso cuando anhelaba destruirla, incluso cuando esa mujer tenía una sentencia de muerte que, tarde o temprano, él cumpliría.

—¿Qué hay con ella? —dijo con voz plana.

—Vive en Toledo.

—España. Lindo lugar para esconderse.

—Debemos ir por ella—señaló Anael.

—No todavía. —Bryce advirtió.

—No estoy diciendo que vamos por ella de inmediato, pero una vez que eliminemos a Ian, podemos…

—No—replicó Bryce y Anael frunció el ceño.

—¿Qué mierda te ocurre? ¿Por qué no?

—Porque no estamos preparados para dividirnos en frentes. Escucha, nos enfoquemos en este—señaló el hombre—. Si vamos a tomar este trabajo, hay que eliminar a Ian Callum antes de que se agrupen. No quiero que los dos comiencen a trabajar juntos. Ya hemos visto lo que pasa cuando eso ocurre.

—No somos los mismos—aclaró Anael—. No somos los idiotas confiado de esa noche.

—Tienes razón. No somos los mismos por dos motivos. Primero, porque ya nos empujaron al límite y, aun así, nos levantamos. Segundo, porque no contamos con los recursos humanos, ni económicos para llevar una guerra en el continente, sin tener consecuencias legales.

Anael puso los ojos en blanco.

—¿Tienes miedo de ir a la cárcel? ¿Ese es tu temor?

Bryce negó con su cabeza.

—Tengo miedo de ir a la cárcel y de que ella quede viva—confesó —. Tengo miedo de perderte a ti, o a Eric en vano.

Anael puso los ojos en blanco.

—¿En serio, cabrón? ¿Te vas a poner sentimental? ¿Dónde está el demonio Morgan? Pensé que solo te volaron el corazón, pero, al parecer, también los huevos. —Un silencio pesado cayó sobre ambos. Anael tosió—. Bueno, creo que eso fue demasiado, yo no…

—Comunícate con las Charpentier—dijo Bryce sin inmutarse. Había tomado una decisión—. Vamos a reunirnos con Eric mañana, y después con los hombres de Barud.

—¿Aceptas? —preguntó Anael.

—Vamos a ir por Ian Callum y su amante, a partir de allí nos moveremos a Toledo. —Bryce observó el reloj en su muñeca que marcaba las dos de la madrugada—. Esta noche he bebido demasiado. Necesito dormir, y tú deberías hacer lo mismo.

Bryce se puso de pie y caminó hacia la puerta. La luz tenue del sótano dibujaba luces y sombras.

—Sé que todavía sientes cosas por esa mujer—agregó Anael. Bryce se detuvo en el umbral—. La manera en que evades todo lo que tiene que ver con ella lo demuestra ¿Cómo carajo lo haces? ¿Cómo puedes amar a alguien que te rompió de todas las maneras posibles?

Bryce lo miró por encima del hombro.

—¿Quién ha dicho que la sigo amando? ¿No te has puesto a pensar que quizás no quiero protegerla a ella, sino a ustedes?

—No quiero protección, demonio—respondió Anael—. Quiero que los matemos, así como ellos hicieron con nuestra familia.

Bryce le dio una sonrisa y negó.

—Sigues siendo el tonto adolescente que era bueno con las armas. Un inmaduro que no mide las consecuencias.

—¿En serio me lo dice el tonto que se follaba a un Callum?

Bryce negó de nuevo y salió del sótano. Anael volvió a la mesa, a la tarjeta que Barud le había dado. Jugó con ella entre sus dedos. La paciencia nunca fue una de sus virtudes y, mientras más se demoraran en actuar, el enemigo se recuperaría con creces.

Tal vez el demonio tenía razón, quizás ninguno de ellos llegaría a ver la luz del sol después de la guerra, pero, si el enemigo caía, todo valdría la pena.

# 7 Inesperado

—Cariño, es tarde ¿Andas sola a esta hora?

Mayka le sonrió a Cora, la amable mujer de la tienda de conveniencia a la que visitaba cada semana para comprar algunas víveres.

*—Señora, es peligroso salir a esta hora ¿No quiere que haga las compras en la mañana?*

*—No te preocupes, necesito caminar un rato.*

La hacienda de Mayka estaba a más de una hora a pie, pero era una especie de ritual caminar entrado el sol hacia la ciudad y comprar algunas productos que, en ese último tiempo, se habían tornado indispensables.

La caminata le daba paz, la temperatura descendía y el aire tenía otro aroma. Mayka pocas veces usaba jeans, sudaderas y tenis mientras vivía en Londres. En Toledo, lo hacía con frecuencia. Se mentía diciéndose que era por comodidad, que ya no necesitaba ser la misma persona que era, pero la realidad era que Mayka, a veces, salía de la cama a duras penas. No se arreglaba porque no encontraba las fuerzas para hacerlo. Prácticamente se dedicaba solo a la hacienda. Dejó de hacer ejercicio, lo que la llevó a aumentar algo así como diez kilos. Retomó vicios y adquirió nuevos.

Había días mejores que otros, pero la realidad era que la mujer de Londres ya no existía. Estaba perdida en algún lugar del Caribe,

enterrada en la arena de una isla de la cual su cuerpo físico salió, pero nunca su alma.

Se hizo una coleta, asió la billetera y salió de su hogar, mejor dicho, el lugar en el que podía respirar todavía.

Llegar a la tienda y hablar con Cora, una persona ajena a la hacienda era refrescante, como si viviera lejos de la civilización y ella le trajera noticias de otro mundo. La mayor parte de los chismes y las historias que la mujer le contaba trataban sobre personas que Mayka no conocía, aun así, las escuchaba. Resultaba simpático escuchar sobre las desgracias de otros, para negar las propias.

«Patético».

Mayka dio un suspiro y se aferró a ese modo de vida.

—Han ocurrido algunos robos en la zona, querida—dijo la mujer—. Es algo a lo que no estábamos acostumbrados. Mi marido me dice que deberíamos cerrar antes, pero muchas personas vienen a esta hora. No me parece justo para ellas.

Mayka negó.

—Debes cuidarte. Entiendo que tus clientes sean importantes, pero si algo te sucede, tu familia sufrirá.

—¿Sufrir? ¡Ja! —Cora movió la mano para quitarle importancia—. Llevo cuarenta años con mi esposo, probablemente haría una fiesta al librarse de esta vieja.

Mayka le sonrió y negó.

—No es verdad y tú lo sabes, de lo contrario, no estarían juntos o se preocuparía por ti, además ¿tú festejarías si lo perdieras?

Cora le dio una sonrisa tímida.

—La verdad es que no podría vivir sin él.

—Entonces, ¿por qué asumes que él sí?

—Porque me aferro a eso—dijo la mujer—. Soy cinco años mayor que él, así que, lo más probable, es que me vaya antes de todos modos, así que, tiene que acostumbrarse.

Mayka negó con algo de diversión.

—Acostumbrarse, como si eso fuera tan fácil.

Cora guardaba los dos yogures, una botella de jugo de naranja, una botella de Macallán, y un paquete de cigarrillos. La mujer le señaló el paquete y el whisky.

—Deja de jugar con la muerte. A tu marido tampoco le gustaría perderte de seguro.

La sonrisa de Mayka, poco a poco, se desvaneció.

—No tengo pareja.

Cora frunció el ceño y negó.

—Pues debe ser una decisión muy personal. Ningún hombre en su sano juicio no te querría como mujer.

Cora le entregó los paquetes y Mayka dio un suspiro. Se aferró a las bolsas como si fueran un salvavidas.

—Lo tuve, ¿sabes? Él murió. —Mayka tragó saliva y la mentira le supo a algo tan amargo que se le revolvió el estómago, pero por alguna razón, tuvo que decirla.

Cora le dio una mirada entre la comprensión y la tristeza.

—¡Ay, querida! Lo lamento mucho. Los hombres nos parecen tontos e inútiles muchas veces, pero cuando nos dejan así, la vida suele ser muy dura, y los extrañamos demasiado—agregó la mujer —. Estoy segura que, desde donde esté, te sigue amando como el primer día.

Mayka le devolvió la sonrisa, fingió, como tantas otras veces. Asió las bolsas y se despidió de la mejor manera posible. Había caminado una cuadra cuando el llanto la invadió. Sus pasos pesados, algunas personas pasaban a su lado y la miraban. No le importaba, ya no.

Había recorrido diez calles cuando se apoyó en la pared de una vivienda y resbaló por ella haciéndose un ovillo. Las bolsas a sus pies y las gotas, esta vez, no solo venían de sus ojos, sino también

del cielo. Había estado tan perdida, tan ensimismada que no se percató de la tormenta que se formaba sobre su cabeza.

La lluvia se desató con furia, las luces de los autos iluminaban las calles mojadas. El agua comenzó a cubrir todo.

Pronto, la sudadera se convirtió en una esponja que absorbía la lluvia. Sus cabellos empapados se pegaban a su frente. Se levantó con el dolor latiendo en su pecho. Abrió la botella de whisky y le dio un enorme trago, luego otro, y otro. Estaba más allá de todos los juicios alrededor de ella, más allá del dolor que quería apagar, la angustia inenarrable que necesitaba apagar.

De verdad lo había intentado. Mayka se dijo a sí misma, entablando una conversación que evadía. La verdad era demasiado dura. Quiso comenzar de nuevo, se prometió a sí misma, se lo prometió a Bryce, por la vida que ambos se merecieron y ella decidió destruir.

«Él murió».

—¡Mentira! —gritó fuera de sí en las calles desoladas—¡Yo lo maté! ¡Yo!

Nunca lo dijo en voz alta hasta ese instante, hasta el momento en que la mentira le retorció las tripas.

*—Lo asesine por ti, por tu seguridad.*

*—No, lo mataste por ti. No me corresponde llevar una carga más.*

*—Nunca te importé.*

*—Eres una Callum, siempre encontrarás la forma de salir.*

Su madre la había traicionado. Le había dado una bala en el medio del corazón. No le importaba, nunca le importó y Mayka lo supo, siempre lo supo, solo decidió ignorarlo. Prefirió destruir a la única persona que se entregó a ella con todo lo que tenía, el hombre que luchó contra su familia, contra sus hermanos que apenas la toleraban y ella les dio la razón. Mayka les mostró que nunca se debía confiar en las hienas, cuando éstas son capaces de comerse entre ellas al momento de nacer.

Las lágrimas no lavarían la tragedia, no harían que el tiempo retrocediera, pero era lo único que la calmaba.

—Perdóname, perdóname—pronunció con sollozos. Un sonido desgarrador que llegaba desde lo profundo de su alma.

Abrió una vez más la botella e ingirió el contenido de un solo tirón. El alcohol ardió en sus entrañas. No hubo espacio en su cuerpo que no estuviera cubierto de agua. Pestañeó y observó el cielo, el cual, resplandeció con un relámpago. Uno tan fuerte, tan intenso que iluminó la noche.

Se arropó con las bolsas que ahora abrazaba. La botella de whisky cayó a su lado. El alcohol tenía la capacidad de abstraerla de la realidad, del dolor punzante de estar viva, del remordimiento y la culpa que ya no cambiaban nada.

Bebió el agua que se adhería a sus labios, el líquido se deslizaba con libertad y plenitud en su rostro. La lluvia golpeaba con más intensidad a cada segundo.

Mayka se entregó al agua purificadora, allí, con su espalda adherida a la pared blanca, se dejó llevar.

***

El olor a verduras asadas era intenso. Mayka sintió que se le hacía agua la boca. El aroma la llamaba.

«¿Dónde estoy?».

Mayka saltó del sofá en el que pasó la noche y parte del día. Sus ojos celestes yendo a cada lugar de la pequeña sala. Había un sofá más pequeño al lado del de ella. Tenía un estampado de flores doradas sobre un fondo bordó, las paredes blancas y los muebles de un sutil beige, una alacena con platos antiguos y decenas de fotografías. Una mesa redonda sobre la cual había un florero lleno de rosas rojas. Mayka sacudió la cabeza. A unos metros de ella, supuso que en la cocina, alguien tarareaba una canción en español. Era una voz femenina, la luz entraba a raudales por las dos ventanas

que daban a las calles, cuyas cortinas estaban abiertas de par en par. Una punzada atravesó su cabeza y casi la hizo gritar. Dios, ¿así se sentía una resaca?

Había estado bebiendo bastante los últimos dos años, pero jamás se perdió de esa manera. Su cuerpo se paralizó cuando notó que su ropa fue reemplazada por una enorme camiseta de algodón de color gris y un pantalón corto blanco. Estaba descalza y no había señal de sus tenis.

¿Dónde mierda estaba? Mayka se levantó y el mareo la hizo sentarse de nuevo. Escuchó pasos acercándose, provenientes de la cocina. Fue cuando apareció una mujer con un delantal de flores similares al sofá. Se secó las manos con un paño.

—¡Ya despertaste, guapa! ¡Qué bueno!

Mayka tragó saliva. La verdad es que todavía no comprendía por completo el español, sobre todo, si hablaban muy rápido.

—Buenos días. —Mayka miró el reloj que estaba sobre el aparador —. Buenas tardes, mejor dicho.

La mujer sonrió.

—Has dormido con todo, hija mía. Tu ropa ya se secó igual que las tenis. Espérame, ya te las traigo.

—Un momento.—Mayka la detuvo—¿Quién es usted?

La mujer volvió a sonreírle.

—Mi nombre es Eugenia Morales, mi marido es José.

—Mi nombre es Mayka. Te llamas como una de mis empleadas.—La mujer asintió con amabilidad.

—¿De dónde eres, guapa? Por tu acento…

—Soy inglesa—dijo Mayka—. Londres.

—Ah, me parecía, aunque hablas muy bien el español ¡Te felicito!

—Gracias. —Mayka se encogió de hombros.

—Mi marido y yo te encontramos anoche en la puerta de nuestra casa.—La mujer explicó—.Estabas dormida. El cielo se había desatado, entonces, te ingresamos al hogar. Yo te cambié, mi marido te revisó y notó que habías ingerido mucho alcohol, pero estabas bien. Somos médicos, mejor dicho, lo éramos. Hace bastante tiempo que ya no ejercemos.

Mayka se sentó de nuevo y se llevó las manos a la cara.

—¡Por Dios! ¡Qué vergüenza! —Los hechos de la noche anterior comenzaron a caer como fichas de dominó.

—Te llamaron de tu casa. Les dije que estabas bien, que pasarías la noche aquí por las lluvias—esbozó Eugenia. Mayka dio un suspiro. Esto era lo más bajo que podía caer—. Cariño, sé que no es de mi incumbencia, pero no deberías beber de ese modo.

—Yo no actúo así, de verdad. —Mayka negó y se excusó.

—Los problemas no se resuelven matando el cuerpo. Se resuelven sanando la mente y el corazón.

Mayka miró sus manos que temblaban.

—¿Y si no merezco sanar?

La mujer frunció el ceño y le tocó el brazo con delicadeza.

—¿Por qué no te das un baño y te relajas? Luego comes con nosotros.

Mayka negó.

—No quiero incomodarlos.

—No lo haces, guapa—dijo la mujer quitando peso a la situación—. Vamos, esa cara bonita está demasiado hinchada. Un baño te ayudará a aliviar la resaca, tienes un rostro angelical.

Mayka observó a la mujer con tristeza. La pobre carecía de idea de a quién estaba albergando en su casa. No obstante, el dolor en la cabeza era insoportable, por lo que, sin alternativas, decidió tomar un baño.

Mayka sintió el agua tibia correr por su cuerpo desnudo.

«No mates a tu cuerpo».

Las personas nunca lo entenderían. No comprenderían la lógica retorcida de una mujer que extrañaba al hombre que ella misma destruyó.

«Siempre nos dijeron que los Morgan y los Callums no nacieron para estar juntos. ¿Sabes lo que yo pienso? Creo que es al revés. Es fácil amar las partes brillantes de un ser humano, pero las oscuras solo puede hacerlo alguien que habite en la misma oscuridad».

Su primo Dominic era bueno con las palabras, lo que Mayka no entendió hasta ahora es que la luz siempre vino de Bryce el «Demonio» Morgan que, irónicamente, se convirtió en el guardián que ella misma despreció.

Cerró la ducha y se apoyó en la pared de azulejos verdes. Sus ojos ardían en ese momento, y la cabeza seguía doliendo.

El alcohol no era una buena compañía. No iba a matarla, solo adormecerla.

# 8 Salvamos vidas, no las quitamos

Eugenia y José Morales eran personas amables. Mayka comió despacio y, por momentos, solo se escuchaba el sonido de los cubiertos sobre la porcelana.

—Te llevaré a casa.

—No, por favor. —Mayka le dijo al hombre—. Estoy bien, anoche solo fue un error de juicio.

José arqueó una ceja.

—Estoy seguro de que no es la primera vez que cometes ese error.

Mayka hizo una mueca.

—La verdad es que me gusta caminar cuando…

—No hablo de la caminata—dijo el médico—, sino de la botella vacía de whisky a tus pies.

Mayka tragó saliva y se arregló la camiseta holgada.

—Solo estaba un poco mal.

Los médicos se observaron en silencio.

—Pusiste en riesgo tu vida anoche—aclaró Eugenia—¿Qué habría pasado si no hubiéramos aparecido nosotros? Una mujer sola, ebria, completamente inconsciente, expuesta a muchas cosas.

Mayka quiso reír. En realidad, los rufianes deberían tener miedo de ella, no al revés, pero no les contaría de su antigua profesión, no todavía.

«¿Antigua profesión? ¿Estás segura de eso?».

No, ya no era una asesina a sueldo, tampoco una abogada. Mayka Callum solo era una exiliada, una cobarde que huyó en vez de enfrentar el dolor, así es como se percibía todo el tiempo.

—¿Desde cuándo bebes así? —El hombre indagó sin posibilidad de escape.

—Unos días.—Mayka mintió—. He tenido algunos baches emocionales y…— Mayka se quedó callada—. No es para tanto, fue solo un momento de mal juicio. No es que ande borracha todo el tiempo. Me gusta beber un poco en la noche, me ayuda a relajarme y a dormir mejor.

Los ojos del médico estudiaban el rostro de Mayka quien continuaba comiendo. Solo quería terminar su comida y marcharse.

—¿Lo combinas con algún medicamento?

Mayka chasqueó la lengua. Debería mandarlo a la mierda por metiche y ya.

—A veces tomo algún ibuprofeno o un par de aspirinas, solo para el dolor de cabeza.

El médico asintió. Se puso de pie y se dirigió al aparador detrás de ella que estaba lleno de fotos. De ahí, obtuvo una tarjeta, regresó a la mesa y la deslizó sobre ella en su dirección. Mayka la tomó y la hizo girar entre sus dedos.

—Esto es…

—Sé que piensas que no tienes problemas, pero los tienes, uno muy serio—señaló José—. No te digo que lo pienses ahora o que vayas de inmediato a las reuniones, pero te van a servir. Te sentirás acompañada. No eres la única que quiere matar algo dentro sí misma con la bebida, muchas personas sufren lo mismo.

Mayka abrió y cerró la boca, sin saber qué decir.

—Puedo controlarlo—dijo finalmente—. Solo son algunas emociones fuera de lugar.

José la observó con severidad.

—Hablas de las emociones como si fueran un trapo viejo que podemos desechar a nuestro antojo—señaló Eugenia—. Las emociones son una parte trascendental de la vida. Dictan el buen funcionamiento de cada uno de los sistemas de nuestro cuerpo. La tristeza y la angustia necesitan gestionarse y la respuesta no está en una botella, guapa.

Mayka observó a las dos personas.

—Agradezco que se preocupen por mí y toda su hospitalidad, pero he pasado cosas difíciles en mi vida y he salido adelante. Lo haré de nuevo.

—¿Siempre lo resolviste con una botella de whisky?

La respuesta era un rotundo no. Mayka jamás atravesó por un dolor semejante como el que albergaba. Llevaba encima la misma herida que le ocasionó a Bryce.

Los médicos volvieron a su comida. Las verduras estaban exquisitas, con la cocción perfecta para derretirse en la boca como mantequilla. Mayka contaba con una cocinera muy buena en la hacienda, junto a empleados que la acompañaban todo el tiempo. No eran fríos, ni tampoco impersonales como sucedía en la mansión Callum. Mayka se enfocó en contratar personas en las que pudiera confiar y que le brindaran cariño, no solo la vieran como su jefa.

—Londres tiene lugares hermosos—dijo el hombre cuando la conversación y los intentos de terapia fracasaron.

—Viví allí toda mi vida, pero siento que necesito paz y tranquilidad ahora.

—Pues has llegado al lugar correcto. Esta ciudad tiene belleza escondida.

Tenían toda la razón. Toledo era como esas piezas únicas, un lugar perdido en el tiempo, un sitio para contar historias de amor y también tragedias. Sus castillos susurraban cuentos y leyendas. En

el fondo, pensó Mayka, se parecía a las islas británicas en su misterio.

No fue una elección al azar. Mayka era consciente de que Toledo la conectaba de algún modo a su trágica historia.

Una vez se había soñado a sí misma deambulando por la Isla de Skye, entre el verdor y la humedad de la hierba. Llevaba un vestido rojo, su cabello caía sobre su frente mientras la bruma llenaba el aire. Sus pies llenos de barro daban pasos y se detenían sobre un acantilado. La bruma descendía sobre las rocas, las voces de algunas mujeres se escuchaban a lo lejos. No eran gritos, ni lamentos, solo la llamaban, la incitaban a unirse a ellas.

—Todavía no. —Mayka susurró entre la bruma y la confusión de aquel sueño. Se uniría a las ninfas de la muerte, pero todavía no era el momento.

***

Uno de los empleados de su hacienda fue quien vino a buscarla dos horas después.

—Gracias por cuidarme, por todo lo que hicieron por mí—dijo Mayka al despedirse.

—Es nuestra obligación—agregó José con una sonrisa—. Cuando quieras hablar, estamos aquí.

Sergio, un hombre mayor que era uno de los empleados, la miró con ojos desorbitados.

—Señorita, ¡sabía que esto iba a suceder alguna vez! ¡Se lo dije a mi esposa!

—Está bien Sergio. —Mayka le tocó el hombro y caminó rumbo a la camioneta—. No ha pasado nada.

Sergio resopló.

—Niños, niños ¡No hacen caso de lo que uno les dice!

Mayka le sonrió y negó. Sergio era el esposo de María Eugenia y, junto a Pablo, su hijo, eran una de las tres familias que vivían en la hacienda. Eran dulces, amables, trabajadores. La clase de seres que vale la pena tener cerca. Mayka supo que eran las personas correctas para ello.

Mayka subió al vehículo y apoyó su cabeza en el respaldo, todavía estaba cansada, aturdida. El alcohol hizo estragos en su cuerpo, la luz solar provocaba que cerrara los ojos con fastidio. Quería seguir durmiendo, lo necesitaba.

*—Agradezco que se preocupen por mí y toda su hospitalidad, pero he pasado cosas difíciles en mi vida y he salido adelante. Lo haré de nuevo.*

*—¿Siempre lo resolviste con una botella de whisky?*

Se dijo a sí misma que no tenía problemas con el alcohol. Solo se le fue de las manos esa noche.

«¿Qué hay de las demás noches?».

Mayka dio un suspiro de hartazgo. Su cabeza se negaba a callarse, a darle paz un maldito segundo.

«Tú no sabes manejar la paz. Nunca lo supiste»

Tal vez ese era el problema, quizás mujeres y hombres como los Callums desconocían lo que ese término significaba, pero ¿acaso no eran polos de una misma realidad?

La paz y la guerra solo eran dos caras de la misma moneda, toda paz se lograba a través de la guerra, a través del dolor y la pérdida. Mayka ahora vivía en tranquilidad en Toledo y, para ello, tuvo que destruir su mundo.

Hubo noches en las que el dolor apenas le dejó fuerza y, entonces, lo entendió. Miró al hombre que conducía y pensó en la familia de él, en lo mucho que se amaban.

«La paz que se construye sobre cenizas, rara vez perdura».

Un presentimiento oscuro se instaló en su pecho. El miedo la invadió en ese instante. El temor no era por ella, su vida no era su bien más preciado ni mucho menos, sino por ellos, por todas las personas que trabajaban en su hacienda.

«Los Morgan no descansarán hasta verte muerta y lo sabes».

Su primo Ian, uno de los que menos la juzgó, quizás, porque llevaban heridas similares, dijo la frase sin una pizca de duda. Mayka lo percibió en sus entrañas. Después de dos años solo era cuestión de tiempo. Ellos vendrían y tomarían su vida, igual que Mayka lo hizo con Bryce.

—¿Se encuentra bien?

Salió de sus pensamientos y observó al hombre a su lado. Mayka le sonrió.

—Sí, lo estoy.—La mujer mintió como tantas veces.

Condujeron hacia la hacienda en silencio. El sitio estaba alejado de Toledo. La entrada de piedra y un camino marcado de flores y hierbas los recibió. No era similar a la campiña inglesa, pero habían sabido cultivar flores que se mantenían todo el año, frutales que los llevaban a entretenerse haciendo dulces y conservas, caballos con la mejor genética, los cuales, Mayka cuidaba como tesoros.

La mañana y la tarde en la hacienda eran un sinfín de actividades. Los empleados iban y venían, reían, hablaban. Mayka solía comer con ellos, se reía de sus bromas y el español ya se le daba un poco mejor, sin embargo, las noches no le traían paz.

El caer de la noche le traía una soledad profunda, un vacío inconmensurable. Las noches eran la parte de su existencia que ella prefería evitar.

La casa se sentía demasiado grande, fría, insulsa y estaba bien que así fuera.

Cuando has probado las llamas de un hombre tan intenso como Bryce Morgan, todo parece poco. La pasión de su amante fue un viaje de ida, el mejor que cualquier mujer podría experimentar.

Mayka se sentó en la hamaca del jardín que daba frente a los frutales, se meció en ella y observó la belleza de la tierra. Una inquietud, de nuevo, agitó su corazón. El presentimiento no se iba.

—Jefa, estás aquí. —Pablo se acercó con una sonrisa. Tenía 21 años, era un muchacho tan divertido. Le encantaba a Mayka el modo en que sus mejillas se ruborizaban cada vez que hablaba con ella—. Mamá dice que hará una paella para los trabajadores, preguntó si querías comer con nosotros o no.

—¿De verdad vas a preguntar eso? —Mayka le sonrió—. Me encanta esa idea.

—Pues genial, entonces.

Pablo se dio la vuelta, pero Mayka lo detuvo.

—Espera. —Mayka tragó saliva—. Quiero que comiencen a verificar todas las cerraduras y activen las alarmas durante la noche, ¿sí?

Pablo frunció el ceño. Trabajaba allí desde hacía tiempo, Mayka siempre se había mostrado tranquila en torno a la seguridad.

—¿Ha pasado algo?

—No—Mayka negó, porque no había forma de explicarle toda la historia y que el pobre muchacho no echara a correr—, pero quiero que nos mantengamos seguros. He oído de los robos en el pueblo.

—Por supuesto, le diré a papá que avise a los trabajadores.

El muchacho se alejó y el corazón de Mayka quedó acelerado. Sus ojos fueron al cielo, a las nubes que lo atravesaban.

«Por favor, ellos no tienen nada que ver».

Mayka les rogó a los dioses, a cualquiera que la escuchara, que si los Morgan llegaban a su puerta, tuvieran piedad de ellos.

# 9 Muñecas asesinas

Eran dos muñecas de porcelana. Bryce las observó junto a Anael a través de la videollamada. No obstante, más allá de la belleza, había algo maligno, como si fueran lobos disfrazados de cordero. Sí, Bryce entendió que tenía debilidad por ese tipo de mujeres después de la experiencia más dolorosa posible.

—Queremos un corte limpio—dijo Analise Charpentier—. La cabeza de Ian Callum y de Orel Romanov. Deben asesinar primero a su amante, que Ian lo vea sufrir y sepa lo que se siente perder lo que ama y ser incapaz de impedirlo.

Los dedos de Bryce tamborileaban sobre la mesa. No era ajeno al sentimiento que llenaba el corazón de Analise y Nancy Charpentier, el problema es que él había llegado a la conclusión de que nada se llevaría el dolor.

Era una mentira piadosa decirse a sí mismo que derramar la sangre del enemigo le traería paz. En los días de soledad, el «Demonio» reflexionó acerca de lo ocurrido a su familia. No solo se trataba de él, sino también de Anael y Eric. Bryce debía cuidar de ellos y la única forma de lograr eso, era a través de la muerte de sus enemigos.

—El dinero será transferido a sus cuentas dentro de veinticuatro horas. Les hemos enviado un contrato con las condiciones. Si están de acuerdo, deben firmarlo.

Bryce escuchó la frialdad en la voz de las mujeres.

—Me reuniré con mi equipo esta tarde y explicaré los detalles.

Analise fue tajante.

—Prefiero que lleves a mi gente en lugar de la de Barud.

Bryce frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? Barud es el intermediario, no puedo simplemente…

Nancy levantó la mano en señal de que guardara silencio. Ambas aparecían en pantalla una al lado de la otra. En el fondo, un salón tan enorme de piezas antiguas que parecía Versalles, con la diferencia que no había ningún rey Sol, solo dos lunas perfectamente sincronizadas y letales que hablaban de sangre y venganza, mucho más que Bryce.

—Vamos a pagarle a Barud. Después de todo, estamos en esta reunión gracias a él, pero considero que mis hombres están mejor entrenados.

¿Hacía cuánto que se preparaban para esta guerra? Bryce las analizó. No eran mujeres que vivieran en ese mundo, sin embargo, se podría decir que eran dignas hermanas de Jerome Charpentier. Habían planificado cada paso, los Morgan solo eran una herramienta más.

Bryce se preguntó si la muerte esta vez, golpearía la puerta con más insistencia y lograría su cometido.

—Desconocemos a tu gente—señaló Anael—. Trabajé con el equipo de Barud y…

—¿Sabes cuál es la diferencia entre Barud Sinclair y nosotras, Anael? —preguntó Analise—. Mi equipo carece de límites o escrúpulos. Saben que hay una misión de por medio y la respetarán a rajatabla. No importa quién muera o a quién deban lastimar para conseguir el objetivo. Aquí la cuestión es Orel Romanov e Ian Callum. Mi equipo me da esa garantía, esa confianza.

—¿Y qué hay de nuestra confianza? —preguntó Bryce—. Nosotros no los conocemos a ellos, ni a sus habilidades.

—Si se atienen al plan no habrá problemas—dijo Analise—. Los elegimos a ustedes, porque, si alguien entiende nuestro odio por los Callums, esos son ustedes. Me preguntas si planeó matarlos o traicionarlos, la respuesta es no. No somos ese tipo de personas, Morgan.

Un peso cayó entre ellos. Bryce puso en la balanza todas las alternativas. Ya no eran los poderosos Morgan, el clan que todos reverenciaban. Tenían el nombre sí, pero los recursos se habían esfumado.

Esta era, quizás, la única oportunidad que tendrían de empezar de nuevo. Se habían demostrado a sí mismos que rotos y sin recursos eran buenos. El trabajo realizado semanas atrás para ayudar a Grégor Thibault, un viejo amigo de la familia, había resultado todo un éxito.

Estaban más cerca de salir de las cenizas en las que quedó su vida, en poder mirar la tumba de sus padres y hermanos y que el pensamiento de haberles fallado se apagara. Las Charpentier estaban poniendo a la mano este comienzo ¿Estarían a la altura? ¿Su mente podría negar las señales de alerta y entregarse al destino?

—Quiero una reunión con tu equipo primero—señaló Bryce. Nancy le sonrió.

—Eso parece perfecto ¿Cuándo sales en el próximo avión a Bucarest?

Sería en su territorio, Bryce estaba seguro de ello.

—Dame veinticuatro horas y me comunicaré contigo.

***

*Eric aparcó su camioneta frente al antiguo edificio en Londres. Sostuvo el volante entre sus manos y lo presionó con fuerza.*

*Las manos de Eric temblaron. Tuvo unas ganas inmensas de un cigarrillo para calmar sus nervios. Agarró el abrigo que estaba en el*

*asiento del acompañante, su arma y descendió de la camioneta. Cruzó la calle solitaria, Eric se colocó el saco gris e ingresó al edificio.*

*Tomó el ascensor y se dirigió al segundo subsuelo de esa especie de búnker que había construido con sus hermanos, donde se reunía con ellos sin temor a que las paredes escucharan o hablaran. Los Callums tenían ojos por todos lados.*

*Eric golpeó la puerta y su hermano menor salió a recibirlo.*

*—Llegas tarde.—Anael le reprochó.*

*—A mí también me da gusto verte, ángel—replicó Eric. El hombre entornó los ojos y se hizo a un costado para que pasara.*

*Caminaron al interior de la morada. Bryce estaba sentado a la cabecera de una mesa de madera oscura. Estaba cruzado de brazos a la espera de que sus ayudantes ocuparan su lugar, uno a cada lado de él.*

*—Llegas tarde.*

*—Anael ya lo aclaró—expresó Eric—. No necesito más recordatorios cuando ni siquiera son capaces de dar un puto saludo.*

*—¿Acaso no te tomas en serio nuestras reuniones, hermanito? ¿Qué es lo que juramos? No vamos a descansar hasta que ningún miembro activo de los Callums quede vivo. Se lo prometimos a nuestros padres, a nuestros hermanos, y a cada ser amado que murió esa noche. Ellos hicieron extinguir nuestro nombre.*

*—Ellos no—recalcó Eric—. Ese maldito viejo Theodor y ahora está muerto. Bryce, ¿qué es toda esta locura? ¿De verdad serás capaz de poner una bala en la cabeza de la mujer que amas?*

*—¿Por qué preguntas eso? ¿Por qué continúas diciendo que la amo?—indagó rabioso Bryce.*

*—Porque no lo has negado en ningún momento en estos dos años —expresó Eric—. Miéntete a ti mismo si quieres, a mí no vas a mentirme.*

*Bryce observó a un costado. Esto era injusto.*

*—La odio, ¿sabes?—dijo Bryce con dolor—. Odio a Mayka Callum con todas las fuerzas de mi alma. La odio por lo que me hizo, la odio porque me convirtió en esto.*

*El silencio cayó sobre ellos. La pierna derecha de Eric no podía mantenerse quieta. La tensión se olía en el aire, incluso se saboreaba, espesa, llena de miedos y palabras no dichas.*

*—Está en Toledo—aseguró Anael a Eric quien los escuchaba con atención a ambos—. Tenemos la oportunidad de encargarnos de los más cercanos, y luego iremos por ella.*

*Eric le dio una mirada de soslayo a su hermano Bryce. La película de terror tenía tantas versiones. Nunca terminaba.*

*—Te enfrentaste a todos por ella—recordó Eric—¿ De verdad has olvidado todo lo que provocaba en ti?*

*—Ella intentó matarme, ¿qué parte no has entendido, idiota?—balbuceó Bryce.*

*Eric comenzó a reír. Era triste ver en lo que el amor convertía a los seres humanos. Hombres fuertes y aguerridos desfalleciendo por el toque de un ser que nunca tendrían. Una rosa con demasiadas espinas, una rosa que no merecía nada.*

*—La amas—sentenció Eric.*

*Bryce se levantó como un resorte y lo zamarreó sujetándolo de la camisa, para luego presionar la mano derecha en su cuello.*

*—Jamás vuelvas a decir eso, ¿oíste? Respeta la memoria de nuestra familia.*

*Eric se mantuvo estoico. Las manos de su hermano abandonaron la tráquea de Eric, y el oxígeno volvió a pasar sin problemas. Anael, hasta ese momento, solo había sido un espectador.*

*—¿Para qué me llamaron?—preguntó Eric, cansado de la misma conversación desde hacía dos años.*

*—Te lo adelanté por teléfono. Hay un nuevo trabajo—explicó Bryce volviendo a sentarse—. Uno que nos dejará bastante dinero y que nos hará resurgir. Analise Charpentier nos ha llamado.*

*Eric frunció el ceño.*

*—¿La dueña de la empresa de biotecnología?*

*—La misma—replicó Anael esta vez—.Resulta que ella y su hermana quieren la cabeza de Ian Callum y su nuevo amante. Es un trabajo sencillo. Barud nos recomendó.*

*—Un trabajo sencillo.—Eric comenzó a reír. Parecía que sus hermanos no habían aprendido nada—. Es un Callum. Nunca es sencillo cuando se trata de ellos.*

*—Vamos a arriesgarnos—explicó Bryce.*

*Eric se humedeció los labios.*

*—Entiendo, quieren saber si yo me arriesgaré con ustedes.*

*—Es fácil, Eric ¿Estás con nosotros o no?*

*—Siempre estaré con ustedes, Bryce—aclaró Eric—,pero Jerome Charpentier era una víbora traidora ¿Por qué piensas que sus hermanitas no lo son? ¿Qué te hace pensar que no van a traicionarte cuando tengas la cabeza de Ian?*

*—Están desesperadas, y saben que además tenemos una motivación profunda cuando se trata de un Callum.*

*—Justos y pecadores medidos con la misma balanza—recalcó Eric—¿Crees que eso está bien? Ian Callum no participó en la masacre. Él no hizo nada en contra de nosotros.*

*—Su padre fue uno de los asesinos de nuestra familia—recordó Anael—¿Te olvidaste?*

*—No me he olvidado de nada, pero no quiero perder la poca cordura que me queda sumiéndome en la muerte de personas que no lo merecen.*

*—Antes no pensabas así—recalcó Bryce.*

*—Porque estaba cegado por la rabia—confesó Eric—Ardía de dolor, de tristeza. Me estaba quemando hasta que me di cuenta de que no podía seguir así. De verdad, no tengo fuerzas.*

*—Es decir que nos dejas de lado.—Anael afirmó como si nada de lo que Eric había dicho fuera significativo.*

*—Debo pensarlo.*

*—Somos lo único que te queda, Eric ¿De verdad no vas a apoyarnos en esto?*

*Eric le dio una sonrisa a Bryce.*

*—Estoy seguro de que papá te hubiera elegido su sucesor una y mil veces. Por tu fuerza, tu entereza, tu capacidad de ver el bien y el mal, más allá de lo que lo vemos todos. Tu talento de mirar las cosas simples sin juicios, pero ¿sabes qué?—Eric remarcó con tristeza—. Creo que ese hombre que habría sido un gran jefe ya no existe. Te estás equivocando, Bryce.*

*—Mientras ellos vivan jamás seremos felices.*

*Los ojos grises carecían de brillo. Eric se entristeció. Este hombre frente a él solo era una sombra del maravilloso ser que él admiraba.*

*—Jamás seremos felices, Bryce, y no es por los Callums—sentenció Eric—Es porque simplemente, hemos perdido la capacidad de amar. Tú lo sabes, estoy seguro de que lo has pensado un millón de veces.*

*Bryce se puso de pie una vez más, y dio unos pasos hacia adelante. Estuvo a escasos centímetros de su hermano y le habló al oído.*

*—Hay rosas por las que vale la pena sangrar ¿Te acuerdas cuando te lo dije?*

*—Como el primer día—recordó Eric con un nudo en la garganta ¿Cómo aquello que fue tan hermoso se pudo transformar en algo tan terrible? —. Estabas obnubilado por una jovencita de ojos celestes profundos, trece años menor que tú. Jamás te vi más*

*contento y pleno que cuando estuviste con esa mujer. No te importaba que fuera prohibida. Vivías.*

*Bryce puso sus labios en línea recta. El corazón, ese órgano que había perdido fuerza, pero que aún le daba el empuje para sobrevivir, se sintió cálido por unos segundos.*

*—Tenía razón, Eric—argumentó Bryce con los ojos llenos de lágrimas—. La tuve en ese momento y la tengo ahora.*

*—¿A qué te refieres?*

*—Si debo desangrarme para marchitar cada puta rosa de Londres, lo haré—sentenció perdido en la ira—. Con tu ayuda o sin ella, vamos a sacar a toda esa familia de la faz del planeta.*

***

Eric siempre fue el más frío de los tres mayores, quizás el más reflexivo. Donde estaba la impulsividad de Anael y la furia de Bryce, Eric ponía equilibrio.

—Nos traicionó—dijo Anael sentado en la mesa donde habían llevado adelante la reunión más dolorosa de su vida—. Ya no le importa.

—Le importa—replicó Bryce con resignación—, pero no está dispuesto a pagar el precio.

—¿De verdad este imbécil piensa que va a vivir feliz con su rusito y los Callums lo dejarán en paz?

Bryce negó sin saber cómo responder a esa pregunta. Le dolía que Eric no lo entendiera o sintiera como ellos, pero en el fondo, muy en el fondo, sintió envidia de su propio hermano. Envidió su capacidad para olvidar, para encontrar un amor al que aferrarse, algo que Anael y Bryce jamás tendrían.

—Deberíamos matarlo.

—¿A quién? —preguntó Bryce con horror—¿A Eric?

—¡Pues sí! —exclamó Anael—. Deberíamos destriparlo, picarlo, luego resucitarlo y volverlo a matar.

Bryce arqueó una ceja.

—No lo dices en serio, además de que es una locura.

—No, claro que no. —Anael se encogió de hombros—. Me conformaría con que él se lo crea.

—Eric jamás creería que tú le harías daño, y mucho menos yo.

Ambos rieron. Bryce tamborileó los dedos sobre la mesa. Anael se apoyó en la estructura a su lado.

—¿Confías en las Charpentier?

—No confío en nadie, ángel—Bryce se enfocó en su hermano—, pero no tenemos alternativa.

—Esas perras están bien locas.

Bryce rio y negó.

—Es mucho peor. No tienen nada que perder.

—¿Y nosotros?

Bryce se hizo hacia atrás en la silla, apoyó las manos sobre sus abdominales.

—Nosotros sí—explicó—, porque nos amamos y no podría vivir si ustedes mueren antes que yo.

Anael rio con ganas. Se levantó y golpeó la espalda de su hermano, luego lo abrazó por detrás mientras este todavía estaba en la silla.

—Debemos tener más que amor de hermanos para ganar esta guerra, amigo. El «Demonio» ya no es el mismo.

—¿A qué te refieres? Todavía soy bueno peleando, y también con un arma.

Anael sin alejarse, chasqueó la lengua.

—Eric tiene razón. Sigues amando a esa mujer.

Bryce saltó de la silla.

—No vuelvas a decir eso nunca más ¿Entendiste?

Anael le sonrió.

—Claro, porque si no lo digo, deja de ser verdad ¿Cierto?

Bryce negó con la cabeza.

—Ella intentó…

—Sí, ya lo sabemos. Te quiso bien muerto, pero supongo que eso es lo que hacen los Callums.

—¿Qué cosa? —preguntó Bryce sin comprender. Anael le dio una sonrisa de lado.

—Te hacen olvidar hasta de quién eres.

# 10 Negociaciones

**Bucarest, Rumania.**

**Un día después.**

*—¿Estás seguro de esto?*

*—No, pero ya no podemos echarnos para atrás.*

*Las personas creen que los que se dedican a este tipo de trabajo son seres sin escrúpulos. Me encantaría serlo, pero sin importar cuánto lo intente, siempre tuve límites.*

*Me apodaron el demonio, porque busqué la forma de destruir al enemigo con todo lo que tenía, aun así, jamás involucré a sus familias, jamás involucré a niños. No éramos así y mi padre estaba orgulloso de ese límite.*

*Río Morgan, mi padre, mataba para vivir del mismo modo que mi abuelo. No conocía otra vida, sin embargo, cuando pudo abandonarla lo hizo sin mirar atrás. Por años fuimos felices, por años creí que las pesadillas serían solo eso, sueños terribles en donde solo existía la sangre y la muerte.*

*El vuelo se da en silencio. Anael solo se dedica a observar hacia el cielo y las nubes que nos rodean. Sus ojos más allá de esta realidad, del futuro incierto, de la muerte que intentaremos esquivar.*

*«El miembro fundador de nuestra familia fue un hechicero. Cientos de personas recurrían a él por sus dolores y premoniciones. Podía mirar a la muerte de cerca y decir en qué momento caería sobre alguna pobre alma atormentada. Nadie dudaba de sus videncias, y el*

*reconocimiento hacia él y su linaje se tornaron eternos. Con el tiempo, los Callum ya no nos dedicamos a profetizar la muerte, nos convertimos en ella».*

*Mi padre reía cuando mencionaba la frase del poderoso patriarca de los Callums, cuando el viejo se jactaba de ser un emisario de la muerte.*

*Nosotros no teníamos esas frases, ni la elegancia ni la sabiduría. Hoy entiendo los motivos por los cuales nos superaron en un juego que siempre estuvo bajo su control. Los Callums eran más que una frase, tenían un modo de vida inquebrantable. Me gustaría decir que Theodor alardeaba de su linaje, pero no lo hacía. Hablaba de la realidad, de lo que representaban. Eran emisarios de la muerte, lo siguen siendo.*

*Anoche volví a soñar con ella, con mi asesina. Soñé con la primera vez que hicimos el amor. Mi hermano se reiría si me escuchara, pero no puedo decir que fue solo sexo. Nunca lo fue, nunca se trató de eso. La amé como a nadie, le entregué todo lo que tenía y no le bastó.*

*El problema es que mi piel todavía se estremece al recordar su tacto, su boca sobre cada parte de mi cuerpo. No soy un demonio, solo soy un pobre mortal que cayó perdido bajo el hechizo de una diosa. No importa lo mucho que nos riéramos de los dichos del viejo Callum, en el fondo todos lo sabemos.*

*Los Callum tienen algo de dioses, algo que los impulsa y los hace exquisitos a la hora de matar, pero también al momento de dar placer.*

*«Dioses del placer y la guerra».*

*Esa frase se repite en mi cabeza y conozco su veracidad, yo lo tuve, lo viví en carne propia. Llevo dos años sin estar con nadie. Para mí, antes de ella, el sexo era libre, se sentía natural como respirar. Tenía a la mujer que quisiera, nadie jamás me ha dicho no. Ahora, de pronto, pensar en acostarme con alguien más, me enoja, me irrita.*

*Lo he intentado, Dios sabe que lo he intentado, pero las mujeres ya no me interesan y me cansé de gastar energía. Es imposible, me*

*frustra, me cansa, me inunda de una rabia ciega porque ella me arrebató la vida, el deseo, las ganas de sentir en el momento en que apretó el gatillo.*

*Estoy tan perdido en mi tormento y en la autocompasión que apenas soy consciente de donde estoy. Las ruedas del avión golpean la pista, caigo en la cuenta de que hemos llegado a nuestro destino.*

*Llevamos un pequeño bolso cada uno. Anael sigue sin emitir palabra, un hombre de las Charpentier nos espera en el aeropuerto y nos traslada a la mansión.*

*Hacía tiempo que no visitábamos Bucarest. El viaje se siente eterno, y todo el miedo se cristaliza cuando tenemos frente a nosotros la mansión de estas mujeres, la cual, es una especie de castillo medieval que no tiene nada que envidiar a cualquier residencia de la nobleza europea.*

*Un bosque rodea la mansión. Denso, verde y profundo, llegamos a la entrada que está aproximadamente a dos kilómetros de los enormes portones que separan este lugar del mundo exterior. Descendemos del Bentley y un par de hombres nos acompañan a sus puertas. Hay grabados en ellas. Es una muestra de arte digna de exposición y ellas la tienen adornando sus puertas. Una vez que estamos en el interior de la enorme mansión, Anael da un silbido. Si tuviéramos que describir este sitio la palabra sería extravagancia.*

*No han escatimado en gastos en cuanto a pinturas y esculturas. Cada espacio está cubierto por alguna pieza de millones de dólares.*

*Caminamos por el pasillo, tanto Anael como yo, vamos atentos a cada paso. No han revisado si traemos armas. Esto puede deberse a dos razones: Una que son improvisados. La segunda razón puede ser que se sienten lo suficientemente seguros como para no asustarse por solo dos hombres que ni siquiera portan armas.*

*—¿De verdad vamos a viajar sin armas? ¿Estás loco?*

*—Vamos en un vuelo de línea, Anael.*

*—Mierda, esto es un suicidio.*

*—Por aquí por favor.*

*El hombre delante de nosotros nos señala una escalera hacia los subsuelos. Anael me observa, pero creo que ambos pensamos lo mismo. Si esto es una trampa, estamos más que jodidos.*

*Descendemos por la escalera de madera. El subsuelo tiene la misma opulencia que el resto del lugar. Caminamos hacia el final del pasillo, hay varias habitaciones de ambos lados y creo que ambos nos preguntamos qué guardan allí.*

*La última habitación tiene un código de acceso que el hombre activa e ingresamos. Tiene el tamaño de lo que era mi departamento en Londres. Hay un imponente escritorio de madera maciza en el medio, algunas pinturas, pero, lo más destacable, son las bibliotecas que cubren las paredes. El centro de la habitación tiene colgada en el techo una enorme araña de cientos de caireles.*

*El lugar se siente frío, impersonal, vacío. Observamos que, más allá, hay una puerta de la cual salen Nancy y Analise Charpentier, estas dos jóvenes rubias que se ven mucho más hermosas en persona.*

*—Los hermanos Morgan—dice Analise—. Pensé que eran más de tríos. —La mujer se burla al ver que Eric no ha venido junto a nosotros. Nos estrechan las manos y las saludamos.*

*—Lo éramos—digo con una sonrisa—, pero ahora solo estamos nosotros.*

*Analise nos sonríe. Tiene una belleza misteriosa, de esa que guarda mil secretos, pero ninguno bueno.*

*—Me alegra tanto que hayan decidido participar, de verdad, lo agradezco.*

*—El placer es nuestro—miento por cortesía.*

*Analise señala las fotos sobre el escritorio.*

*—Mi hermano se merece descansar en paz. Eso solo lo lograremos cuando los responsables de su muerte hayan pagado.*

*«¿Cuán mal de la cabeza debes estar para considerar a Jerome Charpentier un mártir?»*

*Me guardo el sarcasmo y me ato al guion.*

*—Lamento su pérdida.*

*—No lo lamentes. Ellos pronto lo harán. Tú perdiste a tus hermanos, sabes lo que nuestro dolor significa.*

*Es inevitable tensar la mandíbula. Mis hermanos eran unos ángeles, jamás habían matado a nadie, mientras que el suyo era un sádico que encontraba placer en el sufrimiento ajeno. No hay posibilidad para comparaciones, pero una vez más, me callo.*

*—Quiero conocer al equipo—señalo sin rodeos, sin ganas de escuchar estupideces fabricadas.*

*Es Nancy quien asiente y habla en rumano por el intercomunicador.*

*Unos minutos después un hombre corpulento ingresa a la habitación.*

*—Este es Joseph, el mejor de nuestro equipo. Es inglés, al igual que ustedes.*

*Nos ponemos de pie y los saludamos. Su apretón de manos me pone alerta. Hay algo más aquí.*

*—Te conozco—afirmo porque estoy seguro de que ese rostro lo he visto alguna vez.*

*El bastardo sonríe.*

*—Trabajé para Theodor Callum hasta que nos traicionó—confiesa sin tapujos—. Quedan pocos enemigos ahora.*

*Frunzo el ceño.*

*—¿Quién murió?*

*La mandíbula de Josep se tensa.*

*—Mi hijo.*

*Había que aplaudir a las Charpentier. Estas mujeres sabían jugar sus cartas. Habían reunido un montón de lobos heridos por el mismo cazador para ahora devorarlo.*

*Analise dio una sonrisa de lado.*

*—Llevamos casi dos años planificando esto. Confía en nosotras, Morgan ¿Qué puedes perder que ellos no te hayan arrebatado antes?*

*«Anael y Eric».*

*Es mi único temor, lo único que me queda en este mundo de mi familia.*

***

—Por aquí. —Fue Josep quien me condujo a otro sector de la oficina y me mostró los pasos a seguir. Más allá de las puertas secretas que este castillo poseía, había un centro de operaciones. Joseph manejaba el lugar con precisión—. El primer ataque se dará en Francia eso los obligará a huir y es ahí donde entran en juegos ustedes.

—¿Francia?

Anael observó los puntos en el mapa que estaba en la pantalla ubicada en la pared.

—El Festival de Cine de Marsella—explicó Joseph.

—Morirán inocentes, muchos—interrumpió Anael.

El hombre chasqueó la lengua.

—Tus hermanos también lo eran, sin embargo, los Callums no tardaron en eliminarlos. Ellos carecen de límites, ¿por qué ustedes no? —.No estábamos a la altura de esta pelea, no porque fuéramos malos en nuestro trabajo, sino porque todavía nos quedaban emociones—. El equipo les dará la señal para que intervengan. Hasta entonces, manténgase en las sombras.

—Hay algo más—dije porque, al parecer, éramos las figuras de reparto—. Una vez que entremos en juego, quiero ser capaz de manejar a mi gente.

Joseph me observó confundido.

—¿De qué estás hablando? —La cara del tipo era como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Entiendo que nos une la desgracia y el espanto—dije marcando mi territorio—, pero tengo una forma de trabajo y no quiero que se vea afectada.

—¿Crees que puedes hacerlo mejor que yo? —desafió Joseph y negué.

—No es una competencia—aclaré—, además, no creo ser mejor que tú, solo diferente.

Joseph se rascó la barbilla, ¿qué carajo le prometieron las Charpentier a este hombre?

—Escucha he manejado equipos para Theodor Callum, yo…

—No dudo que eres el mejor—repliqué sin ánimos de discutir—, pero quiero autonomía, de lo contrario…

—Hecho.

Joseph observó a Analise que ahora estaba parada cerca de nosotros junto a su hermana.

—Analise—Joseph mesuró el tono de su voz—, eso no fue…

—¿No quieres que los Morgan intervengan? —cuestionó la mujer—. Es muy sencillo. Resuelve esto en Francia y demuestra que el señor Morgan está equivocado—dijo con una gran sonrisa como si estuviera hablando del clima—. Caso contrario, estaremos en las manos de ellos.

Tragué saliva, por algún motivo, sabía que Joseph nos cobraría esta en algún momento.

—Necesitaremos dos autos—dije sin dudar—. Los mejores.

—Eso no es problema—agregó Nancy apareciendo detrás de su hermana. Eran inseparables—¿Alguna característica en particular?

Me enfoqué en Anael quien sonrió.

—Dile, hermanito. Dile la clase de auto que necesitamos.

# 11 Ataque

**Festival de Cine de Marsella, Francia.**

**Dos días después.**

El festival de Marsella era uno de los eventos más importantes del año. Uno al que Orel Romanov asistiría junto a su hermano, quien era pareja de Denis Lukas, un periodista, devenido en documentalista a quien le entregarían un galardón esa noche. Habían esperado ese momento, Dennis estaba listo para subir a ese escenario, pero las cosas no siempre suceden como uno espera, a veces, la vida tiene vueltas retorcidas y el destino cambia, en un abrir y cerrar de ojos.

*—Francia es mía.*
*—Bien, estaremos atentos.*

«No voy a fallar».

Joseph se ajustó el cinturón y cronometró su reloj junto a su gente. Esta batalla era de él, los Morgan eran su grupo de respaldo, uno el cual no necesitaría. La venganza era un plato que se servía frío, pues era hora de darles a estos bastardos una entrada, plato principal y postre.

Ian Callum no era Theodor, el viejo ya estaba muerto, pero mientras el linaje permaneciera, la posibilidad de engendrar un ser vil igual a él estaba intacta.

Joseph se tocó el auricular, la adrenalina activó sus sentidos y su necesidad de actuar.

—Procedan—dijo, y con esa palabra selló el destino de quienes estaban en ese festival, no solo de su amante y de Ian.

—Ian Callum todavía no aparece—dijo una voz del otro lado.

—No te preocupes. Lo hará.

***

*Una lluvia de proyectiles cayó sobre la familia de Orel Romanov. Se escucharon los gritos ensordecedores de la gente, que corría despavorida para salvar su vida. El mundo de pronto se tornó tinieblas. La policía actuó rápidamente, pero el grupo armado tomó el lugar, disparando sobre todo lo que se movía. Un comando de alrededor de veinte hombres armados hasta la médula, de trajes negros y rostros cubiertos con máscaras.*

*—¡Al suelo! —gritó la policía en medio de la histeria colectiva, los golpes, el llanto desgarrador y la desesperación.*

*Nadie lo esperaba. Es decir, en cada evento existía una planificación de la seguridad, pero siempre había fallas, grietas en donde los hijos de puta se metían y se abrían paso. Los hombres habían asestado el golpe en el corazón del evento. La mayor parte de los invitados estaba en la alfombra roja en ese instante, sin posibilidad de escape.*

*Entonces, como si fuera poco, un segundo grupo bajó de uno de los yates mientras apuntaba y gritaba, pero sin disparar. Orel entendió cómo funcionaba la operación.*

*El primero era solo un implante distractor. El que presentaba verdadero peligro era aquel que iba con un objetivo específico. ¿Cómo lo sabía? Fácil: los tipos no disparaban a mansalva, sino que trataban de ubicar a alguien entre la multitud que corría o se arrojaba al piso llorando.*

*—Te buscan. —La mano de Yev, el hermano de Orel, sujetó su brazo, y este abrió sus ojos por la sorpresa—. Muévete. Hay que salir de aquí.*

*El ruido de las balas del otro lado y los gritos dejaban poco margen para el pensamiento racional. La alfombra roja comenzaba a mojarse con la sangre de las víctimas.*

*Yev arrastró a Orel, quien estaba paralizado por el miedo. Dennis y los demás corrían delante de ellos.*

*—Hay que salir en uno de los yates —le dijo Yev a Dennis.*

*—No entiendo —susurró Orel.*

*—Te quieren a ti. Es una emboscada.*

*—¿Cómo lo sabes? —preguntó Dennis.*

*Él corría a su lado y esquivaba gente.*

*El muelle era la única salida. Muchos incluso se lanzaban al agua y nadaban hasta los barcos de personas que veían el espectáculo desde lejos. Algunos de los que se arrojaban a las aguas se mantenían allí, rogando no ser visualizados entre las penumbras.*

*Un yate pequeño se ubicaba al final del muelle, a varios metros de su ubicación. Dennis les señaló el sitio a donde debían dirigirse y quedó rezagado. Corrían tan rápido como sus piernas lo permitían cuando dos disparos alcanzaron al periodista.*

*—¡No! —gritó Yev, y los muchachos frenaron su huida para intentar ayudar a Dennis.*

*Solo estaban ellos, ya que la policía estaba demasiado ocupada.*

*—Hay que arrastrarlo —dijo Orel trémulo.*

*Dennis había caído al suelo inconsciente y su camisa se teñía de rojo rubí a la velocidad de la luz.*

*Orel puso la vista en los tres hombres que se acercaban a ellos. Bien, si lo querían a él, era todo suyo.*

*—¡Regresa aquí! —bramó Yev bañado en lágrimas, viendo cómo la vida de su amor se le escapaba en sus brazos.*

*Orel tensó la mandíbula y se mantuvo en su lugar, cansado de luchar contra el pasado y huir. No, esta vez, si querían terminarlo, pues que lo hicieran. Ya no tenía nada que perder. Los soldados lo identificaron de inmediato. Levantaron los rifles de asalto y apuntaron. Orel cerró los ojos y se entregó a la muerte.*

*—La revedere ticâlos.*

*El muchacho escuchó el idioma, y en ese momento todo cuadró.*

*Fue un relámpago. Las balas perforaron los cascos sin problemas. Venían desde detrás de los soldados. Tres balas, tres cadáveres; una precisión letal. Orel abrió los ojos, pensando que quizá se había*

*cagado en los pantalones de miedo o que ya no estaba entre los vivos.*

*Yevgeny, quien observaba detrás de ellos, se cubrió la boca cuando su salvador dio pasos firmes hacia donde estaban.*

*—No puede ser—. Orel sintió que su vista se nublaba por las lágrimas; una mezcla trágica de desazón y alegría.*

*Era él, siempre había sido él, y fue allí cuando entendió que estaba más perdido que al principio de la historia.*

*—Síganme. —Sus ojos decían tantas cosas y nada al mismo tiempo.*

*Orel quiso ser un traductor de las señales y gestos que esos orbes azulados le daban.*

*Sin pensarlo dos veces, todos lo siguieron.*

*Al instante, ayudó a Yev a cargar a Dennis en uno de los yates mientras los disparos y la locura continuaban un poco más allá.*

*—Tienes que contener la sangre —ordenó a Yev y abrió la camisa de Dennis. Los dos impactos se veían claramente. Todos se cubrieron los ojos.*

*—Ian…*

*—Aprieta ahí con fuerza —dijo a Yev—. Hay que llegar al hospital.*

*—Van a seguirnos.*

*Ian miró a Orel, y este tragó saliva.*

*—No saben dónde están. Los únicos que los ubicaron fueron esos tres. Se movieron rápido.*

*—¿Estás solo? —indagó Yev, e Ian asintió.*

*—Te dije que esto pasaría.*

*—No creí que se dedicaran a cazarnos en un festival internacional.*

*—Hay que salir de Francia cuanto antes. Sin embargo, con Dennis en estas condiciones solo nos queda llegar al hospital.*

*Yev abrazaba a su esposo, que continuaba inconsciente en el piso del yate. Ian se acercó a la cabina y lo puso en marcha de inmediato, alejándolo de la zona a toda velocidad. A lo lejos se veían las luces de las patrullas que llegaban al sitio.*

*—Toma su pulso. Fíjate si respira.*

*—Ya lo hice. —Ian se giró una vez más hacia Orel—. Es muy débil.*

*—No puedes dejarme, ¿me oíste? —Yev lloraba.*

*Orel se limpió las lágrimas, siendo testigo de la cruenta escena.*

*—No te atrevas.*

*Las lágrimas fluían incontrolables, sin importar cuánto las limpiara.*

*—¿De qué hablas? —preguntó el muchacho al hombre que tenía su vista hacia delante.*

*—No es tu culpa.*

*—El tipo me habló en rumano —dijo Orel con un hilo de voz.*

*—¿Qué? —Ian frunció el ceño.*

*—«Nos vemos, bastardo», fue eso lo que me dijo. Son las Charpentier. Han venido por mí —explicó cansado—. Tú no te atrevas a decirme que no me sienta culpable cuando todo esto es mi responsabilidad.*

*Mía se acercó en ese instante a su novio y lo abrazó. Orel le devolvió el gesto, abatido. Un huracán había arribado a las playas de su existencia sin dejar nada en pie.*

*Ian se enfocó en la bella joven. Una mirada adusta y sin alma. El hombre tensaba la mandíbula. Orel quiso saber qué pasaba por su cabeza.*

*—¿Quién es él? —susurró Mía, y contuvo el llanto.*

*Orel le dio un nuevo beso en la frente.*

*Sus ropas estaban manchadas de sangre frente a un hombre impecable incluso en las peores circunstancias.*

*—¿Orel?*

*Ian reparó en ellos una vez más, esperando la respuesta de esos labios esponjosos que se moría por probar, esos labios que pretendía destrozar a besos y mordidas, haciéndolo olvidar que estuvieron en otro cuerpo.*

*Orel, en medio del llanto silencioso y el sonido del agua, dio la respuesta más cordial que pudo; acalló lo que su corazón deseaba gritar a pesar de todo el sufrimiento.*

*—Él es Ian Callum —contestó por fin—. Es un amigo de Dennis, Yev y mío.*

*La mueca de una sonrisa se dibujó en Ian casi imperceptible.*

*Su máscara de estoicismo de repente tuvo una pequeña fisura.*

# 12 Dulce y tortuosa espera

**Bruselas, Bélgica.**
**Horas después.**

El saco de boxeo se había roto en dos partes. La «patada alta» daba de lleno una y otra vez a una velocidad imposible. Las vendas con las que estaban envueltas sus manos se mostraban empapadas de sangre. Ese hombre no se detenía. La sala lúgubre parecía más bien un centro de tortura y entrenamiento al borde de la muerte. El tipo lanzaba combinaciones de brazos y piernas para luego saltar y golpear más arriba del saco.

Los aplausos detrás resonaron en la cabeza de esa máquina de lucha. Se giró hacia el hombre impecable de cabello rubio y ojos azul grisáceo como un día nublado.

—No me gustaría ser esa bolsa y tampoco tu enemigo —ironizó el hombre, y el luchador continuó con su trabajo—. Hace calor aquí. ¿No tienes un ventilador? ¿Por qué quisiste esperar aquí? En el hotel tenemos…

—Anael, estoy ocupado, así que, si vas al grano, las cosas irán mucho mejor.

—Huy, ¡qué rudo! —lanzó Anael, burlándose una vez más de su hermano.

—Y tú eres muy idiota, pero no hay nada que podamos hacer. Estamos a la espera de algo que va a cambiarnos la vida, una vez más ¿Y tú tienes ganas de bromear?

Anael chasqueó la lengua.

—En un par de horas nos vamos a España, así que prepárate.

—¿De qué hablas?

El hombre se rascó la ceja.

—Recibí noticias de Francia, las peores.

Bryce cerró los ojos, no había querido leer nada con respecto al festival.

—¿Cómo fue?

—Como lo esperábamos, un baño de sangre—agregó Anael, esta vez, un poco más serio—. Creo que tu «amigo» Joseph es de los pocos que sobrevivió.

Bryce pensó en el hombre y en su obsesión por los Callums que superaba la suya.

—Debe sentirse miserable.

—Pues, se lo merece—agregó Anael—, pero de todos modos será necesario.

Bryce dejó el saco y le prestó toda la atención a su hermano

—¿Ya tienes todo listo?

—Sí, los autos están preparados como lo solicité. Vamos a interceptarlos antes de que lleguen a España.

El hombre movió la cabeza de un lado a otro, estirando su cuello, fingiendo que esta situación no lo tenía con los nervios de punta.

—¿Qué pasa? —indagó Anael con una sonrisa—. ¿No te gustaría un poco de acción en la carretera?

Bryce negó.

—No es eso, pero sabes que es peligroso y, además, es ponerse al descubierto. Sabrán que estoy vivo.

—No nos verá —afirmó Anael confiado—. No le daremos tiempo.

—Lo subestimas. Puede que no sea el Callum más peligroso, pero no se rendirá. —Bryce se sacudió el cabello empapado de sudor.

—Está solo. El muchacho que lo acompaña es solo una criatura asustada.

—¿En serio? ¿Te has preguntado por cuánto tiempo estará solo?

—¿Qué? ¿Piensas que los demás intervendrán? Son pocos los que lo soportan. Ni siquiera su medio hermano daría un céntimo por él.

—Me recuerdas a nuestro padre —comentó Bryce sin gracia—. Así era de confiado, y mira cómo terminó.

—Lo que nos ocurrió se debe a que confiamos en un Callum —replicó dolido.

Bryce se secó el sudor pasando sus manos por el torso, embadurnándolo con sangre. La muerte de sus padres y sus hermanos era una enorme herida que todavía sangraba como el primer día. Bryce levantó la guardia y volvió a la tarea de golpear la bolsa.

Anael esbozó una sonrisa malévola.

—Tienes razón —dijo al final—. Ian intentará conseguir refuerzos de entre su gente de confianza. Por ello va rumbo a Toledo.

Bryce cerró los ojos y sacudió la cabeza. El peor golpe que «el demonio Morgan» había sufrido.

—Hay que matarlos antes de que lleguen ahí. —Se crujió los huesos.

—¿Qué pasó con eso de que era una estupidez exponerse?

—No voy a enfrentarme con ella en Toledo y fin de la discusión. No sabemos qué tiene preparado, porque te aseguro, que está al tanto de lo sucedido. No es momento de salir y mostrarme.

Anael se humedeció los labios.

—Yo también estoy muy seguro de que tu examante los va a ayudar. —Bryce le dio la espalda y continúo trabajando. Anael puso los ojos en blanco—. Por Dios, deja de comportarte como un adolescente y prepárate. Los mataremos antes de que lleguen a tu eterno y no correspondido amor. —Anael dio un suspiro y se peinó el cabello.

Bryce se quitó las vendas y pasó la mano por su frente.

El agua y el aceite o, como la gente los llamaba, el ángel y el demonio.

—Te pareces a ellos —dijo Bryce, y Anael río.

—Imposible.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque jamás arriesgaría mi vida por amor.

—Nunca digas nunca, además, ¿no lo estás haciendo ahora? —sentenció Bryce, y Anael volvió a reír.

—Es diferente. Ian Callum está a punto de perder su vida por un tipo cuando jamás se preocupó por nadie. Tú casi mueres

arrastrándote por Mayka Callum. Eso debe dejar una enseñanza, ¿no crees?

—Tiene algo por lo que luchar. —Bryce se alejó—. Algo que le importa más que nada.

Anael se cruzó de brazos. Su hermano estaba tan perdido en su miseria.

—Nosotros también lo tenemos —declaró con firmeza—, y se llama venganza.

—¿Crees que es suficiente?

—Pues más vale que lo sea, porque nos han pagado para deshacernos de ese problema.

—En caso de que fallemos antes de llegar a España. Necesitaremos un equipo.

—Lo sé—replicó Anael—. Joseph está casi fuera de juego. Los hombres que nos acompañarán estarán a nuestro cargo—aclaró Anael, y comenzó a quitarse la camisa.

Bryce frunció el ceño.

—¿Qué haces?

—Una pelea contigo. Ahora.

Bryce puso los ojos en blanco.

—Por favor, Anael.

—Vamos, tenemos algo de tiempo. ¿O qué? ¿Tienes miedo?

Bryce se giró hacia su hermano y se frotó las manos.

—Sí, tengo miedo de quebrarte algún hueso y dejarte inservible para la pelea verdadera.

***

*El sol caía lentamente, con suavidad en el horizonte. Los vehículos iban y venían en una carretera con mucho tráfico a esa hora. Muchas personas regresaban a sus hogares, liberándose de sus trabajos, en búsqueda de una cita o algún encuentro romántico, o solo iban a un bar a pasar un momento agradable.*

*Orel pensó si alguna vez tendría esa oportunidad de nuevo. Su novia Mía, sus amigos Vanya y Oleg le habían mostrado un nuevo mundo. Orel desconocía lo que era una fiesta o conducir deportivos*

*de alta gama. Los muchachos le abrieron el corazón de par en par, acompañándolo, sin preguntar demasiado. Dejó que su congoja reposara y que en algún momento se quedara dormida.*

*—Necesito que tomes el volante.*

*—¿Qué?*

*Orel pensó que se trataba de una broma, pero cuando Ian llevó el auto a un costado de la carretera supo que sus oídos habían captado el mensaje.*

*—Quizá tú no tienes sueño, pero si yo sigo así visitaremos a San Pedro antes de tiempo y todo el esfuerzo se irá a la mierda —explicó —. Necesito que te hagas cargo del auto por un par de horas. Eso es todo.*

*—Ian, yo…*

*—Vamos, ten un poco de piedad —dijo con una media sonrisa.*

*Orel no pudo resistirse a ese encanto, nunca pudo. Ese había sido el problema desde el principio.*

*—Bien —replicó.*

*Bajó del auto e intercambiaron lugares. Se sentó y tocó el volante, el cual todavía estaba caliente. Esa sensación lo abrumó. Lo acarició con suavidad, disfrutándolo antes de poner el cambio y emprender la marcha una vez más. Ian se humedeció los labios y movió el asiento hacia atrás.*

*—Si ves algo extraño, me despiertas.*

*Orel iba a decir algo cuando los deportivos oscuros hicieron su aparición.*

*—Vienen por nosotros —informó con su voz temblorosa. Aceleró y sobrepasó los vehículos que iban delante.*

*El sueño se fue como por arte de magia. Ian se incorporó y volteó. Los autos se acercaban a toda velocidad.*

*—¡Mierda! —El hombre abrió la guantera y sacó una arma calibre 45.*

*—Nos van a alcanzar.*

*—Acelera.*

*—Los autos no…*

*—¡Acelera! —gritó Ian. Entretanto, puso su pie sobre el de Orel y apretó el acelerador, lo que provocó que el muchacho diera un grito*

*mientras movía el volante, esquivando los demás transeúntes.*

*Los autos no cedían, sobrepasaban a cada vehículo de la misma forma que ellos.*

*—Estamos a unos kilómetros de las vías del tren.*

*—¿Qué?*

*—Confía en mí —los ojos azules llenos de adrenalina se enfocaron en él—, por favor.*

*Orel apretó el acelerador una vez más, elevando la velocidad a ciento ochenta kilómetros por hora. Una maniobra brusca y el auto volaría por los aires. Los hombres que los seguían no se quedaban atrás. Ian necesitaba saber quiénes eran, pero con el polarizado de los cristales era difícil.*

*Con un relevo perfecto, uno de los autos golpeó la parte trasera del vehículo de Orel, y este volvió a gritar. Mientras tanto, intentó mantener el control.*

*—Relaja los nervios.*

*Ian abrió la ventanilla y sacó la mitad del cuerpo hacia afuera, colocándose en ángulo para disparar. Los vehículos hicieron relevo otra vez y el auto que venía atrás se adelantó, alcanzando una velocidad mayor a ciento ochenta kilómetros. Ian disparó varias veces, pero las balas no perforaban. Malditos bastardos. Los autos eran blindados. El Porsche que había quedado atrás avanzó, se posicionó del lado de Orel y embistió al tiempo que el BMW retrocedía y el auto de Orel comenzaba a dar vueltas.*

*—¡Sujétate! —bramó Ian con una mezcla de ira e impotencia. Carajo, ¿en qué momento pensó que dormir era una buena idea? Ahora estaban a punto de dormir para siempre.*

*Los vehículos alrededor se hacían a un costado y tocaban bocina frente a la escena, pero nada los detenía.*

*Por un milagro de algún dios, ángel o demonio, el auto frenó sus giros y no volcó.*

*—¡Acelera! —vociferó Ian.*

*Orel, como pudo, se guardó el miedo en el bolsillo y retomó la huida.*

*Los autos los siguieron y subieron la velocidad una vez más.*

*—¿Qué hago?*

*—Vas a acelerar al máximo, ¿me oíste? —ordenó—. Cuando te diga, presionas el freno de mano y giras el auto, ¿está claro?*

*Orel olvidó en qué idioma hablaba. Las lágrimas hacían el trabajo muy difícil.*

*—¡¿Me oíste?! —Cargó el arma y volvió a sacar su cuerpo del vehículo.*

*Esta vez el Porsche avanzó y ambos autos se cruzaron. El conductor del Porsche sacó su brazo por la ventanilla contraria y apuntó al hombre expuesto.*

*—¡Ian!*

*En su desesperación, Orel movió el deportivo al costado, embistiendo el lateral del auto con fuerza, lo que desestabilizó al conductor, que solo ocupaba una mano al volante.*

*El abogado aprovechó la maniobra y disparó hacia uno de los neumáticos para que el Porsche perdiera el control. El vehículo que lo acompañaba avanzó y embistió desde atrás. Ian sintió que su columna se quebraba cuando su cuerpo se movió hacia atrás y hacia adelante por la inercia, pero aprovechó la oportunidad para disparar una vez más y terminar de sacar del juego al Porsche, el cual se fue a la banquina. El conductor, en sus ansias de controlar el auto, giró el volante a punto de dar un vuelco.*

*—¡No dejes de pisar el acelerador! —ladró Ian con el viento, que hacía volar su saco y su corbata.*

*Orel se cerró a los sentimientos y dejó que su cerebro hablara, obedeciendo la voz potente del hombre que llevaba a su lado.*

*El BMW inició una persecución encarnizada. Era obvio que había sido un error tocar el otro auto. Con la precisión de un reloj suizo aceleraba y desaceleraba y lograba embestir desde atrás el deportivo, que estaba a punto de desarmarse.*

*Las vías del tren ya se avizoraban en la lejanía. Orel supo lo que Ian pretendía, así que se dejó guiar por los instintos. El sudor bañaba su camisa y el único perfume permitido en ese momento era la adrenalina. Orel avanzó con el vehículo, llevándolo a una módica velocidad de ciento noventa y cinco kilómetros. El auto volaba en sus manos a esa altura. Si no volcaba, era solo por gracia de Dios. Uno de los trenes apareció en el horizonte.*

*—¡Debemos cruzar del otro lado y retomaremos la carretera! —exclamó Ian, y se agachó cuando el conductor comenzó a dispararle otra vez.*

*Orel manejó como pudo y llevó el deportivo hacia ese sector, dejando atrás el pavimento y con ello una estela de polvo que le permitió camuflarse por unos segundos. Sin embargo, el auto lo siguió.*

*—No va a ceder. —Ian se guardó en el vehículo antes de terminar con la mitad del cuerpo fracturado—. Hay que sobrepasar al tren.*

*El vehículo, sin control, avanzó por la tierra y el pasto para quedar al lado del tren, que parecía inalcanzable. El BMW aceleró y estuvo a punto de embestirlos una vez más y lanzarlos contra uno de los vagones. Las personas en los vagones se paraban atónitas para observar de cerca la persecución. Orel apretó una vez más el acelerador y llevó a quebrar prácticamente el velocímetro. Este era el fin, no había forma de sobrevivir. Unos segundos adelantaron al tren. Esta era la única oportunidad que tendrían.*

*—¡Ahora!*

*Orel giró el volante y el deportivo atravesó las vías a un milímetro del tren. El BMW intentó hacer lo mismo, pero al notar que el tren lo golpearía volvió el vehículo al lugar, perdiendo la estabilidad, por lo que comenzó a dar giros y giros.*

*Orel manejó el auto a través de la hierba hasta que este se detuvo por sí solo por las deformidades del terreno. Temblaba. Quería llorar, gritar, orinarse y cagarse en los pantalones. Todo en ese orden. Esto era increíble.*

*—Orel —se aferraba al volante mientras oscilaba como una hoja quebradiza—, ya, tranquilo. Ya pasó.*

*—No es verdad —replicó—. Esto no ha pasado. Recién comienza.*

*—Tranquilo…*

*Ian le acarició los brazos y luego tomó sus manos temblorosas. Los dedos largos y finos se movían incontrolables.*

*—Mírame —repitió con firmeza y dulzura a la vez.*

*Orel continuaba con su vista sobre el volante, apretando la mandíbula.*

*—Mírame. Ya pasó. —Acercó su rostro al del muchacho y le besó las mejillas humedecidas por las lágrimas—. Anda, tenemos que salir de aquí. Ellos no van a detenerse.*

*Y esta vez Orel se giró hacia él. Su cabecita todavía dolía y estaba mareado. Demasiadas locuras y momentos llenos de muerte.*

*—Quiero que esto termine.*

*—Primero debemos ponernos a salvo —dijo mientras presionaba su boca cerca del oído del muchacho—. Suelta el volante, yo conduciré.*

*—Tengo miedo.*

*—Estoy aquí, ¿recuerdas? —Intentó calmarlo—. Y no voy a irme esta vez, lo prometo.*

*Orel se limpió las lágrimas y salió del vehículo. Ian se mordió el labio inferior. Había estado muy cerca. Rápidamente, aprovechó la acción e intercambió asientos con su acompañante. El muchacho se sentó a su lado y se abrazó a sí mismo.*

*—Tengo frío —susurró con un hilo de voz.*

*—Son los nervios —explicó—. Pronto vas a recuperarte.*

*Orel quedó en silencio y contempló una vez más la ventanilla. Ian giró la llave y el auto falló varias veces en encender hasta que por fin lo hizo. Funcionaría unos pocos kilómetros más en ese estado. El abogado maldijo. Necesitaban cambiar de vehículo antes de llegar a España.*

# 13 Escombros

Un desastre, un completo y total desastre.

—¡Maldición! —Bryce Morgan salió del auto y tocó su hombro.

Una gran rasgadura en su camisa dejaba la mitad de su fibroso torso a la vista. El maldito tren pasaba y los vagones jamás terminaban. Los bastardos habían logrado escapar. Una jugada demasiado arriesgada. Bryce comenzó a plantearse que quizá las parejas de los Callum estaban tan locas como ellos.

«Tú eres prueba de ello».

Calló a su mente, que quería hacer un comentario sarcástico. No había llegado allí para rememorar un corazón roto. La cuestión con los Callum siempre fue personal y habían llegado para borrar de la faz de la tierra a uno más. Debía volver por su hermano. Cielos, ¿cómo había podido dejarlo atrás?

«Siempre fuiste así».

Cuando Bryce entraba en acción, se volvía irrefrenable, aunque, sin duda, habían subestimado a Ian Callum y al dulce joven que iba con él. Bryce se sentía patético, vencido al volante por un civil, ¡un civil!

Su familia estaría tan decepcionada de él.

«Ellos nunca lo sabrán. Están muertos, ¿recuerdas?».

Bryce dio un profundo suspiro, el dolor había intensificado en las últimas horas, los recuerdos nítidos, palpables, estaba a punto a gritar de dolor.

¿Se podía? ¿Sentir cada parte de tu alma que se deshoja? ¿Cada parte arrancada de manera inesperada y cruel?

«No te desvíes de tu objetivo».

El celular sonó en su bolsillo en ese instante. Identificó el número de inmediato. Pudo respirar con un poco de tranquilidad. Su

hermano tenía más vidas que un gato.

—Anael.—Bryce ladró todavía sin aceptar la derrota.

—¿Los tienes?

—Escaparon.

—No jodas.

—Creo que el trabajo tardará un poco más de lo esperado. Saltaron delante del tren. Estuvo a punto de embestirlos. El mocoso lo hizo. ¿Puedes creerlo?

—¿Qué les diremos a las Charpentier?

En ese punto, esas mujeres debían estar al borde del psiquiátrico, bueno ¿no lo estaban ya?

—Ya veremos cómo arreglamos ese tema. Sabemos que tenemos gente para enfrentarlos. El equipo de Joseph, lo que queda de él.

—¿Entonces?

Bryce tensó la mandíbula ante el próximo paso de la misión.

—Hay que llegar a Toledo. Las cosas se han complicado. No significa que esta misión fracase. Terminaremos con los malditos Callum como sea.

—¿En serio?

Bryce frunció el ceño.

—¿Qué carajo te pasa? ¿Por qué me estás cuestionando?

—Llegaremos a las puertas del hogar de Mayka Callum, tú no querías enfrentarte con ella todavía ¿Qué piensas ahora?

El hombre se rascó la barbilla, su rostro ensangrentado.

—Dime lo que piensas sin tantos rodeos.

—No estás a la altura de esto, Bryce. No lo estuviste en el instante en que supiste que se dirigen a Toledo. Estabas tan desesperado por vencerlos antes de llegar allí que perdiste concentración. Vamos, a ti nadie se te escapa, a menos que, inconscientemente, hayas bajado la guardia.

Bryce negó con la cabeza, como si su hermano fuera capaz de verlo del otro lado del teléfono ¿Qué mierda estaba diciendo? ¡Era una locura!

—Gracias, psicólogo—respondió Bryce conteniendo la rabia—. Además, te recuerdo que tú me metiste en esto. Fue tu

desesperación por enfrentarte a ellos de nuevo lo que nos ha orillado a esta situación.

Anael comenzó a reír.

—¿Mi culpa? ¿En serio? No necesito ser un genio y menos cuando tu enfado me muestra que tengo razón. Tú eres el racional aquí. No puedes decirme que Orel Romanov te venció en un duelo de carretera.

—No soy yo el que salió volando por los aires.

—No, eres el idiota que casi es arrollado por un tren como si fuera un novato. Yo suelo pensar con la verga todo el tiempo. Se supone que tú me encarrilas, no al revés.

Bryce apretó la mano en puño. El aire golpeaba su cara, que ardía. El sudor hacía que las heridas escozaran también.

—Vamos a tomar lo que nos pertenece —espetó.

—Dime la verdad —dijo el hombre del otro lado—, ¿estás listo o debo llamar a Eric? ¿Estoy hablando con Bryce o con «el demonio»? Porque cuando Ian una sus fuerzas con Mayka voy a necesitar al último. Sin importar que llevemos un equipo entrenado. Los hemos visto en acción, sobre todo a ella.

—Escúchame bien, hijo de puta —ladró de nuevo—, no vuelvas a cuestionar mi profesionalismo, porque la próxima vez te pongo una bala en medio de los ojos sin importar que seas mi hermano. ¿Te quedó claro?

El silencio invadió la línea.

Bryce gritó una vez más: —¿Estamos de acuerdo?

—¡Sí, maldita sea! —exclamó Anael. Entretanto, subió al auto e hizo una mueca de dolor. Fue cuando se percató de que dos de sus dedos se habían dislocado.

Para los Morgan el cuerpo era una máquina infalible cuando el cerebro se replegaba, dejando lugar al instinto. El instinto es lo que ha llevado a los humanos a gobernar el planeta.

El instinto, el hambre voraz de destrucción, ambición, venganza, las cualidades que impulsaban a los hombres y mujeres de su familia a buscar imponerse sobre uno de los clanes de mercenarios y asesinos a sueldo más poderoso de Europa.

Anael dejó el celular y activó el manos libres. Los dolores de las magulladuras y las heridas del impacto comenzaban a hacer su juego. Cerró los ojos y apretó los dientes. Con su mano izquierda presionó sobre las falanges amoratadas, que todavía estaban calientes por la velocidad de la circulación sanguínea. Un movimiento seco, menos firme que el que daba cuando les quebraba el cuello a sus víctimas. Dio un quejido y los dedos volvieron a su posición.

—¿Estás herido? —La voz de Bryce sonaba más calmada. Este también volvía a ser él mismo, no un criminal colérico.

—Nada grave. —Masajeó los dedos y volvió a apoyar sus manos en el deportivo destartalado.

—Hay que irse, la policía vendrá.

Los curiosos detenían sus autos en la carretera y se iban acercando. Anael levantó la mano y sonrió como si nada pasara. Obviamente, eso contrastaba con el auto destruido, el cual, después de cuatro volteretas, no había quedado techo abajo de milagro.

—Iré por ti. Mi auto se averió.

—El mío no está en mejores condiciones. Debemos llegar a la próxima ciudad.

—Perfecto, nos reuniremos con el equipo allí, demonio.

«Demonio».

Bryce pensó una vez más en su apodo. Mayka amaba llamarlo así cuando estaba encima de ella y enredaba sus piernas en la cintura. Sus hermosos ojos celestes volvieron a su mente, los mismos que lo habían observado antes de apretar el gatillo y dejarlo desangrándose.

«Dios, ¿por qué me sigues torturando con esos recuerdos?».

Ojalá fuera un demonio. Deseó por un segundo tener su poder y matar a todos esos que le destruyeron la vida y le arrebataron las cosas que amaba. Hubiera deseado anular los sentimientos y vengarse de esa muchacha que había puesto una bala en su corazón sin miramientos. Se encontraría con ella frente a frente y esta vez no iba a perder la cabeza, pese a que su corazón lo perdió en las manos de esa maldita mucho tiempo atrás.

Bryce bordeó la cicatriz que atravesaba el pecho. Jamás sintió un dolor más grande que ese día. Nunca pensó que la única mujer que

había amado lo miraría a los ojos al momento de dispararle. El ruido del motor detrás de él lo trajo de regreso al presente. Anael bajó del vehículo envuelto en una nube de humo.

—¿Qué carajo sucede ahora?

—Arranca. Esa cosa está a punto de arder. —Anael ingresó al deportivo destartalado de su hermano.

Bryce se detuvo en su rostro un segundo.

—¿Te has visto?

—Tengo una herida en el rostro.

—¡Tienes un ojo cerrado, imbécil! ¡Mira la sangre!

—Ahora entiendo la cara de las viejas que estaban a punto de gritar. —Anael se quitó la camisa y comenzó a limpiarse.

—Increíble. —Bryce bufó y, poniendo una marcha, salió del polvo para entrar en la carretera y continuar el viaje.

—Debí haber robado uno de los autos.

—No, debemos pasar desapercibidos.

La carcajada de Anael fue estruendosa.

—Eres tan gracioso sin proponértelo. Obviamente hemos sido muy discretos. Nadie nos ha visto. Ha sido un plan genial.

—Ya basta. —Bryce lo sujetó de la camisa rotosa, y Anael tragó saliva—. Ya me cansé de tu actitud de superioridad. Estamos perdiendo, y si no te das cuenta, las Charpentier van a querer matarnos si fallamos.

—¿Podrías soltarme? Gracias. Soy consciente de que querrán matarnos.

Bryce lo empujó, por lo que Anael se golpeó contra la puerta.

—Vamos a arreglar esto de una buena vez.

—¿Como lo hiciste hace dos años?

Bryce tenía dos opciones; manejar a toda velocidad o golpear a su hermano. Considerando que todavía lo necesitaba para la misión, se decidió por la primera.

—Esta vez la sangre que va a correr será la de los Callum.

—Genial. —Anael presionó sobre el corte en el párpado para que dejara de gotear—. Sigamos entonces.

# 14 Recuerdos de amor y pasión

**Toledo, España.**
**Horas después.**

*—Estamos en problemas, en graves problemas.*
*—Ian, ¿qué ha sucedido?*
*—¿Has escuchado lo que ocurrió en el festival de cine?*
*—Una masacre, nadie sabe cuál era el objetivo.*
*—El objetivo era Orel.*
*—¿Orel?*
*—Mi novio, y estoy seguro de que también yo.*

«Una asesina despiadada».

Era así como Orel imaginó a la mujer que ahora salía a recibirlos en un vestido turquesa y con sandalias bajas. Obviamente, la expectativa distaba mucho de la realidad. Tenía una estatura baja en comparación a los Callum, un metro setenta más o menos. Bueno, quizá no era un ejemplo demasiado «promedio» teniendo en cuenta que el Callum que había conocido medía seguro más de un metro noventa.

La hacienda estaba alejada del centro de Toledo. No había vecinos cerca a varios kilómetros a la redonda. La casa poseía una mezcla de piedra y madera rústica, de techos altos en combinación con árboles frutales a varios metros de la entrada. Había cámaras de vigilancia en varios lugares de la pared, que medía alrededor de seis metros. El mensaje de ese sitio era claro: «No molestes».

Ian ingresó con la camioneta y la llevó hacia una cochera enorme cubierta, donde había un cuatriciclo, un Jeep y una motocicleta BMW. Ian se quitó el cinturón y ayudó a Orel a hacerlo rápido. Luego se detuvo en su rostro y lo besó con pasión.

—Para. Ella viene hacia nosotros —alcanzó a decir Orel, pero no se apartaba.

Ian bajó de la camioneta y caminó hacia su prima, a quien llevaba sin ver varios meses. A la muchacha se le iluminó la cara. Corrió hacia él y saltó a sus brazos.

—¡Ian!

Orel observó la escena y sonrió.

El abogado le acarició el cabello y lo peinó para luego darle un beso en la frente y estrecharla en sus brazos con fuerza.

—Te he extrañado mucho.

—Yo también. Esperaba que en algún momento tú y Dominic vinieran. Es decir, ya no estoy en Londres, por lo que Dom no tiene excusas.

—No —contuvo la risa—, pero tiene un esposo que no le da respiro.

—¿Eso qué? —Se encogió de hombros—. No es como si les pidiera ser célibes o algo.

La carcajada de Ian llenó el corazón de Orel, quien se mantenía un poco más alejado, aguardando que lo presentaran. El abogado, en ese instante, levantó el brazo hacia el muchacho.

—Ven. Quiero presentarte. —Los ojos de Mayka estaban a punto de salirse de sus órbitas—. Mayka, él es Orel Romanov.

—¿Tu novio? —indagó la muchacha atónita.

La lengua de Ian se trabó en ese momento. ¿Le molestaría a Orel que lo presentara de ese modo?

—Sí —Orel extendió su mano hacia Mayka—, soy su novio.

—Carajo… —Mayka parecía más feliz que el propio Ian—. No creí vivir para presenciar esta ocasión.

—Sé que es difícil creer que Ian Callum puede romper algunas reglas.

—No, cariño —Mayka le dio una sonrisa que encerraba tantas connotaciones—, tu deseo de algo más y tu lado salvaje siempre

estuvieron ahí. Solo necesitabas conocer el interruptor que activara esa energía.

Ian volvió a abrazarla. Solo Dios y ellos sabían todas las situaciones que habían soportado y todo lo que perdieron por cuidar a la familia. El código siempre estuvo por sobre sus intereses. Esa era la regla, una que Mayka e Ian habían seguido hasta el cansancio.

—Vengan. Deben estar cansados. Y, por Dios, necesitan ropa limpia.

Mayka no preguntó lo sucedido, Ian le contaría con el devenir de las horas.

—Qué bueno que te das cuenta.

Orel caminó junto a ellos.

Ingresaron por una enorme puerta trasera de madera que tenía dibujos de caballos salvajes en grabados. Orel se quedó en la imagen y con la yema de sus dedos rozó los relieves perfectos.

—Fueron hechos a mano —dijo la muchacha—. Esas puertas estaban en una de nuestras residencias en Manchester.

—¿Y las trajiste de allá?

La sonrisa de Mayka mutó a un leve sentimiento de vergüenza.

—La casa se incendió hace algunos años. Lo único que pude rescatar fueron esas puertas.

—Estás muy lejos de casa —afirmó Orel con un atisbo de tristeza.

—No —replicó—, estoy en el lugar donde debo estar. Mi casa es donde voy. Inglaterra nunca se sintió como un hogar.

—Lamentablemente, nos hemos percatado un poco tarde.

Mayka apretó el brazo de Ian y asintió.

¿Cuántos secretos encerraban estos dos?

Orel percibió la muralla impenetrable y sintió celos. No por una cuestión romántica, sino porque esa muchacha conocía cosas de Ian, las cuales nunca verían la luz.

Mayka les hizo una seña, así que la siguieron a lo largo de un amplio pasillo cubierto de fotografías.

—Aquí soy libre y me dedico a lo que amo. —Mostró el enorme caudal de imágenes que decoraban las paredes.

—¿Eso es Rusia?

—Sí. Estuve allí hace un tiempo, en Vladivostok.

Era una pareja de ancianos sentados en hamacas, tomados de la mano. Los ojos azules del anciano, de pronto, le recordaron a su padre, a ese hombre que los había engendrado a él y a Yev, pero que jamás se preocupó por ellos.

—Es muy hermosa. Has captado su esencia.

—Habían cumplido setenta años de casados. Creo que valía la pena retratar el amor a lo largo del tiempo.

Orel se giró hacia la mujer y frunció el ceño. Había algo que ensombrecía su rostro, lo había visto cuando Ian lo presentó como su pareja. No era envidia, sino más bien…

—Oh, no, ¡no puede ser! —La voz de Ian sacó al muchacho de sus pensamientos.

—Está restaurada. Pensaba mandarte una copia a ti y a Dom. —La muchacha se recuperó. Entretanto, admiró la foto que estaba junto a una serie de paisajes de la campiña inglesa.

—Recuerdo ese día —reveló Ian—. Dios, ¡cómo odiaba las fotos! Y encima me pusieron al lado de Dominic, que era la maldita estrella. Tenía diez años y Dom, cinco o seis. Una de las pocas fotos que tenemos juntos a esa edad.

—Ha pasado mucho tiempo.

Ian pensó en ese instante, donde todo parecía idílico, más allá de su rabieta.

Recordó el momento en donde estaba junto a su madre, la mujer cariñosa que siempre se preocupaba por él, no la borracha quejumbrosa y codependiente emocional que jamás superó las infidelidades de su padre.

—Hazme una copia cuando puedas —le dijo a la muchacha.

Mayka asintió y los llevó a la sala, donde había tres sillones amplios y una mesa de madera rústica junto a un par de aparadores de madera, en donde estaba la cristalería.

—Pónganse cómodos. ¿Les puedo servir algo?

—¿Agua? —indagó Orel, y se sentó en uno de los sillones color marrón chocolate. Sus piernas dolían por la cantidad de tiempo en la misma posición.

—Por supuesto —contestó la muchacha yendo a un minibar, de donde sacó dos botellas de agua mineral—. ¿Y tú?

—Agua está bien.

Mayka abrió la boca y se cubrió a modo de sorpresa.

—¿Estás seguro de que no es un impostor de Ian Callum?

—Es el real —respondió Orel, y acarició la pierna de Ian, quien estaba a su lado.

Ian enarcó una ceja y le sonrió.

—También hay ropa limpia si quieren cambiarse ahora.

—Eso sería genial.

Orel se puso de pie y Mayka lo acompañó a una de las habitaciones en la planta alta. Era espaciosa, como el resto de la casa.

—¿De dónde sacaste esta ropa? ¿Vives con alguien?

Mayka negó.

—No, pero nunca se sabe. Soy planificadora. Si quieres darte una ducha, también puedes hacerlo.

Orel comenzó a reí.

Mayka levantó la mano y se despidió.

—Me avisas si necesitas algo más.

La mujer salió de la habitación, dejando al muchacho desnudándose para darse un baño. La sonrisa de cortesía de repente cambió a una mueca de preocupación. Era hora de hablar con Ian y conocer el motivo real de la visita.

# 15 La venganza a tus puertas

«Estamos en peligro».

Todo en Ian Callum dio ese mensaje desde el instante en que Mayka lo abrazó. Su corazón palpitaba cuando se sentó al lado de su primo que, a pesar de estar demacrado y herido, lucía ¿feliz?

—Tu visita llegó demasiado pronto—agregó la mujer. Ian se tocó el puente de la nariz y presionó sobre él.

—Todo ocurrió de ese modo, Mayka.

Mayka le ofreció una copa de vino a Ian y se colocó a su lado en el enorme sofá de la sala y cruzó sus piernas en posición india, frente a ese hombre al que no le temblaba el pulso al tomar decisiones para proteger el «honor» de la familia.

Ian abrazó la copa en sus manos y la apoyó en su frente. Mayka frunció el ceño, ¿de verdad este hombre por primera vez en su vida desconocía qué camino tomar?

Ian sonrió después de un par de minutos y movió las manos.

—Perdona, de verdad perdona por meterte en esto.

—Siempre estaré para ti, lo sabes—dijo Mayka.

—Quizás…—Las palabras murieron en Ian. Mayka apretó su brazo musculoso.

—¿Qué?

—Quizás no deberías estar para mí, no en esto.

Mayka apoyó su espalda en el cómodo sofá. Ian emuló la acción. Sus respiraciones pausadas, ambos disfrutando un momento de silencio.

—¿Lo amas? —preguntó Mayka e Ian comenzó a reír.

—¿Lo amo? No, no existe palabra para expresar todo lo que siento por él. Decir que lo amo me parece muy poco —afirmó sin miedo a sentir por primera vez en su vida—. Lo supe hace más de un año, pero no tuve la fuerza de luchar por él, de abandonar el matrimonio con Yvette. En mi mente solo tenía la idea de que estaba traicionando a todo el mundo. Al transcurrir el tiempo, y él continuaba en mi cabeza, entendí que solo me estaba traicionando a mí mismo. Orel es…—Ian se humedeció los labios—. Lo más bello que he tenido en mi vida, y eso me aterra.

Mayka se cubrió la cara y empezó a reír, Ian la siguió.

Le resultaba increíble encontrarse con un hombre tan cambiado y feliz, porque lo estaba. El bastardo estaba contento a pesar de toda la mierda que los rodeaba.

—Sé que es una locura, pero Dom me hizo entender que nada es imposible en cuanto al amor. Su pasión irrefrenable me hizo creer en mí mismo.

Mayka le golpeó la pierna. La verdad era que la ponía muy feliz que al menos uno de ellos estuviera más cerca de su sueño.

—Me alegro de que las cosas vayan mejorando a nivel emocional, aunque estimo que no has venido para presentarme a tu amor.

—Sabes que no.

—Hombre, ¿quién carajo es? —Mayka peinó sus cabellos negros—. Dejaron un desastre en Francia, ni hablar en la autopista.

—Estoy seguro de que los tipos que nos atacaron en la carretera no son los mismos que organizaron el ataque en Marsella. Jamás pude verles la cara, pero sé que Las Charpentier están detrás de todo esto.

—¿Buscaste las patentes?

—Sí. Corresponden a dos ancianas francesas, así que estimo que no hablamos de asesinas a sueldo entrenadas.

Mayka colocó la mano en el mentón; su dedo medio acarició su labio inferior regordete.

—¿Algún sospechoso?

Ian se encogió de hombros.

—Tenemos muchos enemigos. La verdad el abanico es grande, pero ¿te digo algo? Obviamente es una locura, pero…

—Dime —dijo ansiosa.

—La forma en que uno de los tipos conducía me recordó a alguien del pasado. Perfecta y metódica aun cuando todo se estaba yendo a la mierda, como si lo llevara en la genética.

Mayka tragó saliva y negó. Acalló la tonta esperanza que latió en su pecho por una milésima de segundo.

—Si es quien yo pienso, sería imposible. Él murió.

—¿Tan segura estás?

La mujer se puso de pie, se cruzó de brazos y dio pasos hacia una de las ventanas, enfocándose en los ciruelos.

—Yo le disparé.

—No lo mataste.

—Lo hice.

—No —Ian se hizo hacia atrás en el sillón y se cruzó de piernas—, tú nunca podrías haberlo matado. Lo amabas, era todo. No tienes que mantener la mentira —aseguró Ian—, no conmigo.

Mayka se giró hacia su primo y se afirmó en el cristal que daba a la parte trasera de su hogar. Los aspersores se activaron, bañando la hierba en ese momento.

—Bryce era todo lo que amaba, pero él sabía que lo nuestro no tenía futuro —afirmó—. Nuestros padres se disputaban todo. Era cuestión de tiempo para que nos apartáramos. Yo lo asesiné Ian, es verdad que no fue un disparo directo al corazón, pero el resultado fue el mismo.

—No lo sé—Ian negó—, hubo algo que nunca me cuadró de esa muerte, y en la carretera lo sentí. Ese modo de dominar el auto, el demonio no era un hombre fácil de vencer.

Los ojos de Mayka contenían las lágrimas.

—No, por eso los Callums recurrieron a su mejor asesino para terminar con él ¿Volviste a escuchar del demonio alguna vez? Bryce jamás me habría perdonado, y hubiera venido por mí para devolverme la jugada. No, Ian. Yo lo maté ese día, y morí junto a él.

Era una antítesis difícil de entender. Mayka en la superficie era todo dulzura y belleza. No obstante, debajo de esa apariencia yacía una mujer dispuesta a todo, una guerrera que no había dudado en terminar con la vida de su amor.

—Entonces, estoy sin información concreta —continuó Ian—. Solo sé que este par no va a rendirse. Y dudo que no cuenten con recursos para rastrearnos.

—¿Has pedido refuerzos?

Ian negó.

—Estoy parado en la mierda y no tengo idea hacia dónde moverme.

—Deberías empezar por él. —Mayka enarcó una ceja, reprochando.

—Ni moribundo.

—No estás solo. Te recuerdo que hay una persona que depende de ti, y si llegan a mi puerta, tampoco quiero que nos desarmen a tiros.

—¿Cómo carajo le digo? Nunca lo he llamado para nada.

—Empieza por el principio y ofrécele dinero por sus servicios.

—No va a aceptar.

Mayka se rascó la mejilla.

—Eres tú quien estuvo enojado con él toda la vida. Jared jamás habló mal de ti.

—Tú tampoco lo soportas.

—Tal cual —aceptó—. Siempre lo consideré un imbécil arrogante que se creía demasiado bueno.

—Siempre fue el más Callum de todos.

—Irónico, ¿no te parece?

Ian volvió a agarrar la copa e ingirió un nuevo trago.

—Jared me cobrará caro todos mis desplantes.

—Tal vez —contestó la muchacha—, o quizá siempre lo hemos subestimado.

—¿Y qué ocurre si no acepta? ¿Te imaginas mi humillación?

—Prefiero ser humillada por el idiota de Jared y no por un grupo de desconocidos que van a patearme el trasero.

Ian le daba vueltas a la idea. Imaginaba situaciones hipotéticas, futurizaciones en las cuales Jared siempre terminaba diciéndole «Jódete».

—Ese imbécil no va a aceptar.

Mayka tragó saliva. Una vez más podían echar mano al dolor del pasado como moneda de cambio.

—Tú tienes un arma invencible cuando se trata de la voluntad de Jared.

Ian la observó con detenimiento. Sabía exactamente a dónde apuntaba.

—Si le contara la verdad, me matará de todos modos.

—Es un riesgo que debes correr si quieres sobrevivir.

—Es solo un hombre más —se excusó—. ¿Cuál sería la diferencia?

—No es cualquier hombre —aseguró Mayka—, y créeme, si mi vida estuviera en peligro, es al hombre al cual recurriría después de Dominic, sin ofender.

—¿Por qué la gente te pide que no te ofendas cuando dice cosas ofensivas?

Mayka se encogió de hombros.

—Llámalo.

—Ni siquiera sé dónde está.

—Ian, es hora de que juegues cartas ganadoras —reprendió la muchacha al borde del hartazgo—. Anda. Esté donde esté, él te responderá.

# 16 Demasiado tarde

Mayka caminó de un lado a otro por la sala y observó a su primo, que era más bien un hermano mayor, llamar y mover las manos como si estuviera dando explicaciones. Negó con la cabeza.

¿Estaban poniendo esperanzas en un hombre que los mandaría a la verga sin pestañear?

Mayka no quería pensar, y mucho menos imaginar que los Morgan fueran los que estaban detrás de ellos.

*—Si es quien yo pienso, sería imposible. Él murió.*
*—¿Tan segura estás?*
*—Yo le disparé.*
*—No lo mataste.*
*—Lo hice.*
*—No, tú nunca podrías haberlo matado. Lo amabas, era todo.*

Rio ante la estupidez y supina ignorancia ¿Cómo iba a pensar que Bryce el «Demonio» Morgan estaba vivo cuando vio sus ojos apagarse?

Ian se había quedado inmóvil, con su vista perdida en la lejanía. Mayka apartó sus propios dolores y se acercó a su primo.

Ian se golpeó con suavidad la frente con el celular luego de haber lanzado una apuesta que seguramente lo conduciría un poco más al infierno.

—¿Qué te dijo?
—Vendrá.
Mayka frunció el ceño.
—¿Estás seguro?

—En realidad no —replicó—, pero jugué con algo grande. Jared no iba a aceptar de otro modo, y es más que entendible. Toda la vida lo tratamos como mierda.

—¿Piensas de verdad que es capaz de matarte?

Ian se encogió de hombros.

—Es un riesgo que debo correr por Orel. —Mayka agarró sus manos. Ian asió los dedos suaves y largos de su prima entre los suyos, jugando con ellos—. ¿Recuerdas cuando hacia esto y tú me leías algún cuento?

—Mejor dicho, deletreaba —recordó la chica riendo—. Sin embargo, tu amabilidad te impedía no escucharme como hacían mis hermanos, por ejemplo.

Ian la abrazó con fuerza. Mayka le devolvió el gesto. Había miedo allí. Mayka jamás pensó que vería a este hombre asustado.

—Hemos traído la guerra a tu casa. ¿Eres consciente de ello?

Mayka le dio una sonrisa débil.

—He vivido en guerra toda mi vida. Es hora de que acepte las consecuencias y mi destino.

—Fuiste muy valiente al dejar Inglaterra.

—No era mi lugar —explicó—. Hace mucho tiempo me di cuenta de que todos mis sacrificios fueron en vano.

—Todavía me parece increíble que el abuelo le dejara todo a Dominic.

Mayka comenzó a reír.

—No esperaba menos de ese hijo de puta. Castigar a la oveja negra.

—Hubiera querido ser más como él.

—Yo también, Ian. —Mayka era consciente del daño que todos ellos habían hecho más de una vez a favor del clan.

La joven pensó en las recámaras de la hacienda. Una idea se formó en su mente.

—¿Te quedarás en su habitación?

—Lo dudo. Apenas hemos vuelto, creo. —Lanzó una risilla nerviosa —. Orel me la hace difícil, y con toda razón.

Mayka lo asió de su mano. Había algo que su primo no podía dejar de ver.

—Ven conmigo.

Ian la siguió a través de los pasillos y llegaron al final de la casa, donde había una gran puerta de roble con el dibujo de una pareja desnuda.

—Muy artístico —bromeó Ian, y Mayka abrió la puerta.

—Eso no es todo. Mira esto.

Ian abrió la boca del mismo tamaño que sus ojos. ¿Qué carajo era todo eso?

—¿De dónde sacaste la idea para esta habitación?

Mayka rio.

—No fue mi idea. Este cuarto estaba ambientado así, y por alguna loca razón que desconozco, decidí dejarlo de este modo.

—Esas son…

—Sí, cadenas. Es un cuarto de sadomasoquismo. El antiguo dueño tenía gustitos excéntricos, al parecer.

—Ni lo digas.

Nada tenía que ver con el mobiliario de la casa ni con la decoración llena de naturaleza silvestre. Tenía una cama con barral y un cubrecama ébano. La habitación era oscura, solo amparada por un par de luces tenues que daban directo al enorme espejo rectangular sobre la cama. La pared detrás de la cama estaba revestida de un cuero dorado, bien acolchado, similar al que se usa para los cabeceros. El dorado también estaba presente en el techo, acompañando al espejo. A eso le sumaban cortinas de raso rojas y una silla de cuero roja sobre la que colgaban cadenas.

—¿A cuántos has traído aquí, picarona?

Mayka negó.

—A nadie, pero esa no es razón para no albergar algunas fantasías, ¿verdad?

Ian negó.

—¿Por qué me muestras esto?

—Porque esta puede ser tu habitación si quieres junto a Orel.

Ian temblaba de excitación al contemplar las infinitas posibilidades que había en ese lugar para llevar la lujuria a un nuevo nivel.

—No creo que él acepte.

Mayka presionó sobre el hombro y le dio un guiño de ojo.

—Como quieras.

Iba a salir de la habitación, pero Ian la sujetó del brazo.

—¿Por qué te arriesgas así?

—Eres familia, ya te dije.

—Hay algo más, ¿verdad?

Mayka se quedó inmóvil.

—Cuando maté a Bryce Morgan, mi vida murió con él. No quiero que eso te suceda a ti, eso es todo.

—¿Lo harías de nuevo?

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Mayka. Le dio una sonrisa de resignación.

—Nunca, pero supongo que es tarde para lamentaciones.

Ian iba a responderle, pero Mayka caminó hacia la puerta y lo dejó en el silencio de la enorme habitación.

Mayka tenía razón, era demasiado tarde para arrepentimientos.

***

Mayka apenas fue capaz de contener el llanto hasta llegar a su habitación. Todo lo que sucedía con Ian le trajo tanto recuerdos desastrosos que seguían en su mente cansada. Buscó en el cajón de la mesa de noche, donde guardaba su arma calibre 45 junto a un chuchillo labrado en donde claramente estaba la imagen de un macho cabrío junto a rosas y calaveras.

*—¿Qué es esto?*

*—Un obsequio, algo para que recuerdes de dónde venimos y hacia dónde vamos.*

*—Tonto, no me importa de dónde vengo, solo quiero que estés a mi lado.*

«Belcebú».

Acarició la hoja con suavidad y pensó en el hombre que se lo había regalado y en la traición a la que ella lo había sometido. Las lágrimas salían a borbotones y caían sobre la hoja brillante. Si tan solo fuera posible volver el tiempo atrás.

El sonido del disparo aún la atormentaba por las noches, como los ojos de Bryce al momento de caer y desvanecerse. La bala no había ido al corazón. Mayka se aseguró de que el órgano no fuera dañado. De todos modos, fue inútil. Tiempo después, supo que Bryce murió.

Mayka sujetó la daga y lloró con desconsuelo. Más de una vez había intentado clavarla en su corazón y frenar el dolor. Quizá ahora había llegado la ocasión de pagar por sus pecados. Mayka había aceptado ayudar a Ian porque no tenía nada que perder, mientras que Ian, a pesar del pasado, tenía todo por lo cual vivir.

# 17 Llamas ardientes

**Toledo, España.**

**Días después.**

*—Quiero que se tomen la semana libre.*

*—Señora Mayka, ¿de verdad? Los animales…*

*—Dejen agua y alimento, pero no quiero que esta semana estén aquí.*

*—Sé que no soy nadie para meterme en su vida, pero no me parece.*

*—Sergio, tranquilo. Estaré bien cuando regreses.*

*—La queremos mucho, Mayka. Quiero que lo sepa.*

*—¡Ay hombre! ¡Gracias! ¿Por qué me lo dices de ese modo? ¡No me voy a morir!*

Mayka lavaba los platos después de haber cenado con Orel e Ian. Ambos estaban en la sala. Orel estaba acurrucado en los brazos del abogado. La mujer sonrió al notar la familiaridad de ambos, la forma en que se complementaban.

«Tenías algo así también.».

Sacudió la cabeza, la llegada de Ian hizo que las pesadillas retornaran con fuerza y también los recuerdos. El trauma estaba latente, listo para salir a la superficie con su cara repugnante.

Se apoyó en la encimera, limpió con un paño blanco y lo dejó sobre ella. Pasara lo que pasara esa semana, no habría víctimas externas.

Las familias que trabajaban para ella tenían vacaciones.

*—¿Está bien, jefa?*

*—Sí, Pablo. Solo he dormido mal en estos días.*

Todos notaron el cambio, incluso Pablo que siempre parecía vivir en una dimensión paralela. Pensó en el muchacho y sonrió. Nunca le gustaron los hombres de su edad, los veía como niños, muchos eran divertidos, pero nunca le ofrecieron lo que ella necesitaba. Nunca entendió por completo a los hombres hasta que Bryce Morgan irrumpió en su vida, mejor dicho, hasta que ella apareció en el suyo.

*—¿Qué quieres?*

*—Saber el motivo por el cual estás en mi edificio, así que más vale que cooperes, o los Callums tendrán un asesino menos en solo un segundo.*

Sostuvo el plato de porcelana en sus manos y sonrió. Lo abrazó contra su pecho como si fuera una idiota, pero era lo único que tenía a mano para no derrumbarse.

—Hey Mayka, ven aquí—dijo Ian y la mujer tragó saliva.

—¡Un momento! —exclamó y dejó el plato sobre la encimera.

Desconocía quiénes era los asesinos que perseguían a Ian y a Orel, pero de una cosa estaba segura, su mente no estaba lista para enfrentar a nadie.

***

Las tres camionetas grises estacionaron en la puerta de la propiedad de Mayka Callum. Bryce le echó un vistazo al predio de altas paredes y cámaras de vigilancia. Sabía que debían anular las cámaras con las que contaba. Habían repasado una y otra vez las dimensiones del lugar y los accesos mediante sus planos. Bryce tamborileó los dedos en el volante. Los latidos de su corazón volaban. Pronto todo terminaría y la puerta que había quedado abierta por tanto tiempo se cerraría para siempre, y con ello se

llevaría el último aliento de Mayka Johana Callum, su amor, su verdugo.

Anael le tocó el hombro.

Todos controlaron sus relojes.

—Ya saben qué hacer. Los acorralan y los detienen, no los maten. Son nuestros —dijo Bryce mientras se colocaban las capuchas y los cascos junto a los visores nocturnos.

Era cerca de las cuatro de la mañana. La idea era terminar antes de que el sol saliera y destruir el lugar sin dejar rastro junto a quienes lo habitaban.

—Cuídense de las trampas —comentó Anael—. Estos bastardos tienen muchos trucos. Destruyan las cámaras, así les quitamos visibilidad. Ajústense al plan. Son nuestros.

—Entendido, señor —contestó uno de los mercenarios.

*—Joseph no seguirá en sus funciones. La misión es tuya.*

*—¿Murió?*

*—¿Eso es de tu incumbencia?*

Fue toda la explicación que Analise Charpentier le brindó en cuanto a su competidor. Bryce no supo cómo recibir la noticia.

Los hombres descendieron de los vehículos en medio de la oscuridad.

La luna estaba en su máxima plenitud. Sus destellos plateados llenaban los puntos oscuros. Bryce acomodó el cuchillo en su cintura.

«Lo estás pensando demasiado»

Se dijo a sí mismo una y otra vez, deseando ser un poco más como sus hermanos, pero, por supuesto, ellos nunca lo entenderían. El amor jamás los había rozado. Y el demonio odió haber sido invadido por esa emoción imbécil porque, de no ser así, en ese momento su cabeza no haría tantas conjeturas cuando estaban a las puertas de un trabajo rápido y limpio. Dos Callum y un civil no serían suficientes para su equipo, sin importar lo buenos que fueran.

Bryce corrió hacia la parte de adelante e hizo señas a uno de los muchachos, los cuales acomodaron el mortero para derribar los

enormes portones que protegían la hacienda.

Un par de golpes contundentes y la gran estructura maciza se desmoronó ante sus ojos. Los hombres corrieron hacia el interior del enorme predio. Bryce y Anael se pararon en la puerta. Bryce se enfocó en una de las cámaras y apuntó con la ametralladora, haciéndola añicos.

El hogar tranquilo y apacible de Mayka estaba a punto de ser profanado.

***

Ian se puso de pie cuando escuchó el ruido de los motores. El lugar era tranquilo. En todo el día habían escuchado solo un par de vehículos, por lo cual resultaba bastante extraño. Entonces, cuando se asomó por la ventana y avistó las camionetas, supo que habían llegado.

—Están aquí —informó, y se movió rápido para vestirse, del mismo modo que Orel.

—¿Qué hacemos?

—Vamos por Mayka, y no te separas de mí, ¿está claro?

Orel asintió asustado, pero seguro del hombre que iba a su lado. Su entrenamiento debía esperar. Quizá nunca sería necesario a este paso. Ian le arrojó un pantalón y una camisa, y el muchacho rápidamente se los colocó. En menos de dos minutos corrían hacia Mayka, quien salía de la habitación para buscarlos. Fue cuando el potente mortero derrumbó el portón de entrada.

—¿Los has visto?

—Dime que tienes armas.

—Por supuesto. Vamos al sótano.

El corazón le latía a Orel como nunca, y no era para menos, ya que estaba tan cerca de la muerte.

Corrieron a toda prisa escaleras abajo hasta llegar al sótano. Allí encontraron baúles y algunos materiales de construcción para las reformas que Mayka aún hacía en su hogar. En unos de placares viejos la mujer movió la madera para que esta cayera y dejara a la vista un arsenal.

—Mierda. —Orel se cubrió la boca.

Mayka, la chica de vestido azul que había conocido hacía solo horas, de sonrisa tierna y rostro con atisbo de amargura, cabello largo y ojos azules inocentes, ahora estaba vestida con un mameluco negro y se colgaba armas e instrumentos cortantes en cada parte de su cuerpo. Las apariencias engañan, y Mayka era claro reflejo de ese concepto.

Rifles de asalto y armas de toda clase, incluidas granadas, pistolas, cuchillos, ballestas y arcos. Ian agarró un cuchillo y una granada, que colgó en su pantalón. Junto a su arma calibre 45 llevaba un potente rifle.

Orel miraba a los primos equiparse.

Fue cuando Ian se acercó a él y le entregó una de las ametralladoras portátiles.

—Es potente. Tiene muchas balas, por eso te la doy —explicó—. Apuntas sin miedos. Intenta no fallar. Sostén tus piernas y no te vayas de culo, ¿bien?

—¿No es eso lo que siempre dicen?

—Exacto, cariño. —Mayka golpeó la espalda—. Solo nos tenemos nosotros.

Los muchachos se movieron hacia una de las habitaciones de la planta baja. Mayka encendió el televisor, donde observó las cámaras.

—¿Cuántos son?

—Quince. Por lo que he podido ver, distribuidos entre la parte de atrás y la de adelante. —Miró cómo corrían e ingresaban por la puerta que daba al estacionamiento, la cual habían destruido de la misma forma que el portón.

—Tenemos pocas municiones para tantos —espetó Ian.

Mayka le golpeó el brazo mientras armaba uno de los fusiles de asalto.

—Yo me encargo de los del fondo —le aseguró.

Ian asintió.

Orel escuchaba e intentaba procesar la información.

—Si puedes liquidarlos sin hacer ruido, sería fantástico —continuó Mayka—. Una vez que den con nuestra posición estamos jodidos.

—Sígueme. —Ian sacó uno de los cuchillos cuando los hombres entraron a través de la sala, que estaba en penumbras.

Mayka corrió hacia la parte trasera de la casa.

Ian sostuvo a Orel y se pusieron de cuclillas al ras de la pared, mientras que los pasos inundaban la sala. El muchacho quería frenar su respiración agitada, pero no sabía cómo. Estaban tan cerca. Escuchaba los murmullos. Ian se asomó apenas unos centímetros y observó cuando los tipos inspeccionaban. Entonces las luces se apagaron por completo. Orel se sujetó el pecho. Habían quedado a oscuras. La única luz era la que venía de la luna e ingresaba a través de las ventanas.

**Tienen visores nocturnos.**

Escribió Ian a Mayka, quien ya se había percatado de ello al momento en que revisaba las cámaras, confirmando la ubicación de los invasores.

Del otro lado de la casa, la mujer se apostaba con el rifle de mirilla telescópica, lista para hacer estragos. Sin embargo, hubo algo en el cuerpo de uno de los hombres que llevaba una camiseta sin mangas negra que le llamó la atención. Sus ojos parpadearon como si un espejismo hubiera llegado a ella. Sacudió la cabeza, no era momento para alucinaciones, ni para que su cabeza le jugara una mala pasada.

«No es posible».

Sintió que la adrenalina le secaba la boca. Rápidamente, su cerebro se enfocó en el peligro real del cual eran víctimas.

«Ya basta de pensar en fantasmas».

Apuntó sobre uno de los tipos que iba delante y presionó el gatillo. El infierno se desató en ese instante.

Su dedo índice se movió y la bala fue sobre la frente, haciendo que el casco volara y el hombre cayera hacia atrás por el impacto.

Y eso fue todo.

Una lluvia de disparos cayó sobre su ubicación. Mayka se arrojó al piso con el arma sobre el pecho y respiró. Sabía que debía arrastrase o perecer. Se giró y comenzó a moverse a través del suave piso.

Entretanto, sentía cómo los pedazos de escombro, pinturas y vidrios, más el sonido ensordecedor del desastre, la circundaban. Alcanzó a atravesar el pasillo, se puso de pie y corrió hacia el despacho.

—Síganla. Es ella. —Bryce distinguió la figura femenina debajo del mameluco.

Los hombres se movieron con velocidad y cautela al mismo tiempo.

Una sonrisa sardónica se dibujó en su rostro. Mayka siempre odió ser tan curvilínea, tan diferente al resto de los Callum con sus cuerpos atléticos, y ahora entendía el motivo, aunque las grandes tetas y el culo jamás le habían parecido un defecto cuando estaban entre sus manos.

Su cuerpo ya no era tan esbelto, había aumentado de peso, pero su belleza, la que atrapaba a los hombres como el polen a las abejas seguía intacto. Su furia y precisión seguían estoicas.

«Concéntrate, imbécil».

¿Qué hacía admirándola en lugar de buscar formas de destruirla?

Caminó detrás de los hombres mientras apuntaba hacia todos lados. Pronto acorralarían a su presa. Solo esperaba que a Anael le estuviera resultando sencillo, igual que a él.

# 18 ¿Eres tú?

«Resistir».

Es todo lo que podrían hacer en la situación en la que se encontraban, pero de todos modos no iban a rendirse.

Las balas caían sobre ellos. Orel estaba estático. Entretanto, Ian disparaba como podía, intentando esquivar las balas y lograr un ángulo para dar con alguno de los hijos de perra.

—Ayúdame. —Le golpeó la espalda mientras estaba en el suelo—. Colócate detrás de mí y cúbreme.

—¿Cómo lo hago?

—Dispara cuando me adelante. Por favor, intenta no matarme.

Eran ocho. Ian los había contado minuciosamente y no había logrado hacer caer a ninguno.

Orel, manteniéndose a ras del piso, apoyó sus codos sobre las baldosas frías. Recordó los escasos pero sabios consejos de su amor.

—Ahora. —Ian se puso de pie y se movió hacia delante.

Orel, ayudado por la escasa iluminación exterior, comenzó a disparar, lo que hizo que los hombres frente a ellos se cubrieran.

Ian corrió al frente y se lanzó sobre uno de los tipos; sostuvo el cuchillo y rebanó su garganta. Oyó el sonido ahogado del hombre, que se atiborraba de su propia sangre mientras lo utilizaba como escudo frente a sus compañeros, quienes se mantenían alejados, dado que los proyectiles de la ametralladora todavía amenazaban.

Orel se puso de pie y comenzó a dar pasos a través del largo pasillo, acompañando el transitar de Ian. El chispazo de los disparos hacía que sus ojos parpadearan más rápido. Estaban en clara

desventaja frente a hombres no solo entrenados, sino también con las herramientas para llevar adelante la misión.

Otro de los hombres se lanzó sobre Ian, desestabilizándolo. Forcejeó con él y logró que uno de los disparos de su compañero diera sobre las costillas cerca de la axila.

—¡No! —gritó Orel consumado por la desesperación.

Disparó a mansalva y corrió hacia donde estaba Ian. A la mierda con las municiones, iban a morir de todos modos.

—¡No, Orel! ¡Aléjate!

Ian luchó con el tipo, a quien le dio un puñetazo en el estómago y una patada baja, logrando que perdiera el equilibrio. Demasiado tarde, porque todos estaban sobre ellos en ese instante. Anael se acercó. Ian, herido, se puso de pie y lanzó un nuevo golpe, que fue esquivado por el ángel, devolviendo un tremendo golpe a la mandíbula que lo hizo saltar hacia atrás.

—¡Ian!

Uno de los mercenarios tomó a Orel por atrás y presionó un cuchillo sobre su cuello.

—Suelta el arma o tu amiguito se muere —siseó con una voz profunda, y Orel sintió que todo el esfuerzo había sido en vano.

Un nuevo puñetazo a Ian y Anael lo arrastró al sofá, ese en el que habían estado acurrucado algunas horas antes. La herida escurría sangre y manchaba la camisa blanca del abogado. Orel corrió la misma suerte; lo arrojaron a su lado. El muchacho se abrazó a su amante, listo para esperar la sentencia que vendría de los sicarios. Anael se acercó en ese momento y se quitó la capucha. Las linternas iluminaron el espacio, encandilando al par de hombres sentados y desorientados. Anael se colocó de cuclillas a su lado y sonrió. Ian tragó saliva.

—No puede ser.

—Hola, Ian —dijo con una sonrisa irónica—. ¡Sorpresa!

Movió las manos con su sonrisa desquiciada.

Ian estaba aturdido no solo por los disparos, sino también por la noticia.

—Mayka… —musitó. Sabía lo que le esperaba a su prima.

—Sí, la pobre conocerá el infierno, y no de la forma en que a ella le gustaba.

***

Mayka corrió a través del estacionamiento, logrando salir de la casa, rumbo a los establos. Las balas golpeaban cerca de ella, pero había logrado esquivarlas. Un muerto y dos hombres heridos, eso era lo que había logrado. Todavía quedaban cuatro, y estaba segura de que esta vez no sería tan sencillo.

Los hombres buscaban entre las caballerizas. La madera del establo crujió, mostrándole que uno estaba cerca. Respiró profundo y sacó el cuchillo. Acarició el dibujo labrado y le pidió ayuda esta vez, esa misma que ella le había negado. El hombre se paró, y ella apareció detrás; lo agarró por el cuello y lo degolló. El tipo cayó de rodillas mientras intentaba cubrir la enorme herida sobre la que los chorros del preciado líquido rojo caían a borbotones y empapaban la madera. Los caballos relincharon, ansiosos y con los nervios de punta por los disparos que habían venido de la casa hasta hacía algunos minutos.

Una enorme mole de músculos quedó frente a ella y no tuvo posibilidad de escape. Debía hacerle frente como fuera. Corrió hacia él y se lanzó. Se montó en su cuello y sujetó el cuchillo con rapidez, pero, al parecer, ese truco esta vez no serviría. El tipo la sujetó de la cintura y la hizo volar por los aires, haciendo que cayera a un metro. Su columna dio de lleno en el piso. Mayka tembló de dolor y se puso de pie. El resto de los hombres se aproximó y le apuntó. Mayka esperó que la fusilaran, pero nada de eso pasaba. ¿Qué carajo significaba? ¿Un nuevo fetiche en materia de tortura?

Mayka no iba a rendirse, no sabía cómo. La mayoría de los Callum habían faltado a esa lección de la vida que muchas veces había sido una hija de puta con ellos. La muchacha volvió a la faena. Se movió de un lado a otro con el cuchillo en mano, simulando las prácticas de los hombres de las fuerzas especiales con los cuales comenzó a entrenar cuando tenía diez años. La infancia de Mayka había sido una «maravilla», como la de la mayoría de sus primos y hermanos.

Se lanzó hacia delante de nuevo con una patada alta voladora, y el tipo levantó la guardia, frenándola. Puño arriba y abajo. El sujeto conocía cada detalle de combate de la mujer. Un golpe con la palma de la mano sobre su tráquea la dejó sin aire.

La mujer dio un sonido ahogado, sujetó su garganta y cayó de rodillas.

—¿Vas a seguir jugando? —La voz hizo que todo cuadrara.

«No puede ser».

Su mente y su corazón se lo dijeron. No estaba loca, no era una alucinación. Sus ojos fueron al brazo descubierto, en el candor de la batalla y la oscuridad había perdido el eje, pero ahora linternas y armas apuntaban a ella y le mostraban la verdad.

La figura de calavera y las rosas saliendo del cráneo, rosas y espinas que se entretejían y derramaban gotas de sangre. El dibujo que había acariciado tantas veces, el hombre al que besó con locura porque todos los besos del mundo eran insuficientes cuando se trataba de él.

Mayka, todavía con su respiración entrecortada, se incorporó y limpió un hilo de sangre que había corrido de su boca. Su cuerpo temblaba. No era miedo a la muerte, era claridad, era emoción, era felicidad.

Casi rio a carcajadas con lo último. Iba a morir en sus manos ahora, ¿qué felicidad podía hallar en eso?

—¿De verdad eres tú? —Su corazón vibró. La rabia, la angustia, el miedo y la alegría eran un cóctel que no cualquier músculo palpitante en medio del pecho aguantaría.

—Deténganla —ordenó Bryce mientras los hombres la sujetaban de ambos brazos y la ponían de rodillas.

Los ojos celestes de Bryce estaban en su capucha. Por fin el demonio se la quitó.

—Dios mío… —Las lágrimas llenaron sus ojos cuando el hombre se acercó y estuvo a centímetros de su rostro.

—¿Dios? —indagó, y frunció el ceño.

Los orbes de Mayka lo recorrían en cada centímetro. Estaba más musculoso, fuerte, aguerrido. Su cabello se veía más largo, pero su belleza salvaje seguía intacta.

—Tranquila, lo vas a conocer pronto, aunque no creo que pases mucho tiempo en el cielo considerando tu prontuario.

—Bryce, por favor.

—Ni siquiera te atrevas a rogar. —La asió del mentón con firmeza, sintiendo que la puerta abierta entre ambos comenzaba a cerrarse con sangre—. Vamos a ver a tu querido primo. Hay cuentas que arreglar.

# 19 Reconocimiento

Orel se abrazó a Ian, quien se mantenía en silencio, con su vista sobre los hombres que les apuntaban y un Anael que se miraba las uñas.

—¿Qué? ¿Tu manicura se dañó? —cuestionó Ian, cansado de la espera sin sentido.

Anael señaló a uno de los muchachos, y este se acercó, dándole un puñetazo que lo lanzó contra el respaldo del sillón.

—¡Basta! —gritó Orel, y sostuvo su mano en la herida de Ian, la cual perdía sangre a lo loco. El hombre estaba mareado. No iba a negar que ya sentía los efectos.

Orel lo sujetó e hizo que se enfocara en él y besó su mejilla. No les quedaba nada, solo ese momento. Con Ian siempre se había tratado de eso, sucesos esporádicos que lo llenaban de calor y alegría o de inenarrable congoja.

—Siempre pensé que eras el más tonto y sumiso de todos —escupió Anael.

—¡Qué casualidad! —ironizó—. Yo siempre pensé lo mismo de ti.

Anael le dio una sonrisa ladeada. Estaba cerca de la ventana por lo cual sus ojos celestes lucían grises. Era hermoso. Orel pensó en ese instante que tenía apariencia de ángel y que el apodo que le habían puesto le quedaba. Anael se detuvo en Orel y le sonrió.

—Lindo.

Ian apretó a Orel de la cintura, sintiendo miedo por primera vez desde que estaba ahí rodeados de armas y tipos deseosos de golpearlos.

Anael dio pasos hacia Orel y se colocó de cuclillas frente a él. El muchacho bajó la mirada de inmediato.

—Cosa bonita —pronunció con algo de tristeza—. Lástima que hayas elegido el bando equivocado.

Anael iba a acariciar el rostro de Orel, pero Ian le sujetó la mano.

La punta de una las ametralladoras sobre su nuca no fueron suficiente para amedrentarlo.

Anael sonrió.

—¡Qué lindo! Un Callum con un corazón —satirizó—. Ojalá los que atacaron mi casa hubieran tenido también uno.

—No fui parte de ellos.

—Por supuesto que sí —replicó—. Todos lo fueron por acción u omisión.

—Mi abuelo murió y mi padre es un maldito cuadripléjico que se caga encima —dijo Ian—. ¿No te basta?

—Nada me basta, ¿y sabes por qué? Porque tu familia y tu maldito equipo entraron a mi casa, mataron a mis padres y a mis hermanos, estuvieron a punto de llevarse a mi hermano Bryce también.

Ian frunció el ceño.

—¿Qué has dicho?

Anael movió la mano como restándole importancia a la situación.

—Cierto, no sabías.—El hombre sonrió—. Esta noche eliminaremos a dos Callum más.

Ian estaba aturdido por lo que acababa de escuchar, se imaginó la forma en que estaría Mayka.

—Escucha, puedes matarme si lo deseas, pero déjalo marcharse. Él no tiene nada que ver. Es inocente.

—Verás —Anael levantó las manos—, el problema es que nos han pagado por matar al rusito también, así que no podré cumplir tus deseos.

Los pasos se sintieron próximos. Varios hombres venían desde afuera e ingresaban a la vivienda. Traían un bulto, el cual arrastraban.

—¡Mayka! —Ian se puso de pie, pero Anael le dio un nuevo puñetazo en el estómago.

—¡Ya basta! ¡Por favor! —exclamó Orel, y se sujetó a su amor.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, esas mismas que había contenido todo lo humanamente posible. Pensó en su familia, a la

cual no vería nunca más, en la historia que había soñado de la mano del hombre que apenas se mantenía consciente y que cada tanto le daba una mirada de tristeza.

Bryce agarró del brazo a Mayka y la lanzó sobre el sillón. La mujer no le quitaba los ojos de encima. Desafiante a pesar de estar derrotada.

—Te tardaste. —Anael frunció el ceño.

—Sí, es que nos demoramos recordando algunas cosas con la señorita Callum.

—¿Listo? —Anael se cruzó de brazos, a la espera de que su hermano tomara venganza por todo lo ocurrido a su familia.

Los tres estaban en fila, sentados en el sofá, esperando un enorme hueco en medio de los ojos que dejaría sus rostros irreconocibles. Al primero que Bryce apuntó fue a Orel. Mayka saltó y se puso de pie. Los hombres detrás de ella levantaron las armas para dispararle.

Bryce movió la mano para que se mantuvieran tranquilos.

—¿Puedo decir unas palabras?

Anael comenzó a reír y aplaudió.

—Mierda, ¡esta mujer es sorprendente! Ahora entiendo por qué cuando estabas con ella solo pensabas con la verga —le dijo a su hermano, que se mantuvo con su rostro pétreo.

—Mayka, no tiene sentido. —Ian entendió que nada haría cambiar a esos hombres. En el fondo los comprendía, si él hubiera sufrido semejante traición, actuaría del mismo modo.

Los Callum les habían arruinado la vida, ¿por qué no pagarles con la misma moneda? La venganza es personal, íntima, deliciosa. Era como les habían enseñado a sentirla. Entonces, ¿podrían recriminarles algo a esos hombres? No. Lo único malo de todo esto era incluir a Orel, que no tenía nada que ver.

—Por favor. —Mayka rogó—. Permíteme esto, demonio.

Bryce rio y negó. Tensó la mandíbula ante su inacción, ante su cobardía.

«Ella quiso matarte».

¿Por qué no terminaba de entenderlo? ¿Por qué le daba vueltas al asunto?

—Te escucho—dijo con voz dura. Las miradas de ambos se encontraron.

—¿En serio? ¡No jodas!

Anael estaba harto de la espera. Quería irse de allí cuanto antes. ¿Por qué su hermano dilataba algo irreversible?

Mayka tragó saliva. Tenía frente a ella la posibilidad que se le escapó de las manos hacía dos años.

—No espero que me perdones porque no lo merezco. —Comenzó diciendo—. Durante dos años guardé tanto para decirte, cosas que hubiera deseado compartir contigo antes de la tragedia.

Bryce la detuvo.

—No fue una tragedia, fue una masacre.

Los labios de Mayka temblaban.

—Sí, fue una masacre. —La mujer reconoció—. Tu único pecado fue amar a una mujer que jamás podría darte lo que buscabas. Lamento no haber estado a la altura, Bryce Morgan. Cada noche he soñado con el momento en que oprimí el gatillo. Morí ese día junto a ti y nuestro amor. Sé que no vas a creerme, pero no me importa. Si me matas ahora, es lo justo, aun así, no voy a quedarme callada.

La manzana de Bryce se movió.

—Tus disculpas no tienen sentido ahora. No hay…

—No me arrepiento de haberte conocido y de que entraras en mi mundo. No me arrepiento de entregarme a ti en cuerpo y alma—La mujer dijo y cerró los ojos, su mirada fue hacia el piso—. Hacer el amor contigo, sentirte dentro de mí, fue como tocar el cielo. El único cielo que conoceré.

Anael se cruzó de brazos y se acercó a su hermano. Carajo, la maldita iba a conmoverlo. Lo estaba hechizando de nuevo ¡Era una maldita bruja!

—Demonio, aprieta el maldito gatillo, de lo contrario lo haré yo—dijo entredientes. Bryce tragó saliva, su mandíbula tensa, la rabia mezclándose con el resentimiento, la tristeza y algo más. Ese sentimiento que seguía latiendo debajo de todo el odio, ese que nunca se fue. Ese que no extinguiría ni con toda la sangre derramada, ni con la más pérfida de las traiciones.

—Te amo, demonio —culminó la mujer. Las lágrimas resbalaron de esos zafiros hermosos que habían llenado la vida de Bryce por mucho tiempo—, siempre lo haré.

Y, sin más, ella misma sujetó la mano del hombre y le dio la daga.

Bryce sintió que su garganta se cerraba. ¿Era su obsequio?

—Una vez me dijiste que lo único que nos unía era la muerte. Pues bien, veamos si tu afirmación es cierta. —Asió la enorme mano del hombre, estaba cálida, se sentía como ella la recordaba. El filo del cuchillo fue a la arteria carótida palpitante.

Orel se cubrió el rostro y se escondió detrás del hombro de Ian, quien estaba sumido en un estado de impotencia. ¿De verdad todo terminaría así?

La sangre corrió cuando la hoja filosa hizo presión. Una gota de sangre resbaló por su piel blanquecina hasta su escote.

El rostro de Bryce era ilegible, pero sus acciones demostraban todo lo que pasaba por su cabeza. Anael negaba a su lado. Había sido un error catastrófico traerlo a él.

—Adiós, Mayka —respondió el hombre.

La mujer le sonrió.

Sus ojos volvieron a conectar.

—Te amo—musitó la mujer.

Los soldados agitaron sus manos y gritaron en ese instante como si un dragón estuviera a punto de atacarlos.

—¡Cuidado!

Una enorme llamarada vino desde detrás de los Morgan por uno de los pasillos. Los hombres se giraron y una vez más las llamas estuvieron a punto de alcanzarlos. Se arrojaron al piso, y Mayka aprovechó el momento junto a Orel para sujetar a Ian herido y correr para refugiarse.

Dos tipos con traje verde militar ingresaron encapuchados y equipados como los hombres de Morgan. Uno de los bastardos llevaba un cigarro encendido. Se quitó la capucha y dio una pitada ante el desastre de sujetos que corrían buscando posicionarse para atacar.

—Carajo —esgrimió con el otro soldado, que se paró a su lado; tenía un rifle de asalto en cada mano—, ya extrañaba las fiestas al

estilo Callum.

# 20 Jared Callum

Anael tomó el rifle y comenzó a disparar sin descanso sobre los dos hombres, que se movieron, ocultándose. Bryce sujetó la ametralladora y buscó a Ian y a Mayka, quienes habían desaparecido.

—¡Maldición! —gritó, y se lanzó al piso cuando el par de hombres respondieron con un ataque constante, el cual fue contenido por el grupo de mercenarios, que los hizo retroceder.

Anael corrió al lado de su hermano. Buscaba el ángulo para terminar al menos con uno de los enemigos.

—Es Jared Callum.

Fue una lucha sin cuartel. Los cartuchos serían insuficientes y era cuestión de tiempo para saber a quién se le terminarían primero.

Mayka y Orel corrieron hacia el estacionamiento. Necesitaban un vehículo para sacar al herido cuanto antes.

—¿Sabes quiénes son?—preguntó Orel.

—Uno de ellos es mi primo —aludió la muchacha—. Es increíble que haya llegado.

—Jared —balbuceó Ian, y buscó ponerse de pie.

—¡¿Qué carajo haces?! —gritó la chica empujándolo al interior de la camioneta.

—No, vamos por ellos —replicó, y contuvo la herida.

Orel estaba desconcertado.

—¿Qué puedo hacer?

—Ayúdame a quitarme la camisa. Córtala y haz una especie de torniquete. Tenemos que contener la sangre hasta que Jared pueda extirparme la bala.

—Ahora sí se te fundió el cerebro. —Mayka negó.

—Jared es bueno en eso. Dominic me lo ha dicho.

Había dos opciones. Uno, noquearlo para que quedara durmiendo y salir de ahí. Dos, contener la herida para volver al ruedo y ayudar a Jared y a su amigo desconocido. Orel no dudó un segundo. De inmediato, buscó la forma de quitarle la camisa a su hombre y cortarla, haciendo un apósito para la enorme herida.

—Sin duda, eres la pareja para él —dijo la mujer.

Orel sonrió y sostuvo a Ian para estabilizarse.

Dos mercenarios se aproximaban a toda velocidad.

—¡Cuidado!

Ian empujó a los chicos al suelo junto con él cuando los vidrios del vehículo estallaron por los disparos. Mayka tomó la daga que siempre la acompañaba y la lanzó a toda velocidad, clavándola en el cuello de uno de los hombres, mientras que Ian disparaba contra el otro, quien quedó también tendido en el piso.

—Vamos por Jared —ordenó Ian, y los tres corrieron al interior del hogar, que era más bien un despojo de una guerra entre facciones.

Las carcajadas de Jared se escuchaban nítidas.

Mayka puso los ojos en blanco.

—¿Es necesario que sea tan payaso?

—Gracias a ese payaso estamos bien, así que por hoy está excusado—dijo Ian, y corrieron al interior de la casa, encontrándose de frente con un par más de los mercenarios.

Como un toro herido, Ian se lanzó a todo velocidad y embistió contra uno de los tipos para arrojarlo al piso. Mayka le disparó el otro, quien, antes de caer, lanzó una bala, la cual le rozó el brazo.

—¡Mayka! —gritó Orel, y la sostuvo.

La chica hizo una mueca de dolor y se irguió.

—No es nada.

Ian golpeó al tipo, quien le dio un rodillazo en el estómago. Forcejearon cuando el soldado sacó un arma. El abogado le detuvo la mano y gatilló seis veces al aire hasta que quedó vacía. Orel y Mayka se cubrieron ante la posibilidad de una bala perdida. Ian le dio un cabezazo para desestabilizarlo y, cuando se liberó, le dio un puñetazo, por lo que quedó inconsciente.

Caminaron heridos y cansados por el pasillo.

Orel vio los cuerpos del resto de los mercenarios en el piso y se encontró en una lucha sin cuartel entre los Morgan, Jared y el desconocido.

—Anda, muñequita —se burló Jared de Anael—, muestra lo que tienes además de ese culo de infarto.

Anael tensó la mandíbula y se lanzó al ruedo. Un par de puñetazos esquivados por Jared y un golpe cruzado al hígado que lo hizo quebrarse.

—Nada mal para una muñequita, ¿verdad, bastardo?

«Bastardo».

Ian tragó saliva. Conocía el alcance que esa palabra tenía para Jared, y Anael no solo se lo decía como un insulto. Era consciente de lo que esa palabra hacía en la cabeza de su medio hermano.

Mayka observó alrededor, y Bryce no estaba. Corrió hacia las escaleras, donde escuchó a los dos hombres pelear. Mayka nunca había presenciado la pelea de dos leones, pero de seguro esto era parecido. Bryce levantó al tipo de casi dos metros y, dando un grito ,lo arrojó sobre una de las mesas de vidrio, volviéndola añicos.

Mayka intervino al instante. Corrió con velocidad cuando observó que el demonio sacaba una de las armas que tenía y apuntaba contra el hombre, se arrojó de rodillas y se deslizó como la mujer maravilla que era y con la preciada daga hizo un corte profundo en la ingle, cerca de la arteria principal. Bryce dio un grito de dolor, cayó de rodillas y miró a la mujer a la que le había perdonado la vida.

«Te mereces estar en esta situación».

Ella lo había manipulado de nuevo. Había usado su seducción, sus mentiras y el idiota cayó en la trampa de nuevo. Su debilidad lo condenó a la muerte a él y a su hermano.

Estaba de rodillas una vez más. Bryce negó ante lo inevitable. El hombre se quitó la capucha y acercó un arma, apuntando a Bryce. Mayka le sujetó la mano.

—¿Estás loca? El hijo de puta casi nos mata.

—Sufrí mucho tiempo pensando que había muerto. No voy a convertir esa pesadilla en una realidad. No voy a matar al hombre

que amo, aunque él ya no me crea.

Bryce estrechó los ojos e intentó ponerse de pie y agarrar el arma, pero Mayka la pateó muy lejos.

—Vámonos de aquí —le dijo al moreno, quien apenas comprendía lo que sucedía. Aun así, se dejó llevar por los designios de la joven.

—Nos volveremos a ver—juró Bryce en ese instante.

Mayka le ofreció una sonrisa que albergaba infinitos matices.

—Lo sé —replicó—. Estaré preparada.

Del otro lado de la casa, Ian y Jared luchaban con Anael. El abogado buscó responder uno de los golpes con una patada al pecho que fue contenida por la firme defensa del ángel, el cual lo arrojó sobre su primo, que estaba en el piso. Orel le disparó dos veces y falló. Anael corrió y en un giro trepó sobre el sillón y la mesa que quedaba en pie, asestándole un golpe en el rostro que arrojó al muchacho al suelo ante el horror de Ian.

—Esto es genial. Somos dos buenos para nada. Tu padre estaría muy orgulloso —se burló Jared mientras se quitaba el peso de Ian de encima.

Ambos se pusieron en pie.

Anael hizo crujir su cuello. Diablos, disfrutaba esto, y en verdad se le notaba. Se iba a lanzar de nuevo al ataque cuando Mayka le apuntó con una de las ametralladoras en la nuca y el hombre se detuvo.

Orel se tocó la mandíbula y ahogó un grito de dolor. Le parecía increíble no haberse desmayado por el sacudón. Se levantó como pudo, al igual que Ian, que fue hacia él y lo revisó. Jared se acercó a Anael y lo contempló de frente.

—Eres bueno. Quizá te contrate algún día. Después podemos follar para festejar.

Anael le dio una sonrisa irónica.

—No trabajaría ni follaría con un Callum así fueran los últimos seres vivientes en el planeta.

—¡Qué romántico! ¡Pues tú te lo pierdes!

Jared hizo que Mayka le diera el arma y le apuntó en la frente.

Anael se mantuvo en su lugar, sin amedrentarse.

La mujer tocó el brazo de su primo.

—Déjalos. Vámonos de aquí.

—¿Vas a dejar vivos a los tipos que han jurado asesinarte?

—Ya basta de sangre Morgan en nuestras manos, Jared. Suficiente.

Jared comenzó a reír.

Las fosas nasales de Anael aleteaban.

—Si no te mato ahora, ¿nos perseguirás?

—Iré tras de ustedes a donde sea. Estás advertido.

El hombre chasqueó la lengua y volvió a enfocarse en su prima.

—Nos estás condenando a muerte. ¿Eres consciente de eso?

—Siempre estuvimos sentenciados a muerte naciendo en esta familia —replicó la mujer.

Hizo que Jared bajara el arma y se alejó de Anael.

—Larguémonos de aquí. —Jared simuló la venia militar para despedirse de Anael. Este le dio una sonrisa siniestra—. Aza, ¡la función terminó! —gritó para que el moreno que había estado luchando con Bryce los siguiera.

Ian y Orel iban más adelante, mientras que Jared caminaba sin darle la espalda a Anael. Salieron de la casa y de inmediato subieron a una de las camionetas de Mayka. Jared se colocó al volante y Azali se acomodó a su lado.

—¿Hacia dónde vamos?

—Seguimos el plan —se quejó Ian, y Orel presionó sobre la herida.

—Tienes que ver a un médico.

—No hay tiempo. Debemos llegar a Marruecos.

—¿Qué hay en Marruecos? —preguntó Orel sin entender el rumbo al que iban con un Ian que apenas se sostenía en pie.

—La casa de Owen Callum. —Jared sonrió—. Vaya, lindo, vas a usar la casa del primo muerto.

—Jared, basta —espetó Mayka.

—Cierto, y la hermanita dolida.

—Nunca estaría dolida —masculló—, y menos de Owen.

Jared observó a la mujer por el espejo retrovisor; algo en su semblante le mostró la horrenda verdad que se ocultaba detrás de esos hermosos ojos azules.

—Bien —contestó, y retomó la conversación con su hermano—: ¿Qué piensas hacer?

—Encontrar hombres dispuestos a viajar a Rumania y terminar con las Charpentier.

—Los Morgan no nos dejarán en paz, Ian. —Jared aceleró la camioneta mientras tomaban la autopista para salir de Toledo—. ¿Has contemplado eso? ¿Has previsto la idea de que quizá nadie te ayude?

—Yo voy a encargarme de ellos —dijo Mayka con su vista sobre el paisaje que amanecía.

—¿Sola?

—Bryce es mío, y Anael acatará las órdenes de su hermano.

—Perdón mis pocos modales, pero sobreestimas a tu coñito.

Mayka sintió que una ola de calor inundó su cara. Jared eran una bestia malhablada.

—Hay muchas cosas, las cuales no va a perdonarme, y no tiene que ver con nuestra química sexual o la que tuvimos. Esto es diferente, así que, llegado el momento de la verdad, yo me enfrentaré a ellos.

—Claro —ironizó Jared.

Orel, por su parte, abrazaba a Ian, y este le besaba la frente.

Jared echó un vistazo por el espejo retrovisor. Era extraño ver al abogado impoluto y soberbio con ese toque de sensibilidad, gozando las caricias de ese muchacho a pesar del dolor que la herida le provocaba.

—No pasaremos la frontera con un hombre así —opinó Azali.

Jared frunció el ceño.

—¿Qué tienes en el estómago? —Quiso que no lo tocara, pero fue tarde. Jared sintió la humedad—. El hijo de puta te hirió.

—No me pareció de gravedad.

—¿En serio? —inquirió Jared al borde de la desesperación—. La última vez que escuché eso perdí a una gran guerrera, una de las mejores que he conocido.

—Sé dónde podemos ir —comentó Mayka—.Tengo un par de amigos médicos. Ambos están retirados.

—¿Harán preguntas?

—Lo más probable es que sí, pero descuiden, son muy reservados. Si vamos a salir del país, el señor tiene un punto.

Jared comenzó a reír.

—Carajo, soy malo para las formalidades. Ian, novio de Ian y Mayka, él es el teniente Azali Mohambi, el moreno con el culo más espectacular que he conocido en mi vida.

—Dios… —Azali puso los ojos en blanco y se giró hacia los muchachos. Estos asintieron.

—Y mi nombre es Orel —aclaró el ruso.

Jared se encogió de hombros.

—Amante de Ian y se terminó.

Nadie iba a discutir con Jared acerca del modo en que los llamaba, después de todo, todavía lo necesitaban.

—Toma la próxima salida —ordenó Mayka—. Los llevaré a un médico, así podemos seguir…

Ian afirmó la cabeza en el respaldo. Estaba a segundos de perder por completo el conocimiento. Orel se abrazó a él.

—Por favor, resiste.

—Tranquilo, amor, voy a estar bien.

Orel sintió que su alma se resquebrajaba un poco más, si era eso posible.

—¿Hasta cuándo aguantaremos este sufrimiento?

Sin encontrar una respuesta, Orel se perdió en sus labios, besándolo con intensidad. En ese instante advirtió que Ian se sumía en la oscuridad.

# 21 Esperanza

*—No puedo creer que no haya apretado el gatillo.*

*—Lo digo, lo repito y lo sostengo. Los Callums deben ejercer algún hechizo sobre la gente con el pene o el coño.*

*—Tú eres un Callum, imbécil.*

*—No, no lo soy.*

*—Claro que lo eres. El más Callum de todos.*

*—Bueno, de todos modos, yo no tengo ese talento.*

*—No es ningún talento, él…todavía me ama.*

*—A eso me refiero. Si después de reventarle el corazón, te sigue amando, solo hay una conclusión posible. Lo hechizaste con el coño.*

Era un matrimonio de mediana edad. Eugenia y José Morales parecían el tipo de pareja que uno espera tener en algún momento de su vida.

Eugenia los recibió con cariño, abrazando a Mayka, que estaba dolorida y triste. Ella tenía un peso enorme sobre sus espaldas. Orel la entendía. El pasado era una piedra enorme, difícil de sobrellevar.

Llevaron a Ian sobre una camilla, ya que era quien más herido estaba. Jared y Azali se ubicaron en un sillón junto a Mayka. La pareja iba y venía, trabajando sobre ellos.

—Es profundo —dijo la mujer al observar el orificio de la bala alojada en Ian.

Orel estaba a su lado y se cubría la boca.

Eugenia inyectó la anestesia, y los hermosos ojos de Ian, que estaban enfocados en Orel, comenzaron a cerrarse. Antes de hacerlo por completo, dejaron caer lágrimas, las cuales resbalaron por las sienes.

—Tranquilo —habló José—, va a estar bien.

Eugenia y él se pusieron manos a la obra.

Orel salió del minúsculo consultorio para que ellos actuaran de manera libre. Jared dormía sobre el hombro de Azali, quien tenía el ceño fruncido y hacía una mueca de dolor.

—Eugenia —llamó a la médica, y la mujer abandonó a su esposo un segundo y se acercó—, ¿seguro está bien?

—Extirpamos la bala. Por suerte, lo tratamos a tiempo. El caso de él —señaló a Ian— es diferente debido a la pérdida de sangre. Déjanos trabajar y haremos lo mejor posible, ¿sí?

Orel le esbozó una sonrisa tranquila. La mujer volvió al consultorio y cerró una cortina. El muchacho caminó hacia una de las ventanas e imaginó que los Morgan también estaban algo heridos, por lo cual no llegarían en breve.

«Nos perdonaron la vida».

Orel frunció el ceño al recordar el accionar del mayor de los Morgan, la forma en que Mayka se enfrentó a él. Sin embargo, y a pesar de los golpes, nunca intentó asesinarla. Si hubiera querido, las cosas serían muy distintas a esta hora.

Eran tan complejos como los Callum. Orel nunca lograría entenderlos por completo, aunque eso no minimizaba el enorme amor que tenía por Ian.

Mayka se removió en el sofá y dio un quejido a tal punto que despertó. Orel se acercó a ella. La chica soltó un suspiro y apoyó su cabeza en el amplio sofá.

—¿Qué tal tus vacaciones? —bromeó muy despacio—. ¿Volverás el año que viene?

—El lugar es lindo, aunque no termino de adaptarme a la clase de diversión que les gusta a ustedes.

Mayka soltó una risilla.

—Eres lindo. Cualquiera en tu lugar ya se habría marchado corriendo.

—No tengo a dónde ir. Ese es un buen punto, ¿no crees?

—Buen intento —replicó la mujer—. Tú jamás abandonarías al idiota de mi primo.

—Me atrapaste. —Sonrió, y ella se removió en el sillón para que se ubicara a su lado. Orel lo hizo—. ¿Cómo está tu brazo?

—Era un rasguño —aclaró—, nada comparado a lo de los grandulones.

—Azali me preocupa. Da saltos como si tuviera fiebre.

—Es normal —explicó la chica con tranquilidad—. El cuerpo se está estabilizando.

—Si los Morgan vinieran ahora…

—Ellos también deben reagruparse. Herimos o matamos a todo su equipo. No tendremos novedades de ellos por ahora.

—¿Nos perseguirán?

—Anael no va a perdonarle a Bryce dejarlo en ridículo. Tienen un prestigio que defender y, además, les han pagado por ustedes.

—¿Qué hay de ti?

Mayka sonrió. Sus ojitos índigo se perdían cuando pequeñas arrugas se formaban alrededor.

—Si el demonio quiere matarme, pues que lo haga. Ya no voy a huir de él.

—Ian me contó algunas cosas de ti, mejor dicho, de ustedes.

—Tú más que nadie sabes que el amor no es algo que uno pueda controlar a su antojo. Por años creí que Bryce Morgan estaba muerto, y resulta que solo esperaba la ocasión para actuar. Sé que me odia por lo que le hice, y tiene toda la razón. No obstante, también había otras emociones cuando lo tuve de frente, y eso me da esperanzas.

—¿Y si te equivocas?

—Voy a morir, pero sin miedo, alejada de los preceptos y los mandatos de un puñado de hijos de puta que nos criaron como autómatas sin corazón.

—Uno no puede fingir que carece de corazón.

—No lo sé. A mis hermanos les funcionó, a mis padres, al padre de Ian, a Ian y al tonto que duerme a tu lado y ronca como oso en hibernación.

Los ronquidos de Jared eran tan fuertes que resultaba un milagro que no despertaran al pobre Azali.

—¿Cómo logra dormir a su lado?

—Evidentemente, lo han hecho mucho tiempo —se burló—. ¿Te imaginas lo que debe ser el sexo entre estos dos?

—Por Dios, no digas eso. —Orel le golpeó el brazo con vergüenza.

—¿Qué? —Se encogió de hombros, como si dijera una obviedad—. Dos bestias en celo sacudiendo sus caderas como si estuvieran electrocutándose. Deber ser muy caliente.

—Tenía mis dudas, pero acabas de corroborarme que eres una Callum.

Mayka dio una risilla contagiosa que fue seguida por Orel. Los chicos se quedaron en silencio por unos segundos, escuchando los profundos ronquidos de Jared.

—Debemos salir cuanto antes a Casablanca —comentó Mayka—. Es muy peligroso quedarse aquí. Estamos poniendo en peligro a Eugenia y a José.

La pareja salió media hora después, dejando en la camilla a Ian. Orel se puso de pie como un relámpago.

—Estará bien. Hay que darle un día para que se recupere por completo, igual que ustedes.

—No tenemos tiempo —respondió Mayka—. A los sumo unas horas hasta que despierte.

—Cariño —José puso sus manos en los hombros de la joven—, sé que ustedes son fuertes, pero esto es una carrera que los llevará a la muerte. Sé de lo que hablo, soy médico.

—Nuestros enemigos no van a detenerse. Es una cuestión personal —agregó Mayka, y colocó una de sus manos sobre la del hombre—. Agradezco que siempre estén cuando los he necesitado.

—Eres un desastre muy querible. Creo que ese es tu punto fuerte, querida. —José le dio un beso en la frente.

Mayka sonrió.

Orel ingresó el consultorio y contempló a su amor, que estaba pálido. Tenía los labios partidos y ojeras profundas.

—¿Sabes qué es la resiliencia? —Eugenia se colocó al lado del muchacho.

—¿Ser fuerte?

—Aprender del dolor y fortalecerse a partir de él. Tú eres un resiliente, igual que la gente que te acompaña.

—Gracias por habernos recibido—expresó—. No todo el mundo se arriesgaría de este modo.

Eugenia abrazó al muchacho. Fue un toque tan cálido y maternal que Orel se quedó quieto, disfrutándolo.

—Hace un tiempo encontramos a Mayka llorando borracha en la calle. Lloraba con tanto desconsuelo mientras la lluvia caía torrencial sobre ella, que tiritaba. José se acercó a ella, y de inmediato se puso de pie, alejándolo.

Orel escuchaba con detenimiento. Mayka en ese momento hablaba con Azali, quien dormitaba, y con José.

—Nos dijo que no merecía vivir. Nadie que mata a quien ama lo merece. José la abrazó, de la misma forma en que lo hago contigo, y ella siguió llorando. La trajimos a casa y le dimos un sedante y una sopa caliente.

—¿Ustedes no la denunciaron?

—Nunca nos contó sobre su pasado —dijo la mujer—, y tampoco la juzgamos. ¿Para qué? Ella lo hace todos los días de su vida.

«Resiliencia».

La palabra dio vueltas en la mente de Orel durante toda el día que permanecieron en el hogar. Tomaban turnos para vigilar. Entretanto, los más heridos se recuperaban.

Cuando pasaron treinta y seis horas, Ian y Azali ya habían recuperado la movilidad.

—No deben forzar las heridas, de lo contrario las suturas cederán.

—¿Ves? Ahora cuanto te dé por el culo debes quedarte muy quietito, teniente.

Azali puso los ojos en blanco y le golpeó el pecho a Jared, quien le musitaba al oído.

—Gracias por todo, de verdad —dijo Ian, y Eugenia lo abrazó.

—Cuídense.

Mayka se despidió de los dos.

José le sujetó el brazo.

—Cariño…

—Tranquilo —manifestó con una sonrisa que enmascaraba su tristeza—, se necesitan varios Morgan para terminar con nosotros.

Y antes de que todo se tornara demasiado empalagoso y melancólico los muchachos salieron del lugar y subieron a la camioneta de Jared, la única que habían logrado rescatar después del desastre en la hacienda. Orel se sentó al volante esta vez. Jared frunció el ceño.

—Mocoso, ¿qué haces?

—¿Qué parece? —Encendió el potente motor.

Ian, que estaba sentado en la parte trasera junto Azali y Mayka, sonrió.

—¿Subes?

Jared no podía cerrar la boca de la sorpresa. Carajo, no iba a poner objeción al respecto, por lo que subió en el lugar del copiloto.

—Coloca el GPS.

Antes de que el tipo hablara, el muchacho ya lo había colocado y marcado la ciudad de Casablanca. Jared se giró hacia Mayka.

—Ya le expliqué hacia dónde vamos, relájate.

—¿Relajarme? ¿Siquiera sabe poner los cambios?

—Superó a dos Morgan en la carretera y saltó delante de un tren. ¿Eso responde tu pregunta? —replicó Ian con orgullo.

Jared bufó y se colocó el cinturón de seguridad.

Estaban listos para cruzar de continente.

# 22 Punto final

—¡Son unos inútiles! ¡Todos ustedes!—Analise gritó del otro lado de la pantalla a un Bryce que apenas podía moverse.

—Lo solucionaremos.

—¿En serio? ¡El equipo que te di está diezmado! ¡Todos murieron por tu culpa!

Bryce la observó, y tensó la mandíbula.

—Eran tus hombres. Conocían los riesgos al igual que nosotros—dijo Bryce con su rostro estoico—. No necesitamos reprimendas, necesitamos que tu gente me consiga información de un punto en Marruecos donde creo que se dirigen.

Nancy, quien aparecía en pantalla al lado de su hermana, se arregló el cabello con manos temblorosas.

—¿Cómo se les escaparon? ¡Eran solo tres personas!

—Eran dos Callums, y un muchacho que se comporta como ellos. Si no sabes cómo fue, no hables—replicó Bryce, molesto.

Nancy le sonrió con malicia.

—Dime demonio, ¿qué sentiste al ver a tu pequeña rosa?

—¿Desde cuándo te incumben mis sentimientos?

La mujer arqueó una ceja.

—¿Qué veo aquí? ¿Todavía hay resentimiento allí?

Bryce se enfocó en la mujer.

—No sentí nada, ¿eso es lo que querías saber?

Una mentira tan grande como una catedral. Bryce fue invadido por una mezcla de emociones inexplicables. Dolor, tristeza, ira, furia, deseo y lo último lo aterró.

«No me arrepiento de haberte conocido y de que entraras en mi mundo. No me arrepiento de entregarme a ti en cuerpo y alma. Hacer el amor contigo, sentirte dentro de mí, fue como tocar el cielo. El único cielo que conoceré».

Había niveles de estupidez, Bryce los había superado a todos con creces. Le aterraban sus pensamientos, le hervía la sangre pensar que…

«Basta, no sigas».

¿Para qué encubrir la verdad? Bryce nunca lo reconocería ante nadie, pero había deseado a Mayka en ese momento, anheló destrozar sus labios con besos y mordidas. ¿Dónde estaba su orgullo? ¿A dónde quedaba su dignidad?

Nancy comenzó a reír de una manera histérica.

—Fuimos unas idiotas al confiar en tu juicio. Los hombres no sirven para nada.

—Están sentadas sobre un imperio que les construyó un hombre. Deberían agradecerlo, ¿no te parece?

Analise golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡No te atrevas a compararte con mi hermano!

—¿En serio? —Bryce arqueó una ceja—. Las que no deberían tener la osadía de ponernos en el mismo lugar que a Jerome Charpentier son ustedes.

Nancy señaló a la pantalla.

—Quiero la cabeza de Ian Callum y de Orel Romanov. Te pagué por ello y me la vas a traer, de lo contrario, no habrá agujero de rata donde puedas esconderte, ¿Entendiste?

Bryce tensó la mandíbula, si tan solo hubiera sido capaz de apretar el gatillo.

—Entendido—dijo y la mujer interrumpió la llamada.

Pocos hombres quedaban y no estaban listos para pelear. El mensaje que había recibido una hora antes lo dejó con millones de dudas, que se sumaron a las que el pobre ya tenía.

«No confíes en ellas. Van a traicionarte».

—¿Crees que Joseph tenía razón? —preguntó Anael limpiando una de sus heridas.

Bryce dio un profundo suspiro.

—Si te soy sincero. Confío más en su palabra que en estas psicópatas, pero ¿qué opción tenemos?

—¿Sabes? Hay algo que me ocurre desde que era niño—señaló Anael.

—¿Qué cosa?

—Cuando tú dices que no sabes qué hacer, tiendo a dar la batalla por perdida.

Bryce hizo una mueca. Su celular recibió un nuevo mensaje. Las Charpentier les habían conseguido lo que necesitaban.

—Debemos completar esta misión.

Anael arqueó una ceja.

—¿De verdad? ¿Estás dispuesto a hacerlo?

La preguntó resonó en las delgadas paredes del hotel de mala muerte en donde se encontraban. No había respuesta honesta para ella.

***

**Casablanca, Marruecos**

*El calor está a punto de hacer que el pavimento se derrita, al menos donde hay, ya que la mayor parte del camino es polvo y*

*sequedad. Las lluvias escasean pese a que vamos rumbo a una ciudad costera.*

*No tolero la camiseta. El sofocón es tal que tengo que quitármela aun sabiendo que deberemos cubrirnos más si consideramos las reglas de los marroquíes en donde la religión musulmana es la imperante. Ian me indica por los lugares dónde debemos ir, desviando de este modo puestos de control de la policía. Necesitamos llegar a Casablanca. Estamos a punto de colapsar por el viaje y la fiebre ha vuelto a Azali.*

*—Es el calor, tranquilos.*

*Espero que esté en lo correcto y la salud de Azali mejore. No lo conozco demasiado, pero sé que es fuerte y se juega el todo por el todo.*

*—¿Estás bien? —Ian acaricia mi brazo desnudo.*

*Lo observo. Gotitas de sudor bañan su cara, cuello y esa parte del pecho que puedo ver, pues se ha desprendido varios botones.*

*—Creo que voy a desmayarme.*

*—Déjame, voy a conducir yo.*

*Detengo el motor. Mayka y Jared duermen, o lo intentan. Cambiamos de lugar con Ian y continuamos el viaje.*

*—Faltan trescientos kilómetros todavía —digo, e Ian hace una mueca de hartazgo.*

*—No sé si esto ha sido buena idea, pero era la única opción posible.*

*Ian de pronto echa un vistazo al espejo retrovisor y frunce el ceño. Giro mi cabeza y soy testigo de cómo dos Jeeps vienen detrás de nosotros a toda velocidad.*

*—¿Son ellos?*

*—¿Quién más?*

*Odio a los Morgan. Creo que ni siquiera los Callum los detestan tanto como yo en este momento.*

*—Prepárense —dice con voz firme. Los tripulantes en el asiento trasero entran en alerta—. Se aproximan.*

*—Me encanta esto, de verdad. Volveré de vacaciones con ustedes, manga de imbéciles, el próximo verano —ironiza Jared. Se gira en la*

*camioneta y dispara sobre el vidrio trasero, el cual se hace añicos, para tener una mejor visión.*

*—Saca una de las armas de la guantera y prepárate.*

*Trago saliva. En este instante prefiero llevar el volante.*

*Son varios hombres los que vienen.*

*De repente, Azali, quien también se gira y se posiciona, da la respuesta que todos esperamos.*

*—No son los Morgan.*

*—¿Qué? —Ian está atónito. Acelera mientras dejamos una estela densa de polvo en el camino y llevamos la camioneta a sobrecalentar un poco más el motor.*

*El cielo está pleno. Las nubes han huido despavoridas ante el poder de un sol abrasador, que cuece un huevo frito de solo dejarlo cinco minutos sobre el terreno.*

*—Las Charpentier los deben haber traicionado. —Jared comienza a disparar y advierte que el vehículo es blindado.*

*—No de nuevo —dice Ian al notar que los proyectiles no hacen mella.*

*La camioneta zigzaguea, esquivando los disparos que llegan del todoterreno que nos persigue y no cede un milímetro.*

*—Deben haberlos asesinado al no cumplir con su parte del contrato —lanza Jared, y Mayka niega.*

*—No, eso no puede ser. No son tan fáciles de matar.*

*—Una ironía viniendo de ti, prima. —Jared se ríe.*

*Mayka coloca la mirilla del rifle y comienza a responder a los disparos también.*

*—Recuérdame no fallar contigo, imbécil.*

*La noticia desestabilizó a Mayka, lo percibo en su rostro, en el cual hay desesperación, angustia que va más allá de esto que estamos viviendo una vez más.*

*—¡Acelera, abuela! —grita Jared.*

*Entretanto, dos camionetas más aparecen en el horizonte y el terror me invade.*

*—Es una maldita emboscada.*

*No hay forma de escapar, estamos rodeados. Ian hace un viraje hacia la izquierda y nos movemos de la dirección original,*

*alejándonos del lugar a donde íbamos.*

*—¿Qué haces?*

*—Evadirlos —responde, y se enfoca en el retrovisor cuando uno de los tipos se pone de pie en el Jeep y ensambla una ametralladora.*

*—¡Carajo! —brama Azali.*

*Los tiros van y vienen, y se entremezclan con el ruido de los motores y el viento, el cual llega en oleadas cada vez más nocivas.*

*Mayka traga saliva y cierra los ojos. El final es inminente. Nadie ha tenido en cuenta el clima ni un enemigo silencioso, que ahora aparece con toda su furia.*

*—No dejen de disparar —ordena Azali. Se mueve del asiento y sale por la parte trasera sosteniéndose como puede.*

*—¡¿Qué haces?! —Jared lo sujeta del cinturón del pantalón de combate, mientras que Mayka continúa disparando.*

*—Hay que bajar al maldito hijo de puta de la ametralladora.*

*Demasiado tarde, porque el bastardo comienza a disparar, e Ian busca la forma de evadirlo moviéndose entre las dunas de arena.*

*—Rápido en esta parte, Ian —advierte Mayka—, de lo contrario quedaremos varados.*

*Ian gira y se mueve, lo que desconcierta a los vehículos, que ahora nos siguen desde atrás. El viento se levanta en ráfagas, así que quita visibilidad.*

*—Ian, hay que volver al camino.*

*—No podemos. —Sigue su intento.*

*—¡Hay que regresar! —vocifera Mayka más asustada por el viento que se levanta que por los enemigos que nos pisan los talones, pero que poco a poco quedan atrás.*

*—¿Qué te ocurre? —indaga Jared.*

*—Es el siroco. —Azali ve cómo un enorme monstruo de arena similar a un tsunami se levanta y comienza a oscurecer el brillante sol.*

*Ian clava el freno de mano y, sin bajar la velocidad, buscar dar un giro sin volcar. Me sostengo del cinturón y la puerta y grito, del mismo modo que todos en la camioneta. El viento nos acecha y estamos a la intemperie. De pronto, la oscuridad arriba sin aviso ni*

*permiso; toma todo lo que desea y profana a los pobres incautos que jamás se percataron de ella.*

*—¡Cúbranse! —escucho a Ian decir mientras busca estabilizar la camioneta, pero es tarde.*

*Un giro mortal y el vehículo vuelca al tiempo que el viento nos embiste con una fuerza demoledora.*

*—Su nariz, deben…*

*La voz de Mayka se desvanece.*

*Llevo mi camiseta hacia mi cara y la cubro, al igual que los muchachos. Ya no puedo verlos ni tampoco respirar. El calor abrasador sumado a los duros golpes del viento hace que quedemos paralizados.*

*«Siroco».*

*Ni siquiera sabía que existía, pero en este momento en el que mis pulmones protestan por no recibir oxígeno y mi cabeza da vueltas por el golpe del vuelco y su potencia soy consciente de que no olvidaré su nombre.*

*El día deja de ser día.*

*Cierro mis ojos y espero la muerte. La mano de Ian aprieta la mía. Pese a todo, estoy dispuesto a abandonar este mundo en paz.*

# 23 Decisiones

—Debemos parar—advirtió Bryce cuando observó que la tormenta se tornaba imposible—. Los vehículos van a dañarse.

—No vamos a hacer eso—dijo uno de los hombres de Analise que todavía podía luchar—. Vamos a cumplir con el trabajo.

—Conozco mis obligaciones, maldita sea, pero si morimos…

—No te detengas—replicó sin escuchar lo que Bryce le decía. El hombre negó, puso una nueva marcha y aceleró.

—¿Dónde están los demás? Dijiste que enviarían refuerzos. —Anael iba detrás de él en el todoterreno, el aire era espeso y nauseabundo. El calor abrasador dentro del vehículo se tornaba insoportable incluso con el aire acondicionado—Oye, ¿estás sordo, idiota?

—Cierra la boca—dijo el tipo entre dientes.

Bryce y Anael se observaron a través del espejo retrovisor. Las palabras de Joseph todavía estaban frescas. No debían confiar en ellos.

—Vamos a sobrecalentar el vehículo—dijo Bryce al cabo de media hora. El paisaje era un cúmulo de destellos dorados. Millones de partículas que revoloteaban. El hombre respiró profundo y observó a su hermano una vez más por el espejo retrovisor. La señal era clara —.Voy a detenerme.

—¿Es que acaso eres un retrasado? —cuestionó el tipo.

—No, grandulón—respondió Anael—. Aquí el retrasado eres tú.

—¿Qué carajo has dicho?

—Lo dicho, encima de idiota, sordo.

—¿Quién mierda te crees, niño bonito? —agregó el tipo a su lado —. No eres nada, ¿me escuchaste? Ninguno de los dos. Están aquí solo porque estoy siendo piadoso.

—¿De verdad? ¿No será que nos necesitas para completar la misión? — Anael se burló. El hombre apretó los dientes.

—Tienes los segundos contados, hijo de puta—El tipo lo señaló con el dedo. Temblaba de rabia.

—¿Sí? Vamos, grandote idiota. Muéstrame qué tienes más que una verguita en esos pantalones.

Bryce apretó el volante mientras escuchaba la discusión que se suscitaba en la parte trasera del todoterreno. Había esperar el momento correcto, de ningún modo las Charpentier los dejarían vivos. Debían actuar antes de que la tormenta los devorara.

La tormenta de arena se intensificó. Bryce aceleró y se perdieron en una espiral de colores dorados, rojizos y beige.

—¡Ahora! —exclamó Bryce y dio un viraje violento. Los hombres se sacudieron pese al cinturón de seguridad.

—¡Cuidado! —gritó el hombre a su lado. Bryce dio un nuevo viraje y el todo terreno comenzó a hacer trompos.

Anael sacó su arma y le disparó al hombre que iba al lado de Bryce y su acompañante. El tipo cayó sobre la guantera, la sangre estalló sobre el parabrisas. Bryce trató de controlar la camioneta para que no volcara, fue casi una proeza. Las calles habían desaparecido, el paisaje era un sinfín de dunas de arena cuyas partículas tornaban el aire irrespirable.

—¡Controla esto, maldita sea! —gritó Anael atrás.

Bryce dejó que el vehículo, poco a poco, disminuyera su velocidad usando los cambios. Estuvo a punto de volcar en el último segundo, la camioneta se levantó, pero, por algún milagro, se mantuvo en pie. La sangre corría por la sien de Anael, como consecuencia del movimiento brusco.

—¿Estás bien? —preguntó Bryce.

—Sí—Anael asió su arma—, vamos por los demás.

—No los hemos visto en el camino, deben haberse adelantado.

—Quizás ya encontraron a los Callums—dijo Bryce, aunque tenía esperanzas de que se hubieran defendido.

«¿Por qué te importa?».

Bryce se limpió el sudor. Llevaban dos cadáveres en el vehículo. Tenía más preocupaciones aparte de su examante loca. Condujeron entre la tormenta en silencio.

—Esto es inútil—dijo Anael notando que la visibilidad era nula—. No vamos a alcanzarlos. Ni a los del equipo, ni a los Callums.

Los ojos de Bryce se abrieron ante la imagen borrosa a unos metros de ellos.

—¡Allí están! —exclamó señalando a los hombres de las Charpentier que se habían detenido como consecuencia del viento.

—Mantente alerta. —Anael descendió del vehículo. El fuego y el polvo del desierto lo consumieron.

Se cubrió el rostro y con una rodilla en la arena apuntó con su rifle de asalto a los neumáticos de los vehículos adelante de ellos. Uno, dos disparos, la visión se tornó imposible, aun así, se mantuvo en posición. Cuando los tipos descendieron de los todoterreno Anael disparó nuevamente.

Bryce se mantuvo con su vista hacia adelante, y entre la nube de arena observó los cuerpos que se desplomaban en el suelo árabe.

—¡Eso es! —Su grito fue una descarga de todas las emociones que lo atravesaban.

Bajó del vehículo y junto con su hermano, arrojaron afuera a los cadáveres. Bryce se puso de pie y, en medio del caos más poderoso del desierto, se dio cuenta de que volvían a tener el control.

Los hombres subieron al todoterreno. Bryce arrancó y dejaron atrás los dos vehículos y el cúmulo de cadáveres para que el Siroco los

devorara y los sepultara en el desierto.

—Eso estuvo cerca—dijo Anael e hizo una mueca. Las heridas de su cuerpo todavía dolían como el infierno.

—No te preocupes, encontraremos una salida.

—¿Sí? ¿Cuál?

Bryce dio un suspiro y negó.

—Lo estoy analizando.

Anael se carcajeó.

—¿Crees que los Callums han sobrevivido a esto?

El corazón de Bryce se aceleró de nuevo. La última conversación con Mayka todavía estaba en su mente, al igual que la herida cerca de su ingle.

«Te lo mereces por idiota».

—Sea cual sea su suerte, supongo que vamos a encontrarlos.

Recorrieron los kilómetros despacio, la visibilidad continuaba siendo nula. La tormenta de arena cubría todo espacio y se extendía más allá del horizonte.

—¿Cómo carajo la gente se acostumbra a esto?

Llevaban cerca de una hora de recorrido. Bryce tragó saliva y pensó que se habían perdido. Era posible, todo se sentía como andar en un círculo. El viento se instalaba con una fuerza exorbitante, de pronto, aquello que buscaban apareció ante sus ojos, a varios metros de ellos, pero no de la forma en que esperaban.

—Allí están—dijo Bryce y Anael preparó su rifle—. La camioneta está…

—Volcaron—interrumpió su hermano—, bueno, el desierto no es para cualquiera. —Bryce condujo despacio. Anael arqueó una ceja y se enfocó en él—¿Qué haremos si están vivos?

El hombre tragó saliva.

—Sabes que los necesitamos para salir de aquí. Estamos en las mismas condiciones.

Anael negó, apenas creyendo las palabras de su hermano.

—Estás chalado, no, estás más que chalado.

—Ángel, las Charpentier quieren nuestra cabeza tanto como la de Ian, ¿qué propones?

—¡Pues prefiero morir a manos de ellas que de estos hijos de puta! —gritó Anael.

—¡Mierda! —exclamó Bryce—¿Es que no lo entiendes? No tenemos alternativa si queremos vivir.

Anael comenzó a reír. Bryce detuvo el vehículo entre las dunas de arena.

—Claro, porque quieres vivir con ella, ¿es eso? Te dijo que te amaba y ya está. Tu corazón quedó sanito.

Bryce presionó el volante con fuerza.

—No se trata de ella.

—¡Deja de mentir! ¡Siempre es por ella! —Anael golpeó la guantera —. Esa zorra va a enterrarte vivo y tú vas a morir con una sonrisa.

—¡No es así! —Bryce tironeó de su cabello—. No quiero vivir por ella ¡Quiero que vivamos por nosotros!

Anael negó.

—Eres tan débil como Eric. Te creí mejor que esto, Bryce. De verdad, confié en ti. —Los hermanos se miraron. Lágrimas de dolor e ira surcaron el rostro bañado en tierra y sudor de Anael—¿Qué pensaría papá al escucharte hablar así? ¿Al saber que te rindes? — Bryce quiso tocar el brazo de Anael, pero éste lo apartó—. No me toques, bastardo. Me siento asqueado de solo pensar que gastamos todo lo que teníamos para salvarte, ¿para qué? ¿Para que vuelvas a ella cada vez que te abre las piernas? ¿Cada vez que llora y te dice te amo?

Bryce se mantuvo en silencio. Esas palabras le dolieron tanto como el disparo de Mayka, pero no se doblegó.

—Sé que odias a los Callums, yo también lo hago, pero aquí debemos pensar lo que es mejor para nosotros. Las Charpentier nos buscan, no nos dejarán en paz. No solo a nosotros, a Eric también.

—¿Piensas que estos bastardos serán diferentes? ¿Acaso no los conoces? Porque me parece que estoy interactuando con un desconocido.

—Es un alto al fuego—replicó Bryce—. No hablamos de perdonar y olvidar, es una tregua. Tenemos un mismo enemigo.

Anael volvió a reír.

—¡Eso no te lo crees ni tú!

El hombre puso los ojos en blanco. La rabia no se iba, quería golpear a su hermano, acomodarle las pocas neuronas que le quedaban.

—Solo conduce y acércate. Si tengo suerte, esos bastardos ya estarán muertos.

# 24 Alto al fuego

El silencio era ensordecedor. Lo único que se escuchaba en el interior del todoterreno eran las respiraciones de ambos que cada vez se les dificultaba un poco más.

—A este paso quedaremos sepultados en las dunas.

—Me muevo lo más rápido que puedo—dijo Bryce con sus ojos fijos en las dunas de arena y en el camino que se abría delante de él. Anael bufó, pero su berrinche fue cubierto por el vehículo volcado a metros de donde transitaban.

—Mira lo que tenemos aquí—dijo Anael y Bryce negó. Era la primera vez que escuchaba verdadera felicidad en su voz al notar la tragedia de sus enemigos.

Bryce detuvo la camioneta. La velocidad del viento crecía a cada segundo. Anael frunció el ceño.

—¿Qué vas a hacer? El vehículo volcó, de seguro están muertos, o los que matamos se adelantaron y cumplieron el trabajo.

Bryce negó, abrió su camisa, se la quitó y se cubrió el rostro.

—Toma el volante. Si ellos me atacan, huye de aquí.

—No lo haré—replicó Bryce.

—¡No te lo estoy preguntando! ¡Es una orden! —vociferó dijo Bryce y descendió del vehículo.

Las ráfagas de viento hacían que cada paso se sintiera como si llevara mil kilos encima. La camioneta en la que viajaban los Callums

estaba ruedas arriba. Había cinco cuerpos tirados en medio de las dunas.

Bryce resbaló y cayó. La fuerza del Siroco era avasallante. Una bestia indómita que no cesaba en su ataque. El hombre se levantó, dio pasos temblorosos hacia donde estaban. Se acercó y revisó el pulso de cada uno de ellos. Todavía estaban vivos. Sus ojos fueron hacia Mayka que era un cúmulo de arena en cada facción.

«Dios mío, no».

La asió en brazos, y sintió el pulso en su cuello. Estaba viva también. El alivio recorrió su cuerpo.

—¡Vamos! ¡Apresúrate! —dijo Anael a los gritos. Fue eso lo que lo sacó del shock.

—Te dije que…

—Sí, sí claro. —Anael se burló—¡Date prisa! ¡Hay que arrastrar a los mastodontes!

Con las pocas fuerzas que les quedaban subieron a los hombres y a la mujer prácticamente uno encima del otro. El vehículo apenas iba a moverse con todo el peso que cargaba.

Los hombres respiraron. Anael tosió, una y otra vez.

—¿Estás bien?

—Creo que he tragado toda la arena del desierto. Estos imbéciles pesan.

—Se dirigían a la mansión Callum en Casablanca—Bryce se atragantó. El sabor de la arena en las papilas gustativas. Anael le dio una botella de agua.

—Bebe.

—¿Dónde conseguiste eso?

Anael se encogió de hombros.

—Uno de los tipos que matamos la llevaba. —Bryce arqueó una ceja—¿Qué? No va a necesitar agua a dónde va, ¿o sí?

Bryce bebió un trago. El líquido aplacó la sequedad de su garganta.

—Vamos a seguir. —Bryce iba a encender la camioneta, pero Anael lo detuvo.

—¿De verdad haremos una tregua? ¿Con los Callums?

El hombre se limpió el rostro y apartó la mano para encender el vehículo.

—Ódiame todo lo que quieras Anael, pero si queremos vivir, debemos negociar con las personas que llevamos ahí atrás.

***

El baldazo de agua fría hizo que Ian pegara un grito, igual que el resto de los acompañantes.

—¿Ves? Te dije que iba a ser gracioso.

Ian estrechó los ojos e intentó dar un paso cuando advirtió que estaba sentado en una tosca silla de madera, atado de pies y manos, de igual modo que Orel, Mayka, Jared y Azali. Habían sobrevivido a la tormenta de arena y estaban en la mansión de Casablanca.

Frente a ellos se encontraban Anael y Bryce. El ángel estaba sentado cómodamente y bebía una copa de vino, mientras que el demonio dejaba el balde con agua congelada después de haber despertado a todos y dejarlos al borde del infarto. Llevaban vendas, lo cual significaba que habían recibido algún tratamiento médico, o ellos mismos se habían tratado.

—¿Cómo llegaron aquí? —le preguntó Mayka, desesperada, a Bryce.

Bryce le sonrió.

—Soy difícil de matar, cariño. Ya deberías saberlo.

Mayka negó. El viento afuera hacía estragos, llevando por delante todo lo que se movía.

—¿Ustedes nos atacaron?

—No, abogado Callum—contestó Anael, y se cruzó de brazos—. Fueron atacados por los mismos que intentaron matarnos a

nosotros.

—¿Qué?

—Al parecer, las hermanitas Charpentier están algo enojadas debido a que los resultados estaban demorando, por lo que contrataron a otros tipos para asesinarnos a nosotros y luego a ustedes —explicó Bryce.

—¿Quién te lo dijo?

—Alguien que no mentiría.

Azali movía las cuerdas de tal manera que, poco a poco, empezaban a ceder. Pronto estaría libre, solo había que entretener a los idiotas unos minutos más.

—Fue fácil encontrar la residencia. Es linda, de verdad —comentó Bryce.

—¿Y los empleados? —inquirió Mayka

—Tuvieron que irse. —Bryce se encogió de hombros y tomó asiento en uno de los sillones.

—¿Los mataste? ¡Ellos eran inocentes!

—Acabo de decirte que se fueron —aclaró—. A diferencia de tu familia, yo no mato a sangre fría a empleados inocentes.

Mayka se tragó la lengua. El puñetazo emocional que había recibido de parte de Bryce era enorme.

—¿Por qué nos trajeron aquí? Pudiste habernos dejado en el desierto. Era una muerte segura.

—No tan divertida. —Bryce sonrió.

En ese instante, Azali se puso de pie y se fue contra él. Anael aplaudió por la destreza.

Cayeron al piso, y Anael dejó que se las arreglaran por su cuenta. Esto era como una pelea de kickboxing en vivo y en directo. Bryce cruzó la pierna sobre la de Azali y lo giró, logrando apretar con el antebrazo la base de la garganta y golpear para dejarlo sin oxígeno. Azali, en un esfuerzo, se las ingenió para meter por debajo el puño y dio dos golpes certeros al hígado.

—¡Carajo! ¡Eso debe doler! —gritó Anael.

Ambos hombres lograron estabilizarse y ponerse de pie. Daban pasos en círculos con la guardia alta, esperando la ocasión en la cual dar el mejor golpe.

—¡Ya basta! —gritó Ian—. Dejen las estupideces. Ambos nos necesitamos, ¡¿no se dan cuenta?!

—¿Sí? —indagó Anael—. ¿Y qué tienes para ofrecer que se compare con verte morir a ti? ¿Qué puede ser más preciado que ver muertos a los Callum?

Ian tragó saliva. Le gustara o no, esta era la chance que había estado esperando. Estos hombres eran los que necesitaba para derrotar a las Charpentier en su propio territorio.

—Sé que quieren vernos muertos —dijo cansado—, sobre todo a Mayka y a mí. Les propongo una tregua momentánea hasta salir de un problema mayor.

—Ni lo sueñes. —Anael se cruzó de brazos.

—¿Por qué carajo tienes que hacer rabietas por todo? —fue Jared quien habló al ver a Azali peligrar su vida en las manos de Bryce.

—¿Qué dijiste, bastardo?

—Lo que escuchaste, niño bonito —lanzó—. Quieres ser un asesino y te comportas como un adolescente fanático de los One Direction.

Anael se puso de pie, caminó hacia la silla en donde estaba maniatado y le dio un puñetazo tan fuerte que hizo que Jared cayera junto con la silla.

—¡Jared! —Azali iba a correr hacia él, pero Bryce lo detuvo con un rodillazo al pecho que lo hizo caer. No podían ganar esta pelea, no de la forma en la que venían peleando.

—Les pagaré el doble —continuó Ian con su mente fría—, y pueden tomar venganza una vez que destruyamos a las Charpentier.

—No digas eso. —Orel entendió que era una locura lo que Ian planteaba.

—Claro, y permitirás que te matemos. ¿Así de simple? Un borreguito esperando el puñal. En serio, te pasas de estúpido.

—Yo sí lo haré. Seré «el borreguito» para sacrificar si es el precio que debemos pagar —replicó Mayka, que miraba a Bryce—, pero ahora podemos ayudarnos y después ajustar las cuentas pendientes para siempre.

Las cosas habían salido mejor de lo que esperaban, Bryce ni siquiera tuvo que humillarse y pedirles su ayuda. Toda la idea que

había trazado en su mente con respecto a formar una alianza era la misma que Mayka e Ian ponían sobre la mesa.

El rostro del demonio no mostraba expresión, esa imagen de hielo que Mayka lograba derretir con un par de palabras. Anael puso los ojos en blanco, se acercó a su hermano y lo sujetó del rostro.

—Son Callums, demonio.—Anael le recordó—. No vamos a confiar en ellos y menos en esta perra.

—No me olvido de lo que sucedió y no confío en ellos —Bryce le quitó las manos del rostro—, pero tienen razón. Los hombres de las Charpentier nos van a encontrar. Las municiones son escasas, nuestros aliados están muertos, no vamos a reunir un equipo entrenado pronto y estamos heridos. Dime, ¿qué perspectiva es esa?

Anael lo contempló absorto, pero su cerebro le decía que cada palabra que salía de su hermano era la mejor opción. Dios, todo esto era surrealista e inesperado. El rubio caminó con las manos en la cintura de un lado a otro. Entretanto, Azali se mantenía en posición defensiva y los demás permanecían amarrados, a la espera de su sentencia.

—Muy bien —se acercó a su hermano—, pero si nos rebanan el cuello esta noche será tu responsabilidad no solo conmigo, sino también con nuestro padre y el honor de la familia.

—Ya párale con lo del honor, idiota —masculló Jared—. ¿Te crees samurái o qué?

—A ti será el primero al que voy a mandar al otro mundo, lo juro.

Bryce quiso sujetarlo del brazo, pero Anael dio un tirón.

—Ángel.

—Haz lo que quieras —pronunció con resignación—. Ya valió mierda de todas formas. —Dicho esto, se alejó a paso rápido, dejando a Bryce junto a sus enemigos, quienes solo le pedían una oportunidad de cambiar su destino.

El demonio agarró una vez más el cuchillo y se posicionó al lado de Ian, que tenía la vista en el piso.

—Un paso en falso y los mando al otro lado, ¿quedó claro?

—Como el agua —fue lo que dijo Ian cuando sintió la daga sobre las cuerdas de la muñeca y las soltaba.

Bryce procedió a hacer lo mismo con las de Jared, a quien Azali terminó de ayudar, y luego las de Mayka. La mujer percibió el leve roce del hombre y su respiración cerca, erizándole la piel. Sus ojos azules fueron de inmediato a esos orbes glaciales. El demonio no emitió sonido.

—El Siroco no se irá pronto, así que les recomiendo que descansen y se preparen —ironizó mientras sus enemigos se ponían de pie—. Espero que cumplan su palabra y no me ataquen por la espalda mientras duermo.

—No lo haremos. —Ian abrazó a Orel, que se sostenía a él—. No voy a darme el lujo de perder a mis aliados y menos cuando han jurado matarme si les fallo.

Bryce asintió y lo señaló con el cuchillo.

—Si me traicionas, Ian, ten por seguro que la sangre de este muchacho será la primera que derramaré.

El viento furioso e incierto bramaba contra la enorme propiedad. La mirada de Mayka y Bryce volvió a encontrarse en ese momento. Habían pasado dos años desde que ambos estuvieron en paz.

# 25 Simbiosis

*—Por Dios, hombre —dijo soñolienta—, eres un «tetópata».*

*—¿Un qué? —Bryce frunció el ceño y rio.*

*—Un psicópata de las tetas.*

*La carcajada cortó el silencio que embargó la habitación por unos minutos. Bryce se giró sobre el cuerpo deshuesado a su lado y se montó sobre él. Mayka abrió las piernas.*

*—Me gusta que seas graciosa. Pensé que ninguno de ustedes lo era —confesó al tiempo que besaba su mandíbula.*

*—Reconozco que muchos no, pero con algunos te partirías de la risa. —Mayka dejó un beso en la nariz respingada.*

*Bryce respondió presionando ambas narices juntas en un beso esquimal.*

*—Tú eres divertida —enfatizó—. Hermosa e inteligente.*

*—Con tetas enormes.*

*—Esa sería la cereza del pastel. —Besó su cuello. Picoteó varias veces incluso sobre los hombros—. Tu novio será un hombre muy afortunado.*

*—No —replicó Mayka—, nunca tendré un novio ni tampoco un esposo, mucho menos hijos.*

*—No digas eso.*

*—Es la verdad, Bryce —afirmó tajante—. No hay lugar para el amor en nuestro trabajo. Tú lo sabes.*

*—Aun así, algún día, al menos a mí, me gustaría tener una familia.*

*Mayka sonrió. Todo habría sido más fácil si Bryce Morgan fuera solo un asesino a sangre fría.*

*—Espero que algún día puedas concretar ese anhelo.*

Rara vez, cuando vamos a nuestras memorias del pasado, recorremos un camino alegre. Los recuerdos que nos persiguen, casi nunca nos iluminan, sin embargo, para Mayka, el pasado la mantuvo con vida.

El simple hecho de traer a la mente a Bryce Morgan y su ingenio, su sonrisa, su voz, eran motivos suficientes para salir de la cama, incluso aquellos días cuando el dolor inmenso la adormecía y le drenaba las fuerzas.

Mayka recorrió la mansión perteneciente a su difunto hermano Owen. Había estado allí en su adolescencia.

«Las mujeres son inservibles. Un Callum mujer es tan útil como un arma sin balas o una espada sin filo».

Owen y Klaus siempre se destacaron por humillarla, denostándola frente a todo el mundo sin ningún tipo de consideración. Y ella toda su vida luchó por demostrar lo contrario. La mejor de su clase, graduada con honores, una mujer cuya inteligencia competía con su extrema belleza.

«Eres tonta, de lo contrario Dios no te habría hecho tan hermosa. Aprovecha eso».

Consejos vacíos, denigrantes, misóginos. Tanto tiempo después y el resentimiento aún la perseguía; un espía sigiloso que se ocultaba entre las sombras, pero siempre estaba. Nunca se planteó regresar a Casablanca, ese era territorio de su hermano, uno al cual aborrecía.

*—¿Has estado en el estudio hasta esta hora? Vaya, sí que eres una abogada muy dedicada. Me parece extraño, porque antes apenas pisabas ese lugar.*

*—¿Qué quieres, Owen?*

*—¿Piensas que en esta familia se valora la lealtad?*

*—Es por lo que vivimos, ¿no?*

*—Jesse no pensaba así . Dominic no pensó en ello cuando engañó a nuestro hermano para acostarse con su mujer.*

*—Dominic nunca hizo eso. Lo explicó mil veces. Fue ella quien lo buscó.*

*—Nuestro hermano se suicidó por su culpa.*

*—Klaus se suicidó porque estaba enamorado de Dominic, de un hombre.*

*—¿Qué has dicho?*

*—Klaus era un incestuoso que soñaba con la verga de su primo. Con un hombre de su propia familia. Ese remordimiento lo llevó a dejar este mundo.*

*—Me das asco.*

*—Y en cuanto a Jesse, se podría decir que fue el más leal de todos. Fue fiel a sí mismo. ¿Cuántos de nosotros podemos serlo?*

*—Sigue pensando de ese modo y vas a terminar como todos nuestros enemigos.*

*—Creo que, pensemos como pensemos, hay una parcela en el cementerio que será ocupada por nosotros de manera temprana. Nos dedicamos a matar, que no se te olvide. No seas como Isaac. No voy a juzgarte por enamorarte de tu primo, pero jamás perdonaré lo que ese hijo de puta le hizo a Jesse mientras ustedes estaban con él.*

Mayka dio un suspiro, sintió tranquilidad al saber que el mundo tenía una escoria menos, por eso es lo que su hermano siempre fue.

Había descansado un par de horas. El insomnio era tan común en ella como respirar. Comió algunos frutos secos. Los dátiles eran sus predilectos y más en esa época del año. Ian y Orel estaban en su cuarto. Anael, Azali y Jared dormitaban en la sala sin quitarse los ojos de encima. El instinto de matar o follar siempre estaba en una frontera difusa cuando se trataba de los hombres de su familia.

No iba a quedarse con ellos, era lo que menos necesitaba.

«No preguntes dónde está, no te importa», le dijo a su cabecita loca, que buscaba por todos lados a Bryce Morgan y no lo hallaba. Seguro dormía. Era lo más racional reponer fuerzas para lo que venía. Las Charpentier no se quedarían con los brazos cruzados. Habían demostrado que eran mujeres peligrosas.

Mayka decidió tomar una ducha. Después de eso, se encontró renovada. Su energía ebullía en su sistema circulatorio. Quería salir de allí, correr, terminar con esa odisea en la que se había vuelto inmersa. La tranquilidad era escalofriante. Tenía en la sala a tres hombres listos para la guerra y uno que seguramente se ocultaba por allí.

«Debo hablar con él».

¿Qué sentido tenía? ¿La bala ya no quedaría en su pecho? ¿Sus ojos grises ya no verterían lágrimas frente a su joven asesina? No, el tiempo no perdonaba. El tiempo era un Goliat que tomaba las cabezas de los seres humanos y las presionaba hasta reventarlas, convirtiéndolos en sangre, tejido y hueso, y con el transcurrir del tiempo ni siquiera eso.

Se colocó ropa interior deportiva y un sostén reforzado junto a un pantalón y una camisa holgada, cubriendo sus curvas.

Con la ropa limpia que había logrado conseguir, caminó hacia el extremo norte del enorme palacio hasta llegar a la sala de entrenamiento, donde la adrenalina se activó. Un ring, un espacio de combate alfombrado en donde Mayka aprendió a dominar el muay thai y el judo junto con otros artilugios que sus profesores, y por su supuesto su familia, le enseñaron. Había tenido una vida muy «afortunada». Criada para ser una máquina de matar incluso cuando la consideraban inútil.

Mayka era testaruda, y solo por eso se convirtió, con el tiempo, en una mujer letal. El término le resultaba jocoso. Nunca se sintió de ese modo. Solo fue una cobarde que en el momento crucial optó por la baraja perdedora. No obstante, una emoción desconocida sacudió su cuerpo. En ese lugar había dado sus primeros pasos a la destrucción.

La garganta se le secó cuando llegó hasta las dos kabilas colocadas sobre el enorme mueble donde se exhibían antiguas pistolas y trofeos de combate de sus antepasados. Mayka prefería la katana, pero la kabila era una espada que poseía ese condimento especial propio de la arena del desierto y de los pueblos beduinos.

Mayka siempre se consideró bajita al estar rodeada de gigantes construidos como tanques de guerra inquebrantables.

Agarró una de las espadas y acarició el mango y su forma curva cuando en su brillo espejado divisó, detrás de ella, el enorme hombre escrutándola con detenimiento. Su cabello estaba tomado en un rodete que lo hacía lucir un poco más sexi, si eso fuera posible. Mayka se giró hacia él.

—Veo que has descansado. —Intentó cortar el aire y la desesperación que la embargaba cada vez que lo tenía cerca.

—Era necesario dormir y tomar también una ducha. Apestábamos.

Bryce continuaba con sus ojos grises sobre la espada. Mayka sonrió. Era una reliquia. Su mango era de oro macizo con dos rubíes en el centro y, por supuesto, un lauburu, el símbolo celta de la vida perpetua. El demonio observó, además, que Mayka llevaba el anillo con el mismo símbolo. Era la única mujer en la familia que lo portaba ahora que sus hermanos mayores estaban muertos.

Seguía siendo una Callum, una muy orgullosa de serlo, del mismo modo que Ian, quien poseía la misma pieza.

—¿Cómo está tu pierna? —preguntó la mujer y Bryce se encogió de hombros.

—Después de todo lo que hemos pasado, esto es solo un rasguño.

La mujer le mostró la espada.

—La kabila junto con el lauburu forman parte de esta mansión y de mi vida. Nadie que haya pasado por aquí puede irse sin una lucha cuerpo a cuerpo portándola —desafió. Sabía que el combate era lo más auténtico que ambos tenían, el punto donde ambos liberaban su esencia.

Bryce dio una pequeña sonrisa. Mayka se mordió el labio inferior. Ese hombre era hermoso en todos los sentidos de la palabra, pero cuando sonreía, su corazón se detenía, sus órganos sexuales temblaban.

Mayka pensó que así debían sentirse los hombres cuando tenían una erección.

Bryce siguió con sus ojos en la espada.

—Hace tiempo no me conmueven los desafíos, Callum.

« Callum».

El hecho de que hubiera resaltado su apellido implicaba que no había bajado la guardia.

—¿Seguro? —Mayka indagó con seducción, pasando la espada de una mano a otra con una completa maestría.

Sus ojos se encontraron y, de pronto, el odio y la venganza se sintieron lejanos, un eco de recuerdos tristes, pero no los definían. Nunca lo harían. La historia de Mayka y Bryce, la historia del

demonio y la tigresa era mucho más que dolor, mucho más que encuentros furtivos.

El estómago del hombre se apretó, pero no lo demostró.

Bryce, sin expresión en su rostro, estiró la mano, así que Mayka le lanzó una de las espadas mientras ella sostenía la otra. El demonio la atrapó en el aire. Ella vibró y se mordió el labio inferior.

—Supongo que tienes una historia de esta belleza—dijo Bryce al tiempo que tomaba posición de combate.

Mayka le dio una sonrisa ladeada.

—Al principio a las personas les parecían poco prácticas —aclaró, y se lanzó hacia delante para golpear a un Bryce que de inmediato levantó la suya y mantuvo la defensa. Uno, dos, tres golpes y retrocedió sin descuidar un milímetro su cuerpo.

La excitación carbonizaba el ambiente. Mayka tomaría a ese hombre así fuera lo último que hiciera.

—El hecho de ser curva hace que algunos piensen que es incómoda—continuó con su explicación—. Sin embargo, al momento de la batalla, empuñarla mientras montas un buen caballo es letal. No se introduce en el cuerpo del enemigo, ya que sus cortes lo desangran. La arena se impregnaba de sangre árabe al calor de una buena kabila.

—Una muerte al estilo Callum —agregó Bryce—. Sin dar la estocada final, terminan por dejar que la sangre fluya y drene.

Mayka se quedó estática, sosteniendo la espada, cuando Bryce contraatacó. Golpe al medio que resistió la defensa. Se giró hacia la izquierda y golpeó. Luego, con la misma velocidad, giró hacia la derecha, provocando un corte en el brazo de la mujer. Mayka saltó hacia atrás con una mueca de dolor.

—Un roce… La Mayka que recuerdo aguanta más que eso.

La mujer frunció el ceño y levantó el sable cruzado por encima de su cabeza. Esta vez el demonio sonrió. Estuvo a punto de asestar el golpe.

—Creo que nos estamos entendiendo.

La mujer corrió y saltó encima de Bryce con el sable en alto. Bryce levantó su defensa y con suerte lo pudo contener, pero lo hizo perder el equilibrio y cayó al piso. Mayka fue sobre él. Bryce volvió a

sujetarla, barrió su pierna —esto hizo que cayera— y en un giro quedó encima de ella con el filo de la espada en su cuello.

—Te entregas a la batalla y te olvidas de la defensa. Sigues cometiendo el mismo error —susurró Bryce cerca de sus labios.

—Llevo años entrenando esa falla. ¿Por qué carajo todavía no puedo vencerte cuerpo a cuerpo?

—Piensas demasiado —explicó—. Deja salir a la bestia en ti. La que tú y yo sabemos que está encondida.

—No. —Mayka movió su rostro a un costado y disfrutó del aroma del poderoso hombre sobre ella que no hacía intentos de moverse.

—¿Por qué no?

—Me conozco.

—¿Te conoces? —Frunció el ceño y se deleitó con cada uno de sus gestos—. Conocerse implica aceptar la luz y la sombra, dominar la parte animal en ti. Tú no te conoces. Es ahí donde radica tu miedo y, consecuentemente, el poder de los demás.

—Si fuera un hombre…

—Si fueras un hombre —interrumpió—, cometerías el mismo error. Ya dejo eso, Mayka.

—¿Qué cosa?

—Buscar la validación masculina. No la necesitas. Nunca lo hiciste. Vales por lo que eres y punto.

Mayka estaba en un trance. El hombre que había creído muerto estaba sobre ella; la tocaba y la aconsejaba como siempre lo había hecho. Necesitaba su cuerpo solo una vez más y después de que la muerte hiciera su jugada si quería. Solo debía levantar su cabeza y sus labios se rozarían. Estaban a milímetros.

Bryce, al parecer, leyó el mensaje en su rostro, por lo cual se apartó al instante. Se puso de pie y limpió la espada contra su camiseta. Mayka continuaba sentada en el piso.

—Levántate —ordenó.

—No, quiero la revancha —argumentó sin miedo.

Bryce negó.

—Ya no me dedico a esto, Mayka. Acepté este trabajo porque...

—Porque querías darle un cierre a nuestra historia—Mayka afirmó con dolor—, porque pensabas matarme.

—Sí—Bryce replicó sin dudar—, pero, al parecer, soy incapaz de hacerlo.

La mujer se puso de pie y caminó hacia el hombre con toda la decisión que le quedaba en el cuerpo.

—Hace mucho tiempo que las batallas con espadas ni de ningún tipo están en mi lista de prioridades. —Bryce rio como si le hubieran contado un gran chiste, pero Mayka no se detuvo. Puso la mano en el pecho de él—. Desde el momento en que me ordenaron asesinar al amor de mi vida. A partir de ese día me juré a mí misma vivir una vida lejos del dolor y la muerte. Fue imposible, la muerte, tarde o temprano me encuentra, sin importar a dónde vaya.

—Mi hermano diría que necesitas expiar tus pecados, y hasta que no lo hagas, no vivirás en paz.

Mayka tragó saliva, su mano seguía firme en su pecho, en el latir de ese corazón que se había acelerado. Lo estaba tocando, sentía su calor más allá de la sudadera. Este era su hombre, siempre lo sería.

—Sé que en el último segundo desviaste el disparo un centímetro. Conoces bien la ubicación del corazón.

—¿Entonces me crees?—La ilusión creció en Mayka a pasos agigantados—¿Entiendes que nunca quise hacerte daño?

«Aléjate de ella».

Dicen que hay animales en el desierto que se sienten atraídos por las mambas negras, las serpientes que te miran a los ojos antes de asestar la picadura. Bryce se sintió como uno de ellos, incapaz de marcharse, incapaz de huir frente a un adversario imposible de vencer.

Bryce acarició la mano y luego con sus nudillos la suavidad del brazo.

—¿Qué te importa lo que piense? ¿Cambia algo?—indagó absorto —. Me abandonaste, ayudaste a aniquilar a mi familia, ¿qué pretendes ahora? Eres una cobarde incapaz de tomar decisiones propias que se escudaba en sus hermanos, en su padre y en sus tíos. Tomaste el camino más fácil, esa es la verdad. Acostúmbrate a lidiar con ella, acostúmbrate a lidiar con las consecuencias, así como yo lo hago.

—No digas eso.—Mayka cerró los ojos y negó—. Por favor, no me digas eso, no tú.

—Es lo que eres —dijo una vez más.

De pronto, Mayka sintió que la ira la invadió. Sacó un golpe de boxeo y le dio en la cara a Bryce, quien se tambaleó, pero no le respondió. Los puños de la mujer se apretaron, el hombre negó y se limpió la sangre del labio inferior, y se limitó a dejar la espada en el piso.

—Hazte cargo de tu propia basura, Callum—graznó Bryce—. Yo no cargaré con ella.

Bryce pasó a su lado rumbo a la puerta del gimnasio. Las lágrimas caían del rostro de Mayka.

—¡Tú sabías que lo nuestro no tenía futuro! ¡Cada vez que me hacías tuya! ¡Cuando me decías que siempre estarías a mi lado! ¡La traición se paga con la muerte en mi familia! ¿Por qué no te alejaste?

—Entonces, la que deberías haber muerto, fuiste tú—dijo Bryce sin darse la vuelta—. No solo eres cobarde, sino también hipócrita —replicó al borde del hartazgo—. Lo único que sé es que yo era muy feliz con una joven a quien ansiaba cuidar como un tesoro, un río cristalino y puro a pesar del nido de cascabeles en el que había nacido. Una muchacha mucho más joven que yo, por la que planeaba retirarme solo para verla a mi lado, la mujer con la que quería formar una familia, aunque eso fuera una misión imposible.

Mayka se cubrió la boca y desbordó en llanto. El hombre de hielo comenzaba a resquebrajarse como un gran iceberg que se desmorona a pedazos.

—Mis hermanos me decían que íbamos a terminar mal, que tú jamás dejarías de lado a tu familia por mí. Yo me reí de ellos. Les dije que nunca te habían conocido como yo. Ellos conocían a la tigresa y yo, a Mayka Callum, de la misma forma que tú conociste a Bryce Morgan, no al demonio.

—No podemos volver el tiempo atrás, pero ese sería mi único sueño. Cambiar lo que fuimos, lo que somos aquí y ahora. Perdóname. —Mayka lloraba ríos, lágrimas profundas, de esas que se encuentran en la profundidad del alma.

—¿Por qué? ¿Por intentar matarme? ¿Por asesinar a mi familia? —Bryce tensó la mandíbula—. Me estás pidiendo algo que ni siquiera me pude dar a mí mismo, porque yo te dejé entrar a mi vida, te busqué activamente, me enamoré como nunca. No, Callum, yo no puedo perdonarte, y siento que tampoco me corresponde.

Mayka apenas controlaba los sollozos. Bryce estaba siendo duro con ella, le estaba dando más que golpes físicos.

—Sé que no lo merezco, pero aun así debo pedirte perdón. Perdón por ser una maldita cobarde incluso ahora, y no valorar tu amor. Por perder al hombre que vio más allá de mi condición de mujer, que me vio como una guerrera. Le pido perdón al hombre que fuiste, por el daño que le provoqué y al hombre que eres porque, a pesar de todo, sigues escuchándome y dejándome vivir.

¿Qué decir ante esa declaración sin importar que había llegado tarde? Eran palabras hermosas, y confortaron a Bryce, ¿para qué negarlo?

Bryce dio un suspiro profundo, cansado de luchar consigo mismo, con la culpa, el dolor, el miedo, la rabia y el amor imposible.

Mayka seguía llorando, su vista en el suelo, sus puños apretados. Bryce se percató de que la mujer llevaba colgando en su cintura la daga labrada que él le había regalado. Se aproximó a ella y tocó la piel sobresaliente con el dedo medio para luego acariciar el arma.

—En toda mi vida tuve dos regalos —relató la guerrera—: una muñeca de porcelana por parte de mi primo Dominic que había pertenecido a su madre y esta daga que me regalaste tú.

—Tanto dinero —dijo Bryce sin dejar de tocar la hoja y después la cintura de la chica—, y ni una mísera muestra de afecto. Y pese a todo el amor que te di los elegiste.

—Quería pertenecer —explicó temblando ahora que la mano subía por sus abdominales desnudos debajo de la camiseta. Su piel se erizó al contacto, cerró los ojos y se entregó a la caricia que tanto necesitaba—. Quería ser alguien para ellos. Sé que no tengo perdón. Soy consciente de que lo único que me espera es la muerte. Sin embargo, la tonta esperanza ha vuelto a encenderse, ¿puedes creerlo?

—¿Esperanza?

—Cuando te vi, cuando supe que estabas vivo.

—Nunca tuvimos esperanza, Callum. No hay esperanza cuando solo uno busca salir adelante y el otro te pone un tiro en medio del corazón.

—Perdóname eso también. —Las lágrimas salieron incontenibles, de emoción, de tristeza, de alivio—. Perdóname por no amarte como lo merecías.

—Debo agradecerte —confesó Bryce, y limpió sus propias lágrimas. Ni siquiera se había dado cuenta de ello. Anael se reiría tanto si lo viera de esa manera—. Tu traición me convirtió en alguien más fuerte.

—¿Tomarás nuestras vidas cuando esto termine?

—¿Es que acaso no has entendido que soy incapaz de hacerlo? —Bryce negó—. Además, para ello, primero, debemos llegar vivos.

Y tal vez fue la inconsciencia, o quizás la necesidad de consolarla, incluso cuando le dijo que no la perdonaría. A lo mejor fue su propia lujuria contenida cegándola, el veneno de la serpiente haciendo efecto, pero las excusas se deshacían al calor de la pasión que todavía latía entre ellos.

Los dedos de Bryce fueron hacia el pronunciado escote.

El aire se atascó en los pulmones de Mayka.

—No hagas eso —rogó, pero sin quitarle la mano—, me excitas.

—Tú a mí también —argumentó entre risas—. Fue eso lo que nos metió en este desastre, ¿verdad?

—No, no fue eso.—Mayka replicó—. El sexo es fácil, lo que nosotros sentimos…

Las palabras murieron en su garganta. Mayka tragó saliva y decidió saltar al abismo. Ya estaba muerta, ¿qué más daba? Trepó en el hombre y engarzó sus piernas en la cintura. Sus labios buscaron los de Bryce, cayendo en un beso descarnado, uno que fue rápidamente respondido por Morgan.

Sus lenguas se enredaron con tal furia y sus dientes mordieron sobre la tibia y pulposa carne de sus labios. Mayka sintió el sabor metálico de la sangre llenar sus papilas gustativas. Un pequeño hilo corrió por la comisura de los labios de Bryce. La lengua del demonio chupó sobre su labio inferior, y sonrió. Mayka volvió a la faena.

—Dos años soñando con esto. —Chupó el cuello del hombre con hambre, mientras que Bryce le masajeaba las nalgas entre el pantalón de gimnasia—. Si vas a matarme, que sea después de estar en mí una vez más.

Bryce la arrojó sobre el piso alfombrado de combate. Bien, si Mayka buscaba una lucha cuerpo a cuerpo, la tendría, y no habría un deje de arrepentimiento en él.

# 26 Deseo

Todos los miedos y dolores se disiparon. Bryce Morgan era la cura a cada uno de sus males, a la rabia contenida, al deseo insaciable que latía en ella desde hacía dos años, y que encontraba alivio en los sueños y recuerdos.

¿Cuántas veces despertó con su ropa interior húmeda? ¿En cuántas ocasiones se masturbó con furia y ahínco para calmar una llama que nada extinguía?

Se había conformado con eso, se había dicho a sí misma, que conservarlo en el corazón y la mente era su forma de mantenerlo vivo, de hacerle el amor a su alma, aunque su cuerpo físico jamás la tocara de nuevo. Sin embargo, aquí estaban.

El hombre, producto de sus fantasías más sórdidas y de sus pesadillas más cruentas, estaba sobre ella, y la besaba derramando toda su rabia que se mezclaba con el deseo insaciable y prohibido.

Mayka gimió cuando le chupó la mandíbula, sus manos fueron al cabello largo, desarmó la coleta que el hombre tenía y enredó sus falanges entre las hebras suaves. Era el primer chute de heroína, una droga potente que la trasladaba a otro plano, uno del cual nunca quería regresar. Gimió de nuevo por los besos posesivos.

Mayka sintió que un animal desgarraba su tanga deportiva y se perdía entre sus piernas en medio de la sala de entrenamiento, que en ese momento parecía más una sala de juegos eróticos.

—Bésame—musitó, entretanto cerraba los ojos—. Hazme tuya, de todas las formas posibles.

Bryce gruñó, su boca ansiosa se arrastró en cada valle, en la piel blanquecina que se abría para su degustación personal. Un manjar, mejor dicho, una mesa completa de manjares listos para ser

devorados por él. Su lengua talentosa barrió sobre los pezones y Mayka gimió de nuevo, los dientes se engancharon a cada uno de ellos y los estiraron. El pinchazo de dolor y placer golpeó en la parte baja de Mayka.

Bryce enterró su rostro entre los senos, esa parte de ella que era su debilidad. Estaban más grandes, como si eso fuera posible, como si los kilos que había aumentado se hubieran estacionado en esa parte y en su trasero.

Mayka acarició su cabeza, dejó que su hombre tomara el control de su cuerpo. Se conectó con el placer y la entrega, con las infinitas aguas de un manantial que volvía a llenarse de agua tras un periodo de sequía. Bryce Morgan era su manantial, aguas revitalizantes que la hacían sentir viva, que la hacían sentir joven, como nunca antes.

Los besos húmedos salpicaron su abdomen, luego sobre el monte de Venus y Mayka se estremeció. Bryce se humedeció los labios, sus ojos grises casi negros de lujuria.

—Mi segunda parte favorita de ti—dijo con voz ronca.

La lengua se arrastró sobre los labios vaginales con intensidad, y Mayka contrajo su pelvis, entretanto el hombre succionó sobre el capullo hinchado y goteante. Sus manos se apretaban sobre las dos imponentes montañas en su pecho, las cuales veneraba. Mayka era su divinidad personal, siempre lo fue.

La mujer se arqueó de placer y abrió sus brazos. Dejó que ese hombre gozara de su cuerpo y que con ello la llevara a tocar el cielo con las manos.

Era un demonio. Es decir, Mayka jamás había tenido sexo con uno, pero de seguro no eran mejores que Bryce Morgan.

La lengua aleteó divertida, causando cosquillas e infinito gozo. Mayka rio y gimió al mismo tiempo. Entretanto, elevó sus caderas y buscó empalarse con esa lengua que era toda una fantasía.

Dos dedos entraron en juego, y Mayka abrió los ojos, los cuales se saldrían de sus órbitas. El bastardo chupaba. Se divertía abriendo el capullo, que exploraba, y a eso le sumaba una falange en la vagina y otra sobre su ano, de tal modo que presionaba para ingresar.

—¿Recuerdas esto? —Dejó un chupetón en su ingle—. ¿Cómo te gustaba que jugara con tu coño y tu culito al mismo tiempo?

—Bryce —musitó, y mordió su mano doblada como un puño para acallar el escándalo que estaba a punto de hacer.

Bryce jugaba y apostaba duro. La lengua se desplazaba sobre sus entradas, que poco a poco se abrían. Mayka llevó las manos hacia el cabello del hombre salvaje y sexi.

Los dedos abandonaron los orificios y Bryce comenzó a atender otros lugares descuidados de ese cuerpo dispuesto. Mayka lo observaba y aprovechaba para acariciar sus brazos y los pectorales duros.

Los ojos grises estaban sobre ella todo el tiempo. Tenían tantas connotaciones.

—¿Cuántos hombres han estado aquí desde que me dejaste? —indagó con la bestia posesiva rugiendo en su interior.

Mayka gimió cuando succionó sobre uno de los pezones de nuevo y luego sobre el otro ¡Los iba a arrancar!

—Nadie —contestó sin ánimos de mentir o inventar historias—. Nunca pude, no después de ti.

Bryce cerró los ojos, negó y volvió a besar su pecho y dejar chupetones en él. La punta de los dedos rozó las caderas contorneadas y el hermoso culo, fruto de todas sus fantasías.

—¿Cómo lo deseas?

—Como tú quieras. —Mayka buscó su boca, pero Bryce la detuvo.

—No, quiero conocer tus deseos.

La mujer sentía que los fluidos corrían, mojando sus piernas.

—Lo quiero lento. Tú encima de mí. Cada centímetro haciéndome perder la cordura. Después quiero que me hagas venir y me des la vuelta, y esta vez me destroces.

Bryce sonrió y se perdió en esa boca tentadora, que tenía más de infierno que su propio nombre.

—Lento y profundo, alternando en rápido y duro. Una gran combinación —bromeó, y cayó sobre el cuerpo dispuesto, que lo recibía enganchando sus piernas a la cintura.

Bryce recorrió con su mano la cadera y la apretó.

Mayka suspiró de placer.

—Siempre me calentaron tus curvas —dijo sobre su oído antes de besar y continuar la incursión en el cuello.

Mayka cerraba los ojos y solo se limitaba a enredar sus dedos en el cabello entre castaño y rubio. Bryce no escatimaba a la hora de un oral a su objeto de deseo.

—No de nuevo, por favor. —Soltó un quejido.

Bryce volvió a besar entre sus piernas, que abrió al límite, y devoró cada pliegue de su vagina.

Mayka estaba tan perdida que ni siquiera supo cuándo Bryce volvió a ponerse encima de ella y la penetró. La potencia de los embistes hacía que la carne y el chapoteo de los fluidos resonara en la silenciosa habitación.

Mayka era culpable de intentar matarlo a él, pero no de la familia de la cual provenía. El deseo incontrolable de Bryce sobre ella le mostró que jamás podría olvidarla, así pasaran mil años. Se vino una vez más, la tercera vez después de que su amante le había jodido el clítoris con la lengua hasta quedar adormecida.

La giró sobre manos y rodillas como deseaba. Mayka quería devolverle el favor. Quería chuparlo, pero Bryce la detuvo y, de una sola estocada, llevó el cuerpo hacia delante. Los senos saltaron con la velocidad y la potencia de ese hombre hecho para su placer. Bryce la sujetó del cabello y la llevó hacia él. Sus brazos musculosos atravesaron su torso y sus manos jugaron con sus pezones mientras las estocadas se tornaban más rápidas y duras. Bryce pensó por un segundo en el desastre de todo eso, en las consecuencias de ese fuego y esa entrega.

—Dame más. —La voz estaba perdida en el éxtasis.

Las caderas, que acompañaban el movimiento febril, hicieron que pronto ese miedo se desvaneciera.

—Una gran bienvenida, ¿no crees?

Mayka lo miró, asintió y llevó sus manos hacia atrás. Apretó una nalga, pidiéndole que se impulsara más en su interior. Bryce lo hizo. Aun si hubiera querido controlarse habría resultado imposible.

—Vengámonos juntos.

—Mayka —dijo con voz ronca mientras dejaba un chupetón en su cuello.

—Anda. Quiero sentirte cuando te vengas conmigo.

El demonio aceptó el desafío y sostuvo el vaivén. Las caderas de Mayka respondieron. Se coordinaron a tal punto que ambos supieron cuándo aumentar o disminuir la velocidad.

Cuerpos que se conocían tan bien y que solo necesitaban encontrarse.

Bryce la folló con dureza, sacudiendo sus caderas, y eso fue todo; el gran colapso en su interior y un aullido orgásmico callado justo a tiempo en sus bocas.

Bryce se desmoronó sobre Mayka, quien se giró y se montó sobre él de inmediato.

—Los celtas y los árabes tenemos un punto en común. —Se masajeó contra el cuerpo sudado de su amante, el cual la recorría con sus manos.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—No importa lo bravo que sea el semental, siempre terminamos domándolo.

Bryce le ofreció una sonrisa cálida, honesta. Mayka le guiñó un ojo y se mantuvo sobre él. Sus manos delinearon las cicatrices, las decenas de cicatrices en su pecho y abdomen. El remordimiento la golpeó una vez más, pero Bryce la llevó sobre él y la besó con tanta intensidad que el dolor se disipó.

Necesitaba guardar su calor y atesorar ese momento una vez más en su mente, como todos los que había vivido con ese hombre, quien, consciente o no, se había rendido una vez más a su verdugo.

# 27 Consecuencias

*—¿Crees que hay alguna oportunidad para nosotros?*

*—No, pero ya no me importa.*

Mayka se durmió entre lágrimas en los brazos de Bryce. Sus respiraciones tranquilas, una paz efímera los envolvió.

La puerta se abrió mientras ambos yacían desnudos en el suelo. Los ojos claros de Anael fueron hacia ellos. No había enojo, solo decepción.

—Ángel.—Bryce habló y arrojó su sudadera sobre Mayka para que se cubriera.

De un salto, el hombre se puso de pie. Estaba desnudos, pero no le dio importancia. Anael tenía los puños cerrados.

—¿Sabes qué es peor a que esa hija de puta te haya traicionado? Que después de todo lo que hicimos por ti, tú nos traiciones a nosotros y a la memoria de la familia.

Las palabras se entrecortaron. El dolor calaba profundo en el cuerpo de Anael.

—Anael, por favor.

—No, se terminó. No cuentes conmigo, y no vuelvas a dirigirme la palabra.

Mayka se cubrió con la sudadera de Bryce, su mirada sobre el piso. Anael salió del cuarto y dio un portazo. Bryce comenzó a vestirse y observó a la mujer.

—Será mejor que te vistas tú también.

—Bryce yo…

El hombre la detuvo.

—Vamos a hablar después. Necesito recuperar a mi hermano primero.

Se movió en dirección a la puerta. Mayka le sostuvo de la muñeca.

—Nunca he dejado de amarte. No me importa si lo crees o no. Esa es la verdad. —Los ojos de Mayka fueron al cúmulo de cicatrices en su pecho y abdomen—. Sé cómo suena, sé que estuve a punto de destruirte, pero, aunque no lo entiendas, esa es la única forma en la que los Callums sabemos amar.

Bryce apoyó de las manos en el hueso de sus caderas y rio.

—Creo que lo peor de toda esta mierda es que tú y yo nos parecemos demasiado. Terminamos destruyendo todo, incluso lo que más nos importa. Es lo que acabo de hacer con mi hermano, un ser que siempre ha sido incondicional para mí.

Mayka tenía la ropa contra su pecho desnudo. Esto era una locura, ¿en qué momento pensó que las cosas podían cambiar? ¿Cuándo fue tan idiota como para imaginar que, en alguna versión del mundo, ella y Bryce tendrían un final feliz?

—Hablaremos después—dijo el hombre al notar que ella se mantuvo inmóvil—, y solo para que sepas, yo tampoco dejé de amarte.

Las lágrimas brotaron de los ojos cristalinos.

—¿Todavía me amas?

—Me temo que nunca dejaré de hacerlo—afirmó Bryce—. Eso es lo que le duele a mi hermano.

***

—Fuera de aquí—gritó Anael mientras tenía su cuerpo en una perfecta vertical apoyado sobre la pared frente a su cama.

—No me voy, porque debemos hablar y aclarar las cosas.

Una carcajada salió de Anael quien se movió para caer sobre sus pies.

—¿Aclarar qué? ¡Te estabas enlechando al enemigo!

—¡No hables así! —Bryce lo reprendió.

—¿O qué? —dijo Anael moviendo su cabeza de un lado a otro para estirar su cuello—¿La pistolera va a enojarse? ¿Me va a disparar al corazón?

Bryce cerró los ojos y negó.

—Anael.

—No te atrevas a decirme que esto no tiene que ver con nosotros porque, te juro por Dios, te vacío el cargador en la cabeza.

—¿Lo harías?¿Me salvaste nada más que para eso?

Anael negó con rabia mientras estiraba sus brazos.

—Puto manipulador—dijo con asco—. Sabes que soy incapaz de hacerlo y por eso te abusas.

—Te amo, Anael—afirmó Bryce sin dudar—. Eres mi hermanito, siempre lo serás. Siempre serás la persona que quiero cuidar. —Hizo una pausa—. Eric siempre fue tan independiente, pero tú me seguías a todos lados. Una cosita rubia, gordita y absorbente que nunca se cansaba de mi presencia.

—Pues en esa época te idolatraba—graznó con rabia y secó las lágrimas estúpidas que ahora caían. Bryce se había apoyado en la puerta del otro lado.

—Mi amor por ti, por Eric, por nuestros padres, por nuestros hermanos nunca cambiará, pero la verdad es que he tratado de odiar a Mayka Callum y no puedo.

Anael bufó. Dio pasos hacia la puerta y la abrió con violencia.

—¿Cuántas veces te golpeaste la cabeza cuando chiquito? ¿Cómo puedes amar a la tipa que quiso matarte? ¡Es que simplemente no me entra en el cerebro que seas tan imbécil!

—No lo sé, te juro que no lo sé—Bryce se arregló su largo cabello —, pero no voy a mentirme a mí mismo, ángel. No voy a separarme de ella.

Anael chasqueó la lengua y asintió.

—Perfecto, entonces olvídate de que soy tu hermano.

—No lo dices en serio.

—Lo digo muy en serio. Si a ti no te importa mi familia, pues es tu elección. No voy a llevarte flores cuando Mayka Callum, esta vez, te sepulte.

—Ángel.

Bryce quiso dar un paso hacia él, pero el hombre lo empujó hacia afuera de la habitación y cerró la puerta. El hombre golpeó su cabeza sobre la puerta, desesperado. En ese momento la idea de estar muerto no parecía tan mala.

***

Hay batallas silenciosas, guerras internas entre los lobos que manejan nuestras emociones. Ira, resentimiento, angustia, placer, felicidad.

¿Cuál es el sentimiento que debería primar? ¿Qué sentimiento es el que deberíamos alimentar más cuando hemos sufrido una traición inmensa?

Mayka deambuló aquella tarde por la mansión como un fantasma, a la espera de la respuesta del corazón de Bryce, de ese corazón que intentó destruir. Hizo el amor con él, lo sintió fuerte, intenso y devastador como eran los orgasmos que el demonio Morgan le daba, pero la realidad es que no podían quedarse abrazados en el frío suelo del gimnasio por toda la eternidad. Había una vida detrás y tenían que enfrentar las consecuencias.

El odio en los ojos de Anael hacia ella nunca se iría y lo entendió. Si la situación fuera al revés, Mayka solo desearía verlo muerto. Ella

estaría ansiosa de enviarlo con un boleto de ida al infierno. Anael, mal que le pesara, era la única persona coherente y asertiva en ese contexto, sin embargo, los deseos de Mayka y Bryce no entendían de lógica.

La pasión que los envolvía cada vez que se tocaban hablaba de seres primitivos, en un latir de corazones ensordecedor, en besos frenéticos propios de dos almas dispuestas a arder hasta volverse nada.

¿Esto era sano? Por supuesto que no ¿Era recíproco? Mayka debió responder con un rotundo sí. Los besos de Bryce se lo habían corroborado. Su mirada grisácea al momento de hundirse en ella, sin contemplaciones.

Mayka salió de la ducha y se paró frente a los ventanales de su cuarto. El viento desolador continuaba barriendo con todo. La mujer se cambió de ropa y bajó al comedor, en donde sus primos Ian y Jared junto a los demás, estaban frente a frente.

La mujer tragó saliva porque imaginó todo lo que vendría. Bryce, Anael y ella no eran los únicos que estaban enfrentando batallas, de hecho, había algunas como las de Ian Callum y su medio hermano Jared que eran incluso más enfermizas.

# 28 La verdad dolorosa

*Ian caminó por los pasillos del enorme patio. Estaba cubierto de polvo, pero aun así mostraba su belleza y la prolijidad de su geometría y simetría en colores. Una mariposa había llegado a las flores que habían sobrevivido a los embates del siroco. Se preguntó cuánto ímpetu debía tener en su interior para soportar tal desafío y se dijo a sí mismo que, si ella lo había logrado, él también lo haría.*

*Orel estaba en la cocina cuando Ian pidió hablar con Jared a solas en el patio. El hombre salió detrás de él. Por fortuna, había dormido un poco, o al menos era lo que parecía.*

*—Un viaje entretenido, hermanito, y te estás pasando una luna de miel en grande. Te felicito. El mocoso a duras penas puede sentarse, lo vi en el comedor.*

*—Tú y tu sarcasmo.*

*—Tú y tu hipocresía envuelta en Gucci y Prada.*

*—Tuviste oportunidades como yo cuando eras adolescente y no las aprovechaste.*

*—¿En serio? —se burló, y caminó de un lado a otro—. Tuve que esconderme de todo el mundo. Ni siquiera me dio el apellido el viejo enclenque.*

*—Está cuadripléjico.*

*—Y le ha sucedido poco —dijo sin el más mínimo resentimiento—. Jamás agradeceré suficiente haber estado presente cuando sufrió el accidente cerebrovascular.*

*Nunca se entenderían. Ian no estimaba a su padre, pero jamás podría aborrecerlo como lo hacía Jared.*

*—¿Sabes por qué te he citado aquí?*

*—Por supuesto. Por la verdad acerca de la muerte de mi novia y de mi hijo.*

*Ian asintió y tragó saliva.*

*—Quiero que sepas que no hablé antes porque lo consideraba un tema cerrado.*

*—¿Cerrado? ¿Me estás jodiendo? —Se acercó a su hermano, buscando controlarse. Ian no dio un paso atrás—. Cerrado para tu familia, querrás decir—aclaró—. Nunca serán parte de mi vida, aunque lo intenten.*

*La garganta de Jared se contrajo. Su mente volvió quince años atrás, a ese fatídico día en el que decidió llevar a su hermosa novia a la casa de su padre. Iba a casarse. Estaba esperando un hijo suyo, ¡suyo!*

*Ian le puso la mano en el brazo y el ataque de pánico se disipó. Jared lo miró. Esas turmalinas negras perforaron la camisa de Ian.*

*—Habla, y más vale que lo hagas con la verdad. Demuéstrame que eres diferente. Demuéstrame que aún hay Callum que valen la pena además de Dominic.*

*Frente a frente, como jamás lo habían estado, listos para matar o morir, era así como sus corazones latían.*

*—Mora no solo era mi novia, era mi vida —comenzó Jared, revelando su corazón a su hermano—. Fue todo lo que amé. Me enseñó a creer en mí, en que, a pesar de la mierda, no solo era un bastardo, sino también un ser humano que merecía amor.*

*El viento sopló una vez más. En la pared, la imagen de la mujer en un río recogiendo agua dejó sus piernas trémulas. El cabello rubio volaba en medio de la brisa cuando corrían por el bosque, cuando se escondían y se robaban besos, cuando Jared era solo eso, un muchacho enamorado.*

*—Lamento que hayas tenido que pasar por semejante dolor —dijo Ian sin saber cómo consolarlo frente a una situación irreversible.*

*—Dolor —rio mientras la pensaba—. Es un palabra tan tonta e insípida para explicar cuándo se te desgarra el alma.*

*Jared metió las manos en los bolsillos, del mismo modo que Ian, quien se mantenía alejado, dejando a ese ser que parecía de hielo derretirse al calor de la miseria ineluctable de la situación.*

*—Jared…*

*—Dime qué sucedió. —Le dio la espalda.*

*Ian palideció.*

*—¿Qué?*

*—Estuviste ahí, ¿verdad? —Conocía de antemano la respuesta.*

*Ian tragó saliva y el sudor comenzó a salir a borbotones.*

*—Sí.*

*Ian fue testigo de cómo Jared se desmoronaba en llanto en ese segundo. La muerte no perdonaba cuando los Callum rondaban, y la pobre Mora lo había aprendido de la forma difícil.*

*—Cuéntame qué sucedió —pidió—. Me quitaron al amor de mi vida. Creo que merezco una explicación después de quince años, ¿no crees?*

*Entonces Ian habló, y con ello, el Inframundo tembló, la tierra crujió y la ira se desató entre las paredes de la mansión Callum. No había jeques, reyes, ni guerreros disputándose tierras, ni por cuestiones de religión, eran solo dos hombres destruidos por un linaje. Dos caras de la misma moneda.*

*Ian sabía que el hijo de Jared estaba vivo, había callado durante todo ese tiempo para protegerlo de las garras de Theodor Callum y del resto de la familia.*

*Cuando Ian terminó su relato, el rugir del viento fuera de esas paredes era todo lo que se oía.*

*Jared estaba de espaldas a Ian. Los ojos del abogado eran lágrimas libres de rencor. Por fin esa carga quedaba liberada sin importar las consecuencias.*

*—Jared…*

*—Te quedaste allí viendo cómo mataban a mi mujer y se robaban a mi hijo.*

*—Espera, por favor. No fue así, ya te dije.*

*No hubo más palabras. Jared corrió, no sin antes tomar impulso. La patada voladora fue directo al pecho de Ian. Fue tal el impacto y la sorpresa que lo llevó a caer varios metros de donde estaba. Ian sacudió su cabeza y se puso de pie.*

*—Era la única manera de proteger a tu hijo, de lo contrario siempre estaría bajo el yugo de los Callum. Debía desaparecerlo.*

*—No te hagas el que te importa. —Buscó la forma de asestar un nuevo golpe—. No te hagas el ético conmigo cuando tu maldita boca debió haber hablado.*

*—¿No te das cuenta de que los perseguirían? —Empujó a Jared con fuerza—. ¡Jamás iban a dejarte en paz, imbécil! ¡Ni a ti ni a tu hijo! ¡Si se habían propuesto matarlo, lo harían! ¡Los conocías tan bien como yo! ¡Hice lo que Mora me pidió! ¡Se lo juré!*

*—¿Eso te deja dormir por las noches, abogado? ¿Ese es tu argumento cuando piensas en dónde está tu sobrino?*

*Ian tensó la mandíbula.*

*Jared se acercó de nuevo para golpearlo, pero Ian lo esquivó.*

*—Sé que actué mal, pero en ese momento no supe hacer otra cosa. Estaba asustado. Vi con mis ojos lo que mi padre y el abuelo le hacían a nuestra propia familia.*

*—Maldito cobarde, te mereces pasar todo el dolor del mundo —lanzó con asco—. Mereces que destripen a tu noviecito y lo cuelguen en una plaza. Que la sangre caiga sobre ti, y ahí entenderás lo que yo sentí ¡No era tu decisión la vida de mi hijo!*

*—¿En serio? ¿Pensaste que ibas a librarte del karma de ser un Callum tan fácil?*

*—Los mataría a todos si pudiera, incluso a ti y a Mayka, a cada uno. Los borraría de la faz de la tierra.*

*Crudo y sin anestesia, como siempre había sigo Jared Chadwick Callum.*

*—Entonces —Ian, con resignación, sacó el arma de la cintura y se la entregó—, empieza ahora. Vamos, eres libre de hacerlo. Eso sí, recuerda muy bien el motivo por el cual lo hice y piensa si no tengo razón, aunque duela.*

*Jared bufó y apretó el arma a un punto que pensó que la destruiría. Sus manos quedaban de un color morado por la intensidad.*

*—Entregué a tu hijo a una familia que lo sacó de Europa —dijo con cuidado—. Buenas personas. Iban a brindarle todo lo necesario.*

*—¿Lo necesario? —Jared tiró el arma a un costado y se fue sobre su hermano una vez más.*

*Ian se puso en guardia.*

*Golpe, derecha, izquierda, gancho cruzado, Ian los esquivó a todos. Jared volvió a la faena. La defensa de Ian poco a poco se quebrantaba. Cayó de rodillas, y Jared le dio una patada sobre la mandíbula. La sangre saltó hacia todos lados.*

*Jared soltó un grito que aterrorizaría incluso al más religioso y creyente, como si el Leviatán saliera de las profundidades del océano. Ian se tambaleó, pero se puso de pie. Un ataque más de Jared, sin descanso, un gancho al hígado, e Ian dio un grito de dolor. Todos los huéspedes de la casa salieron a ver qué sucedía. Bryce estaba por intervenir, pero Mayka lo detuvo. Esto era entre ellos. Siempre se trató de ellos. Azali, en cambio, fue incapaz de mantenerse inmóvil, así que intervino de inmediato sujetando a Jared. Este buscó atacarlo también a él. Aza lo lanzó al piso y lo inmovilizó con una llave, a la espera de que se calmara.*

*—Puedes ser bueno, pero no mejor que yo —le dijo al oído—. Cálmate. Sea lo que sea, tiene solución.*

*—¡No la tiene! —gritó—. Este bastardo que ven aquí regaló a mi hijo.*

*—No hice tal cosa, lo protegí.*

*—¡Lo regalaste! —volvió a gritar—. ¡Lo busqué por cada orfanato de Inglaterra, por cada rincón de Europa! ¿Y ahora, después de quince años, me dices que vive en Australia?*

*Jared comenzó a reír. Una risa histérica, llena de locura y rabia. Se acercó a su hermano y lo agarró de la camisa. Ian lo observó con tristeza; una mueca se dibujaba en su cara ensangrentada.*

*—No te separé de tu hijo porque te odiara, quiero que eso quede claro. No importa cuán fuertes seamos, nunca seríamos lo suficiente para protegerlo del resto. Quise guardarle la promesa a Mora. Ella no quería que fuera como nosotros, y me limité a eso. Te aprecio, Jared, créele o no, aunque jamás te lo haya demostrado. Con una mano en el corazón, dímelo, ¿en dónde ibas a esconderte con tu hijo? Ellos lo sentenciaron a muerte desde que nació. No iba a permitirlo. Jamás pude. Aun siendo esclavo de la familia como era, no pude.*

*Jared tensó la mandíbula y asintió. Iba a pasar. Sin embargo, Ian lo sostuvo del brazo.*

*—No podremos ganar sin ti.*

*—No es mi problema —replicó con la ira llenando su garganta—. Espero el sufrimiento de todos ustedes. Ojalá alguna vez Dios me permita verlo. —Jaló del brazo con fuerza, decidido a abandonar el sitio, a llevarse la camioneta sin importar que quedaran varados allí.*

*Pasó por el lado de Mayka, y Bryce la colocó detrás de él.*

*Jared sonrió.*

*—Cuidado, demonio. Es un gran error bajar la guardia con estos. No te confíes, o esta vez visitarás a Satanás de verdad.*

*No había más palabras. Nada detendría a Jared esta vez. Azali fue tras él.*

*—¿Vas a abandonar?*

*—¿Eres imbécil? —Golpeó la cabeza rapada—. ¿Cómo piensas que voy a luchar por un tipo que regaló a mi hijo?*

*—Le pidieron que lo asesinara y no lo hizo. Lo cuidó. Lo preservó de tu familia. Sí, te mintió, pero lo hizo por amor. Te guste o no, lo hizo por amor.*

*Los ojos negros de Jared estaban más oscuros. Sus pupilas permanecían dilatadas y la rabia se concentraba.*

*—Ya no tengo nada que hacer. Ninguno de estos imbéciles vale la pena.*

*—¿Qué hay de mí? —inquirió dolido—. ¿Yo tampoco lo valgo?*

*Jared comenzó a reír. Todavía le resultaba un enigma el teniente Mohambi.*

*—¿Sigues buscando amor en mí, teniente? ¿Incluso cuando te dije que no te enamoraras porque saldrías perdiendo? ¿Qué clase de idiota eres? ¿Desde cuándo los SEALS son tan débiles?*

*—Tener cariño en el corazón no te hace débil —argumentó enojado —. Valorar a la gente que busca tu bienestar tampoco. Nada tiene que ver con mi entrenamiento o todo lo que pasé.*

*—Como digas, Azali. Buena suerte. —Jared buscó una de las armas y la colocó en su cintura. El hombre continuó. Sentía que se desmoronaba a cada segundo con su partida.*

*—¿Por qué simplemente no puedes entregarte? ¿Por qué no puedes verme más allá de un polvo?*

*Jared se giró hacia él y lo sostuvo de la camiseta con sus dos manos; la estiró para tener su rostro a centímetros.*

*—Porque el que amaba, confiaba y se entregaba murió hace mucho tiempo con la madre de mi hijo. El tipo que soñaba con tener a su hijo en sus brazos, ese idiota se sacó el corazón del pecho y lo pisoteó con su pie hasta que las venas quedaron desperdigadas en el piso. Soy Jared Callum. Soy una gran verga y un cuchillo. No busques más. Soy nada.*

*—Puedo ayudarte. —Azali buscó la manera en que las lágrimas no se agolparan en sus ojos—. Ian también. Sabes que es así. Si unimos nuestros contactos…*

*—No —interrumpió cansado—, nadie puede.*

# 29 Condena

El rostro de Ian Callum lo dijo todo. Bryce estaba en el cuarto en el que se había acomodado y recordó la discusión entre hermanos más cruentas que oyó en su vida. Ian Callum había callado tantos años, había llevado un dolor inconmensurable hasta que lo consumió. Jared, como el animal salvaje y herido que era, atacó. No entendía las razones, no comprendió que su hermano lo amaba mucho, más de lo que había demostrado y, tal vez, Bryce decidió tener esperanzas con respecto a los Callums, porque, al parecer, también tenían un corazón, después de todo.

Por años, los vieron como sus enemigos mortales, pero solo estaban gobernados por la voz de Theodor Callum ¿Qué pasaba con los desertores? ¿Qué pasó con los que no siguieron sus reglas? Bryce tragó saliva. Su mano todavía temblaba ante la llamada que había terminado de recibir.

**Estás jugando al ajedrez y te faltan piezas. Eres tan tonto que recién ahora te das cuenta de ello.**

Se imaginó la risa macabra de Analise Charpentier. La promesa de sangre era un recordatorio de lo que pasaba más allá de esos muros, más allá de la seguridad de esas paredes existía el viento desolador, en todos los sentidos de la palabra.

Un golpe suave en la puerta lo sacó de sus miedos. Bryce dejó el celular en la cama.

—Adelante—dijo con voz neutra. Mayka ingresó despacio y cerró la puerta.

—Mayka. —Su voz salió rota y anhelante. La mujer bajó la mirada.

—No estás obligado a ir con nosotros. —Mayka se acercó y se sentó a su lado.

—No lo hago por Ian Callum. Lo hago por mi hermano y por mí.

Mayka le dio una sonrisa débil.

—Lo haces por todos. No necesito que lo niegues, sé que me amas.

Bryce observó a la mujer a su lado, más allá de la diosa de la guerra, más allá de la asesina que le destruyó a la vida.

«Los Callums te han envenenado».

Las palabras de Anael tenían toda la verdad del mundo. Mayka era un veneno irresistible, de ese que puedes probar en pequeñas dosis solo para percibir el delicioso sabor de la muerte, antes de que llegue.

—He llegado a un punto en el que ya no sé si amo o solo estoy obsesionado con lo que no puedo tener.

Mayka asintió y bajó la cabeza.

—Pues me conformo con eso—replicó sin miedo—. Sé que es retorcido y desagradable, pero si no puedo tener tu amor, al menos, quiero seguir en tu cabeza. —Las manos de Mayka fueron a las de Bryce y las apretó. Estaba temblando—. Que Dios me perdone por ser tan egoísta y avariciosa, quiero ser tu último pensamiento el día que dejes este mundo, porque tú serás el mío. Siempre tú, Bryce Morgan.

El nudo en la garganta le impedía respirar. El hombre tomó en sus brazos a la mujer que juró odiar.

—Las Charpentier nos darán caza a dónde vayamos.

Mayka, refugiada en el calor de su cuerpo, cerró los ojos y apoyó la cabeza en su hombro.

—Sé que mi palabra vale poco, pero te juro que no te abandonaré.

Bryce quiso creerle, pero las palabras de Anael hacían mella de su cabeza golpeada, sin embargo ¿había una diferencia si lo abandonaba? ¿Si esa mujer intentaba asesinarlo de nuevo, eso cambiaría sus sentimientos?

La realidad es que no. Bryce la seguía considerando suya. En un lugar primitivo y absurdo de su mente, ella le pertenecía para cuidar y proteger, aunque Mayka Callum no lo necesitara.

—Te amo, Bryce.—Como si escuchara sus pensamientos y miedos, Mayka habló. Tenía algo de bruja sin duda, la estirpe de hechicera la perseguía—. Nada puede cambiar eso, nada lo hará.

Bryce comenzó a reír, rio como hacía dos años no lo hacía, rio de la tragedia y de la ironía, de su propia falta de cordura, pero, sobre todo, rio por la vida que volvía a traerle a su verdugo, y él la esperaba con los brazos abiertos.

La besó con intensidad, sus labios se acoplaron a la perfección, porque eso es lo que eran, perfección absoluta. El danzar salvaje del sol y la luna, del deseo y el odio, un híbrido entre el amor y el anhelo por lo que jamás serían.

Una Callum y un Morgan jamás podrían formar una familia convencional. La paz y la armonía eran un lujo que los mortales tenían, no los dioses de la guerra.

Cuando le has entregado tu corazón a una celta guerrera, prepárate para la sangre, pero nunca para la tranquilidad. Aquí no habría hijos y el futuro era más que incierto, lleno de una bruma tan pesada como la de Londres.

Sus lenguas jugaron en un danzar salvaje, en ese encuentro lascivo y cruento. La sangre se deslizó por el labio de Bryce ante las fuertes mordidas de su amante. Mayka entrecerró sus ojos, su lengua pérfida y talentosa se deslizó sobre la carne hinchada y bebió del pequeño hilo carmesí.

—Lo siento—dijo y succionó el labio inferior estirándolo—. Debía probarte de nuevo.

Mayka debía hacerlo porque desconocía cuándo volverían a separarse, desconocía el momento en que Bryce, por fin, entraría en razón y se apartaría de ella.

Su cuerpo ardía ante las caricias de Bryce Morgan, del hombre que le enseñó el arte del sexo y lo maravilloso que podía ser. Esta vez, no hubo prisa. La muerte los esperaba y, si ellos la abrazaban, lo harían con felicidad.

Bryce deslizó su lengua en cada parte de su cuerpo. Mayka suspiró de placer y acarició las hebras de su cabello. Masajeó su cuero cabelludo mientras la boca entreabierta de Bryce se cerraba sobre un pezón y succionaba. Acarició la carne despacio, besó un seno y luego el otro, enterró su nariz entre ellos y se extasió con el aroma de Mayka. Una mezcla de flores y hierbas, de campiña verde y frescor, de sol y nubes espesas cargadas de agua pura. Bryce podía recitar mil odas, cada vez que contemplaba el cuerpo de Mayka entre sus brazos.

Su lengua se deslizó en una espiral ascendente hacia el cuello y, de ahí, a las mandíbula. Mayka gimió y abrió las piernas para que su amante se colocará entre ellas. La humedad de sus sexos era innegable, la necesidad vibraba, se percibía en cada respiración, en sus miradas, en la manera en que Mayka movía su pelvis hacia arriba y el enorme pene acariciaba los bordes de su entrada.

—Te quiero en mí—susurró y gimió cuando Bryce le dio un nuevo chupetón en uno de sus senos—. Por favor.

Bryce asió su imponente virilidad y acarició los bordes húmedos con firmeza. Mayka gimió y se mordió los labios. El hombre sonrió con malicia, el pene se deslizó en la humedad hacia el interior. Mayka se estremeció, todavía estaba dolorida del encuentro anterior, pero era incapaz de resistirse a ese hombre.

Lo había llorado por dos años, elucubró fantasías cargadas de erotismo cada noche cuando solo recordaba su aroma, ahora estaba aquí.

La primera embestida fue firme y las que siguieron estuvieron a punto de mover la cama con dosel de su lugar. Las piernas de Mayka se enredaron a su cintura y sus caderas bailaron al compás de las embestidas, bueno, al menos lo intentó. La potencia de Bryce era inigualable. Mayka nunca había deseado a un hombre hasta que el mayor de los Morgan entró en escena. Sus ojos grises estaban fijos en su rostro. Mayka pensó en cómo se vería, si le molestaría que hubiera engordado, si le encontraría el mismo atractivo.

La virilidad rozó el clítoris con vehemencia, Mayka estuvo a punto de perder la cordura. Su búsqueda del éxtasis provocó que sus gemidos se tornaran alaridos de placer irrefrenable. Bryce la tomó de sus muñecas y las llevó sobre su cabeza, la aprisionó dejándola a su merced y embistió como una bestia salvaje.

—Eres mía—pronunció sobre sus labios.

—Sí—Mayka respondió—, siempre—dijo más bajo y el orgasmo hizo que perdiera el sentido.

Su cuerpo tembló en espasmos de placer. Bryce siguió embistiendo y los sollozos llenaron la habitación. El primero orgasmo estaba latente cuando comenzó a gestarse el segundo. Bryce liberó sus manos y Mayka se movió haciendo que su hombre cayera sobre el colchón, mientras ella lo montaba.

Bryce asió su largo cabello negro y la desafió.

—Muéstrame qué tienes, Callum.

El sudor se deslizaba sobre sus cuerpos calientes. Mayka se agitó sobre el cuerpo debajo de ella y lo montó como si no hubiera un mañana. Bryce la contempló con asombro y deleite.

—Mi diosa—musitó antes de lanzarla sobre su cuerpo y embestir hacia arriba sacándole un segundo orgasmo.

Mayka apretó el pene entre las paredes musculares con tal fuerza que Bryce gritó su liberación y derramó su esencia en el cálido interior. La mujer cerró los ojos, sonrió y se mordió el labio.

—Te quiero así todo el tiempo—susurró sobre su hombro y lo besó. —Muy dentro de mí, llenándome.

—Deja de decir esas cosas, porque vas a lograr que esté duro de nuevo.

Mayka rio y sus miradas convergieron, sus respiraciones agitadas, sus manos seguían acariciándose porque nunca tenía suficiente del otro. Los gemidos de una de las habitaciones se tornaron nítidos. Mayka y Bryce rieron.

—¿Sabes? Jamás creí que Ian Callum se fijaría en alguien como Orel Romanov.

—¿Por qué no? —Mayka frunció el ceño.

—No lo sé, se ve demasiado… tierno.

—Bueno, no todo el mundo se enamora de locas psicópatas que te asesinan.

Mayka seguía sobre el cuerpo de su amante, su hombría aprisionada en su interior. Bryce rio una vez más.

—Aun así, una cosita tan tierna como Orel Romanov nunca sería mi tipo. Sería el gusto de mi hermano Eric. Anael y yo somos diferentes —explicó. Mayka se humedeció los labios y le sonrió—¿Qué?

—Vamos con ellos.

—¿Ahora? —preguntó sorprendido. Mayka asintió.

—¿No tienes curiosidad?

Bryce negó ante la locura, ante la posibilidad de que Ian lo sacara a tiros de la habitación, sin embargo, ¿no era un poco morboso? ¿No le gustaba la adrenalina? Salió despacio del interior de su amante quien dio un gemidito.

—Estás muy loca, mujer—agregó con una sonrisa. Mayka le dio un guiño de ojo.

—Mal por ti que recién te hayas dado cuenta ahora.

# 30 Destellos

*—¿Qué vamos a hacer ahora?*

*—No tengo la menor idea, pero a esta altura solo hay que esperar dos cosas: la llegada de mercenarios entrenados a Casablanca o ir hacia ellos en un ataque de locura e inmolación.*

*Orel le besó la frente a Ian y empezó a desparramar «piquitos» en sus mejillas, nariz y comisura de sus labios. Le agradaba degustarlo como un manjar o una buena copa de vino que se disfruta gota a gota.*

*—¿Sabes por qué nunca tuve hijos?*

*La pregunta fue espontánea.*

*Orel le acarició las hebras doradas mientras su mejilla estaba apoyada sobre ellas.*

*—¿Qué te detuvo?*

*—Sabía lo que sucedería. Pobres inocentes almas que vienen al mundo y son moldeadas para la guerra. Casados por contratos ridículos y tradiciones rancias. Pensé en un hijo y me vi a mí mismo, asustado, queriendo escapar de ese lugar, rogando a mi madre marcharnos, y ella llorando impotente. Graduándome de una carrera que jamás me gustó, odiando a mi esposa. Dime, ¿cómo traer a un ser inocente a semejante sufrimiento? No quería ese dolor para nadie…*

*Orel cerró los ojos. Dios, y él decía que estaba roto. ¡Con Ian no tenía ni para empezar!*

*Las puertas se abrieron de par en par. Mayka, Azali, Bryce y Anael ingresaron en ese momento y se sentaron alrededor de la mesa.*

*—¿Qué hacen todavía aquí?*

*Bryce fue el primero en responder la pregunta del abogado.*

*—Pensé que teníamos un trato.*

*—Bueno, estoy frente a ti para cobrar venganza —aludió resignado.*

*Orel lo abrazó con fuerza.*

*—Cuidado. Es una opción muy tentadora, pero pienso divertirme un poco más, y eso incluye a las hermanas Charpentier.*

*Ian sonrió y asintió. Luego se enfocó en Azali, que se mantenía en silencio.*

*—Pensé que irías con Jared.*

*—Él dejó muy clara su postura —expresó sin dudar—. Mi lugar es con ustedes, así que cuenten conmigo. A todo o nada.*

*—Me gusta cómo suena, aunque lo más probable es que mueras —advirtió Ian.*

*—He estado cerca de la muerte muchas veces. Creo que le gusto un poco incluso.*

*Todos rieron. Era difícil escuchar a ese moreno recio e implacable hacer bromas.*

*—Yo también estoy dentro. —Mayka unió su mano a Bryce, que tenía la suya sobra la mesa. Ian frunció el ceño, aunque en el fondo tenía la esperanza de que hiciera al demonio entrar en razón—. A todo o nada, como dijo Azali.*

*—¿Qué hay de ti? —preguntó Ian a Anael.*

*Este se miraba las uñas. Tenía los pies sobre la impecable mesa y fingía aburrimiento.*

*—Cuando llegué aquí, solo quería rebanarles el cuello —confesó—. Ese era el objetivo. Fue para lo que nos pagaron. Nuestro prestigio estaba en juego.*

*—¿Entonces?*

*—La conversación con tu hermano me hizo entender todo —aseguró—. Tú aborreces a tu familia tanto como nosotros, por lo tanto, eres mi aliado.*

*Mayka se abrazó a Bryce. Las cosas no habían mejorado entre ellos, pero necesitaban mantenerse juntos.*

*—A todo o nada. Vamos por esas perras.*

*Eran pocos, insuficientes de seguro para el enorme peligro que se avecinaba. Sin embargo, no eran novatos y no les harían la tarea fácil a sus enemigos.*

*—Debo enseñarte unos trucos —susurró Ian cerca de la boca de Orel.*

*—¿De verdad?*

*—Por supuesto. Si vas a ir conmigo, debes aprender a defenderte.*

*Mayka se puso de pie y golpeó las manos.*

*—De acuerdo, hijos de su puta madre, como diría mi querido primo Dominic, ¡muevan ese culo flojo ahora!*

*Todos se levantaron. Orel quedó en el regazo de Ian unos segundos más; le costaba tanto desligarse de su calor.*

*—Eres valiente.*

*—No lo soy.*

*—Lo eres. Solo los valientes aceptan sus errores y asumen las consecuencias incluso cuando sus vidas están en riesgo.*

*—Nunca tuve opción, amor. Esa es la más genuina verdad.*

*Orel agarró su mano y la colocó en su corazón.*

*—La tienes ahora. Pudiste haberte mantenido alejado y permitir que me asesinaran, pero no lo hiciste.*

*—Porque te amo más que a mi vida.*

*—Y ese amor es el que te redime. Al menos a mis ojos siempre serás excepcional, incluso con tus miedos.*

*—Oigan, maricas —dijo Anael, molestándolos—, ¿la palabra «entrenar» les suena?*

*—Quizá no sea tan buena idea que se haya quedado —murmuró el muchacho.*

*—¡Puedo escuchar eso!*

*—Es insoportable —lanzó Mayka.*

*—¡Y eso también!*

*Bryce se acercó y le dio un golpe en la espalda con fuerza.*

*—Por eso lo dicen, tonto. Andando, hay trabajo que hacer.*

***

«Una estrategia conjunta».

Eran pocos, pero tan diferentes. Se encontraban en el mismo objetivo, había que eliminar a las Charpentier antes de que ellas lo

hicieran. Lo más probable es que se seguirían odiando después de todo, pero allí, en ese lugar, eran uno.

Revisaban en la computadora de Anael algunos de los planos y fotografías de la mansión donde vivían actualmente las mujeres. Quedaba a las afueras de París. Era una enorme propiedad rodeada de vegetación, con decenas de guardaespaldas.

—Mira el terreno. —Hizo un acercamiento una vez jaqueadas las cámaras exteriores—. Tiene perros por doquier ahora.

—Cuando estuvimos allí, los mantuvieron ocultos—explicó Anael.

Azali se acariciaba el mentón. ¿Cómo carajo acceder a un sitio impenetrable?

—Temen por su seguridad. Lo que ocurrió con Jerome Charpentier las hizo tomar cien veces más recaudos, además, son conscientes de que no vamos a quedarnos de brazos cruzados.

Mayka se acercó a los hombres, que estaban sentados en el piso, afirmados en la pared, mientras el demonio, Ian y Orel entrenaban.

—Ese mocoso no nos puede acompañar —dijo Anael—. Arruinará todo.

—Ian no lo dejará, así que ahórrate el berrinche. —Aza tecleó en la computadora.

—¿Quién hace berrinche?

—¡Tú! —gritaron al unísono.

Anael chasqueó la lengua.

—Haz un acercamiento allí —pidió Mayka—. Otro problema en el lado sur.

—Genial, cercas electrificadas.

—De serlo, debemos llegar por aire. Ellos saben que es la única opción, por lo tanto, nos van a esperar. No importa si atacamos a la madrugada, somos blanco fácil.

—Todos los empleados son revisados al llegar, al igual que cada vehículo que ingresa a la casa.

—Verifiqué los planos; los túneles están sellados. La única alternativa posible sería el desagüe.

—Perderíamos municiones —comentó Anael—. Si nos disfrazamos como empleados, suponiendo que fuera posible, llegar a las

habitaciones de ellas sería una proeza. Es un búnker.

Bryce e Ian caminaron hacia ellos, mientras que Orel se sobaba las magulladuras y daba pasos cortitos.

—Apenas te han tocado —recriminó Anael, y el muchacho se encogió de hombros.

—Duele igual.

Mayka puso la mano en la frente. Todos pensaban la forma de acceder al sitio. Orel frunció el ceño en ese instante.

—¿Por qué quieren acceder a la casa?

Los muchachos rieron.

—¿Te dieron muchos golpes en la cabeza?

Orel negó frente a la tontería de Anael.

—¿Por qué ir a su hogar cuando cada día las encuentras en su empresa?

Silencio unos segundos, y Azali lanzó una carcajada que se escuchó en toda la casa.

—Carajo —dijo con vergüenza—, años de entrenamiento militar, decenas de misiones, y un muchacho que no tiene idea de nada viene y nos muestra la llave de acceso a esas malditas mujeres.

Anael puso los ojos en blanco. De verdad esto era muy vergonzoso.

—Tu punto de vista es aceptable —intentaba no darle la razón—, aunque como están las cosas dudo que ellas vayan a la oficina.

—Eso es fácil. —Orel, con una tierna sonrisa, buscó su celular.

—¿Qué haces?

—Llamar a Charpentier Biotechnologies.

Todos estaban estupefactos.

Orel se cruzó de brazos mientras sostenía su celular entre su oreja y el cuello. Un par de tonos y respondieron.

—Usted se ha comunicado con Charpentier Biotechnologies. ¿En qué podemos ayudarlo?

—Buenos días —saludó con amabilidad—. Necesito hablar con Nancy o Analise.

—¿De parte de quién?

—Peter Linch. Soy un viejo amigo de ellas.

—Lo lamento, ellas no han venido hoy, pero el viernes estarán durante todo el día, ya que tienen una reunión.

—Perfecto, las llamaré el lunes para no molestar entonces. ¿Puedo pedirle otro favor?

—Dígame.

—Verá, quiero darles una sorpresa, así que agradecería que no les dijera que las llamé. Han estado tan tristes por el fallecimiento de Jerome que quiero alegrarlas un poco.

—Descuide, no diré una palabra.

—Es usted muy amable.

—Gracias por llamar.

—Gracias a usted, dulzura. —Y una vez que terminó de hablar se enfocó en los hombres y dio una risilla—. El viernes estarán allí durante todo el día. Esa será nuestra mejor oportunidad.

Todos reían sin poder creer la inocencia y elocuencia de ese ser con rostro de muñeca.

Ian lo sujetó del rostro y lo besó.

—¿Te he dicho que soy muy afortunado al tenerte?

—Sí, pero nunca me canso de escucharlo de ti.

Tenían una oportunidad y la estrategia cambiaba. No obstante, el edificio estaba lleno desde las primeras horas de la mañana.

—Hay inocentes, demasiados —dijo Mayka media hora después ya ubicados en la sala de reuniones.

—Varios puntos para tener en cuenta —opinó Azali—. Primero hay que intervenir esas cámaras, de lo contrario estaremos perdidos, y, paso siguiente, desalojar el lugar.

—Podemos entrar y empezar un pequeño incendio en el último piso —agregó Anael—. Muchas personas van y vienen. No tienen control sobre eso.

—Me parece bien —acordó Ian—. Los guardias no se moverán, al contrario.

Bryce levantó la mano, mostrando lo que había obtenido gracias a un rumano amigo que hacía trabajos de inteligencia junto a su hermano Eric.

—Hay un subsuelo insonorizado y listo para convertirse en búnker. Se cierra desde dentro.

—Allí es donde irán apenas el incendio y la locura comiencen —dijo Anael—. ¿Contamos con Eric esta vez?

—No puede. Está custodiando al mocoso tenista brasileño ese.

—¿Felipe? —indagó Orel.

—El mismo. ¿Lo conoces?

—No, pero Eric dice que tiene una aspiradora en la boca.

—¿Qué? —preguntó Orel.

Anael rio.

—Nada, una conversación con mi hermano, eso es todo.

Bryce le hizo señas para que se callara. Demasiada información.

—Ingresaré y…

—No —interrumpió Mayka—, a ti te reconocen. A mí no me han visto nunca. Además, una mujer es menos sospechosa.

Bryce tragó saliva. Lo menos que deseaba era que Mayka quedara expuesta sola hasta recibir ayuda.

—Estaré bien. Será un trabajo rápido. Las alarmas de incendio se activarán de inmediato. Ustedes deben llegar al piso quince, donde ellas se encuentran antes, y prohibirles el paso.

Sonaba simple, pero concretarlo con decenas de guardaespaldas no lo era.

—¿Has encontrado pasadizos o puertas que las lleven al búnker?

—No en el plano —le respondió Bryce a Ian.

—Una vez terminado, hay que demoler el piso —sentenció Azali—. Ningún rastro puede quedar, ¿lo entienden?

—¿Cómo ingresaremos los explosivos? Hay detectores de metal en las entradas.

—Alguien debe reemplazar a uno de los guardias —dijo Ian.

Azali asintió.

—Yo lo haré —contestó Bryce—. El primer turno es a las seis de la mañana. Voy a dormir a los dos hombres a cargo del detector y no habrá inconveniente. Debemos ser rápidos de todos modos.

—Bien, la acción en el piso quince hasta que logren zafarse de sus funciones quedará en manos de Anael, Azali y yo.

—Yo estaré también —comentó Orel.

—En serio, hombre —se burló Anael.

—Tal vez no sea tan musculoso o bueno con las armas como tú, pero sé defenderme.

—Esos tipos te estrangularían con una mano.

—¿En serio? ¿Recuerdas quién te venció en la carretera?

—Suerte de principiante —replicó sin mirarlo.

—Claro, perra, sigue hablando —susurró el muchacho, e Ian contuvo la risa.

—¿Qué has dicho?

—Voy a preparar algo de comer, ¿alguna preferencia? —Esquivó el tema. Ninguno dijo una sola palabra—. Perfecto, arroz y mariscos entonces. Es lo que único que hay en las latas del aparador. —Le dio un beso a Ian y salió de la sala.

Bryce escrutó al abogado.

—¿Qué ocurre?

—Vas a poner su vida en riesgo.

—Su vida está en riesgo permanente. Al menos si está conmigo haré hasta lo imposible por cuidarlo.

Mayka observó el dibujo y les mostró el otro punto débil.

—Hay que clausurar los ascensores, de lo contrario, los guardias se moverán más rápido.

—Y nosotros también.

—Es la única opción. Las escaleras son estrechas, uno contra uno. Minimizamos el riesgo y aprovechamos los cuchillos, además de colocar los explosivos.

—Pensar que tu hermano te llamaba «florcita débil».

—Ahora él está dos metros bajo tierra. ¿Quién era la florcita débil?

Bryce se mordió el labio con sensualidad, y ella le dio un guiño de ojo. Carajo, por ella recibiría veinte balazos más en medio del corazón.

Ian desplegó el plano, y cada pieza comenzó a encajar. Entendió que sus aliados no eran pocos, sino la cantidad justa para hacer estragos y poner el mundo de las Charpentier patas arriba.

—Viernes —dijo Bryce.

—Exacto —replicó Ian—. Lo que significa que debemos salir mañana al amanecer rumbo a Bucarest.

—El clima aún no es favorable.

—Pues deberá hacerlo, porque es la única oportunidad de tener a esas mujeres en nuestras manos —expresó Ian con sus dedos tamborileando sobre la madera.

No había tiempo para lamentos ni tampoco segundas oportunidades. Ian conocía los riesgos y los beneficios de atacar el corazón de su imperio, y era justamente donde darían el golpe.

# 31 Reiniciar la partida

Azali observaba a través de los cristales de su habitación y se preparaba mentalmente. Claro, no de la forma en que Ian y Bryce lo hacían en ese preciso instante. Aza se miró las manos y advirtió un ligero temblor. Frunció el ceño al recordar este hecho que venía sucediéndole desde hacía meses.

Si estuviera con su equipo de trabajo, su jefe seguro le habría insistido para realizar un chequeo de rutina. Sin embargo, desde hacía un tiempo se había alejado de su equipo para buscar un nuevo rumbo, uno que lo había llevado a los brazos de Jared Callum, por decirlo de una manera educada.

*—Ya no tengo nada que hacer. Ninguno de estos imbéciles vale la pena.*

*—¿Qué hay de mí? ¿Yo tampoco lo valgo?*

*—¿Sigues buscando amor en mí, teniente? ¿Incluso cuando te dije que no te enamoraras porque saldrías perdiendo? ¿Qué clase de idiota eres? ¿Desde cuándo los SEALS son tan débiles?*

Azali sostuvo sus manos, que se sacudían, y cerró los ojos. Conectó con el profundo dolor que ahora también acompañaba a los temblores. Existía algún problema neurológico de algún tipo, pero no pensaría en él. Recordó una frase del novio de su anterior jefe cuando quería burlarse de ellos.

«Afortunadamente, no les pagan por pensar, de lo contario serían mendigos».

Bastian Driesen, ese era el nombre del muchacho boquiflojo que a todos les sacaba sonrisas y que le daba amor como nadie a un hombre rudo como era el comandante de su exequipo.

¿Había valido la pena alejarse? Esa pregunta carcomió su cabeza durante mucho tiempo. Ahora, en medio de la soledad de una mansión de ensueño, en una ciudad de cuento de hadas y con una tormenta épica, comprendía que la respuesta correcta no existía.

Las cosas habían pasado tal y como debían ser, ni más ni menos.

Fue hasta la mesa de noche y comió algunas de las frutas que había logrado sacar del refrigerador. Las uvas eran frescas y muy dulces. Llevó una a su boca y la aplastó contra su paladar. El sabor inundó sus papilas gustativas.

El sueño ni siquiera lo rozaba. Había tomado la decisión de luchar por Ian y Orel, no porque los conociera, sino por lo que proyectaban: amor incondicional. Se imaginó alguna vez logrando eso. Se imaginó a sí mismo siendo capaz de entregarlo.

Un golpe en la puerta rompió la maraña de pensamientos. De inmediato sacó el arma que tenía sobre la mesa de noche y se acercó a la puerta solo para encontrarse con Anael Morgan parado en el marco y de brazos cruzados.

—Hola.

—Hola. —Vio al hombre incorporarse y correrlo del lugar para pasar al cuarto—. Perdón, ¿acaso te he invitado a pasar?

—No seas aguafiestas —respondió el ángel con una sonrisa. Lo primero que hizo fue lanzarse en la cama, con sus codos apoyándose y su cabeza levantada, a la espera.

El teniente tragó saliva y caminó hacia una de las sillas cerca de la ventana donde había estado.

—¿Qué necesitas?

Anael arqueó una ceja, divertido.

—¿Qué parece que necesito?

Desde un punto de vista objetivo, Azali estaría muy tentado. Anael era uno de los hombres más atractivos que había visto en su vida, solo comparado con Baltimore, un antiguo compañero. Su rostro, tamaño, músculos en el lugar justo, un culo que parecía esculpido a mano y sobresalía con los pantalones blancos de chándal… Sin embargo, era incapaz de verlo como una pareja de cama, aunque fuera por unas horas.

—Será mejor que te vayas de aquí.

—¿Por qué? —Anael se puso de pie y apretó a Azali contra su cuerpo—. Vi cómo me mirabas. Tú a mí me pareces muy caliente también.

El teniente iba a decir algo, pero la boca de Anael, con la velocidad de un guepardo, capturó sus labios con salvajismo. Azali respondió de inmediato, entregándose al momento, queriendo borrarlo de su mente.

«No puedo».

Puso la mano en el pecho de Anael y lo detuvo. El hombre frunció el ceño.

—¿Qué te sucede?

—Lo siento, eres muy tentador, pero yo no soy así.

—¿Así cómo? ¿Libre?

Azali quedó en silencio. Quizá desahogarse con ese idiota no era la mejor opción.

—No me acuesto con personas desconocidas.

—Mentiroso —se burló una vez más—. Callum te arrolló como un camión y ni siquiera le tomaste la patente.

—Ese no es tu problema —dijo con seriedad—. Lamento arruinar tus expectativas.

—Vaya… —Fingió tristeza—. Tal vez sea la última noche que tengamos sexo y tú la desperdicias.

—Me gustaría responderte —afirmó—. Me encantaría decirte sí y desarmarte en esa cama.

—Claro —negó sonriente—, eso si tu verga no estuviera conectada a un agujero que nunca le perteneció.

—No vuelvas a decir eso —replicó enojado.

Anael se humedeció los labios.

—Todo el mundo sabe cómo son los Callum. Solo alguien muy idiota o con un gran derrame cerebral se enamoraría de uno.

—Tu hermano está enamorado de una, no lo olvides.

—Una infeliz que le puso una bala en el corazón. Los Callums desangraron nuestra familia, y él ha decidido perdonarlos.

—No creo que haya hecho tal cosa —respondió—, pero ama a la mujer, y ese es un poder imbatible.

Anael dio un suspiro y le acarició el cuello. Su mano viajó sobre los pectorales.

—Creí que tú eras diferente.

—¿A qué te refieres?

—Alguien que no caería en la maldición.

—¿Te has enamorado alguna vez? —preguntó Azali.

Anael se humedeció los labios.

—No, nunca.

—Mentira —contestó tajante.

—¿Por qué lo haría?

Azali lo escudriñó con detenimiento. Trataba de encontrar esa falla, ese desliz.

—No lo sé, pero me resultó falsa tu negativa.

—El infierno se congelará antes de que «el ángel» Morgan caiga en las garras de alguien.

—Una linda frase, aunque hay un problema detrás de ella.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Es un desafío, y no hay nada más excitante para un hombre de guerra que llegar a un lugar donde nadie más lo ha hecho.

Anael se carcajeó y estampó un nuevo beso en los labios de Azali.

—Pobre teniente —se jactó—, nunca supiste cuándo tú mismo caíste en ese desafío.

***

**Bucarest, Rumania.**

**Oficinas centrales de Charpentier Biotechnologies.**

Orel tenía las manos trémulas mientras ingresaba a la compañía de las hermanas Charpentier con dos enormes bolsos, una gorra y un par de anteojos, ropa holgada que lo camuflaba entre la multitud que iba y venía.

Habían decidido que él llevaría los explosivos. ¿El motivo? En caso de que las cosas se salieran de control, Bryce estaría en la línea con

los guardias, por lo cual podría eliminarlos antes de que hirieran a Orel. Respiró profundo. Él no servía para esto. Más de una vez sus patitas buscaron moverse en sentido contario y salir del vestíbulo de la compañía. Sería imperdonable, sobre todo cuando cada uno ponía lo mejor de sí. Eran cerca de las siete de la mañana, y Orel divisó a Bryce en el área de verificación. Estaba solo, lo que implicaba que en algún lado un par de guardias debieron quedar maniatados o, en el peor de los casos, muertos.

Le entregó los bolsos y sonrió con amabilidad.

—Camina por las escaleras que están al final, las de la derecha. Yo te seguiré en un instante —susurró entres dientes.

—¿Las cámaras?

—Desactivadas —contestó Azali a través del auricular que ambos cargaban junto a los celulares—. Son libres para moverse por el edificio.

—Hay guardias vestidos de civil —aclaró Bryce, y le devolvió los bolsos a Orel.

—¿Dónde?

—En todo el maldito edificio —murmuró, y dejó a Orel caminar con la mayor tranquilidad posible.

Debía mantenerse en alerta. Sus ojos miel fueron a cada lugar, y en ese momento todos parecían sospechosos. Sostuvo la manija del bolso pesado y se dirigió a las escaleras.

Mayka, por su parte, con un lindo enterizo rojo pasión y tacones negros, llegó al último piso.

—Bien, que comience el juego. —Sonriente, lanzó un fósforo sobre una de las alfombras.

Uno, dos, tres, diez segundos y la alarma de incendios se activó. El bullicio se hacía ensordecedor en todo el edificio. De repente, muchos de los guardias ocultos se pusieron al descubierto. Habían dado el primer paso.

Orel estaba en medio de las escaleras cuando Bryce llegó hasta él corriendo.

—Carajo, te tardaste —dijo con alivio.

El hombre no le respondió, sino que empezó a activar los sensores y a colocarlos debajo de las escaleras. Fue así como subieron piso

por piso.

—El sistema clausura las escaleras.

—¿Eso qué significa?

—Tendremos que romper la puerta cuando lleguemos al piso quince —informó Bryce.

Ian y Azali estaban sentados en la sala de espera del piso quince, ambos de traje impecable, cuando la alarma se activó. Las mujeres habían llegado. Aza ya había consultado con las secretarias, pero estas le indicaron que estaban en una reunión importante.

—¿Dónde carajo se metió Anael?

—No lo sé —replicó Ian apenas moviendo los labios.

—Al carajo, actuaremos sin él.

El agua destilaba en la ropa y el cabello de todas las mujeres y hombres, quienes maldecían y corrían asustados, abandonando el piso. Ian y Azali se mantuvieron en los lugares en silencio. Esperaban a que las hermanas hicieran su aparición. Sin embargo, eso no ocurría. Los hombres se pusieron de pie.

—Ellas no saldrán.

—Por supuesto —dijo Ian—. Saben que somos nosotros.

Un tropel, que atravesó los pasillos, les mostró que el gran ejército de las mujeres había llegado a su encuentro. Vestidos de negro, con sus caras cubiertas, así como atacaron en Marsella. Eran cerca de treinta. Azali e Ian se prepararon para lo peor.

Una lluvia de balas cayó entre el agua que escurría de los techos y empapaba las impecables alfombras grises.

—¡Cuidado! —Azali empujó a Ian y ambos se lanzaron debajo de los escritorios.

Los papeles, vidrios, maderas y demás objetos volaron cuando los proyectiles impactaron en ellos.

Sacaron sus armas, pero el equipo no se detenía. Era imposible rebatir eso. Además, estaba el peligro de que la puerta donde estaban las Charpentier se abriera y otros soldados salieran en su defensa.

Uno de los enemigos vio una granada cerca de su pie, la cual venía desde detrás de ellos, en donde encontraron a una mujer de rojo con las manos en la cintura.

—Un paseo por las nubes, disfrútenlo. —Guiñó el ojo y, a continuación, se lanzó detrás de un archivero cuando la granada explotó.

Los gritos de los hombres afectados por la quemazón repercutieron en todo el bloque. Saltaron hacia todos los rincones, ellos y partes de sus extremidades amputadas, mientras algunos daban desgarradores gritos de dolor.

Ian y Azali se levantaron, aprovecharon el efecto sorpresa de Mayka y dispararon a los que quedaban en pie. Un par de hombres fueron encima de Azali, quien los embistió como un búfalo, lanzándolos por el aire. Luego se tocó el hombro con dolor.

—¿Estás bien? —preguntó Ian.

—Estoy viejo, y estoy dándome cuenta de eso.

El abogado rio y le golpeó el pecho.

—Andando. Nos quedan unos minutos antes de que lleguen los bomberos y la policía.

Mayka corrió hacia ellos y les sonrió.

—Lo sé, soy la mejor —dijo con el arma en la mano.

—Lo eres, que no te queden dudas —afirmó Ian.

Los tres estaban frente a la amplia puerta de madera que dividía la sala de reuniones.

—¿Qué crees que nos encontremos aquí?

—¿Más soldados?

—Eso espero.

Mayka preparó una nueva granada y la hizo rodar hasta la puerta. Entretanto, ellos se guarecían y cubrían sus oídos. El potente estallido hizo que la puerta volara en mil pedazos y que la sala quedara sin protección.

Ian fue adelante y apuntó con el arma. Luego se escondió y se deslizó por la pared, pero la sorpresa fue grande cuando se percató de que la sala estaba vacía.

Los tres ingresaron con cautela y aseguraron cada perímetro. Nadie estaba allí, y era obvio que no habían estado en toda la mañana.

—¿Las secretarias mintieron?

—No, Mayka. Ellas tampoco estaban enteradas del hecho —replicó Ian.

—¿Dónde están?

Buscaron en cada rincón, incluso dieron vuelta la oficina en busca de alguna pista, cuando de pronto Mayka se tropezó. La mujer miró al piso y se dio cuenta de que la alfombra estaba levantada menos de un milímetro en el piso. Ian y Azali intervinieron y con sus cuchillos cortaron la gruesa tela, encontrando un pasadizo, una escalinata en forma de caracol que de seguro llevaba al famoso búnker.

—Nos han tomado el pelo.

—Y de la peor manera —agregó Ian.

Los tres bajaron por las escaleras de madera, que eran muy estrechas. Era un perfecto escondite para ratas inmundas. Descendieron lentamente hasta que, en uno de los escalones, encontraron un sobre lacrado. El escudo de armas de la familia Charpentier. Ian abrió el sobre al instante. Las palabras que encontró le congelaron la sangre.

*En la venganza, como en el amor, la mujer es más bárbara que el hombre.*
*F. Nietzsche.*

Ian leyó la frase y en ese momento supo que habían caído en la trampa más perversa.

—Orel…

—¿Qué sucede?

—Tienen a Orel. ¡Se lo llevaron! —gritó desesperado.

Azali contempló los puntos rojos que titilaban justo debajo de las escaleras, de la misma forma en que ellos habían puesto los explosivos.

—Tienen a Bryce también ¡Maldita sea!

Mayka se giró hacia los interruptores y los abrió. El contador estaba activo.

—Hay que salir de aquí.

—Mayka…

—¡Tenemos noventa segundos para salir antes de que todo el edificio explote! —bramó, y corrió junto a sus compañeros por las

escaleras.

Mayka se quitó los zapatos y se movieron a toda velocidad por las escaleras. Su corazón pedía a gritos salir. Pusieron un pie en el primer piso y el edificio comenzó a estallar piso por piso.

—¡Muévanse!

Los hombres saltaron junto a Mayka hasta la planta baja y sintieron los vidrios estallar detrás de ellos.

No importaba lo rápido que corrieran, no saldrían de allí a tiempo. La ola expansiva los alcanzó. Los cuerpos inertes fueron catapultados contra los cristales, que se rompían, arrojándolos a varios metros de las escalinatas.

El edificio se cubrió de llamas y el estruendo hizo vibrar a toda la ciudad. La policía corrió hacia ellos en un intento de ayudarlos.

—Orel…

Era el único vocablo que salía de los labios de Ian.

Mayka se puso de pie. La sangre corrió por su oído; uno de los tímpanos se había roto.

Azali, como el hombre de hierro que era, o al menos fingía ser, se levantó y alejó a los paramédicos.

—Se los llevaron —sentenció Ian.

—Están en la mansión. Todo el tiempo lo programaron de esa manera.

—No —espetó Ian al borde del colapso—, ellas buscan consumar su venganza, y tienen un lugar para ello.

# 32 La rueda de la fortuna

La habitación daba vueltas. Los ojos de Bryce apenas podían mantenerse abiertos. Los sedantes que le habían inyectado tuvieron un efecto devastador en su cuerpo. Recordó los últimos momentos, los golpes que cayeron a mansalva, la manera en que lo inmovilizaron y sedaron. Intentó mover sus brazos adormecidos, pero las cuerdas de color rojo lo sostenían con firmeza. Pensó en la forma de escapar, pero su cuerpo estaba tan débil.

¿A dónde iría? ¿Su cuerpo aguantaría un nuevo combate? Bryce estaba inmovilizado sobre una mesa de acero inoxidable, como si se tratara de un quirófano. Una luz blanca sobre él y, de pronto, escuchó un leve quejido.

Sus orbes grises se movieron al rincón de esa cámara de tortura. Orel Romanov estaba atado a una especie de cruz, tan desnudo como él. Bryce, apenas podía enfocar su vista.

—Orel, ¿me escuchas? Soy yo, Bryce.

No hubo respuestas. Si Bryce había sido drogado, con Orel fueron incluso peores. El muchacho temblaba. Sus labios rojos y carnosos ahora tenían un color morado. Las gotas de agua resbalaban por su piel. Las bastardas le habían echado agua encima.

—Orel, vamos niño. Tú puedes. —Bryce lo instó a despertar, pero el muchacho era incapaz de abrir los ojos—. Orel, escúchame…

Los pasos se percibieron nítidos a través del pasillo. El corazón de Bryce saltó en su pecho. Sus ojos volvieron a su compañero quien

ahora temblaba un poco más. Habían estado torturándolo, eso era obvio. Se escuchó el sonido de la llave y la puerta se abrió.

—¡Vaya! ¡Si el demonio Morgan despertó! —La voz burlona de Analise le revolvió el estómago—¿ Qué tal tu estadía? ¿Mejor que el hospital en el que pasaste meses?

—No van a salir de esto—dijo Bryce—¿Por qué no nos liberan y cada uno sigue su camino?

Analise se acercó a la mesa, sus ojos recorrieron el impresionante cuerpo, sus uñas rozaron con sensualidad la piel.

—¿Hay algo más excitante que tener a un hombre como tú a mi merced? Yo creo que no—dijo con una sonrisa seductora. Su hermana Nancy enterró sus dedos en el cabello entre rubio y castaño—. Dime, demonio ¿Tanto te costaba cumplir con tu misión?

—¿Tanto les costaba respetar el acuerdo y no traicionarnos? —cuestionó Bryce. Los dedos de Nancy se apretaron sobre la mandíbula del hombre. Las uñas se clavaron en la piel como agujas.

—Todos los hombres son iguales. Se pierden por un coño bonito—dijo con rabia—. En el momento en que el plan se complicó, supe que caerías de nuevo por la Callum ¿No te da asco follarte a tu asesina?

Bryce tragó saliva.

—Asco es una palabra que nunca definiría lo que siento por ella.

—¡Qué dulce! —Analise se burló. La mujer portaba un hermoso vestido blanco, parecía una pequeña virgen—. Los trágicos Romeo y Julieta modernos ¡Tan románticos! ¡Tan patéticos! —La mujer escupió las últimas palabras.

—¿Qué quieren de nosotros? —Bryce tragó saliva al escuchar la voz endeble de Orel quien temblaba, pero no levantaba la cabeza.

—¿Qué quiero, Orel? Venganza, lo que este imbécil me prometió, y ahora ambos me van a ayudar a conseguirla.

—Tu hermano no regresará, sin importar cuántos Callums mates— afirmó Bryce—. Irás a la cárcel, perderás todo ¿De verdad vale la pena?

—¿Perder todo? —Analise rio, pero no fue con humor—. Lo perdí todo en el momento en que mi hermano fue asesinado, además ¿crees que me dejaría atrapar? Nadie reclamará tu cuerpo, ni tampoco el de esa cosa ahí—señaló a Orel en tono despectivo—. Ustedes están muertos, solo que todavía no lo saben.

La mujer subió su vestido y se colocó a horcajadas sobre el cuerpo adormecido de Bryce en la mesa. El hombre se contrajo, de solo sentir su perfume, las náuseas se profundizaron.

—Aléjate de mí—dijo entredientes, Analise le sonrió.

—¿Te gustan las mujeres dominantes, demonio? ¿De esas que te ordeñan hasta dejarte seco? —Bryce se mantuvo en silencio. Su cuerpo tenso—. Claro que ese es tu tipo de mujer, por eso te gusta esa zorra Callum. ¿Sabes? A tu amiguito que está ahí también debe gustarle que lo dominen.

Bryce tragó saliva cuando se percató de que Nancy dio pasos seguros hacia Orel. Le acarició su esponjoso cabello castaño rojizo. La mujer estaba vestida de negro. Asió el rostro angelical y el muchacho, por fin, abrió los ojos.

—¿Tienes frío, bebé? No te preocupes, vamos a hacerte entrar en calor.

Los tacones resonaron en el frío piso de mármol. Bryce se preguntó cuántas veces estas mujeres hicieron esto ¿A cuántas personas habrían torturado hasta la muerte?

Nancy caminó hasta la pared frente a Bryce donde había un armario antiguo, lo abrió de par en par y lo que encontró le heló la sangre.

—El abogado tiene pinta de tenerlo grande—La mujer se burló y asió un enorme consolador—. El ratoncito de seguro está acostumbrado a este tamaño, ¿verdad?

El corazón de Bryce latía desbocado ¡Esa hija de puta iba a abusar de Orel frente a él! Bryce tiró de las cuerdas en sus brazos y en sus tobillos, pero fue imposible.

«Piensa».

Debía inventar algo mejor, provocarlas, lograr que se concentraran en él y dejaran a Orel en paz. El muchacho estaba muy débil. Habían estado jugando con él, ya no soportaría más.

—¿Qué pasa? ¿Envidiosa de que tú no tienes eso? —Bryce se burló y las mujeres se enfocaron en él.

—¿Para qué querríamos eso? —preguntó Nancy con desdén. Bryce le sonrió.

—Porque tienes envidia, porque en el fondo te gustaría ser un hombre, como lo era tu querido hermano.

—¡No te atrevas a hablar de Jerome! — Las manos de análisis fueron a su larga cabellera y presionaron allí causando dolor.

—¿Qué? Tu hermanito era un puto abusador que se merecía meses de tortura sistemática. Un bastardo que debería adherido a la cárcel y que lo sometieran una y otra vez, hasta que no quedara nada.

—¡Cállate! —Analise que seguía sobre sus caderas lo golpeó con toda la fuerza que tenía. La sangre corrió por su labio y Bryce, todavía perdido por las drogas, se carcajeó.

—¡Jerome Charpentier era un puto cobarde que debió sufrir hasta el último segundo! ¡Ustedes, par de zorras, van a sufrir ese destino! ¡Se los aseguro! ¡Pagarán todo aquello que no pagó tu hermano!

El corte ardió, hizo que todas sus terminaciones nerviosas pulsaran. Bryce desconocía el momento en qué Analise asió el cuchillo. Se giró hacia Nancy quien ahora estaba cruzada de brazos y se deleitaba con el espectáculo que su hermana estaba dando.

—¡Te advertí que te callaras! —gritó con fuerza la mujer y movió la daga sobre la carne a diestra y siniestra. Corte tras corte, algunos superficiales, otros más profundos. La verdadera tortura comenzó.

De pronto, Bryce Morgan ya no era un demonio, ni siquiera un ser humano. Era solo una bolsa de carne repleta de laceraciones. Tensó la mandíbula y aguantó los gritos. Cada vez que se abría el tejido, la sangre fluía. La mujer rebanó en su ira cada porción de piel, una y otra vez. El pecho, las piernas, el pene, todo su cuerpo padeció un dolor intenso. No había un lugar de su cuerpo, el cual, no estuviera marcado por ellas. No habría un lugar en su piel que no mostrara el cruel destino al que fue sometido.

La sangre se deslizó sobre la piel y, de allí, hacia la camilla luego, al suelo. El mármol se tiñó de rojo. La mujer apoyó el cuchillo sobre uno de los pezones. Bryce y Analise se miraron desafiantes. Bryce, todavía perdido por la fuerza de los sedantes, la mujer no dudó. Rebanó el pezón con precisión, como si se tratara de una cirujana. Esta vez, Bryce gritó, fue un sonido tan fuerte que el propio Orel recobró un poco la conciencia.

—¿Sabes qué? —dijo Analise sentándose sobre él y ahora meneando sus caderas—. Es hora de que alguien te muestre quién manda. —El vestido ahora estaba salpicado de rojo, manchas de diferentes tamaños y formas—. Nancy, tráeme una soga rápido. —Su hermana obedeció. La mujer ató una soga al cuello y presionó— ¿Quieres saber lo que se siente ser follado mientras te asfixian?

—Eres una imbécil—. Su voz apenas fue un susurro—, incluso si me ensartaras el culo con ese consolador, jamás serás un tipo ¡Nunca!

—Cállate.—Analise lo golpeó en el rostro. La daga fue a su cuello—. Un movimiento, un puto movimiento y no lo cuentas, bastardo.

—Pues, ¿qué te detiene? —dijo desafiante—. Hazlo cabrona, ¿qué te cuesta?

Analise levantó la daga para clavarla, pero su hermana la detuvo.

—No todavía. —Nancy observó a Bryce y sonrió con sorna—. Recuerda el espectáculo final.

Analise escupió a Bryce y esparció la saliva por todo su rostro luego, le habló al oído.

—Prepárate, demonio. Serás el protagonista de un lindo espectáculo para tu noviecita, pero antes… —Nancy se acercó para acariciarlo con el consolador—, creo que te verías lindo con él.

# 33 Revancha

—¿Me estás diciendo que huiste?

—Tuve que hacerlo. —Anael le explicaba por teléfono a Eric—. De lo contrario, ahora sería un prisionero de estas locas.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Jerome Charpentier era un bastardo, ¿por qué esas imbéciles serían diferentes? ¡Les dije que dejaran esta locura! Ahora Bryce corre el riesgo de estar…

—No lo digas—Anael lo interrumpió. Su voz se entrecortó—, por favor, no lo digas. Si algo llega a pasarle…

—Escucha—Eric lo interrumpió—, viajaré a Bucarest y vamos a recuperarlo. Nada le pasará. Nuestro hermano sobrevivió a Mayka Callum, lo hará de nuevo.

—Él volvió con ella. —Anael apenas creía lo que estaba diciendo—. El imbécil volvió a caer.

Eric dio un suspiro.

—Debería decir que me sorprende, pero él ama demasiado a esa mujer.

—¿Cómo puede? —Anael rugía de rabia contenida—¿Cómo puedes perdonar a alguien que te rompió de todas las maneras posibles? ¿Es eso amor acaso?

—No sé si es amor, pero es el modo en que él lo siente, Anael— explicó Eric—. Abandoné a Felipe y nunca pude sacarlo de mi mente, contra todo pronóstico, él me perdonó. Me dio una oportunidad, confía en mí, incluso cuando le hice mucho daño.

—No es lo mismo. —Anael le aclaró—. Esta zorra le rompió el corazón, en sentido literal y hundió a su familia.

—El amor es inexplicable a veces. Lo que pasa es que nunca lo has sentido, no hacia una persona en sentido romántico.

—Y no quiero sentirlo. No si eso significa dejar de ser yo por otro imbécil.

Eric rio.

—Es que no lo entiendes. Sigo siendo yo, pero en una versión mejorada. Bryce también cambió para bien luego de que se enamoró.

—¿De qué coño estás hablando?

—Bryce vivía irritado por todo, con ella, su personalidad se suavizó. Lo hizo más humano—señaló Eric. Anael chasqueó la lengua y recordó ese cambio del cual hablaba Eric. No lo había pensado hasta ahora—. Sé que odias a los Callums y creo que tenemos motivos de sobra para hacerlo, pero ¿acaso no merecemos más de la vida que vivir en el odio? ¿No has pensado que, alguna vez, deberíamos vivir por amor?

Anael bufó.

—Estás tan trastornado como Bryce.

Eric volvió a reír desde el otro lado del teléfono.

—Es probable. Lo peor es que jamás me he sentido mejor.

Anael se rascó la cabeza. Estaba en una habitación de hotel que se caía a pedazos. Era lo mejor que había encontrado para ocultarse.

—¿Vas a ayudarnos o no?

Eric de un suspiro.

—Son mis hermanos. Siempre estará ahí por ustedes.

***

**Frankfurt, Alemania.**

**Horas después.**

*Felipe Becerra dio un suspiro entre las sábanas. El aroma a menta y frescura de Eric estaba en ellas. Abrió los ojos, observó a su hombre sentado en el sofá ubicado delante de la cama. Pestañeó, acostumbrándose a la luz solar que ingresaba por las ventanas.*

*—Eric—dijo somnoliento—, ¿qué haces vestido? Son las siete de la mañana.*

*Felipe había decidido quedarse una semana más en Alemania. Se lo dijo a Eric después del segundo orgasmo que fue más brutal que el primero. Todo era maravilloso e idílico. Felipe frunció el ceño, el rostro de Eric estaba inundado de tristeza.*

*—¿Qué sucede?*

*—Mi hermano Bryce fue capturado por las mujeres para las cuales trabajaba—confesó Eric destruido—. Lo traicionaron. Al parecer es una puta ironía. Ian y Mayka Callum lo están ayudando, pero no es suficiente.*

*—Te necesita. —Completó la frase Felipe con un hilo de voz. El mundo idílico, una vez más, comenzaba a despedazarse. Los escombros caían de esa enorme torre.*

*—Debo ir.*

*—No—Felipe salió de su lugar y gateó entre las sábanas. Se movió fuera de la cama desnudo y se cobijó en los brazos de su amor a horcajadas—, me prometiste que te quedarías conmigo. Me lo prometiste.*

*—Lo sé—Eric lo sostuvo del rostro para que lo observara—, pero son mis hermanos, Felipe.*

*—Ellos se enojaron contigo.*

*—Yo también estoy enojado con ellos, pero los amo, y ellos me aman a mí.*

*—¿Es peligroso?*

*—Sí.*

*—¿Puedes morir? —Eric tragó saliva—. Contesta.*

*—Sí, puedo morir.*

*Felipe se cubrió el rostro y lloró. Eric lo abrazó, intentando que todos los pedazos rotos volvieran a unirse. Era imposible, las cosas podían cambiar para siempre.*

*—La mañana en la que desperté en el hotel en Londres me sentí del modo en el que me encuentro hoy—confesó Eric—. Te observé, vi tus pesadas y abundantes pestañas. Tus mejillas redondas y la manera en que tus labios se abrían en una suave respiración. Pensé que era el cielo, pensé que alguna vez podría vivir a tu lado, y tendría derecho a eso. En otra vida, por supuesto. Memoricé cada gesto, cada línea de expresión y quise quedarme allí con todas las fuerzas de mi alma.*

*—Tú me besaste esa mañana. —Felipe recordó—. Pensé que se había tratado de un sueño.*

*—Perdóname por dejarte de nuevo—rogó Eric.*

*—No vayas. —Felipe le imploró—. Si mueres, no voy a recuperarme.*

*—Claro que lo harás—Eric infundió valor—, porque eres más fuerte de lo que crees, Felipe Becerra y por qué se necesita algo más que la muerte para apartarme de ti.*

*Se besaron con locura, se tocaron con hambre y desesperación, empapados en lágrimas, pero sobre todo llenos de amor.*

*—No puedes llamarme, ¿de acuerdo?*

*—¿Qué haré entonces si necesito saber de ti? —preguntó Felipe desesperado.*

*—Son solo unos días. Te pido paciencia y que confíes.*

*—Regresa—Felipe musitó sobre los labios de su amante. Eric lo besó, pero no respondió.*

*Felipe, en su corazón, también tuvo dudas y le pidió a su madre, donde sea que estuviera, que cuidara al único hombre que sería capaz de amar en su vida.*

# 34 Fortaleza

**Bucarest, Rumania.**

—¿Cómo carajo vamos a entrar aquí? —Mayka observó con binoculares el impresionante castillo.

—Las paredes del sector sur dan a un bosque. Quizá…

—No, Aza —replicó—, eso hicimos la última vez que estuvimos aquí y asesinamos a Jerome.

—Entonces, quedan las murallas del norte, pero son más altas.

—Todo debe estar cubierto —explicó Ian—. Llevan un año programando esta venganza.

—Pues bien, vamos ya —dijo Mayka—. Bajemos ese portón con la camioneta y démonos con todo con esos tipos.

—¿Tienes ganas de que te ejecuten? —preguntó Azali.

La mujer negó.

—La verdad es que no, pero no avizoro una salida. Muéstrame de nuevo ese plano.

Azali había buscado la residencia en Google Maps y obtuvo una panorámica del lugar.

—¿Cuántos guardias debe tener allí dentro?

—Había cerca de treinta en la compañía, la cual no les importó reducir a cenizas. Ten por seguro que debe tener por lo menos cien guardianes a sus órdenes.

—Estamos jodidos —lanzó Mayka desesperada. Su mente solo iba al demonio y a Orel. Cada segundo era vital.

—¿Has sabido algo de Anael?

—Nada —contestó Aza—. Al parecer, decidió salirse del juego. Ni siquiera avisó.

—Es extraño —replicó Mayka—. Es su hermano quien está ahí.

—¿Y eso desde cuándo ha sido un problema en nuestras familias?

—Los Morgan no son como los Callum, Ian. Por eso nos detestan.

—Bien, creo que Anael echa por tierra tu linda teoría.

Ian escuchó las voces de su prima y de Azali, quienes deliberaban.

—Habrá función esta noche.

—¿Qué?

—Van a sacrificar a Orel y a Bryce frente a decenas de hijos de perra igual que ellas.

—¿Eso fue lo que hicieron la vez anterior?

—Presencié cómo desmembraron a dos tipos en nuestras narices. Mi retina jamás olvidará el espectáculo.

—Y eso que tú no eres un mojigato.

—No los conoces, Aza. No tienes idea de lo que son capaces los Charpentier.

—¿Crees que ellos están vivos?

—Lo están, Mayka. ¿Qué sentido tiene matar y que nadie goce con ello?

—Debemos regresar esta noche —dijo Azali.

—No me voy a mover de aquí —siseó Ian.

Azali le tocó el hombro.

—Si nos quedamos, nos van a descubrir.

Ian sostuvo el volante con rabia y tristeza. Estaba dispuesto a todo, pero necesitaba saber si sus acompañantes estarían con él.

Los miró por un segundo y supo que no había salida posible de allí.

A lo largo de su vida Ian se había equivocado demasiadas veces. Esta no sería una de ellas. Haría lo mejor por Orel, porque lo amaba, siempre lo haría, incluso si no podía pasar el resto de su días en sus brazos.

«Siempre voy a amarte».

Como un hierro caliente, el nombre de Orel se tatuó en su corazón, y ese impulso, esa necesidad de protegerlo, lo llevaría a cometer una locura.

—¿Qué sucede? —indagó Mayka cuando los ojos turquesa se llenaron de lágrimas.

Ian contempló a su prima y le sonrió.

—¿Cuando dijeron que era a todo o nada hablaban en serio?

Mayka quedó en silencio un segundo y luego comenzó a reír. Dios, lo conocía tanto.

—Sí, a todo o nada. Conmigo no hay grises. No voy a dejar a Bryce y tampoco a Orel. Ellos son nuestros.

—¿Aza?

El moreno dio un suspiro.

—Llegué acompañando a un hombre y su locura —explicó con nostalgia—, y resulta que solo me he quedado con la última parte.

—Lamento que Jared te haya dejado.

—Yo lo lamento más, créeme —dijo afligido, y luego cuadró sus hombros—. Estamos preparados para morir desde que nacimos, así que ¿por qué no ahora?

—Los Callums siempre hemos sido afortunados —aseguró Mayka.

Ian frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

—Siempre encontramos tontos que se enamoran de nosotros incluso sabiendo que nunca seremos merecedores de amor.

Azali comenzó a reír y negó para después dar un suspiro. No había tiempo para sentimentalismos. Había vidas en riesgo.

—Bien, Callum —miró a Ian—, te escucho.

***

Analise llegaba a la mansión Charpentier hablando por celular. La seguían de cerca una docena de guardaespaldas. Reía y coqueteaba en su lindo vestido púrpura y sus tacones del mismo color, los cuales golpeaban el cemento de las escalinatas de entrada a su enorme propiedad. Hablaba y se movía con tal naturalidad que ningún ser humano se imaginaría lo que ella y su querida hermana planeaban para esa noche.

«Una función estelar».

—Sí, es esta noche —dijo con gracia—. Es una función muy especial. Por eso estás invitado.

Hablaba con alguno de los invitados para esa noche macabra, la apertura del club que su hermano amaba. Lujo, sofisticación y masacre. Sin duda, una velada prometedora.

—Llevamos planificando esto desde hace un año. ¿Te imaginas nuestra alegría? —expresó entusiasta. Olvidó que su empresa había quedado ceniza, que la prensa buscaría respuestas y que la policía investigaría.

Nada importaba. Esa noche era la de sus sueños. La noche de la venganza.

—Cuento contigo, y recuerda no llegar tarde. Sabes que somos estrictos con el horario —advirtió con amabilidad—. Nos vemos. Saluda a tu esposa de mi parte. —Cortó la comunicación y sonrió. Ni siquiera se giró hacia atrás para observar a los simios que la escoltaban, y ese fue un gran error.

Un sonido casi imperceptible; el peso de cuerpos cayendo sobre las escaleras de cemento que conducían a un vestíbulo. Analise se volvió y vio cómo uno a uno los hombres se desplomaban en milésimas de segundo. Iba a correr, pero un proyectil cayó cerca de sus lindos zapatos. Quedó estática.

—¿Cómo entraste?

—Tienes muchos guardias. A veces eso es un problema, sobre todo cuando los cambias permanentemente.

—Morgan…

Anael volvió a disparar.

La mujer sintió que el oxígeno se atascó en su garganta.

—¿Qué quieres?

—A Bryce —cambió el cargador—, y lo quiero ahora.

—No está aquí.

—Entonces daremos un paseo. —Le hizo una seña hacia la limusina —. Las damas primero.

—El chofer te descubrirá.

Anael sonrió y se humedeció los labios cuando el conductor descendió.

—Analise, te presento a Eric, el estúpido hermano del medio.

Los ojos verdes de Eric sonrieron a pesar de que sus labios y sus facciones se mantuvieron estoicas.

—¿Siguiente parada, señor Morgan? —ironizó Eric con fingida amabilidad.

—Mademoiselle Charpentier nos indicará.

La mujer tironeaba, buscando liberarse del fuerte agarre que marcaba su delgado brazo incluso entre la tela. Se maldijo a sí misma y también a su hermana. Todo este tiempo esos bastardos habían estado un paso adelante. Y ellas, como un par de ilusas seguras de que los superarían en el juego, los habían subestimado. Quizá los rumores eran ciertos. Los Morgan eran aún peores que los Callum, pero sin su prestigio.

—¿Vas a defender a los seres que mataron a tu padre? —Con burla, buscó algún lugar de manipulación en Anael—. Eres un cobarde, y deshonras a tu familia.

Los dedos se presionaron con más fuerza. Anael entonces negó.

—No he olvidado lo que nos hicieron, y tampoco olvido la traición de ustedes.

—Cariño —dijo Eric esta vez con su voz suave y seductora, esa que lograba que las pantaletas de todas se humedecieran—, hay que aprender a jugar en los juegos de adultos. Ustedes, lamentablemente, aprenderán del modo difícil.

—¿Qué me harán?

Anael se encogió de hombros.

—Eso depende del estado en el que encontremos a nuestro hermano —respondió Eric, y animó a su hermano a subir a la limusina.

Analise sintió que todo su mundo de papel de pronto se quemaba. Esos hombres las harían pedazos luego de las torturas a Bryce.

—Habla —ordenó, y tiró de ella, que bajaba por la escaleras—. ¿Dónde se encuentran?

—El club Flesh and Blood es donde están.

Anael la arrojó en el asiento trasero y subió a su lado.

—Bien, vamos a salir, y tú les dirás a tus hombres que abran la puerta. Un paso en falso y te vuelo la cabeza.

—No ingresarán al club o al menos no saldrán vivos —amenazó—. Tenemos decenas de guardias para protegernos.

—Eso déjaselo a los Morgan. —Eric le guiñó un ojo por el espejo retrovisor.

—Lamento haberte sacado de tu «luna de miel» —le dijo Anael a su hermano, que desde el primer momento se había negado a entrar en un trabajo que era tan personal, sobre todo para Bryce.

—No te preocupes —contestó, y puso en marcha el vehículo—. Felipe ha decidido quedarse una semana más.

—¿Has aprendido a hablar portugués?

—Bastante, ruso también. Sabes que tengo una lengua muy talentosa.

Anael hizo una mueca de desagrado.

—No lo quiero imaginar, pero, lamentablemente, mi mente de cerdo lo imagina.

Eric ignoró las tonterías de su hermano y se concentró en el camino que transitaban. Debían salir cuanto antes. Respiraron profundo. Era cuestión de segundos para que alguno encontrara el tendal de muertos en las escaleras.

—Aquí vamos. —Eric esperó a que uno de los guardias abriera los portones. Los vidrios polarizados mostraban poco de lo que sucedía en el interior de la limusina.

Los portones se abrieron por fin y Eric condujo despacio para no llamar la atención. Fue cuando un par de disparos en la parte de atrás de la limusina les indicó que habían encontrado los cadáveres. Analise forcejeó y Anael tuvo que golpearla, dejándola inconsciente.

—Mierda, ¿era necesario? —preguntó Eric.

Anael observó a la mujer desvanecida a su lado.

—No tenía alternativa —replicó, y buscó el cargador para reemplazar el de su arma.

—El demonio está vivo.

—Por supuesto que está vivo —siseó Anael—, de lo contrario esta y su hermana me conocerán.

# 35 Encuentro

Un par de hombres custodiaban la entrada al club en medio de ese bosque que tenía tanto de mágico como tenebroso. Estaba tranquilo, demasiado para su gusto teniendo en cuenta que sus enemigos no se quedarían con los brazos cruzados.

Un segundo de locura es todo lo que la vida necesita para cambiar el rumbo de manera drástica. Eso era lo que habían necesitado Ian Callum y sus aliados para lanzarse con todo lo que tenían.

La camioneta a toda velocidad vino sobre los altos portones de entrada. Los dos custodios se quedaron estáticos, hasta que uno de ellos dio un grito de terror.

—¡Cuidado!

La camioneta embistió contra la pesada e infranqueable estructura de hierro y bronce. Una de sus alas cayó e hizo temblar la tierra circundante, mientras que el ala restante voló por los aires y cayó encima de uno de los guardias, el cual quedó aplastado y murió en el acto. Todos los hombres en el enorme castillo transformado en club de encuentros se pusieron en alerta. Ian continuó manejando cuando un grupo de veinte soldados, que se dirigían hacia ellos, comenzó a disparar. Ian aceleró.

Aza, Mayka e Ian se arrojaron de la camioneta, la cual dio sobre un docena de tipos, que sucumbieron al impacto mientras esta volcaba. Azali rodó por la hierba y apoyó sus manos para incorporarse. Colocó una rodilla en el piso, agarró su arma y disparó a los hombres restantes con velocidad. La camioneta se incendió de inmediato.

Más guardias venían hacia ellos mientras se incorporaban y corrían hacia el interior de la propiedad, acercándose a las puertas del

castillo. El olor a combustible impregnó el ambiente. Los guardias estaban concentrados en responder a los disparos de los intrusos, que no se alejaron lo suficiente. El resultado fue extremo. La camioneta explotó y los más cercanos a esta quedaron envueltos en llamas. Los gritos y lamentos de dolor hicieron eco en la enorme propiedad. Nadie en ese lugar ignoraría su presencia ahora.

Aza se movió rápido tras los pasos de Mayka e Ian, quienes avanzaban con las ametralladoras.

Un ataque sorpresa, una locura a la que nadie se animaría, excepto ellos, excepto él.

La hierba fresca de pronto se impregnó de olor a gasolina y llamas. Los tres observaron las escalinatas de cemento y subieron. Había otros guardias saliendo del interior del club para enfrentarlos. Mayka lanzó una granada sobre ellos. Ian y Aza se arrojaron al piso y se cubrieron. Su oído dolía en extremo. Necesitaba atención médica, pero la mujer tenía una razón demasiado importante para dejar el médico de lado. No había problema. Mientras los muchachos le hablaran fuerte y claro estarían bien. Llegaron a la puerta blindada. Ian soltó un suspiro y agarró una nueva granada. La arrojó y se alejó junto a sus aliados para no ser afectados por las esquirlas. Un nuevo estallido y la enorme puerta quedó tumbada.

—¡Vayan! ¡Yo los cubriré! —Azali vio cómo más hombres armados llegaban por la retaguardia.

Ian y Mayka asintieron.

Azali se escondió detrás de las columnas griegas, las cuales se derrumbaban sobre su cabeza cuando los proyectiles caían como lluvia intensa.

Ian y Mayka corrieron al interior. Los pasillos se abrían en tantas direcciones.

—Dime por dónde.

Ian había estado ahí, tenía esa ventaja, aunque en medio de la oscuridad aquella vez las cosas eran diferentes.

Dos hombres más venían a su encuentro por uno de los pasillos. Los Callum levantaron las armas y los mandaron al otro lado antes de pestañear.

—Es por aquí.

Mayka iba detrás cuando sintió los pasos de un gigante detrás de ella. Levantó el arma, y el tipo, con un disparo certero, la hirió. La ametralladora cayó a un costado. El tipo le dio una sonrisa maliciosa. Ian volvió sobre ella y buscó dispararle al hombre cuando vio que dos más se aproximaban. El pasillo se volvía estrecho. Era una especie de catacumba que llevaba al terror.

—Vete —dijo Mayka—. Sigue.

—Pero…

—¡Sigue ahora!

Ian sacudió la cabeza y continuó moviéndose en el pasillo hasta desaparecer escaleras abajo.

Los tipos contemplaron a Mayka, comenzaron a reír y dejaron sus armas a un costado.

—Una muñequita muy fácil —comentó el gigante—. Me voy a divertir contigo.

Mayka inclinó su cabeza y negó con un gesto de desagrado.

—Vaya, no sé qué es más asqueroso, si tu aspecto o tu inglés terrible.

—Cuando te tenga de rodillas, no serás tan altanera.

Mayka sonrió y tomó posición para atacar. La ametralladora estaba lejos, pero la daga, esa que su amor le había regalado, estaba en la parte trasera de su pantalón.

—No lo sabes todavía, pero mi fetiche favorito es joder tipos grandes —se burló.

La sonrisa dejó los rostros de los hombres.

Mayka se preparó. Aprovecharía la estrechez del pasillo. Uno a uno caerían.

El gigante avanzó corriendo. La mujer hizo plena demostración de sus habilidades, esas que siempre le habían cuestionado debido a la falta de un cuerpo de supermodelo como las mujeres de la familia; saltó usando la pared como trampolín, puso un pie sobre la pared, dándose impulso para saltar, y estiró la pierna en el aire. La patada dio directo al pecho del tipo, que retrocedió y cayó encima de los otros que estaban atrás.

—Maldita perra —masculló enardecido.

Se puso de pie y arremetió contra la mujer, quien esta vez se agachó y dio un golpe seco en los testículos.

El grito desgarrador hizo que los otros buscaran intervenir.

Mayka se lanzó hacia la ametralladora que estaba a varios metros de ella, se giró en el piso y les disparó, dejándolos fuera se combate. Luego se irguió mientras arreglaba su cabello.

El tipo doblado se retorcía de dolor.

—Debí advertirte que mis jodidas son brutales.

Dicho esto, lo golpeó con la ametralladora en la cabeza, así que el hombre cayó inconsciente.

Estaban en el interior del castillo.

Solo faltaba llegar a donde estaban sus amores.

***

La patada al pecho llevó al guardia a chocar con la pared. Ian lo volteó y lo utilizó de escudo cuando decenas de disparos vinieron sobre él. Lo lanzó hacia delante, lo que obstaculizó a sus compañeros, y se refugió detrás de una columna. Los guardias se agruparon y empezaron a avanzar tirando a mansalva. Ian gatilló dos veces y advirtió que se había quedado sin balas. Sacó el arma que llevaba en la cintura. Solo había dos cargadores más y tenía que llegar a Orel y Bryce antes de que se terminaran. Vio cámaras por cada sector. Los tipos los anticipaban. Esta vez no habían intervenido el circuito de seguridad. Carajo, no había alternativa. Disparó a la cámara frente a él y a dos que estaban a varios metros. Eran balas útiles, pero el quitarles visión le daba a él cierta ventaja al momento de armar una acción, sobre todo ahora que los proyectiles eran cada vez menos. Se agachó cuando los pedazos de yeso y cemento caían sobre su cabeza. Prácticamente derrumbaban el lugar a base de plomo. Se agachó, sacó un brazo y disparó con escasa visibilidad, esperando asestar algunos disparos y hacer que se acercaran más para poder usar una granada. Cerró los ojos y dio una respiración profunda.

«Uno, dos, tres…».

Desactivó el seguro de la granada y la lanzó a los pies de los soldados. Los hombres fueron hacia atrás, e Ian aprovechó para correr a toda velocidad cuando la explosión dejó gritos ensordecedores y ese lugar del club destruido.

«Rápido».

Debía correr más rápido, pensar más rápido y decidir más rápido. Ian jamás había sentido tanto miedo en su vida, y no era por él. El corazón se le estrujaba al pensar en las cosas que esas perras le habían hecho a Orel. Corrió, siendo testigo de la opulencia de las paredes repletas de cuadros sensuales y de imágenes en blanco y negro. En todas ellas estaban retratados juegos de dominación. Se topó de frente con cinco hombres que venían a su encuentro. Uno de ellos le apuntó, e Ian le dio un golpe con la palma de la mano sobre la garganta, cortando la respiración. Otro buscó darle un puñetazo, y el inglés lo esquivó y le dio un golpe en el estómago. El resto se fue sobre él. Entretanto, los heridos estaban en el piso al borde de la asfixia.

Ian respiró. Sus ojos fueron a un enorme y pesado cuadro detrás de ellos con marco de bronce en la pared. Sacó el arma y con una bala certera hizo que el cuadro se desmoronara sobre ellos. Después huyó del lugar. Tenía pocas balas. Ya no podía darse el lujo de desperdiciarlas y menos en idiotas. Uno de ellos buscó ponerse de pie. Ian le propinó una patada en la mandíbula que lo llevó a caer inconsciente.

—¡Ian!

Sus ojos se iluminaron cuando su prima llegó corriendo hasta él.

—Vamos. —Buscó la escalera que lo llevaría al segundo subsuelo, al lugar donde seguro tendrían a Orel y a Bryce.

Bajaron con lentitud y hallaron una docena de guardias, que los acorraló en las escaleras. Una bala certera dio en el hombro de Mayka, quien gritó, pero no soltó la ametralladora.

Dispararon con todo los que tenían mientras se arrojaban al piso de las escaleras para intentar esquivar los ataques. Todo era en vano. Estaban expuestos. Un nuevo disparo en el brazo hacia la mujer y uno en la clavícula de Ian cerca de la herida del anterior en Toledo. Estaban muertos. Solo era cuestión de tiempo.

# 36 A todo o nada

Ian se arrojó sobre su prima, que recibió un tercer disparo esta vez en su pierna.

—Déjame —gritó, pero Ian hizo caso omiso. El dedo medio continúo gatillando y el mundo comenzó a pasar en cámara lenta. No había escape posible. No podrían salvar a sus amores.

De pronto, en una situación inexplicable y milagrosa, los disparos cesaron y los tipos se acercaron a ellos. La sangre corría a borbotones tanto en ellos como en sus enemigos. Los sujetaron del cabello y les quitaron las armas. Ninguno de los dos se mantuvo tranquilo, por lo cual comenzaron a golpearlos y arrastrarlos como pesados costales de harina hasta que llegaron al salón central y los dejaron en el piso tirados.

Mayka observó hacia todos lados, desorientada, cuando sus ojos se enfocaron en el escenario y su mundo terminó de arder.

—¡Bryce! —vociferó con el alma. Fue algo tan desgarrador y terrorífico al mismo tiempo.

La mujer herida en su pierna y en cada parte del cuerpo se puso de pie y buscó correr hacia su hombre. Uno de los guardias la sostuvo del largo cabello negro y le dio un puñetazo en la mandíbula, a punto de dislocarla.

Ian volvió en sí y contempló el escenario. Vio a Orel, a Bryce, a su prima tirada como un trapo sucio a su lado. Maldiciones y golpes vinieron de más allá. Un nuevo caído llegaba al gran espectáculo.

—¡Azali!

Estaba muy magullado, pero sin duda era mejor peleador que ellos dos. Sin embargo, los tres estaban a los pies del escenario.

—Dios, esto es como un orgasmo explosivo y salvaje —dijo la mujer rubia sentada en una especie de trono revestido de terciopelo rojo y ribetes dorados en el centro del escenario.

Mayka tembló y volvió a enfocarse en su amor, en su demonio crucificado y mutilado, ese al que había traicionado, que no podría salvar. Ian se movió, pero lo sujetaron del cuello. Los dedos de uno de los guardias presionaron en su garganta, dejándolo sin oxígeno.

—Los esperaba esta noche, de veras —comentó decepcionada—. Mi hermana quería una gran celebración, pero supongo que aún podemos tenerla.

Un escenario circular, dos víctimas, un trono y una mesa con diferentes pinzas. Nancy se puso de pie, caminó y acarició los instrumentos.

—Este le gusta mucho a tu novio —se burló de Mayka, quien lloraba al notar que un pezón había sido arrancado de Bryce—. Es mala mascota. Gruñe, maldice y escupe. Nos llevó mucho trabajo domesticarlo.

—Nunca lo harás —replicó Mayka, porque sabía que ese ser era inquebrantable.

—Esta noche me sentaré sobre él y me lo follaré frente a una multitud, bueno me lo seguiré follando, de hecho —le aseguró para terminar de enfurecerla y le guiñó un ojo—, y luego voy a rebanarle el pene y se lo daré a mis perros.

Fue inevitable: Mayka vomitó al escuchar tamaña maldad. Seres humanos que eran más bien bestias sádicas ansiosas de sangre. Si pensaba que su familia era terrible, los Charpentier eran peores.

Nancy se humedeció los labios y sonrió. Después sujetó un arnés de cuero, de los que se colocan como cinturón, con un consolador enorme. Ian tragó saliva.

—Y esta belleza la usaremos esta noche con tu noviecito. Te encantará verlo. Tomaremos turnos con Analise. Ella está fascinada con la idea. ¿Te imaginas lo que gozará con nosotras?

Ian sintió que la sangre le hervía.

Orel estaba inconsciente y su brazo, hinchado por la cantidad de pinchazos. Lo habían drogado, y por los moretones había ocurrido demasiadas veces.

Nancy miró el reloj y frunció el ceño. Su hermana no había llegado. La llamó, pero no respondió. Miró a los rehenes que tenía de rodillas y su corazón comenzó a acelerarse.

—¿Dónde la tienen? —inquirió con asco a Ian, quien frunció el ceño.

—¿Qué?

Ian desconocía el paradero de Analise. ¿De qué carajo hablaba? Ellos estaban solos. Los únicos que podrían ayudar estaban en ese sitio tétrico y desolador.

—Mi hermana.

—Aquí, cariño.

Los pasos vinieron desde detrás de ellos.

Ian cerró los ojos y comenzó a reír de repente. ¿Podía ser posible? ¿Los Morgan no se abandonaban como siempre pregonaron?

Con una ametralladora en la nuca, envuelta en llanto y fluidos nasales, Analise llegó a los pies del escenario. Nancy estaba perpleja. Uno de los guardias quiso moverse, pero Anael afirmó la punta del arma sobre la nuca con más fuerza. Eric apareció un poco más atrás con un rifle de asalto.

—Suéltenla.

—¿Por qué? —Frunció el ceño—. ¿Crees que todo lo que nos hiciste pasar es gratis?

—¿Qué quieren?

—Desaloja el lugar, ahora.

Nancy contenía la rabia y el llanto.

—No lo haré.

El gatillo se movió y Analise gritó de angustia. Iba a matarla.

Anael miraba a Bryce, y a cada segundo la rabia se incrementaba.

—¡Ahora! —La asió del brazo y la puso de pie—. Le voy a volar la cabeza. No juegues conmigo, porque te va a ir mal. Ya quisiste burlarte de nosotros traicionándonos, y esta vez no lo voy a permitir.

Nancy no tenía opción. La desesperación la embargó. El llanto fluyó en ese instante cuando se vio sola junto a su hermana, rodeadas por una manada de lobos heridos y hambrientos.

—Váyanse —les ordenó con resignación a sus hombres.

Estos al principio dudaron, pero luego abandonaron el sitio.

Las sirenas se escuchaban cercanas. Los bomberos y de seguro la policía comenzarían a actuar. Ian se levantó con Mayka. Anael ayudaba a Azali, quien le aseguraba que estaba bien. Subieron las escaleras y tomaron a sus amores entre sus brazos.

Ian abrazó a Orel, quien apenas abría sus ojitos. Una vez más le había fallado.

—Cosita hermosa.

—¿Eres tú? —Lágrimas dulces, de dolor y tristeza, quizá de alivio también.

—Todo terminó, mi amor.

Mayka, a su costado, desbordaba en llanto mientras desataba a Bryce, que daba respiraciones profundas y aguantaba el dolor.

—Amor. —Mayka lo abrazó, y sintió cada laceración como propia. La crueldad en su máxima expresión.

Ian, por su parte, acarició el mentón y le besó los labios partidos y lastimados de Orel.

—Es hora de volver a casa.

—¿Y dónde es eso?

Ian sonrió y acarició con su nariz la del muchacho.

—El sitio donde estemos juntos. Ese será nuestro hogar.

—La policía ya está aquí —informó Anael.

—Deben irse —replicó Mayka—. Nosotros nos quedaremos.

—¿Y ellas?

—Irán a prisión —respondió Ian.

—¿Estás mal de la cabeza? —cuestionó Anael—. Estas malditas merecen morir sufriendo.

—Te equivocas. Merecen sufrir, no morir. Me aseguraré de que jamás vean la luz del sol. ¿Te imaginas a estas lindas muchachas en un frío pabellón? Es bueno que les gusten los juegos de dominación, porque serán las perras de todas las presidiarias. Créanme, me aseguraré de ellos.

Nancy tragó saliva y negó, poniéndose de rodillas.

—No, por favor, no —rogó.

Ian levantó en sus brazos a Orel. Entretanto, Anael, Eric y Azali ayudaban a Mayka y a Bryce.

—Cada cual toma las decisiones en su vida. Ustedes siguieron las reglas de Jerome. Ahora sufrirán por ellas.

Las maniataron y las dejaron en el suelo. Afuera sentían los gritos de la policía.

Anael y Eric salieron del subsuelo.

—¿Qué haremos ahora?

—No te preocupes —le respondió a Azali—. Soy un gran abogado y tengo los contactos necesarios para salir de esto.

Nancy y Analise se miraron. Serían lo único que tendrían de ahora en adelante.

Ian les dio un último vistazo.

—Disfruten su estadía en prisión. Presiento que será de las experiencias que te gustan, Nancy: orgásmicas —se burló.

Bajaron las escaleras del escenario. Los policías ingresaron, así que levantaron las manos y cayeron de rodillas. Ian respiró con alivio después de mucho tiempo.

El juego había terminado.

# 37 Luchar con la muerte

«Estoy aquí amor, siempre estaré aquí».

Mayka caminaba por los pasillos del hospital como si flotara entre dos mundos. Afuera, la vida continuaba: las voces de los médicos, el murmullo de las máquinas, las luces blancas y frías. Pero dentro suyo, reinaba una quietud pesada, un dolor silencioso que le apretaba el pecho con cada segundo que pasaba sin saber si Bryce abriría los ojos nuevamente.

Sentada en una silla, con la mirada perdida en la puerta de la habitación donde luchaba Bryce, Mayka repasaba una y otra vez cada recuerdo juntos, aquellos oscuros, pero también los llenos de luz, aquellos que te llenan el alma, los que nadie puede robarte, ni en esta vida ni en la próxima. Sentía cómo la memoria se volvía más vívida en medio de la incertidumbre, como si su corazón intentara aferrarse a todo lo que aún no quería perder.

«No lo perderás».

Se lo dijo cada vez que observaba esa maldita puerta en donde estaba la habitación de Bryce. Todo lo que deseaba era poder tomar su mano y sentir que la vida todavía latía allí, bajo su piel.

—Ha perdido mucha sangre.

El médico fue honesto en cuanto a su diagnóstico. Los ojos de Mayka estaban hinchados. Anael y Eric habían regresado y se mantenían con ella. Orel estaba siendo tratado también, pero sus heridas físicas eran menores. Ian se estaba encargando de la parte

legal. Funcionaron como una máquina, como si toda la vida hubieran trabajado juntos.

—¿Pero estará bien?

El médico dudó.

—Estamos haciendo lo posible para estabilizarlo. Ha sido un milagro que esté vivo.

«Un milagro».

Tal vez, había algo de demonio también en él. Mayka se limpió los ojos y pensó en todo el dolor que ese hombre padeció.

—Vamos a quedarnos aquí—dijo Eric—. Mi hermano va a recuperarse.

Eric puso la mano sobre el hombro de Mayka y está contuvo el llanto. Tocó su mano y asintió.

—¿Podemos verlo? —preguntó a Anael.

—No todavía, además, les recuerdo que solo los familiares directos pueden pasar.

—Lo somos—dijo Eric—. No se preocupe por eso.

El médico asintió y se marchó. Eric y Mayka se sentaron mientras Anael se apoyó en la pared opuesta. No le quitaba los ojos de encima a Mayka quien tenía las manos sobre su regazo, y su mirada sobre ellas.

—¿Por qué no nos haces un favor a todos y dejas de fingir ser la esposita afligida?

—Ángel.

—¿Qué? —replicó Anael a su hermano—. No me voy a quedar callado, porque ahora a ti te caiga bien.

—Estoy aquí por tu hermano. —Mayka levantó la mirada—. No me voy a ir a menos que quiera sacarme a tiros de aquí.

—Bueno, eso se puede solucionar.

—Ángel—Eric replicó—,no es el momento.

—¿En serio imbécil? ¿Te sientas aquí con la zorra asesina tan tranquilo?

«Dos segundos».

Fue todo lo que Mayka necesitó para irse sobre él y agarrarlo del cuello.

—Yo sé que no me quieres—dijo entre dientes—. Estoy muy consciente de lo que le hice a tu familia y lo que le hice a tu hermano, pero no puedo volver el tiempo atrás. No puedo cambiar lo que pasó, pero estoy aquí y, si tu hermano me lo permite, lo voy a compensar todos los días de mi vida, porque, lo creas o no, lo amo y fue lo mejor que me sucedió. Si quieres una pelea, me parece bien, el lugar que prefieras, pero solo cuando tu hermano salga de este maldito hospital. No te digo que pienses en mí, piensa en tu hermano y deja de crear problemas.

—¡Qué fácil! —Anael se la quitó de encima—. Perdonar, olvidar y todos felices para siempre. Casi un cuento de hadas, casi. Si no fuera por el reguero de sangre detrás de ti, todos tendríamos una sonrisa.

—No existen los finales felices para los Callum y los Morgan—dijo Mayka con tristeza—, pero mientras estemos vivos, mientras respire, voy a amar a Bryce con toda mi alma.

—Cariño. —Mayka se giró y observó a su primo Ian, junto a Orel que todavía se recuperaba de sus heridas.

Todo su cuerpo hablaba de lo vivido, pero ambos estaban bien. Mayka retrocedió y se apartó de Anael. Fue hacia su primo y lo observó por un momento, antes de que el llanto la envolviera una vez más. Orel fue hacia ella y la abrazó. Ian emuló la acción.

—No quiero perderlo, no de nuevo. —Mayka sollozó en el hombro del jovencito.

—Es un hombre duro Mayka—dijo Ian—Dudo que sea incapaz de superar esto.

Ian asintió hacia Eric y Anael. Se sentó a su lado junto a Orel y Mayka. La mujer apoyó su cabeza en el hombro de su primo.

—Deberías descansar—dijo y le arregló los cabellos largos y negros como una noche sin luna.

—Todos hemos sufrido heridas y nos mantenemos en pie—agregó la mujer con vos temblorosa—. Es mi responsabilidad, además, tengo miedo de cerrar.

—No va a pasar nada, Mayka. Cierra los ojos, todo estará bien. —Ian la tranquilizó.

La mujer obedeció, más por agotamiento que convicción. Mayka se perdió en el sueño y, de pronto, se encontró de nuevo allí.

La mente de Mayka la arrastró a la última noche que compartió con Bryce, aquella en la que ambos redescubrieron el vértigo y la ternura de los cuerpos entrelazados. Recordó el temblor en sus manos, el calor de la piel de Bryce, la manera en que se miraron a los ojos antes de cruzar ese umbral del que ninguno quería regresar. Todo fue tan real, tan profundamente humano, que por un instante el mundo entero desapareció y solo quedaron ellos dos, respirando al unísono bajo la tenue luz de la habitación.

La sensación de euforia y la adrenalina de aquel momento todavía vibraba en su piel.

«Bryce».

Lo nombró en los sueños, y de repente todo se tornó oscuro.

***

Había perdido la noción del tiempo. Desconocía cuántas horas estuvo en letargo, pero cuando sus ojos se abrieron todo seguía igual. Anael y Eric dormían y tenían apoyada la cabeza en la pared blanca. El olor a desinfectante adormecía sus fosas nasales. Nunca se acostumbraría a ese olor, sin importar cuántas veces hubiera estado en un lugar así. Acarició su vientre y recordó las palabras de

Bryce. Nunca serían una familia normal y ella nunca podría darle un hijo, aunque lo deseara.

Era una ironía. La diosa guerrera que tenía el mundo a sus pies anhelaba algo tan simple, pero imposible. Un motivo más para odiar a su padre, un motivo más para olvidar a su madre.

Aquellos meses cuando solo era un adolescente vinieron a su mente, aquellos meses que cambiaron su vida para siempre. No era sencillo crecer entre hombres y, mucho menos, cuando éstos le exigían que se convirtiera en uno de ellos.

Sus compañeros, endurecidos por la disciplina y la exigencia, la empujaban una y otra vez al límite, sometiéndola a pruebas que buscaban romper su resistencia para, paradójicamente, forjar una fuerza nueva en su interior. Cada caída sobre la tierra, cada hematoma en su piel era una lección grabada en carne y hueso.

Mayka recordó con nitidez el sonido seco de las botas en la grava, los gritos, el sudor mezclado con lágrimas que nunca dejaba mostrar. Pero también, en medio del dolor, comprendió que cada golpe recibido la transformaba; no era solo la mejora de sus habilidades físicas, sino el despertar de una voluntad indomable, esa que ahora la mantenía erguida en el hospital, luchando por no rendirse frente al destino de Bryce.

«Siempre estaré a tu lado».

Reafirmó la promesa que hizo con alma y sangre. Estaría allí cuando Bryce despertara y demostraría que, a pesar de todo el odio y el dolor, ellos se mantendrían juntos.

# 38 Despertar

*El cuarto estaba sumido en un silencio espeso cuando Bryce abrió los ojos, como emergiendo de una larga noche. Sentía el cuerpo pesado, las extremidades como si fueran ajenas, y la mente aturdida, entre retazos de memorias y ecos distorsionados. El dolor no era solo físico: era una punzada profunda que parecía haberse incrustado en su pecho y en su conciencia, como si cada fibra de su ser estuviera marcada por las horas de sufrimiento.*

*Recordó los rostros borrosos de sus verdugos, sus voces ásperas, los insultos y las amenazas que lo mantenían al límite de la desesperación. Cada palabra lanzada como un golpe lo había definido, lo había llevado a conocer rincones oscuros dentro de sí mismo. No solo fue el tormento de su cuerpo—los golpes, el frío de la soledad, la fragilidad y el miedo—sino también la tortura invisible, esa que deja cicatrices en el alma. El vestido bañado en sangre, en su sangre de Analise Charpentier todavía está en su mente, la daga y todo lo que vino después. El estómago se le revolvió, pero no le dio más poder a esa memoria. Mientras parpadeaba en la penumbra del hospital, supo que, aunque aún dolía, había sobrevivido a aquello que buscó destruirlo y las voces de sus verdugos ahora eran solo murmullos lejanos.*

*Cerró los ojos de nuevo, y aunque fuera un momento, se permitió respirar en calma. Desconocía lo que había más allá de esas paredes. Desconocía si sus hermanos o su amor habían sobrevivido.*

*«Mayka».*

*Y en un gesto que era más bien un milagro, dibujó una sonrisa. Por supuesto que ella estaría viva, nadie era rival para su mujer. Nadie.*

***

«Ha despertado».

Fueron las palabras más hermosas que Mayka escuchó toda su vida.

—Todavía está débil—dijo el médico—. Les recomiendo que se mantengan en calma. Pueden pasar a ver lo de manera individual.

—Claro que sí. —El primero en pasar fue Anael. Mayka se cruzó de brazos y esperó a que éste saliera.

—Puedes ingresar tú—dijo Eric y Mayka se sorprendió.

—¿En serio?

—Sí—dijo Eric y le sonrió—, sé que él también querrá verte, bueno, teniendo en cuenta que arriesgó todo por ti desde siempre.

Mayka tragó saliva.

—Sé que nunca vas a considerarme digna.

—Para—Eric la detuvo—, yo no soy nadie para juzgar eso. La verdad es que dudo que seamos mejores amigos, pero, por algún retorcido motivo, mi hermano te desea con locura y haría arder el mundo por ti. No voy a oponerme a eso, no lo haré elegir entre tú y nosotros porque mi rol es diferente al tuyo. Siempre seré su hermano y, me guste o no, creo que tú eres el gran amor de su vida.

Las palabras conmovieron a Mayka. Habría llorado, pero ya no le quedaban lágrimas.

Hay quienes dicen que llorar por amor es sinónimo de debilidad. Mayka pensaba que, después de vivir atada a una familia que escondía los sentimientos hasta morir, llorar y ser sensible, era el mejor acto de rebeldía que podía tener.

Anael salió de la habitación y se limpió las lágrimas con rabia y dolor. Observó a Mayka, pero, esta vez, no dijo nada. La mano de la mujer temblaba cuando abrió la puerta. Bryce se giró hacia ella y sus ojos se encontraron. Mayka se cubrió la boca para no gritar, su rostro todavía estaba desfigurado, al igual que su torso y la parte visible de su cuerpo.

—Mayka. —La voz de Bryce tembló. Ella dio pasos rápidos hacia él y se lanzó sobre la cama. Bryce dio un quejido.

«Mantengan la calma».

Fue lo que el médico recomendó, pero era más fácil decirlo que hacerlo.

—Lo siento. —Mayka intentó que su voz sonara firme lo siento.

—¿Por qué siempre buscas formas de matarme? —bromeó Bryce y la mujer sin pensarlo dos veces lo besó. Asió su rostro magullado y, sin importar el dolor, lo besó, porque ya no podía contenerse, ya no más—. Me salvaste—dijo Bryce sobre sus labios—. Fuiste por mí.

—Te lo dije. Nunca más voy a dejarte solo. —Mayka dio besos cortos sobre su rostro, muy despacio, luego, sobre su pecho, sus brazos—. Eres mío, mío para cuidar y proteger, así como yo soy tuya.

—¿Eso no lo debería decir yo? —preguntó Bryce con uno de sus ojos todavía algo cerrado por los golpes. Acarició el cabello de su mujer como pudo, las cánulas en sus brazos les impedían el movimiento.

—Puedes cuidarme y protegerme cuando mejores.—Mayka besó una de las múltiples relaciones en sus brazos—.Mientras tanto, yo estaré para ti.

—¿Qué sucederá después? —preguntó Bryce, expectante.

Mayka sintió que el nudo en su garganta se apretaba.

—Lo que tú desees. Depende de ti si me quieres en tu vida o no.

Bryce le dio una sonrisa triste.

—¿Acaso te quedan dudas de lo mucho que te amo y deseo? La cuestión no soy yo, Callum, no esta vez, sino tú. El hombre que ves frente a ti no es el mismo del que te enamoraste, han pasado… tantas cosas.

Mayka adhirió su frente a la del hombre y respiró.

—Nunca he dudado de ti, Bryce Morgan. Eres el hombre para mí.

Bryce se quedó en la paz de esa caricia.

—Bésame, ¿puedes hacer eso? —Fue una súplica, una que Mayka estaba más que dispuesta a responder.

—Siempre, hasta el fin de mi vida.

***

**Bucarest, Rumania.**

**Diez días después.**

—¿Has perdido la cabeza? ¿Quieres volver a Londres? ¿Es en serio?

Anael caminaba de un lado a otro, mientras Mayka estaba sentada y Bryce acariciaba su pierna.

—Estará bien, yo voy a cuidarlo.

Anael se rio con sarcasmo.

—Permíteme dudar, amiga. —Levantó la mano—. Sería algo así como poner al lobo a cuidar a las ovejas.

Mayka dio un suspiro y negó.

—Bryce necesita la comodidad de su departamento. Es hora de reclamar el lugar que nunca debió dejar.

Anael arqueó una ceja.

—Una linda frase viniendo de alguien como tú.

—Ángel—Bryce le reprochó—, ¿acaso no quieres regresar tú también?

—Ese no es el punto—replicó Anael—.Londres es territorio de su familia—dijo señalando a Mayka.

—¿Quieres mantener una guerra de fantasía? ¡Adelante! —agregó Mayka—. La mayor parte de los Callums fueron asesinados, solo quedan mujeres y niños. Los hombres que quedan como Dominic, Ian, incluso Jared están más preocupados en hacer el amor que la guerra y no lo digo en sentido figurado. Mi primo Jesse está a cargo de la mayor parte de lo que queda del imperio de mi abuelo y, créeme, no intentará matarte ¡Tú lo conoces!

Anael se cruzó de brazos.

—¿Entonces eso es todo? ¿Olvidar y perdonar? ¿Hago como Eric y finjo que todo está bien?

—¡Por Dios hombre! —Bryce se enfocó en el techo—¿Porque quieres continuar con una guerra que ya terminó?

—¡Porque mamá y papá no regresarán! —Anael gritó—¡Porque vi cómo masacraban a mi familia, aunque a ti se te olvidó! —Mayka apretó la mano de Bryce cuando el hombre la señaló—¿Tienes una puta idea de lo que sentí cuando lo encontré bañado en sangre?

—Sé lo que sentiste—esbozó Mayka—. Fui yo quien le disparó, ¿recuerdas? —Mayka se puso de pie y caminó hacia Anael—.Fui yo quien lo miró a los ojos mientras apretaba el gatillo. —Retornó a ese momento—. Fui yo quien traicionó a la persona que solo le mostró amor siempre, porque su padre la amenazó con matar a su madre. Una madre que ni siquiera me agradeció cuando se enteró de lo que hice. — La voz de Mayka se tornó trémula. Anael miró un costado, sus ojos llenos de lágrimas—¿Crees que es fácil ser yo en este momento? ¿Piensas que es sencillo ver el asco en tus ojos? Pero ¿sabes qué? No importa cuánto me odies, o me aborrezcas. Jamás ese sentimiento va a ser mayor a lo que yo me digo, a lo que yo siento por mí misma cada día de mi existencia.

»Podría pedirte perdón mil veces, pero sé que nunca me lo darás, yo no lo haría. Por favor, te pido una sola cosa, déjame demostrarles que puedo ser digna de confianza, nada más.

Anael volvió a mirarla, esta vez, no había odio, solo vacío. Un vacío inmenso, profundo como un océano.

—Mi padre me dijo que no se puede confiar en los Callum y voy a seguir pensando cómo él. —Anael se enfocó en su hermano quien mejoraba cada día—. Si alguna vez necesitas ayuda, llámame, ¿sí?, pero no esperes que acepte esto. —Anael señaló a la mujer—. Eres dueño de tomar tus decisiones, pero yo no voy a traicionar a mi familia, ni tampoco a mí mismo.

—Siempre voy a quererte, Anael. Pase lo que pase—dijo Bryce a quien se le rompió el corazón por enésima vez—. Cuentas conmigo si alguna vez me necesitas también. Mi amor es incondicional.

Anael observó a su hermano mayor, a ese que siempre admiró, el hombre en el que quería convertirse, al cual, nunca le llegó a los talones. El mundo había cambiado desde que eran unos niños, las cosas eran mucho más complejas.

—«Hay rosas por las que vale la pena sangrar» ¿Sigues creyéndolo? —preguntó a su hermano postrado en la cama. Bryce no dudó.

—Incluso en el más absoluto dolor.

Anael asintió y, muy despacio, caminó hacia la salida. Asió el picaporte el pomo y se detuvo. Miró sobre su hombro.

—Cuídate, Bryce.

—Tú también, Anael. Espero que seas feliz, donde sea que busques esa felicidad.

Y sin decir nada más, Anael salió de la habitación dejando a Bryce y Mayka solos. Eric había regresado a Rusia junto a su amor, luego de ver cómo su hermano se recuperaba. Ian y Orel viajaron a Ciudad del Cabo a encontrarse con su primo Dominic. El teniente Azali Mohambi se había marchado a Ciudad del Cabo hacía más de una semana, solo quedaban ellos.

—¿Te mudarás conmigo? —preguntó el hombre. Mayka lo sostuvo de la mano—¿Qué hay de tu vida en Toledo?

—El personal la puede administrar sin problemas. Todo se mantendrá en perfectas condiciones, incluso en mi ausencia.

Bryce negó.

—No quiero que sacrifiques eso por mí.

—No lo hago.—Mayka aclaró—. Disfruto el tiempo contigo, todavía me parece increíble tenerte en mis brazos.

Bryce la llevó hacia él y la besó. No fue un beso cargado de salvajismo, sino de amor. Mayka acarició su mejilla recién afeitada. Era ella quien había llevado adelante esa tarea todos los días.

—¿Puedo confesarte algo?

—Claro—dijo Mayka y su corazón se aceleró.

—No quiero vivir en Londres, ya no.

Mayka frunció el ceño.

—Pensé que extrañabas la ciudad.

—Extraño la libertad—agregó el hombre—. Ir y venir cuando me plazca, algo que fue imposible en estos dos años, pero la realidad es que solo quiero pasar tiempo a tu lado.

Mayka le dio una amplia sonrisa.

—Muy bien, entonces nuestra estadía en Londres será corta. Apenas te recuperes, nos iremos a Toledo.

Bryce enredó su brazo en su cintura y la aprisionó contra su cuerpo. Inhaló el suave aroma a rosas de su cuello.

—Eres lo más parecido a la libertad que he conocido, Mayka Callum.

La mujer besó sus labios despacio, una y otra vez.

—¿Cómo puedes decir cuando prácticamente te volví un esclavo?

Bryce delineó con sus labios el bello rostro frente a él.

—Porque el collar que tú me pusiste no pesa—Bryce la acostó en su cama—, porque ser tu esclavo es mi libertad.

# 39 Juramentos de amor

*—Tengo fe de que volverán a la normalidad.*

*—Mayka, no hay algo así para personas que han sufrido lo que Orel y Bryce, pero podemos estar ahí y amarlos.*

*—Orel es tan tierno.*

*—Es lo más dulce que conocí en mi vida, pero también le hice mucho daño. No me voy a dar el lujo de que me deje.*

*—Es muy joven.*

*—¿Quieres hablar de diferencia de edad, mocosa? ¿Qué hay de ti y de tu demonio?*

*—Oye, no te lo tomes personal, abogado. No lo dije como un insulto, viejito.*

*—Escúchame bien, Mayka Callum. Más vale que no repitas esa blasfemia, porque le diré a Bryce que te deje el culo rojo de tantas nalgadas.*

*—No lo sé, ¿eso sería premio o castigo?*

*—Te has estado juntando demasiado con Jared.*

*—¿Pudiste hablar con él?*

*—No, y no creo que vuelva a hacerlo algún día.*

*—Pues tendrá que hacerlo, sobre todo, si quiere recuperar a su hijo.*

*—No debí callar tanto tiempo, le arruiné la vida.*

*—Le salvaste a su hijo, y eso, a la larga, es un bien mayor. No todas las decisiones son fáciles en nuestra familia.*

*—Gracias por apoyarme, Mayka. Gracias por siempre estar ahí. Tú y Dominic siempre fueron mi roca.*

*—Tú fuiste la mía. Eres de las pocas personas que de verdad valen la pena en nuestra familia.*

*—Aprecio eso, de verdad lo aprecio.*

*—¿Entonces? ¿Ciudad del Cabo, tiburones y playas?*

*—Quiero que Orel conozca un lugar distinto a la mierda de toda la vida, pasar algunas semanas con Dominic y Cameron le harán mucho bien.*

*—Nosotros regresaremos a Londres y desde ahí a Toledo.*

*—¿Segura que estarás bien?*

*—Haré todo lo posible para que lo estemos. No me quedaré tranquila hasta que Bryce se recupere por completo.*

*—Bueno, ya hicieron la parte más importante que es reencontrarse. Ahora solo deben permanecer juntos.*

*—Ese es mi objetivo, el único que tengo.*

**Londres, Reino Unido.**

**Quince días después.**

«La tortura no tiene que ver con destruir un cuerpo físico, sino su alma».

El sudor empapaba su cuerpo y las sábanas. Los ojos de Mayka se abrieron y se enfocó en el hombre tembloroso y sudado a su lado.

—Amor—susurró, pero los temblores no se iban. Mayka lo sostuvo con firmeza—. Amor, despierta, es solo una pesadilla. —Los ojos de Bryce se abrieron. Parecían dagas afiladas en la penumbra de la habitación. Mayka le acarició el cabello mojado y se lo despegó de su frente—¿Estás bien?

Bryce asintió con su respiración agitada. Su vista perdida en el techo, sobre la lámpara antigua que su madre le obsequió cuando se mudó a ese departamento años atrás.

«Que ilumine tu vida, mi amor».

El hombre estuvo a punto de llorar.

—¿Quieres hablar de ello?

Bryce negó, ¿qué le diría? ¿Que los rostros de esas malnacidas no se iban de su mente?, ¿Que, a pesar de haber muerto en la cárcel, siempre ocuparían un lugar en su oscuridad?

Mayka besó su hombro despacio, una y otra vez. Bryce se removió y se alejó de ella. Se giró en la cama, y le dio la espalda.

—Perdóname por preocuparte—musitó el hombre—. Duerme.

Desde que se habían instalado juntos, Bryce hacía lo mismo. Mayka se mordió el labio inferior.

—¿Sabes? Estaba pensando que, quizás, la terapia…

—La terapia no va a ayudarme. —Bryce cerró el tema.

—Entonces, empieza a hablar de lo que te sucedió, Bryce. Porque no estoy dispuesta a que sigamos así.

—No quiero hablar de eso.

—Y yo no quiero que me excluyas de tu dolor. No estás solo, ya no.

Bryce se mantuvo inmóvil. Mayka, impotente, se levantó de la cama y fue a la cocina. Se sirvió un vaso de agua y salió al balcón.

Las nubes espesas anunciaban lluvia. Mayka se afirmó en el concreto y observó la ciudad. El *Big Ben* a algunas calles de donde estaban, las luces artificiales cubriendo la ciudad. Muy pronto dejarían Londres, porque ya no la consideraban parte de sí. Esa ciudad pertenecía a otra Mayka, no a la mujer a la que aspiraba a convertirse. El viento frío le golpeó la cara. Su cabello bailó en suaves ondas, del mismo modo que su camisón de raso rojo.

¿Cuánto tiempo más duraría esta pesadilla? ¿Cuánto tiempo más Bryce se encerraría en sí mismo? ¿Días, meses, años? ¿Alguna vez confiaría plenamente en ella? ¿Alguna vez dejaría de sentirse vulnerable para contarle todo lo que sucedió? Todo aquello que le hicieron las hermanas Charpentier.

«Es una pesadilla que no voy a revivir».

Eso es lo que le dijo la primera vez que lo encontró en el baño con un ataque de pánico. Bryce se había distanciado con el devenir de los días, seguía teniendo hacia ella el mismo amor en sus ojos, pero había algo más también, algo que hablaba más fuerte que cualquier palabra.

Esas mujeres se lo estaban arrebatando. Con cada pesadilla se adueñaban un poco más de él. Pensó en pedirle ayuda a Eric o incluso a Anael, pero ¿qué les diría? ¿Que su hermano se negaba a hablar? ¿Que había formado un muro de concreto entre ellos?

Solo había alguien que podía contarle lo sucedido, alguien que vivió lo mismo que él, alguien que sobrevivió a las garras de esas dos arpías, pero ¿Ian lo permitiría? ¿Dejaría que su amor abriera la puerta una vez más al dolor y a la oscuridad?

Mayka sacudió la cabeza, tenía que intentarlo. Regresó al interior del departamento y buscó su celular. Bryce había vuelto a dormirse, su respiración tranquila y en calma. Desearía siempre verlo de ese modo, pero las pesadillas daban poco espacio para la calma.

Asió el celular y escribió. Eran las tres de la mañana y solo había una hora de diferencia entre Londres y Ciudad del Cabo, con suerte, Orel estaría despierto.

Mayka sonrió y pensó que, quizás, estaba demasiado activo a esa hora de la noche, o, a lo mejor, padecía del mismo modo que Bryce. Rogó que no fuera así.

**Hola Orel ¿Estás ahí?**

Escribió con dedos trémulos y esperó. Cuando los tres puntos aparecieron, el corazón de la mujer se saltó un latido.

**Mayka, ¿estás bien?**

Observó a Bryce y caminó de nuevo al balcón donde marcó el número de Orel. El muchacho respondió al segundo timbre.

—¡Mayka! ¡Qué sorpresa!

—Perdóname el horario—dijo la mujer—, pero necesitaba hablar con alguien.

—Estoy aquí—esbozó Orel y se escuchó una puerta cerrarse—. Ian duerme.

—Lamento despertarte, de verdad.

—En realidad no lo hiciste. Recién tomé una ducha—explicó Orel—. Es decir... Ian y yo, o sea…

—Entiendo—señaló Mayka—, me alegro por ustedes.

Sin dudas, Orel estaba llevando mejor el trauma que su hombre, ya que no habían pasado de algunos besos y caricias.

—Gracias, pero imagino que no me llamaste para hablar de mi vida sexual.

Mayka se humedeció los labios. Sus ojos de nuevo en el cielo oscuro.

—Bryce tiene pesadillas todo el tiempo—explicó—. No me dice nada y siento que cada vez se aleja un poco más. Quisiera ayudarlo, pero no puedo. A veces, creo que apenas tolera mis abrazos. Sé que me ama, pero… Carajo, no sé cómo explicarlo, pero tú estuviste con él y pensé…

Orel dio un enorme suspiro.

—Entiéndelo Mayka. Lo que le ocurrió, mejor dicho, lo que nos ocurrió, no fue fácil. No sé si alguna vez podremos superarlo del todo.

Mayka tragó saliva, colocó su mano en su pecho.

—Orel, ¿qué le hicieron a mi Bryce? ¿Qué pasó?

Hubo un silencio tan largo en la línea que Mayka tuvo que mirar el celular, porque pensó que la llamada se había interrumpido.

—Me protegió, ¿sabes? —La voz de Orel se quebró. Me protegió tanto, y así fue cómo lo rompieron.

El corazón de Mayka se aceleró.

—Dime, qué sucedió.

—No debería contarte esto. No si él no está listo para abrirse.

—Sabes que él nunca lo hará y me estoy volviendo loca. —Mayka se apoyó en el balcón—. No quiere ir a terapia, guarda todo en su interior, pero apenas puede dormir en las noches. Tiene pesadillas constantes, no soporta mi toque, se esfuerza por evadir el problema, pero lo consume. Por favor, Orel, por lo que más quieras.

Orel guardó silencio una vez más.

—Lo montaron como a un semental en temporada de apareamiento—dijo con dolor—. Le inyectaron, luego de los sedantes, un afrodisíaco tras otro. Lo mantuvieron erecto por horas. Su pene estaba tan rojo que estaba a punto de sangrar.

—Dios mío.—Mayka cerró fuerte sus ojos, queriendo desaparecer. La voz de Orel se entrecortó.

—Mientras lo montaban lo cortaban en pedazos y disfrutaban ver cómo controlaba sus gritos, hasta que resultó imposible.

Mayka cayó de rodillas en el suelo. La rabia, el dolor, la furia latiendo en su pecho. ¿Cómo se atrevían? ¿Quién carajo se creían para tocar a su amor? Si no hubieran muerto en la cárcel, las resucitaría solo para asesinarlas y molerlas a golpes.

Orel sollozaba en ese punto, pero algo en el interior de Mayka le decía que esto no era todo.

—Hay más, ¿verdad? Hay más de esto que me estás contando.

Orel apenas podía hablar. Los sollozos eran muy bajos.

—Esto no te hará bien, Mayka.

—Quiero saber. Necesito saber a qué me enfrento. Por favor, Orel. Bryce nunca me lo dirá y no quiero pasar el resto de mi vida preguntándome si pude hacer algo más por él. Se está alejando, ¿cuánto tiempo más me va a soportar? No quiero que llegue el día que se cierre por completo, es como si el trauma estuviera fortaleciéndose.

—Analise Charpentier lo folló con un consolador. Lo hizo hasta que Bryce no pudo más y gritó como nunca antes. —Mayka abrió la boca en un grito silencioso, sus ojos cerrados tan fuerte—. Nunca olvidaré esa imagen, Mayka. Nunca olvidaré que él padeció todo esto por mí, porque el objetivo de ella era abusar de mí, pero Bryce logró enfurecerla. Fue por eso que cambiaron de táctica.

La mano izquierda de Mayka ahora estaba sobre su muslo. Las uñas se presionaron en la carne con tanta fuerza que Mayka comenzó a desgarrarse.

Sus ojos inyectados en sangre clamaron venganza, una venganza que jamás se concretaría, porque esas basuras habían muerto en la cárcel. Ian se había asegurado de eso. Había pagado algunas reclusas para que las asesinaran. Nunca les debería haber dado el placer de partir de este mundo, no antes de ser torturadas una y otra vez. Drenarles la vida.

—Lo lamento tanto Mayka, en serio lo lamento.

—No fue tu culpa.

—Lo fue. —Orel se limpió las lágrimas—. Si yo hubiera sido más fuerte.

—No digas eso—Mayka contuvo un sollozo—. Hiciste lo que pudiste, Bryce también lo hizo. Sobrevivieron, y ninguno de los dos merecen seguir pensando en esas mujeres.

—Bryce va a necesitarte, Mayka. Debes ser fuerte para él.

—Lo sé, cariño—Mayka se limpió las lágrimas—. Te juro que lo seré, así como tú tienes a Ian, él me tendrá a mí. Voy a cuidarlo. Gracias por confiar en mí.

—Te deseo lo mejor.

—Y yo a ti, Orel. Toda la felicidad del mundo porque la mereces.

La comunicación terminé. Mayka se sentó en el balcón y observó de nuevo las luces, la ciudad que no se detenía y que era ajena a su dolor.

«Esas hijas de puta no van a vencerme».

Nadie le quitaría a su hombre, y mucho menos, dos seres que ni siquiera habitaban este plano.

# 40 Confesiones

**Londres, Reino Unido.**

**Dos días después.**

La rabia no se iba. Mayka había salido a correr, practicado kickboxing hasta que la bolsa de arena se rompió, pero nada la apaciguaba.

«No lleves esa ira a la conversación con él».

En los dos días que pasaron después de la conversación con Orel, Mayka leyó decenas de artículos acerca de abusos y sus secuelas. No pudo ayudar a Jesse en su momento, pero tenía una nueva oportunidad ahora, con el hombre que amaba.

La cuestión es que Bryce no quería que lo ayudaran.

—No has comido casi nada—señaló Mayka después de preparar el cordero con papas que Bryce adoraba.

—No tengo hambre.

—Llevas días sin comer Bryce. —El hombre guardó silencio y Mayka dio un suspiro—. No eres un bebé, no puedo obligarte a mejorar.

—Comeré después—replicó.

—¿Sí? ¿Cuándo? Tu cuerpo se debilita.

Bryce golpeó la mesa. El sonido de las copas y los platos rompió la conversación.

—¿Puedes entender que no tengo hambre?

El silencio llenó el amplio comedor. Mayka tensó la mandíbula.

«Dilo, solo dilo y que todo se rompa».

—Murieron, Bryce—sentenció Mayka sin dudar—. Esas zorras terminaron degolladas en la cárcel. Imagina el miedo que sintieron, todo lo que padecieron. Ya no existen, deja de darles entidad ¡Suéltalas!

Bryce observó el plato, su respiración agitada, a punto de caer de nuevo en un ataque de pánico. Su mente se convirtió en su peor enemiga.

—No entiendes.

Las fosas nasales de Mayka aletearon.

—¿Sabes que entiendo? ¡Que las estás dejando ganar incluso cuando están dos metros bajo tierra!

Bryce se levantó.

—Esto terminó.

—Claro que no. —Mayka caminó detrás del hombre quien trató de cerrar la puerta del dormitorio, pero ella se lo impidió—¡Vas a hablar conmigo!

—¿Qué quieres que te diga?

Mayka cerró los ojos y confesó.

—Sé lo que pasó, Bryce.

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué dijiste?

Mayka levantó el mentón.

—Hablé con Orel Romanov. Me contó lo que te hicieron. No tienes la culpa de lo que te sucedió.

Bryce comenzó a reír. Una carcajada tras otra, rio hasta que las lágrimas brotaron.

—Me usaron como un maldito consolador y, luego, como una puta muñeca inflable, Mayka ¿Qué clase de hombre puedo ser después de todo eso?

La mujer contuvo las lágrimas, porque esta vez no iba a llorar. La dureza era el único idioma que este idiota comprendía.

—El hombre del que me enamoré—dijo sin dudarlo—. El hombre que se entrega con pasión y deseo, el que jamás se rindió y que no tiene miedo a nada, ni siquiera a un disparo en el medio del pecho. Eres un hombre, de los mejores que he conocido, por eso nunca pude olvidarte.

Bryce dio pasos hacia la cama y se sentó. Se miró las manos y se percató de que estaba temblando. Se cubrió el rostro y lloró. Mayka fue hacia él, se ubicó a su lado y lo abrazó con todas sus fuerzas. El hombre se entregó a su calidez.

—Eres mi hombre. Nunca serás menos que eso para mí. Protegiste a otro ser humano, saliste del infierno ¿qué más pruebas necesitas?

—Siento como si te hubiera engañado, ellas…

Mayka frunció el ceño.

—¿Piensas que me importa que hayas tenido sexo con ellas? Esas hijas de puta abusaron de ti, eso es lo que hicieron. Querían robarte tu alma, no se los permitas, ya no.

Bryce se liberó de su agarre y se levantó. Se limpió las lágrimas y arregló su largo cabello en un rodete desordenado.

—Tengo que salir.

—Bryce, no te vayas—Mayka se puso de pie y él la detuvo.

—Déjame solo.—El hombre dio pasos hacia la sala, asió las llaves de su camioneta.

—¡Bryce! —Mayka le gritó, pero el portazo le mostró que el hombre se había ido.

Se agarró la cabeza y gritó, gritó como nunca.

Golpeó los muebles y estuvo a punto de arrancarse el cabello de lo fuerte que lo tiraba. Cayó de rodillas y tiró del edredón que cubría la cama, golpeó sobre el colchón unas dos mil veces, golpeó hasta quedar exhausta y, esta vez, sí lloró, como nunca lo hizo, ni siquiera cuando pensó que su hombre estaba muerto, porque estas mujeres, en parte, se habían llevado también su alma.

Las horas pasaron. Mayka se acurrucó en su cama junto al celular que no mostró ningún mensaje. Las arcadas no la abandonaban, no lo hicieron desde que escuchó el relato de Orel. Bryce, su amado Bryce.

Lloró hasta quedarse dormida, pensó en su amor y el lugar a donde habría ido. La verdad es que no tenía idea. Cerró los ojos y se entregó al sueño como consecuencia del cansancio extremo.

Eran las cuatro de la mañana cuando unos brazos la rodearon con fuerza y la atrajeron. Mayka percibió el calor y se cobijó en él.

—Perdóname—susurró Bryce y besó su cuello—. No tienes la culpa de esto.

Mayka se giró hacia su hombre y lo besó. Lo besó con hambre, con toda la pasión que venía acumulando desde hacía semanas. Bryce respondió con el mismo anhelo, como si quisiera borrar con su cuerpo todo el dolor vivido, como si el aroma de Mayka borrara todo rastro de perfidia.

Bryce se coló entre sus piernas, sus miradas se encontraron y solo había deseo. El deseo que Mayka anhelaba que regresara.

El acto no tuvo nada de dulce o romántico. Se follaron como dos bestias en celo y gimieron al unísono, rasgaron sus ropas, Bryce esparció medio tubo de lubricante sobre el monte de Venus y lo desperdigó con los dedos. Mayka levantó sus caderas y lo arrojó sobre ella. Fueron los dos orgasmos más brutales de su vida. Bryce la folló como si no hubiera un mañana, como si hubiera recordado quién era y de qué estaba hecho. Mayka lo recibió feliz y dispuesta a todo lo que se cuerpo le propusiera.

Mordió las sábanas cuando su amor se hundió en ella, sobre su espalda. Bryce era tan grande que, si no fuera por el lubricante, el dolor sería mayor al placer. Embistió sin piedad, estocadas duras que tenían a Mayka gimiendo y disfrutando ese instante, ese espacio en donde nada más existía.

Hicieron el amor por cuatro horas. Las piernas de Mayka apenas la sostenían cuando el sol comenzó a aparecer en el horizonte. Bryce acarició su cuerpo desnudo y la mantuvo entre sus brazos sin moverse. Ambos se mantuvieron en silencio por un rato, por miedo a que cualquier cosa que dijeran, rompiera la burbuja que ambos crearon.

—Fui a la tumba de mis padres. —Mayka levantó su rostro y se enfocó en Bryce—. Necesitaba contarles lo que pasó, cómo me sentía.

—¿Y entonces?

—Tienes razón, no puedo dejarlas ganar ¿Cómo haría eso cuando ahora tengo la chance de ser feliz?

Mayka acarició su cabello y besó sus labios despacio.

—Deberíamos empezar terapia.

—Mayka, yo no creo…

—Ambos lo necesitamos. Yo no quiero que vivamos así, ¿acaso no nos merecemos estar bien?

Bryce la aprisionó contra su cuerpo. Mayka gimió de gusto ante el toque de sus manos.

—¿Lo harás conmigo?—preguntó el hombre a quién le parecía inverosímil barajar esa idea.

—Siempre, ya te lo dije.

Bryce la contempló, con sus mejillas sonrosadas y sus labios hinchados.

—¿Te he dicho que eres una diosa?

La mujer lo besó y lo atrajo hacia él.

—Soy tu diosa—Mayka se permitió esbozar una sonrisa—, y estoy feliz de serlo.

***

El camino de sanación no sería sencillo, no después de todo lo que vivieron y del daño que llevaban desde tan jóvenes.

El psicólogo era un hombre de unos cincuenta años. Era un conocido de la familia Callums, era un gran profesional y, sobre todo hermético. Aquello que contaran, quedaría allí.

El comienzo fue una tortura, porque los llevó a recordar los días más oscuros, a entrar en aquel lugar prohibido de su mente y abrazar esos recuerdos, incluso los más duros. Hubo momentos de ira, a un punto que pasaban días sin siquiera hablarse, pero hubo otros, en donde se besaban y se hacían el amor, en donde se descubrían mirando al otro y agradeciendo por lo que tenían.

Ambos fueron abusados y humillados a lo largo de su vida, eran almas que entendían en lo profundo el amor.

Bryce se recuperó de sus dolores físicos y ambos estuvieron listos para iniciar una nueva vida lejos de Londres.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó Mayka con su cabeza afirmada en el hombro de Bryce, con el café humeante de la mañana entre sus manos.

—Sí, ¿y tú? —dijo con una sonrisa.

—Amo Toledo, y sé que te gustará—esbozó Mayka mientras ambos se enfocaban en el enorme ventanal delante de ellos. Londres estaba despertando.

—Podemos seguir con las sesiones por videollamada. Nada afectará mi recuperación, así que lancémonos a esto.

Mayka le dio una amplia sonrisa y dejó un beso corto en sus labios.

—Ese es mi hombre.

—Sí—Bryce la envolvió con sus brazos—, soy tu hombre, y estoy orgulloso de serlo.

# 41 Mudanza y despedida

**Londres, Reino Unido.**

**Tres días después.**

Bryce observó el río Támesis y se imaginó nuevamente allí siendo un niño, paseando junto a sus padres.

En sus pensamientos, Bryce volvía a menudo a aquellas orillas del río, donde la infancia resplandecía envuelta en lujos que pocos podían imaginar. Sin embargo, bajo la superficie dorada, siempre latía un temor inconfesable: la amenaza constante de una violencia acechando entre sombras y pasillos, la posibilidad de que, en cualquier momento, alguien les arrebatara todo, incluso la vida.

Ese miedo, sutil pero persistente, se colaba en cada rincón de su memoria. Aprendió desde pequeño a mirar sobre el hombro, a escuchar el silencio cargado del río, y a detectar en los gestos de los adultos la inquietud disfrazada de cordialidad. Así, el Támesis no solo guardaba reflejos de días felices, sino también el eco de promesas rotas y el vértigo de un peligro que jamás se marchaba del todo.

—Perdón por llegar tarde—Bryce se giró hacia el hombre que recién llegaba. Seguía teniendo el mismo rostro de angelito, su mayor atributo, pero más allá de eso, había ojeras y la pérdida de varios kilos.

Estaba más musculoso, sin duda, esto era observable más allá del traje y del abrigo de paño de color gris carbón. Una corbata verde

azulada resaltaba sus ojos. Este no era el estilo de Anael Morgan, pero sin duda, le quedaba bien.

—Pensé que no vendrías—dijo Bryce. Anael se sentó a su lado en el banco frente al río. Los rayos de sol iluminaban el agua turbia que recorría Londres y continuaba más allá. Se mantuvieron así por largo rato.

—Me alegro de que la recuperación marche bien.

—Te lo agradezco, estoy mejor cada día. Estoy listo para marcharme a Toledo—dijo Bryce y Anael dio una risilla.

—¿Por qué no me sorprende??

—Pensé que ya no estarías tan enojado—dijo Bryce. Anael frunció el ceño.

—No estoy enojado, demonio. Estoy dolido y decepcionado, siempre lo estaré.

—Te quiero, ¿sabes? —agregó y Anael asintió.

—Yo también por eso me molestó ver cómo elegías a esa traidora.

—Ángel, para, por favor.

—¿Qué sucederá cuando ella se canse de ti? —Anael contratacó con la fuerza del primer día—¿Qué va a pasar cuando encuentre a alguien más joven y con nuevas fantasías? ¿Algún tipo de su edad con el que pueda compartir sus delirios y fantasías sexuales?

Bryce tragó saliva y tensó la mandíbula.

—No he venido a escuchar tus insultos, ni a pelear, sino a despedirme de mi hermano.

Anael negó y miró hacia un costado.

—Tú y Eric son iguales. Ambos decidieron dejarme solo.

—No es así.

—Es exactamente así—señaló Anael—¿Qué me queda a mí? ¿Alguna vez te lo preguntaste?

—Siempre puedes contar conmigo.

Anael le dio una risa socarrona.

—Eso es mentira, pero si te ayuda a dormir por la noche, está bien.

Anael se puso de pie y su celular sonó en el bolsillo de su abrigo. Sin quitarle la mirada a su hermano, respondió.

—Lisandro—dijo—.Sí, estaré ahí. —Todo el cuerpo de Anael se tensó—. No te he fallado hasta ahora, así que, no vengas a amenazarme.

La conversación terminó y Anael guardó el celular.

—¿Un amigo de Barud? —preguntó Bryce.

—Algo así.

El muro que Anael había levantado no cedería. Bryce sabía que había perdido a su hermano, quizás para siempre.

—Ya no quiero más hermanos muertos, ¿está bien?

Anael lanzó una risa burlona y negó.

—Como si te importara—replicó—. Buena suerte en Toledo. Vas a necesitarla con la compañía que llevas.

Bryce negó y también se puso de pie. Abrazó a su hermano con fuerza, pero este se mantuvo estoico. Bryce lo asió del rostro.

—Cuídate, pequeño ángel, porque, aunque no lo creas, te quiero.

# 42 Idilio

—¿En qué piensas? —. Bryce le acarició la mejilla mientras iban en un avión desde Inglaterra a España. Toledo era el destino que ambos buscaban.

—Nada importante—. El hombre rio y le acarició el brazo. Mayka llevaba un vestido negro de mangas largas con un pronunciado escote y botas del mismo color. Un abrigo de piel sintética sobre los hombros. Bryce la observó como siempre lo hacía, con intensidad y veneración.

—¿Es por lo que te conté de Anael?

Mayka sabía que podía negarlo, pero ocultarle algo a Bryce era imposible.

—Creo que tiene razón.

Los ojos felinos de Bryce se clavaron en los suyos.

—Y si así fuera, ¿cuál sería el problema?

El hombre volvió a besar su mejilla, muy despacio, recorrió la piel suave y llegó a la comisura de sus labios. Mayka cerró los ojos y afirmó su cabeza en el asiento. Sentir la respiración de Bryce tan cerca la excitaba. Tenía ese poder, solo con un roce. Sus labios se encontraron y la lengua de su novio encontró la suya. Mayka se agarró a los fuertes y musculosos brazos de Bryce mientras este incursionaba en su boca, estiraba su labio inferior y volvía a perderse en ella.

—¿Por qué tienes que lucir tan sexy?—susurró en su oído antes de chupar el lóbulo de su oreja. Los ojos de Mayka se llenaron de

lágrimas.

—Bryce...

El hombre acarició su pierna desnuda y su mano se deslizó hacia arriba. Mayka abrió los ojos y observó alrededor. Estaban a oscuras, los pasajeros en primera clase eran pocos en ese vuelo y afortunadamente estaban a varios asientos de ellos.

—Tranquila.—Mayka se enfocó en ese hombre quien se mordía el labio inferior y movía sus dedos hacia la parte delantera de la tanga de encaje.

—Aquí no—susurró cuando los dedos jugaron con el borde y se abrieron paso hacia su capullo que comenzaba a humedecerse—, esto es una locura.

—Quiero tenerte ahora—dijo seguro de que no había nada que lo sacara de su objetivo. Presionó su dedo anular y el medio hacia adentro, el cálido interior lo recibió y los músculos vaginales se contrajeron—. Me encanta cuando me aprietas de ese modo.

Los dedos hicieron un movimiento circular masajeando el clítoris, ese punto que adoraba. La pelvis de Mayka se balanceó hacia adelante y su respiración se tornó agitada. Su labios volvieron a unirse mientras los dedos continuaban con el arduo trabajo.

Mayka no lo resistió, le echó una última mirada al entorno, escuchó al hombre que estaba más adelante y roncaba como un oso. Sus manos buscaron la cremallera del pantalón de vestir de Bryce, desprendió el botón y abrió el cierre. Sus dedos palparon la enorme verga que estaba endureciéndose. Necesitaba tocarla, darle las mismas sensaciones que estaban embotando sus sentidos. Introdujo la mano en el bóxer y se encontró con la humedad del presemen. Se observaron una vez más en medio de la oscuridad, una tenue luz al final del pasillo. Mayka se quitó el abrigo y decidió tomar acción. Bryce se detuvo para deleitarse con la mujer a la cual volvía loca de placer. Se quitó la tanga y se levantó el vestido, paso siguiente, estuvo sobre el impresionante hombre quien le dio una sonrisa cargada de calor y sorpresa.

—Pensé que era una locura.

—Cállate—replicó molesta y caliente—, es tu culpa.

—¿Serás capaz de guardar silencio?

Mayka bajó las mangas del vestido y dejó entrever su lindo sostén de encaje. Bryce estaba demasiado vestido para su gusto, sin embargo, era imposible desnudarlo. Ya habría tiempo cuando llegaran a casa.

—No.—Su boca se cerró sobre el musculoso hombre debajo de ella que sostenía su culo redondo y agarraba su pene para llevarlo al lugar indicado.

—Despacio—susurró Bryce mientras salpicaba besos por su cuello y mandíbula—. No tengo lubricante.

—No te preocupes—el pene resbaló hacia el interior sin problemas —, prácticamente estoy goteando. Parece que estuviera en celo.

Bryce rio y movió sus caderas hacia arriba. Mayka se mordió el labio con fuerza. Carajo, ¿por qué tenía que sentirse tan bien? La mujer respondió a los embistes llevando su trasero hacia abajo, sus cuerpo chocaban y gracias a Dios por la ropa. De lo contrario, los chasquidos de sus pieles cuando colisionaban habrían despertado a todo el avión.

Bryce deslizó el sostén hacia abajo y encontró los hermosos senos que le provocaban mil fantasías. Mayka gimió despacio cuando el hombre besó y luego chupó sobre los pezones.

—Para, no hagas eso.—Le golpeó el brazo sin dejar de mover su pelvis. Bryce le besó el cuello y luego su oreja.

—¿No te gusta?

—Sabes que mis pezones son muy sensibles.

—¿Sí? —Bryce sonrió con lascivia—¿Y si de repente quiero succionarlos y morderlos gemirías alto?

—No te atrevas.

Obviamente Bryce solo necesitó esa amenaza para perderse en los senos más apetitosos que había probado en su vida. Mayka sentía que su vagina se contraía con cada succión. Debería estar prohibido un hombre así. Era malo para la salud.

—Cabálgame, vamos—dijo mientras seguía salpicando su pecho de besos hambrientos y chupetones furtivos—, quiero llenarte.

Mayka lo hizo, muy pronto estaba sudada y excitada sobre su hombre. Olvidó que estaba en un avión, que había gente alrededor. Solo intentó contener los gemidos, aunque, de vez en cuando, alguno muy despacio, se le escapaba. Bryce la follaba y la masturbaba. Mayka mecía sus caderas hacia atrás y hacia adelante. Sus senos rebotaban al ritmo de las embestidas poderosas de un hombre que la había estrenado en el sexo y del cual nunca se cansaba.

El orgasmo la golpeó duro, sus caderas temblaban por el esfuerzo y el inmenso placer. Bryce empujó dentro de ella varias veces antes de quedarse muy quieto y gozar el momento en que la impregnaba de su esencia.

Las luces de pronto se encendieron. Mayka saltó al asiento del lado y se cubrió con su abrigo mientras se arreglaba el sostén. Estaban cerca de su destino ¡Y no habían podido aguantarse! Ambos se observaron y contuvieron la risa. Bryce se arregló la ropa. Mayka observó la enorme verga brillante que ahora su hombre guardaba entre sus pantalones. Bryce, viendo su rostro, tomó un poco de su esencia con el pulgar y lo llevó a sus labios. Ella lo chupó con hambre.

—Golosa.

—Me gusta tu sabor, lo sabes.

Bryce dio un suspiro y controló la oleada de excitación que lo embargó una vez más. Un polvo de media hora no lo satisfacía, necesitaba más. Es por ello por lo que, cuando llegaron a Madrid a la madrugada, no fue una novedad que el demonio tomara a Mayka en el estacionamiento del aeropuerto en la camioneta que habían

rentado. Los vidrios polarizados ayudaron bastante, sin embargo, el movimiento en el vehículo fue inevitable. Mayka esta vez gimió, mientras su hombre la tenía en cuatro y la follaba con dureza al tiempo que la masturbaba. Estuvieron en el estacionamiento una hora. Bastante gracioso que fuera eso lo que demoraban en llegar a Toledo.

Mientras Bryce conducía, Mayka se colocó de costado y lo observó con hambre. El hombre sonrió, su vista en la carretera.

—¿Sabes que mientras antes lleguemos más tiempo pasáremos en tu cama?

—Bryce, esto está mal—dijo ella mientras arreglaba su cabello—. Es como si...

—¿Fueras insaciable?

Las mejillas de Mayka se pusieron rojas.

—Jamás he sentido esto por ningún hombre—confesó avergonzada por su actitud en el avión y en el aeropuerto—. No fui criada de este modo.

—No, fuiste criada como una máquina asesina, pero eres una mujer y está bien el placer.

—Bryce...

—Tú también me vuelves insaciable—interrumpió—. Mi verga se pone dura solo con una mirada tuya. Eso tampoco es muy normal.

Mayka se mordió el labio inferior y miró la entrepierna de su novio.

—Mayka, no me la vas a chupar mientras voy conduciendo.

La muchacha frunció el ceño para contener un ataque de risa.

—No estaba pensando en eso.

—Claro, yo tampoco estoy pensando en hacer el 69 contigo.

—¡Bryce!

—¿Qué?

—Deja de darme ideas.—Lo regañó. Bryce comenzó a reír y Mayka también. La muchacha suspiró al tiempo que miraba las luces que pasaban—. Te encantará Toledo, va a enamorarte.

El hombre arqueó una ceja.

—Ya estoy enamorado de ti, ¿no te basta?

Mayka lo observó con ternura. Si alguien le hubiera dicho que, alguna vez, estaría viviendo ese sueño con Bryce Morgan, los habría tildado de locos. Llegaron a la casa y el hombre estuvo sorprendido de todas las renovaciones que habían realizado.

—¡Vaya!

—Después de que ustedes decidieron «remodelarla» decidí hacer un cambio completo—bromeó la mujer ante la imponente casa de campo que ahora tenía. Ingresaron y Mayka le hizo seña para que guardara silencio.

—Se han quedado dos empleados. Deben estar durmiendo.

—Pues espero que tu habitación esté muy lejos de las de ellos—dijo Bryce sosteniéndola de la cintura y besando su cuello.

—Sí, y hay una cosa más.—Mayka se giró hacia su hombre y le mordió la pera para después darle una mirada de seducción—. Es insonorizada.

# 43 Inesperado

*—¿Estás bien?*

*—Cierra la boca.*

Y el hijo de puta se había reído, se había reído como nunca y Mayka se lanzó a sus brazos y lo golpeó. Lo golpeó y luego lo besó, porque lo amaba, y porque era un sueño sentirlo tan cerca y verlo reír después de todo lo ocurrido.

Mayka apenas podía caminar a la mañana siguiente de su arribo a España. Sus piernas parecían gelatina. Por fortuna, Bryce le llevó el desayuno a la cama y ambos comieron juntos.

—Me presenté con María Eugenia—señaló Bryce—, es toda una dulzura.

Mayka se cubrió el rostro por la vergüenza.

—¿Qué le dijiste?

Bryce se encogió de hombros.

—Nada, solo que estabas cansada ¿O querías que le contara el motivo de tu cansancio?

Mayka negó y lo empujó con suavidad. Los recuerdos de la caliente madrugada llegaban como ráfagas.

Había posiciones que ni siquiera sabía cómo se llamaban, pero carajo, ¡a quién le importaba eso si se había venido cinco veces! La lengua de Bryce en su vulva todavía se percibía nítida, sus manos, el agarre fatal en cada parte de su cuerpo mientras la vapuleaba con toda su potencia.

—Anoche fue increíble—Mayka debía decirlo. Bryce le besó la sien.

—Me siento otra persona, una mejor. —Los orbes celestes de Mayka estaban sobre él y la manera en que servía el café—. Come, sé que te gusta con mucha crema—. Bryce asió una frutilla y la llenó de crema para llevarla a la boca de Mayka. La mujer la envolvió con su lengua y la degustó.

—Me conoces.—Se besaron con hambre una vez más. Mayka enredó sus cálidas manos en los cabellos largos y ensortijados de su amante, de su amado, de su todo.

—Tienes cara de enamorada—dijo besando su nariz.

—¿Y eso por qué será?

Bryce abrió la boca y la cerró. Iba a ponerse de pie y la mujer lo sujetó para llevarlo a su cuerpo. El hombre arregló su cabello negro, ese que le gustaba tocar, besar, jalar.

—Te amo, Mayka.

La mujer lo observó y le dio una sonrisa que denotó la paz que envolvía el momento.

—Nunca me cansaré de escuchar esas palabras.

***

**Hacienda Callum, Toledo. España.**

**Quince días después.**

El aroma de las flores llenaba el aire esa noche. El día que volvió a cambiarlo todo, el día que le mostró que el idilio no existía que el paraíso era otra cara del infierno.

Bryce terminaba de ducharse cuando un tirón en su abdomen y en su ingle lo arrojó al suelo con intensidad feroz. Era como si alguien quisiera arrancarle los testículos. El hombre apretó la mandíbula y buscó la manera de ponerse de pie, de hecho, lo hizo. Se sujetó del lavabo, sus piernas apenas sosteniéndolo. Se observó en el espejo y dio un suspiro. Un miedo oscuro y dormido despertó en su mente.

Recordaba las historias susurradas en reuniones familiares, los detalles omitidos, las miradas tristes y la sombra de una enfermedad que había marcado a toda una generación. Más de una vez, al notar algún dolor o molestia, sentía cómo el pánico le oprimía el pecho y lo obligaba a enfrentar la fragilidad de su propio cuerpo.

Pensó en su padre quien se realiza controles periódicos y los instaba a hacer lo mismo. Eric y Anael obedecían, Bryce lo ignoraba, creyéndose por encima de ese linaje que solo le trajo pérdida y dolor. Bryce intentó convencerse de que el destino no estaba escrito, pero ese dolor clavó una duda, una duda que persistió a partir de ese día, implacable.

Bryce entró en confianza con los empleados de la hacienda, incluso con Pablo, el joven que Bryce pensó estaba enamorado en secreto de Mayka, y la verdad es que no lo culpaba, ¿quién no se enamoraría de una mujer como ella?

*—¿Sabes? Creo que estás viendo todo al revés.*

*—¿A qué te refieres? Siempre está observándote.*

*—No me observa a mí, amor.*

*—No entiendo.*

*—Su madre, en confianza, me confesó en confianza que es gay. No muere por mí, se derrite por ti.*

*—No jodas.*

*—Tenía mis dudas, pero el otro día cuando te quitaste la camisa, el pobre babeaba, literalmente, aunque todos quedaron un poco asustados por todas tus cicatrices.*

*—Es increíble.*

*—Así que, la que debería estar celosa soy yo, no tú.*

¿Era posible ser tan feliz? ¿Vivir una existencia tan plena con el amor de su vida? ¿Tenía derecho su cuerpo a quebrar su paz?

«Es una tontería».

Se lo dijo una y otra vez, pero el malestar comenzó a aparecer en cualquier momento. El punto álgido ocurrió cuando estaba en medio de las plantaciones de naranjos. Bryce asió una hoja de uno de los árboles y se impregnó de su aroma. El dolor sordo pinchó su ingle y se extendió sobre la columna vertebral. Bryce tensó la mandíbula, pero Pablo, que siempre estaba atento a cada movimiento suyo, lo notó de inmediato.

—¿Sucede algo? —preguntó el muchacho. Bryce negó y cayó al suelo.

Los trabajadores corrieron hacia él para levantarlo. Fue un dolor tan fuerte, uno que no tenía pensado abandonar su cuerpo.

—¡Llamen a la jefa!—agregó Pablo y Bryce lo asió del brazo.

—No la asustes, solo…

Cayó de nuevo de rodillas sobre la tierra húmeda, su pantalón beige impregnándose de tierra. El mundo comenzó a dar vueltas, su respiración se entrecortó y el mundo dejó de existir para él.

Mayka, quien había estado hablando con el veterinario acerca de uno de sus caballos, escuchó el alboroto. Frunció el ceño y corrió hacia las plantaciones. Pablo ya venía a su encuentro.

—Es Bryce—dijo el muchacho—, se desmayó.

El corazón de la mujer se detuvo. Habían llamado a emergencias, por lo que solo era cuestión de esperar unos minutos.

Mayka dio pasos rápidos, urgentes, dolorosos hacia su hombre. Lo había encontrado herido muchas veces, ella misma le infligió una laceración mortal, pero esto, esto se sintió más peligroso que todo eso. Como si la tragedia fuera la amante perdida que regresaba todo el tiempo para torturarlos.

La ambulancia llegó en cuestión de minutos. Mayka abrazaba a Bryce, fue con él en el vehículo que lo trasladó al hospital. Los rostros de preocupación de todos cuando la puerta de la ambulancia se cerró fue lo último que la mujer recordó, a partir de allí, fue un sinfín de rostros que le hablaban, pero su mente solo estaba en él.

¿Qué le ocurría? ¿Cuándo había comenzado esto?

—Todo estará bien—Mayka le acarició el rostro a su hombre. entretanto la ambulancia se dirigía a toda velocidad al hospital—. No me asustes de este modo, ¿sí? No ahora.

Su voz se entrecortó. El nudo que ahora tenía en el estómago se retorció y presionó tan fuerte que apenas pudo respirar.

Faltaba poco para llegar. Observó las calles que pasaban, el personal en la ambulancia colocaba una cánula para el suero. Bryce se removió, sus párpados pesados. Mayka se acercó.

—Estoy aquí, amor.

—Mayka—Su voz fue un susurro y la mujer le apretó su mano derecha.

—Ya, vamos a estar bien.

# 44 Castigo divino

*—Tiene un tumor en el testículo derecho, está avanzado.*

*—Él nunca…*

*—Debe haber sufrido ataques similares desde hace varias semanas. Eso demuestra que la enfermedad está alcanzado un mayor nivel.*

*—¿Podemos tratarlo? Es decir, ¿él va a sobrevivir?*

*—Es un hombre joven y fuerte. Creo que tenemos buenas oportunidades, pero depende de cómo su cuerpo reaccione.*

Mayka pensó en todas las personas que asesinó a lo largo de su vida, en los seres que su familia envió al otro mundo a lo largo de los siglo, y pensó en su castigo. Dios había creado la manera más dolorosa de castigarla, infligiendo dolor a su amor.

Bryce dormía una vez más en su habitación de hospital. En los últimos meses, Mayka había pasado más tiempo en sillas como en la que ahora estaba sentada que en su propia casa. Debería sentirse como su segundo hogar, pero nunca se acostumbraría.

«Tiene cáncer, pero no está muerto. Bryce luchará y lo superará, como todo lo que ha ocurrido en su vida».

Mayka se odió por dudar, se odió por el hecho de que Ian confiara más en la capacidad de su novio para recuperarse que ella misma. No era justo, si Dios buscaba castigarla, debería haber sido hacia ella ¿Qué clase de ser divino podía infligir tanto daño a un ser humano una y otra vez? ¿Cuál era el karma de Bryce Morgan que estaba condenado al dolor y al sufrimiento?

Mayka ardía de rabia y dolor. Pensaba en lo que vendría, en todo lo que deberían enfrentar ¿Bryce estaría dispuesto?

Le aterraba pensar que su amor se rendiría, que bajaría los brazos y se entregaría a la muerte, a ese ente que los acechaba, listo para dar el golpe.

«No te lo lleves, no todavía».

Se limpió los ojos y abrió la puerta de la habitación. Bryce estaba recostado en el respaldo, los ojos de Mayka lo dijeron todo. El hombre bajó la mirada y se humedeció los labios resecos. Mayka había querido ser ella quien le diera la noticia antes que el médico, quería llorar junto a él antes de que un desconocido con tecnicismos comenzara a explicarle los pasos a seguir.

—Amor. —La voz de Mayka se entrecortó.

—Mi abuelo murió de cáncer—afirmó—. El estrés, las peleas, los negocios lo consumieron en una enfermedad lenta y dolorosa.

—Podemos tratarlo.—Mayka y caminó hacia él. Asió sus manos entre las suyas—. El médico dice que con el tratamiento adecuado…

—Tengo una esperanza de vida de alrededor de cinco años. —Bryce la interrumpió.

Mayka negó, sus ojos sobre las sábanas blancas que lo cubrían al hombre.

—¿Por qué no me lo dijiste? Habríamos visitado al médico antes.

—Porque estábamos felices. —La voz de Bryce sonó abatida—. Por fin teníamos, mejor dicho, nos teníamos el uno al otro ¿Qué más podía pedir? ¿Por qué ahora?

—Mi amor…—Mayka lo abrazó y lloró junto a él. Minuto tras minuto derramaron la angustia en el otro—. Te prohíbo que pienses en dejarme. Me importa un carajo el diagnóstico y las probabilidades médicas. Eso les ocurre a los demás, no a nosotros.

El rostro de Bryce estaba bañado en lágrimas, sus cuerpos unidos a tal punto que parecían fusionarse en un solo ser.

—Eso sería algo que diría tu abuelo.

—¿Sí? Bueno, ese viejo malnacido tenía razón en algo. —Mayka lo observó con los ojos rojos e hinchados por el llanto—. Somos únicos, los mejores, por eso hemos sobrevivido, y seguiremos aquí. Ninguna enfermedad puede dominar tu vida, Morgan. No lo voy a permitir.

Bryce besó su rostro, salpicó besos cortos por ese rostro de belleza sublime que tanto amaba, chupó sus lágrimas, esas lágrimas que seguían cayendo incontrolables.

—¿Tienes miedo? —preguntó Bryce y Mayka lo apretó todavía contra su cuerpo. Estaba aterrada, por ello, lo único que le quedaba era aferrarse a las leyendas que le contaba a su abuelo sobre su familia, sobre esos hombres y mujeres capaces de todo—. No temas. —La tranquilizó—¿Por qué piensas que esta vez será distinto? ¿Acaso no le hemos demostrado a la muerte que somos dignos rivales de ella?

Mayka lo besó, lo besó tan profundo, intenso y posesivo que Bryce supuso que la mujer quería borrar con su boca el dolor. En su corazón, decidió que confiaría en su fuerza, confiaría en el hombre que todos quisieron destruir, incluso ella, pero que, contra todo pronóstico, se mantenía en pie.

—Vamos a luchar—dijo Mayka con su voz firme, sabiendo que el enemigo que ahora enfrentaban era el más peligroso de todos—. Nacimos para levantarnos de las cenizas.

Bryce le sonrió y asió su rostro entre sus manos.

—Que así sea, Callum.

***

Los tratamientos comenzaron de inmediato. El médico fue claro, debían atacar el tumor con todo lo que tenían.

«Debemos extirpar el tumor».

Mayka pensó en el golpe a su ego masculino, en su psiquis que había soportado hasta lo inimaginable.

«No les cuentes nada a mis hermanos».

Mayka respetó su decisión a regañadientes, convencida de que su hombre saldría de esto, aun así, les contó a sus primos, a esos hombres que siempre la escuchaban.

Se derrumbó en llanto cuando el propio Jesse la visitó en España dos semanas después. El médico les daría el alta al día siguiente para continuar con los tratamientos de manera ambulatorio. El ánimo de Bryce se mantuvo estable, incluso después de la cirugía.

Cada vez que Jesse Callum aparecía, Mayka se sorprendía un poco más.

Ya no quedaban rastros del muchacho tartamudo que le tenía miedo a todo. Ahora, era un hombre envuelto en traje de tres piezas dispuesto a todo para manejar los negocios de la familia.

—Se repondrá—agregó Jesse quien asió las manos de la mujer entre las suyas—.Es mucho más fuerte que nosotros, siempre me lo pareció. Los Morgan tienen un temple de hierro.

Mayka apartó sus manos y asió la taza de café que su primo le había comprado junto con un croissant. El aroma, que antes le parecía tentador, le revolvió el estómago. Las náuseas no se iban.

—¿Estás bien? —preguntó Jesse y frunció el ceño. Mayka bebió un trago de agua mineral y respiró.

—He tenido náuseas incontrolables desde que esto empezó. No aguanto el contenido en mi estómago. Me obligo a comer, pero resulta difícil, además la pesadez no se va.

Jesse tragó saliva ambos compartieron el silencio. Bryce estaba con el médico recibiendo su tratamiento, así que habían aprovechado para acercarse a beber un café, algo caliente ya que esa mañana estaba fría.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dime—dijo Mayka acariciando el borde de la taza. El café ya se estaba enfriando.

—¿Cuándo fue la última vez que menstruaste?

Los ojos desorbitados de Mayka parecían platos. Rio por primera vez y negó desconcertada.

—¿Qué mierda estás preguntando? — Le golpeó el brazo. Jesse se mantuvo serio.

—¿Lo recuerdas o no?

Mayka movió las manos como si le restara importancia al tema.

—Claro, fue hace…—Mayka buscó en su mente, pero no encontró nada—. Hace, algo así como dos meses, creo. Igual sabes que soy irregular, mi sistema es…

Los ojos negros de Jesse estaban sobre la mujer y sus explicaciones vagas.

—¿Sabes lo que puede significar?

—Jesse—Mayka negó—, sabes que eso es imposible.

—¿Según quién? ¿Según los médicos? ¿Por qué no te haces una prueba?

—¿Estás demente? ¡Claro que no! —Mayka exclamó—. Todo mi sistema reproductor está dañado, sería un milagro, más que un milagro que yo…

—Mayka—Jesse la interrumpió—, tienes un sarpullido en tu cara cuando tú nunca tuviste problemas de alergia, vomitas todo lo que comes y sientes una pesadez extraña. Si tú nos quieres creer esto, me parece bien, pero los síntomas están ahí. Creo que estás embarazada, no solo lo creo, estoy seguro.

Mayka dio una risilla nerviosa y negó con la cabeza por enésima vez.

—No, no ahora. —Mayka se cubrió el rostro—. Ni siquiera voy a pensarlo, Bryce está enfermo, algo así sería, no lo sé.

Las palabras murieron en su garganta. Jesse la sostuvo de la mano y le sonrió.

—Hazte la prueba, Mayka—dijo sin dudar—. Piensa en este niño como el regalo más grande del amor en medio del odio y del dolor ¿Qué probabilidad hay de que una Callum y una Morgan traigan al mundo algo más que muerte? Ustedes van a romper siglos de contiendas, de sangre y cenizas, tú y Bryce.

Mayka temblaba, tocó su vientre, su cabeza haciendo mil conjeturas.

—Bryce no va a quererlo—dijo Mayka—. Está tan debilitado con todo esto, aunque no lo demuestre, se debate entre la vida y la muerte, ¿cómo voy a darle una noticia así? No, esto es otra cosa, Jesse, debe serlo.

—Deja que él lo decida y piense en la hermosa oportunidad que tienes ahora. —Jesse puso la mano izquierda sobre su boca—. Por Dios, un bebé, qué hermoso.

Mayka frunció el ceño de dolor. La verdad es que ella no lo sentía de ese modo, no cuando todo el mundo que habían construido en esos meses se tambaleaba.

Debía hacerse una prueba, y que el destino moviera los hilos de nuevo.

# 45 Un hijo

**Hacienda Callum, Toledo. España.**

**Cuatro días después.**

«Piensa en este niño como el regalo más grande del amor en medio del odio y del dolor ¿Qué probabilidad hay de que una Callum y una Morgan traigan al mundo algo más que muerte? Ustedes van a romper siglos de contiendas, de sangre y cenizas, tú y Bryce».

Mayka observó la prueba entre sus manos trémulas. La prueba de un amor inquebrantable, de un amor que había logrado un milagro.

Bryce estaba en una videollamada con su psicólogo. La terapia le hacía muy bien, lo mantuvo mentalmente estable en todo este proceso, sin duda, había sido la mejor decisión que pudieron tomar.

Mayka acarició su vientre y pensó en el momento en que lo concibieron, en el instante en que se reencontraron y sus cuerpos dijeron todas las palabras no dichas. Era domingo, la haciendo solo estaba habitada por ellos dos.

Escuchó ruido de ollas y platos en la cocina. Bryce iba a cocinar como cada fin de semana. Era algo que disfrutaba y le daba algo en qué pensar.

Mayka se puso de pie, salió del baño y caminó hacia allí. Mientras atravesaba los pasillos, escuchaba el latir de su corazón acelerándose.

Bryce se mantenía entero a través del tratamiento. Había minutos en los que flaqueaba, pero solo eran chispazos de debilidad. Prometió mantenerse firme y lo estaba cumpliendo, con toda sus fuerza.

La probabilidad de embarazar a alguien cuando el cáncer estaba en ese nivel era prácticamente nula, que Mayka concibiera era una fantasía que quemaría cualquier libro de ciencia. Ese bebé era un milagro en toda regla, una muestra de que, tal vez, el universo no los odiaba tanto como ella pensaba.

Se acercó por detrás y rodeó a Bryce de su cintura. Afirmó su torso en la espalda ancha y musculosa y apoyó su frente en ella. El calor de su hombre le dio confianza.

—¿Todo bien amor? —preguntó Bryce y agarró las manos que rodeaban su cintura. Mayka dio un suspiro.

—No lo sé. —Su voz fue un hilo. Bryce dejó la olla y se dio la vuelta.

—¿Qué sucede? —Los ojos grises de Bryce se agrandaron cuando Mayka sacó de su bolsillo la prueba positiva de su embarazo—. Dios mío.

Mayka se cubrió el rostro y Bryce la abrazó con fuerza todos los miedos de la mujer desaparecieron cuando comenzó a reír.

—Bryce, sé que es inesperado, pero…

—¿Te das cuenta lo increíble que eres? —preguntó con una sonrisa y unió su frente a la de Mayka. Interrumpió la verborragia llena de lamentaciones y disculpas—. Me estás dando la razón máxima para vivir ¿Cómo puedo fallar ahora cuando podemos ser una familia completa?

Mayka temblaba.

—Pensé que lo odiarías, es decir, con todo lo que estamos viviendo.

—¿Odiarlo? —Bryce frunció el ceño—¿Estás loca o qué? Si viene de ti, de nosotros, ¿cómo podría odiarlo? Jamás esperé ser padre contigo, pero debo reconocer que eso dolía un poco. Ahora, todo lo

que soñé está aquí conmigo. No me importan las inyecciones, ni la quimioterapia voy a recuperarme, porque quiero ver crecer a mi niño, porque me has dado la forma de renacer.

Mayka volvió a abrazarlo y lloró, pero estas fueron lágrimas de felicidad, de un gozo profundo, casi onírico.

Bryce le acarició el vientre y la besó. Lo hizo con tanta intensidad, con el fuego que ningún medicamento apaciguó.

La tomó en sus brazos y la sentó en la encimera de la cocina, tiró de su camisa que era lo único que Mayka llevaba a esa hora de la mañana y la desnudó para él. Mayka gimió cuando la boca de su hombre comenzó a recorrerla.

Más de una vez, el médico le dijo que tendría problemas con su erección, que habría inconvenientes a la hora de mantener el ritmo y controlar la eyaculación.

Cuando Bryce tenía debajo de él a Mayka Callum desnuda, echaba por tierra cualquier investigación y afirmación médica. La virilidad acarició los labios vaginales, y la propia Mayka asió el pene y lo llevó a su interior. Su cuerpo se estremeció.

—¿Sabes? Mientras no me corten la verga, puedo soportar todo.

La mujer rio y gimió y se movió al ritmo de las fuertes embestidas sobre la encimera.

—Estoy de acuerdo contigo, Morgan.

Bryce la folló con hambre y salvajismo, como ambos estaban acostumbrados. La mujer gimió de placer mientras la alegría seguía latiendo en ella. Sus uñas rasguñaron la espalda de su amante y sus piernas se atenazaron alrededor de su cintura. Le gustaba cuando Bryce la tomaba por detrás, pero no había nada más maravilloso que contemplar su rostro cuando estaban frente a frente. Cada gesto de placer, el momento en que el orgasmo estallaba en ambos.

Sus bocas insaciables se enredaron. Mayka tembló cuando Bryce volvió a frotar su punto de excitación con ahínco y desesperación. La mujer mordió su hombro para no gritar esta vez. Embestidas rápidas

y duras que se combinaban con penetraciones profundas, sus miradas sobre el otro, Mayka se mordía el labio inferior y su pelvis danzaba al ritmo de Bryce. La perfecta mezcla de dolor y placer, el tamaño y la temperatura hecha para su cuerpo.

Sus paredes musculares se contrajeron, el éxtasis la golpeó como un tren a toda velocidad, su visión se nubló y supo que nada se comparaba a ese sentimiento que recorría como un rayo su columna vertebral.

—Te amo—susurró Bryce a su oído mientras su esencia la rebalsaba—. Eres mi diosa.

# Epílogo

**Isla de Skye, Escocia. Reino Unido.**

**Un año después.**

Cuando observo este lugar, no puedo evitar dejar que la nostalgia me envuelva. Sus paisajes sacados de un sueño, con acantilados que se funden con el cielo y praderas que brillan en tonos verdes imposibles, como si la naturaleza allí hubiera decidido mostrarse en todo su esplendor. El viento trae consigo el aroma salino del mar y el murmullo de las olas me recuerda que, a pesar de todo, siempre hay belleza y paz esperándonos en algún rincón del mundo.

El viento roza mi cara, la primera ha llegado y el pasto reverdece. La planicie se llena de vida, de magia, de misterio y belleza. Amo este lugar, es un lugar que siempre llevo en mi corazón porque mi madre me hablaba de él, porque, en el fondo, sé que lo que lo hacía desde el amor, aunque nunca lo haya entendido.

Cada ser humano tiene una forma particular de amar, me he dado cuenta de que yo también tengo la mía. El aire se respira de otra forma aquí, se siente libre, quizás alberga el sonido, los susurros de quienes buscaron y anhelaron la libertad, y pagaron su precio por ella.

Nosotros también hemos pagado el precio, lo hicimos cuando decidimos romper el ciclo, cuando nos atrevimos a amar cuando el mundo nos decía que debíamos odiarnos. Me siento en el suelo verde, la humedad de la tierra impregna mi ropa, recojo un pequeño

ramo de flores amarillas, las huelo, me conecto con ellas. Me siento parte de este mundo después de mucho tiempo, después de luchas y sinsabores, de conflictos que nos persiguen, y siempre lo harán.

Los enfrentaremos, sé que será así. Mis ojos van hacia el horizonte, hacia las cumbres, hacia el verdor que resplandece frente a mí, frente a nosotros. Acaricio el anillo en mi dedo anular izquierdo. La cinta que lo envuelve y los dos trisqueles unidos.

«Sé que te gustan las leyendas, ahora quiero que las atesoras de otra forma».

El nudo celta es el símbolo del amor eterno. El mismo está formado por dos trisqueles. Cada uno de los trisqueles tiene tres puntas que simbolizan los tres aspectos del ser humano, cuerpo, mente y alma. Se unen formando un círculo que representa el amor eterno, la vida o la eternidad. La figura completa representa la unión de dos personas en cuerpo, mente y alma.

Bryce no cree en leyendas, pero por alguna razón, cree que podemos conformar la nuestra.

—Vamos, bebés. Saluden a mamá.

Sonrió mientras mis tres amores están a algunos metros de mí, Bryce sostiene a mis pequeños, que no solo son un milagro, son el comienzo de la vida, de nuestra vida. Se parecen a él, tienen sus ojos, su cabello entre rubio y castaño y estoy tan feliz por eso. Son la muestra de que incluso en el odio, puede existir un profundo amor.

La vida nos trae dolor, pero también alegría inconmensurable, solo debemos encontrarla, solo debemos hallar la puerta y no temer al abrirla. Mayka Callum jamás esperó más que ser una abogada responsable y una asesina respetada, de repente, encontró al ser que la hizo estremecer, que le abrió los ojos al mundo y la envolvió en una pasión tan ardiente como el infierno, un infierno en el que caería una y otra vez, si mi recompensa es sentirlo dentro de mí.

Este viaje me ha mostrado de lo que debo estar agradecida, de lo mucho que mi esposo hace por mí, por nosotros. Lucha todos los

días contra su enfermedad, y hasta ahora, vamos ganando la batalla. Mi corazón me dice que pronto ganaremos la guerra.

Leah levanta su manito y señala al cielo, Bryce y el pequeño Wesley también lo hacen. Un avión atraviesa el cielo poblada de nubes densas y blancas. Quiero que siempre tenga esa inocencia, que albergue en ella la capacidad de sorprenderse, anhelo que Wesley crezca feliz, pese a ser muy tímido y reflexivo. Tengo tantos deseos hacia mis hijos, deseos que, a veces, se mezclan con miedos.

Miedo a la pérdida de Bryce, a que crezcan sin un padre, a que la enfermedad regrese y ya no podamos vencerla, miedo a que sufren, a su primer desamor, a que los demás niños no los acepten, a que los hagan sufrir.

Sé que no debería pensarlo, pero mi mente, a veces, me juega malas pasadas. Quizás alguna vez, los fantasmas me abandonen por completo, tengo esperanzas de que así sea. Tengo a mi esposo, a mis bebés, mi mundo está en calma.

Bryce da pasos hacia mí y se sienta, deja a los pequeños en el suelo. Ellos recogen hierba y flores y las huelen, tienen la pureza de este paisaje. Wesley me observa con sus enorme ojos grises y me sonríe con timidez, se cubre su boquita y Bryce me abraza, me acerca a su cuerpo, entretanto nos deleitamos con nuestra creación, con nuestro milagro.

Los meses han pasado en un abrir y cerrar de ojos, la vida ha seguido su cauce y la fortuna nos ha mostrado una sonrisa, quizás débil, pero sonrisa al fin.

Bryce besó mi rostro, me da pequeños besos en mis mejillas, en mi nariz y luego en mi boca. Río, me gusta reír, he aprendido a hacerlo todo el tiempo, por todos los años que solo fui responsabilidades y lágrimas.

—Hablé con Anael, ¿sabes? —Observo a Bryce, que parece nervioso hoy—. Quiere conocer a los niños y contarme algunas cosas…

—¿Sigues preocupado por él?

Bryce niega y se enfoca en el horizonte.

—Siempre fue impredecible, y eso, temo que lo haya llevado por caminos oscuros.

Me encojo de hombros.

—Es un Morgan, creo que saldrá de esa oscuridad fortalecido, ¿no te parece?

Bryce da un suspiro. Leah gatea hasta subirse a su regazo. Ama mucho a su papá, de hecho, le molesta a veces, cuando nos besamos. Me provoca risa su posesividad siendo tan pequeña. Supongo que la genética no falla.

Nos quedamos en silencio, es algo cómodo e íntimo. Nos decimos tantas frases sin emitir sonido. La manera en que nos miramos y reímos, la forma en que él frunce el ceño cuando está reflexivo, Wesley tiene ese mismo gesto. Me encanta hallar los parecidos entre ambos.

—Dice que quiere verte a ti también.

La frase cae como un baldazo de agua fría ¿Anael quiere verme? ¿Después de todo este tiempo?

—¿Le sucede algo?

Bryce niega y hace una mueca restándole importancia.

—No lo sé, tal vez, haya entendido que no vas a matarme después de todo.

—Tonto, no bromees con eso—digo molesta, no con él, sino conmigo misma. Esa herida voy a llevarla siempre. Le fallé a la persona que más me amaba, y aunque él me haya perdonado, yo nunca lo haré.

Bryce acaricia mi mejilla y sonríe.

—¿Quieres ir conmigo cuando me reúna con él?

—Sé lo importante que es para ti, claro que iré—digo porque, de verdad, quiero hablar con él y ayudar a cerrar heridas.

Mi hombre sonríe.

—¿Sabes? Le mostré fotos de los bebés. Dice que Wesley se parece a él.

Hago una mueca y asiento.

—Supongo que tiene mucho de los Morgan, espero que su carácter no.

—Dios no—Bryce agrega—¿Te imaginas esos berrinches?

Nos reímos de nuevo, apoyó mi rostro en su cuello y aspiro su aroma. El suave toque de lavanda y cuero. Huele a protección, a amor, a un hogar feliz.

Leah acaricia mi mano, se mueve y se sienta en mi regazo, del mismo modo a cómo se encuentra Wesley, se acarician entre ellos, cada día se descubren. Las lágrimas llenan mis ojos de nuevo, miro el cielo una vez más y pienso en el camino recorrido.

Me sucede a veces, la alegría es tal que lloro, pero lo hago de felicidad. Bryce acaricia mi cabello y se mantiene en silencio. Pienso en aquella frase que nos marcó del comienzo, en aquella frase que tiñó de dolor nuestra existencia por muchos años.

«Hay rosas por las que vale la pena sangrar».

Contemplo a mi hombre, a mi marido, al amor de mi vida, al padre de mis hijos y, ahora lo entiendo. Bryce vio en mí más allá de lo que jamás estuve dispuesta. Probó mis espinas, pero también mi aroma.

—¿Te arrepientes? —La pregunta sale de mi boca sin pensar. Bryce, que tiene su vista en nuestros pequeños, me observa.

—Ni en mil años me arrepentiría de elegirte, Mayka Callum.

Lo beso con pasión, como tantas veces, lo abrazo y respiro. El viento fresco nos estremece, susurra su nombre y el mío, el nombre de aquellos amantes que se animaron a todo.

*—Por los que amamos, aunque nunca lo sepan.*
*—Por el amor y el odio. Al fin y al cabo, son las caras de la misma moneda.*

Cierro lo ojos y recuerdo las palabras de mi primo Ian. Decido entregarme a ellas.

Por el odio y el amor, por lo que fuimos y lo que somos, por aquellos que siguen y los que perdimos, por la vida misma que cada día trae una lección. Por nuestras familias, incluso los seres que jamás comprendimos, por los que siguen aquí, por este momento, esta isla, esta hierba y esta tierra que nos mantiene vivos. Por mí, por Bryce y por todo a lo que enfrentaremos juntos, siempre juntos.

«Sangre y cenizas».

Y tal vez, solo tal vez, este es el final que la novela de Mayka Callum y Bryce el «demonio» Morgan se merecen.

# Agradecimientos

¡Qué decir en este momento! La primera parte la publique en 2022, tres años después leemos la finalización de esta historia.

Gracias de verdad a toda la gente hermosa que la ha comprado. Soy consciente de que esta no es una historia para el gran número de mi público porque es hetero, por eso agradezco todavía más que le den la oportunidad. Gracias por adquirirlo a través de Amazon, no tienen idea lo mucho que contribuyen a que este sueño crezca, a que les pueda traer más historias, gracias infinitas siempre por su fidelidad.

Gracias a los lectores de Wattpad que siempre comentan y difunden, gracias porque siempre están allí, y como digo, sería muy fácil descargar el libro ilegalmente, pero ustedes deciden apoyarme en serio, brindarme su cariño y contribuir a mi trabajo, no a destruir. Gracias por seguir ahí a través de los años.

Gracias a mi mamá y a mi papá, bellos, siempre conmigo, a mi hermana Vanesa, mi pequeña incondicional. Gracias porque sin ustedes, esto no sería posible.

Gracias al Dios que me da todos los días la fuerza para seguir aquí, para levantarme a pesar del dolor, para disfrutar este proceso y brindárselo a ustedes.

El universo Callum Morgan sigue creciendo, espero leerlos ahí.

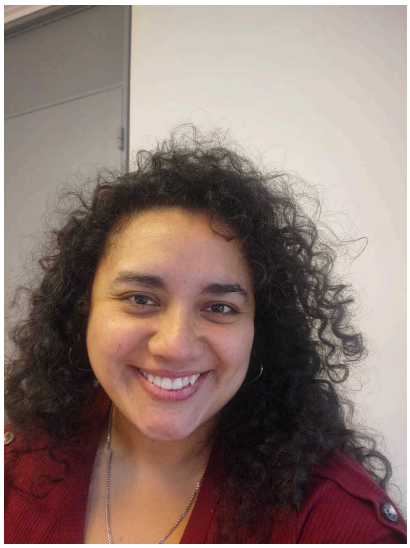
Gracias mi lector querido, gracias por levantarte cada día también, incluso cuando ya no podés más.

Te quiero, te abrazo a la distancia.

Paz.

# *Acerca del autor*

## Paz Iribarne



Paz Iribarne, licenciada en Ciencias Políticas, hace algunos años decidió dejar de lado los textos políticos para dedicarse a su verdadera vocación: escribir novelas románticas cargadas de erotismo, drama y acción, con el amor como protagonista único. Paz suele decir que escribir le permite liberar su alma, esa que muchas veces sintió estaba encadenada.
La carrera en la que se graduó jamás le permitió eso, así como tampoco el trabajo a tiempo completo que tenía en una empresa de comunicaciones. Hoy su meta es seguir escribiendo, porque es una tarea que hace con el corazón, donde se siente valorada y amada.
La autora ha creado diversas novelas y sagas del género LGBT, así como también de romance heterosexual, tales como la Saga Besos Ocultos (Gay), Trilogía Obsesiones (Gay), Trilogía Juegos de Poder (Gay), Trilogía Callums (Gay), Trilogía Locura de Amor (Gay), Saga Deseos Eternos (Gay), Deber y Deseo (Hetero), Atracción, Deseo y

Caída (Romance bisexual), Bilogía Match point (Gay) Bilogía Sangre y cenizas (Hetero) Saga Prohibidos (Gay). Todas las obras están publicadas en plataformas como Amazon.